La chica del serbal



Hellen Cross

La chica del serbal

Hellen Cross

Henko Ediciones

Copyright © 2025 Henko Ediciones

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

No ha pasado un día en que mi corazón no sangre,
ni un instante en que mi mente no se pierda en tu recuerdo, porque hay momentos
en que el dolor de tu ausencia
anula todo lo demás.

Contents

Title Page
Copyright
Dedication
Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo
Aclaraciones de la autora
Agradecimientos
Biografía de la autora

«La tumba de un rey nunca está lejos de su prisión».
Maquiavelo. El príncipe. (1532)

Prefacio

La vida de María Estuardo ha sido una de las más tristes. Era una joven muy hermosa de gran estatura (cinco pies y once pulgadas, es decir un metro ochenta centímetros). Era, además, muy inteligente. Educada en la corte francesa aprendió a tocar el laúd y el virginal, se cultivó en prosa, poesía, equitación, cetrería y costura. Hablaba a la perfección: francés, italiano, español, latín y griego, además de su nativo escocés. Conoció el amor con Francisco II de Francia, con quien se crio a la espera de la madurez de ambos para consumar el matrimonio. Solo un año después, el recién proclamado rey falleció, dejando a María sola.

Catalina de Medici, madre de Francisco, no podía permitir que en la corte francesa hubiera dos reinas viudas, por lo que incitó a María a regresar a su patria, Escocia, y poner orden en esa tierra. El parlamento escocés, sin el consentimiento real, había ratificado la modificación de la religión estatal que pasó de católica a protestante. La reina se negó a aceptarlas y el nuevo dogma vivía en un estado de inseguridad jurídica. Esto dejó a María en una difícil situación política. Al ser ella católica, era vista con recelo por los súbditos protestantes. Esta lucha religiosa consumía la vida política de la corte escocesa, y en busca de legitimidad pidió apoyo a su prima Isabel I de Inglaterra, quien no olvidó que Enrique II de Francia, suegro de la joven Estuardo, había reclamado el trono inglés en su nombre. María claudicó y aceptó la religión protestante, además de mantener a su lado a su medio hermano James Stewart, conde de Moray, hijo ilegítimo de su padre Jacobo V.

Conoció a su primo inglés Enrique Estuardo, lord Darnley y se enamoró, siendo el elegido para reinar junto a ella. Pero Enrique se sintió engañado al no darle el título de rey. Además, el secretario

personal de María, David Rizzio, siempre estaba cerca de ella dando pie a murmuraciones sobre su relación, y poniendo en duda la paternidad del hijo que esperaba la reina. Todo esto dio pie a dejar salir la verdadera personalidad de Darnley; caprichoso, infantil, promiscuo y homosexual. Atrapada en un matrimonio que la asfixiaba, con una situación inquietante en el parlamento escocés, y John Knox presionando para reducir el poder de la reina católica, la situación política y religiosa no eran las más idóneas para ella, lo que contribuyó a que sus decisiones fueran influenciadas por unos y otros.

Capítulo 1

Shannon miró a la mujer frente a ella, sus ojos oscuros tenían una expresión cautelosa mientras la observaban sin perder de vista lo que hacían el resto de las damas a su alrededor. Comprendió a la perfección que la soberana no confiara en las personas allí presentes, por eso realizó una inclinación de cabeza, y dejó escapar un suspiro antes de hablar.

—Mi reina —hizo una pausa para seguir con su declaración—, he decidido dedicarme a causas de caridad, por ello le anuncio que tendré que dejar de serviros.

—Lady Shannon —la reina tomó sus manos y las apretó con cariño—, entiendo vuestra decisión, pero dadme la oportunidad de haceros cambiar de opinión. Venid conmigo.

La reina se dirigió con pasos seguros a su alcoba sin mirar atrás. Shannon la observó y, haciendo un esfuerzo para no delatarse, siguió a su soberana. Al entrar vio a la nodriza que amamantaba al pequeño Jacobo y se detuvo en seco. La reina se acercó a tomar al niño y, con un gesto, pidió a la mujer que saliera. Shannon dejó escapar un suspiro cuando la puerta se cerró, pero no le dio tiempo a mucho más, ya que su reina se acercó con rapidez. La habitación estaba decorada con telas de terciopelo y seda, de colores suaves y relajantes. En el centro había una cama con dosel, con una elaborada decoración de bordados y encajes.

—Jacobo acaba de comer, y no creo que despierte en un par de horas. —Vio a la muchacha que apartaba la capa y descubrió el infante que llevaba en sus brazos, casi oculto por el *plaid*—. Déjame verlo.

María Estuardo quitó la tela que cubría la cabeza del niño y sonrió satisfecha. La tenía muy redonda como su hijo, la escasez de

pelo la hacía brillar. El pequeño seguía dormido, sus ojos se aventuraban almendrados como los de la propia María y su nariz chata era similar a la del príncipe. No es que fueran con exactitud iguales, pero sí que tenían un parecido razonable.

María Estuardo dejó a su hijo dormido en la cama y ayudó a Shannon a desatar el *plaid* donde cargaba el bebé. Al cogerlo en brazos sintió un poco de remordimiento, pero no se dejó llevar y endureció su semblante. Cargó al usurpador y notó la diferencia de peso y tamaño. Por un momento pensó que ese niño no serviría, que se descubriría su artimaña y se giró hacia la muchacha.

—El bebé es más pequeño y pesa menos que el príncipe, no nos sirve. —Quiso volver a colocar la criatura en el *plaid*, pero Shannon se lo impidió.

—Es muy pequeña la diferencia, y cuando entre la nueva nodriza, nadie notará el cambio.

—Tienes razón, los nervios me sobrepasan, pero no dejo de pensar que algo malo pueda sucederle a mi hijo.

—Mi reina, juro que mientras me quede un hálito de vida, protegeré su sangre. No importa lo que tenga que hacer. Desde este momento, nuestras almas están unidas hasta que el príncipe pueda ocupar el lugar que le corresponde.

La reina se quedó mirando a la muchacha con asombro, sus palabras de juramento calmaron su espíritu, y supo que Shannon cumpliría con la promesa. Tragó el nudo que se le había formado en la garganta, y asintió sujetando las lágrimas que amenazaban con romper su compostura. Tomó al príncipe entre sus brazos y lo besó con cariño, luego lo envolvió en la manta escocesa, y se acercó a Shannon para esconderlo de la misma manera que había entrado el niño cambiado. Ayudó a colocar bien el *plaid* de la muchacha y no se resistió a darle un último beso a su hijo. Si todo iba según lo planeado, tardaría un par de meses en volver a verlo, y sabiendo lo mucho que cambian los niños, se lamentó por no encontrar otra solución a su situación actual.

—He cosido entre su manta una carta para mis tíos, también va el sello que me regaló Francisco cuando me hizo su esposa. No quiero que haya ninguna duda sobre la identidad de Jacobo.

—No se preocupe, majestad, yo entregaré en persona los avales para que los De Guisa, no tengan ninguna duda.

María Estuardo perdió la mirada pensando en su pasado en la corte de Francia, pero la realidad le golpeó con sus vivencias más recientes. Todavía tenía presentes los golpes que le dio su esposo Enrique en un intento de que abortara, solo la intervención de su fiel secretario, David Rizzio, consiguió salvarla a ella y a su pequeño. Sabía que ese fue el motivo por el que su celoso, egocéntrico y sibarita consorte, se unió a los conspiradores para asesinarlo durante la cena en el palacio de Holyrood. Ellos pensaban que era una mujer débil y ella les estaba demostrando que poseía tanta inteligencia como cualquier hombre. Consiguió hacer las paces con Enrique, pero ella no olvidó su traición y sabía que tarde o temprano, el hombre ambicioso y sin corazón con el que se casó enamorada, volvería a confabularse contra ella. Lo vio en sus ojos cuando miró al príncipe hace unas semanas, y el brillo delator de la traición recorrió su cuerpo con tanta intensidad, que hasta ella lo percibió.

Unos suaves golpes en la puerta la sacaron de sus tristes recuerdos. Sacudió los malos pensamientos y se centró en el presente. Carraspeó con fuerza antes de preguntar.

—¿Quién es?

—Mi reina, soy Mary Seton, necesito hablar con vos.

El plan comenzaba a desarrollarse tal y como las tres habían conjurado. Con voz fuerte dio permiso a su doncella personal para que entrase mientras tomaba en brazos al niño cambiado. La puerta se quedó abierta, aunque quienes estaban en la antesala no podían ver más allá de Mary.

—¿Qué ocurre, Mary?

—Agnes, la nodriza del príncipe, ha tenido un accidente. La han llevado con rapidez al médico, pero no creo que esté en condiciones de amamantar al pequeño. Por eso hemos pedido que venga una sustituta. —La voz fuerte de Mary Seton llenó la alcoba.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Es muy grave? —La reina dio a su voz un tono preocupado, aunque nada fingido.

—No creo, pero estará un tiempo sin poder coger al príncipe. En todo caso, no os preocupéis, mi reina, porque Agnes es fuerte y

seguro que el doctor sanará sus quemaduras.

—Gracias a Dios, Jacobo está recién comido y no pasará hambre hasta que llegue la nueva nodriza —respondió María Estuardo en voz alta y clara.

—Mi reina, debo marchar —dijo Shannon, preocupada por el movimiento del príncipe bajo su *plaid*—. No quiero hacer esperar a mi escolta.

—Lo siento, lady Shannon, parece que las desgracias nunca vienen solas —contestó la regente en voz alta mientras se asomaba con el niño en brazos—. Hoy pierdo a una de mis damas y mi príncipe se queda sin nodriza. —Dejó salir un suspiro exagerado y miró a las Marías sentadas junto a la ventana.

—Si me necesitáis, puedo alargar mi estancia, solo dejadme que avise a mi escolta.

—¡Nada de eso! Tengo junto a mí a mis inseparables damas —sonrió con simpatía a sus damas—, estoy segura de que entre todas podremos solucionar este percance.

Shannon sonrió a su reina y se inclinó para rendir pleitesía ante la mano que le ofrecía. Con lágrimas en los ojos lanzó besos a Mary Fleming, Mary Beaton y Mary Livingston. Mary Seton se abrazó a ella con cuidado y besó sus mejillas.

—Te echaremos de menos, Shannon. —Mary Seton se apartó de la muchacha mientras limpiaba las lágrimas de sus ojos.

Sin mirar atrás, salió de las habitaciones de la reina cuidando de cubrir su cuerpo con la capa, ante la extrañeza de quienes se cruzaban con ella.

—¿Habéis visto que no se ha quitado el manto? —dijo Mary Livingston en voz alta.

—Es cierto —Mary Beaton tomó la palabra—, y eso que estamos a mediados de julio y no hace tanto frío.

—Bueno, su modestia y vergüenza han hecho que se cubra. —La reina pensó con rapidez—. Según me contó, estuvo atendiendo a varios niños enfermos en el orfanato antes de venir a despedirse.

—Esa es una falta de respeto muy grande —Mary Fleming se acercó a la reina—, debería haberse cambiado antes de presentarse

ante vos —negó con la cabeza—. Estos MacLeod no aprenden nunca.

—No seas mala —Mary Seton salió en defensa de su amiga—. Shannon es una dama muy educada y piadosa, solo su amor por el prójimo le hacen cometer esas pequeñas faltas.

La reina asintió y sonrió con benevolencia a Mary, después le tendió al príncipe y le pidió que lo acostase en su cuna. A ninguna de las Marías le sorprendió esa petición, más aún, teniendo a la nodriza enferma y en espera de que llegase su sustituta. La dama de la reina miró con asombro al infante y reconoció que se parecía mucho al príncipe, pero para evitar suspicacias habían decidido, que, en unos días, no dejarían acercarse a ninguna de las damas al niño. Por esta razón, habían cambiado de nodriza, para que nadie dudase de la identidad del príncipe al efectuar el intercambio.

La reina, nerviosa, se sentó junto a la ventana mientras las tres Marías retomaban sus bordados y reían. El corazón le latía con rapidez. Un ligero temblor en las manos la hizo ocultarlas, mientras miraba el paisaje con nostalgia y se tragaba las lágrimas por saber a su hijo lejos de ella. Entendía que era lo mejor, que había empezado su plan de escape, y sin darse cuenta, comenzó a rezar para que todo saliera como habían organizado.

En unos días, Shannon estaría de camino a Francia con Jacobo. Allí su tío, el Conde de Guisa, los protegería y daría su ayuda. Entonces ella escaparía de su propia tierra con el fin de poder reunir de nuevo los apoyos necesarios, y así enfrentar a su medio hermano, el Conde de Moray, y callar de una vez la voz de John Knox. Tenía sus dudas sobre el apoyo de la reina viuda, Catalina de Medici, pero una vez en Francia, esperaba poder convencerla. Después de todo, fue la misma regente, quien le dijo que hiciera lo necesario para poner orden en Escocia. Ahora, con un heredero, le sería muy difícil negar su apoyo, y menos cuando lo que querían ambas era derrocar a Isabel del trono de Inglaterra. María Estuardo vio dos caballos a paso lento saliendo por los jardines del palacio, que tomaron el camino hacia la Royal Mile. Centró su mirada en ellos mientras sus cabezas se perdían por la pendiente, y volvió a rezar pidiendo fuerzas para continuar con lo acordado.

Capítulo 2

Shannon cabalgaba despacio junto a Bohan. Lo conocía desde niña, aun así, no se atrevió a incluirlo en sus planes. No podía ponerlo en esa tesitura y sabía que era un guerrero de honor, por lo que su lealtad al clan siempre estaría por encima de todo. Notó que el príncipe se removía en su refugio, recitó una plegaria para que se durmiese y no se pusiera a llorar ahora, de lo contrario, se desbarataría todo el plan. Se giró hacia su guardián, y carraspeó llamando su atención.

—Bohan, necesito detenerme. —Lo miró con simpatía.

—¿No puedes esperar?

—Lo siento, te prometo que seré muy rápida. —Sin darle opción a hacer nada más, se bajó con agilidad del caballo y se dirigió a la maleza junto al camino en busca de intimidad.

Cuando se cercioró de que no la había seguido comenzó a rastrear a su cómplice. Una mano le tapó la boca mientras la tomaban por la cintura, solo al ver quien era se relajó y asintió con la cabeza. El hombre la miró sonriendo y esperó a recibir el paquete, al mismo tiempo que ella observaba con ansiedad a un lado y a otro. Shannon se desprendió del *plaid* que sujetaba al niño, y con cuidado de no despertarlo, se lo entregó al guerrero. Pudo ver en sus ojos una expresión de amor, que satisfizo todos sus miedos.

—¿Dónde está Janet? En poco tiempo le toca comer y no quiero que su llanto alerte a mi custodio.

—Se ha quedado en la carreta descansando. Ha sido un largo camino para ella y todavía no está recuperada del todo.

—Lo siento, Iain, lamento haberos pedido esto y entenderé que os echéis para atrás.

—No lo hagas, prima. De esta forma, ella se sentirá útil y olvidará lo que sucedió, o al menos, disminuirá su dolor. Estoy seguro de que cuando lleguemos a Francia estará por completo recuperada, y esto es solo un pequeño favor por tu ayuda en nuestra nueva vida.

—Ruego a Dios para que bendiga de nuevo vuestro matrimonio. —Abrazó al hombre y se apartó un poco—. Me reuniré con vosotros en tres días en la posada del zorro.

—Allí estaremos. —Se acomodó el niño en el brazo—. Gracias por esta oportunidad.

—Vete ya, no quiero que Bohan nos descubra.

Observó al hombre perderse entre las sombras y regresó junto a su caballo. El guardián la estaba esperando nervioso. Fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y negó con la cabeza al tiempo que la ayudaba a subir a su silla de amazona. El sol apenas se vislumbraba entre las nubes que cubrían el cielo dándole un aspecto pesado como el plomo. El olor del brezo hizo suspirar a Shannon con fuerza y Bohan se giró hacia ella.

—¿Te ocurre algo?

—No, es solo que extrañaré mis días en la corte de María.

—Todavía puedes recuperar tu puesto. Creo que has tomado una decisión precipitada —frunció el ceño—, cuando el MacLeod se entere, se pondrá furioso.

—Lo sé, pero no puedo cambiar lo que siento. Dios me ha llamado y no es cuestión de decirle que no.

Shannon cruzó los dedos dentro de su capa, pidiendo perdón por la mentira que había tejido con el fin de ayudar a su reina. Era lo menos que podía hacer para compensar la traición. Su padre, el *laird* MacLeod de Dunvegan, había hecho que ella entrara como doncella de la reina, solo para que la espiara. Al principio dio parte de todo lo que sucedía en la corte, pero cuando lord Darnley se confabuló con lord Argill y Glencairn para asesinar a Rizzio, delante de la reina y ella misma, sintió romperse su lealtad malentendida hacia su padre. Al ser la más pequeña de sus hermanos, nunca recibió nada de él, sin embargo, cuando le anunció que sería dama de la reina, sintió que los años de indiferencia y dejación habían quedado atrás. Qué

ilusa fue. Su padre le advirtió al mismo tiempo que debía pegarse a la reina e informar de todo cuanto aconteciera. Al principio lo hizo por sumisión, pero cuando se dio cuenta de que María Estuardo y sus damas la acogieron con cariño y respeto, empezó a sentir remordimientos por su traición.

El nueve de marzo, durante la cena en Holyrood, mientras lord Darnley sujetaba a la reina embarazada para que no interviniese en el asesinato de Rizzio, vio la verdad de lo que ocurría en la corte. Las conjuras, engaños y espionajes a los que estaban sometiendo a María, así que decidió dar un giro a su vida. Esa noche se postró ante su monarca, y en la intimidad de la alcoba real, confesó su falta. Pensó que la desterrarían. Nada más lejos de la verdad, pues la reina perdonó su traición. Con este simple hecho se ganó su lealtad incondicional.

—Solo espero que MacLeod acepte tu decisión.

Ella asintió con la cabeza, incapaz de hablar sin delatarse, bastante malo era traicionar a su padre como para añadir más personas en su caída hacia la desgracia. El manto rojo del brezo llamaba la atención y convertía el camino en una explosión de color muy difícil de ignorar. El ruido de caballos al trote los puso sobre aviso. Bohan se posicionó delante de ella dejándola a un lado mientras su mano agarraba con fuerza la *claimore*. Shannon se quedó en tensión y miró con miedo el camino delante de ellos. No tuvieron que esperar mucho, ya que un grupo de jinetes se acercaba con rapidez donde estaban. Al ver los colores del tartán, el guerrero se tranquilizó, pero no bajó el arma. Al llegar a su lado el grupo se detuvo, y la muchacha reconoció a los *highlanders,* dado que formaban parte de la guardia personal de su padre.

Por un momento sintió miedo, si había descubierto su doble juego el castigo sería enorme. No lo dudaba, su padre nunca tuvo misericordia con nadie, y con ella no haría una excepción.

Tragó saliva mientras se erguía en el caballo.

—Lady Shannon —Dougal, la mano derecha de su padre habló con voz potente—, nos envía el *laird* MacLeod para escoltarte a su presencia.

—¿Mi padre está aquí? —preguntó confundida. El guerrero asintió negándose a hablar con la muchacha, no le gustaba la misión que le había encargado su señor. No se dejaría convertir en niñera de nadie, y menos de la hija más pequeña del *laird*.

—¿Qué ocurre Dougal? ¿Por qué habéis venido? —Bohan se adelantó para estrechar el brazo de su compañero y jefe.

—Eso tendrás que preguntárselo al jefe, nosotros solo tenemos que escoltaros hasta el palacio de Dalkeith.

—¿Es allí donde está mi padre? —Shannon miró confundida a ambos guerreros que se observaban sin disimulo.

—Es lo que he dicho, ¿acaso has perdido el oído en la corte, niña? —dijo con rabia el *highlander* mientras se daba la vuelta y hacía gestos a sus hombres para que rodearan a la muchacha.

No hubo más explicaciones, se puso en cabeza del grupo y comenzó la marcha. Shannon miraba nerviosa al jefe de guerra de su padre y le daba mil vueltas a su presencia allí. Un mal presentimiento se le prendió en el estómago, no podía dejar de sentir miedo por la incertidumbre. El viaje del *laird* tan lejos de Dunvegan la inquietaba y atemorizaba a partes iguales. No temía lo que le pudiera ocurrir, ya estaba acostumbrada a sus golpes, pero ahora había más vidas en juego y, sobre todo, de ella dependía, que el plan de María Estuardo tuviera buen fin.

Los guerreros impusieron un ritmo brutal sin importar que los acompañase una dama. Shannon sabía que no podía quejarse si no quería aumentar la ira de su padre y, aunque empezaba a sentir dolor en la pierna que se enganchaba a la silla de amazona, se negaba a delatar su debilidad. Bohan la miraba de reojo de vez en cuando, sabía que estaba sufriendo, por ello se decidió a dar la voz de alto.

—Paremos a dar de beber a los caballos —disimuló sin mirarla—, no quiero perder mi montura por el ritmo que habéis impuesto.

Dougal se volvió hacia él y gruñó tan alto que la muchacha se estremeció de miedo, pero se recompuso de inmediato para apoyar a su guardián.

—Bohan tiene razón, no podemos permitirnos perder nuestras monturas.

—El *laird* nos espera, y sus órdenes fueron llevaros de regreso con rapidez.

—Oh, ¡vamos, Dougal!, solo serán unos minutos. Si el MacLeod se queja por la tardanza, puedes echarme la culpa. —Bohan sonrió intentando buscar su simpatía.

—Eso por supuesto, nenaza. —El guerrero soltó una carcajada y sus hombres lo secundaron—. Informaré al *laird* de todo.

Bohan apretó los dientes, se bajó del caballo y se dirigió a Shannon para ayudarla a descender del equino. Ella le agradeció con una sonrisa trémula y comenzó a andar con su caballo a la vera del camino. De esta forma, podía darle un poco de agua de la cantimplora que le ofrecía su guardia. Los guerreros miraban inquietos el sendero, en constante alerta. Eso extrañó a la muchacha que no entendía su aspereza para con ella, y mucho menos, su insistente estado de alarma como si les siguieran y estuvieran en peligro. Después de unos minutos, Dougal emitió un silbido, y con un gesto, les dijo que debían volver a montar. Antes de acomodarse del todo en el caballo, Shannon vio como uno de los guerreros daba una palmada a su montura. Si no hubiera estado agarrada a las bridas, habría caído, y al escuchar la risa del hombre a sus espaldas, estuvo segura de que esa era su intención. Con toda la dignidad que su madre Julia Maclean le inculcó desde niña, siguió el trote rápido que los guerreros le imponían. Temía llegar ante su padre, la urgencia con que la había hecho llamar y el camino hasta el palacio, era la única tregua que tendría.

Llegaron cuando el sol empezaba a saludar a la noche. En las caballerizas se quedaron varios guerreros con los caballos y a ella la arrastraron hasta el palacio sin mucha ceremonia. Escuchó abrirse el gran portón de entrada, al mirar, lo vio allí de pie. Su gesto serio y adusto le provocó el mismo miedo que cuando era pequeña y se escondía en la sala de costura con su madre. Sacó fuerzas de su interior y lo saludó, antes de añadir otra ofensa que propiciara su castigo.

—Hola, padre. —Inclinó la cabeza con sumisión, aunque lo que quería era mirarlo a los ojos y ver lo que estaba tramando.

—Llegas tarde. Tendrías que estar aquí hace mucho. —La voz del *laird* se escuchó con fuerza por todos los que estaban allí.

—No debí dejar solos a mis hombres para traerte ante mi presencia.

—Lo siento, padre. No sabía que estaba cerca de Edimburgo. De otra forma habría pedido permiso a la reina. —Las palabras salieron atropelladas mientras su mente daba vueltas a todas las posibilidades que se le ocurrían para la presencia del MacLeod.

El *laird* soltó un eructo y guiñó los ojos en busca de insumisión en la mirada de su hija. Al no ver nada se dio la vuelta y, sin hablar, esperó a que le siguieran todos. Shannon dejó salir despacio un suspiro y, cabizbaja, acompañó a su padre sin mirar atrás, no sin antes comprobar que Bohan estaba detrás de ella. Sabía que no podía contar con su ayuda sin ponerlo en peligro. Después de pasar por un amplio vestíbulo entraron a una habitación recogida y varonil, era un despacho con una gran mesa de nogal en el centro y dos sillas pequeñas frente a ella. Su padre se había sentado en el sillón, después se inclinó hacia adelante indicando uno de los asientos a Shannon. Detrás de él, el verde de la campiña se perdía entre los grandes olmos que circundaban la explanada y se vestían de rojo con los rayos del sol en descenso. El carraspeo a su espalda la trajo a la realidad.

—Mi *laird,* no esperábamos su visita —dijo Bohan sin miedo.

—¿Desde cuándo tengo que informarte de mis viajes? —contestó malhumorado el MacLeod.

—No quise decir eso. —Se puso firme—. Si hubiese sabido que venía, habría estado más atento para acelerar nuestra llegada antes.

—¿Seguro? —Se le escapó una sonrisa malvada que erizó el vello de la muchacha—. Dejémonos de charlas —miró a Shannon—, como has demostrado tu inutilidad para sacar información en la corte, he decidido aprovechar una oportunidad que me han dado.

—¿A qué se refiere, padre? —Shannon olvidó su pose sumisa y lo miró sin miedo a los ojos, prescindiendo de años de sumisión.

—James Douglas, conde de Morton, ha hecho una propuesta de matrimonio y he aceptado.

—¡No! —Shannon se negó con un grito de furia.

La respuesta no se hizo esperar, Tormod MacLeod golpeó con fuerza a su hija. No se conformó con un solo bofetón, con rabia volvió a golpear la otra mejilla sin hacer caso de las quejas que se escuchaban, ni el barullo que se removía entre sus hombres. Shannon cayó de rodillas ante la fuerza del último golpe. Quería levantarse, pero sabía que, si lo hacía, su padre enfurecería aún más. Vio su sangre gotear sobre la costosa alfombra y sujetó la nariz con la mano para contener la hemorragia. No lo vio venir, la patada en sus costillas la tumbó y se encogió mientras intentaba protegerse de los golpes, que sin piedad le llegaban. No se atrevía ni a abrir los ojos. El dolor se apoderó de ella y se dejó llevar por la inconsciencia, a pesar de su lucha por vivir para poder completar su promesa a la reina.

El *laird* volvió a patear la figura inconsciente de su hija, antes de que su fiel jefe guerrero pudiera sujetarlo. Entonces regresó a la realidad, los gritos de Bohan se perdían entre los de sus hombres. Alzó la mirada. Y al volverse hacia ellos, les urgió con furia.

—¡Soltad al traidor!

Se colocó en posición defensiva y cuando vio al guerrero venir hacia él, sonrió con malicia. No sucedió nada, pues Dougal se interpuso entre ambos, y con los brazos extendidos impidió su avance. Pero no fue suficiente. Ante un gesto del jefe, los guerreros volvieron a sujetar a Bohan.

—Señor, no podéis dejaros llevar por la rabia. —Dougal señaló el bulto encogido de Shannon en el suelo—. Al conde de Morton no creo que le guste casarse con una muchacha golpeada, y si la matáis, el contrato matrimonial se romperá.

—No importa, tengo más hijas —contestó el *laird* mientras recomponía su ropa y notaba la verdad de las palabras de su jefe guerrero.

—Pero el Douglas la pidió a ella, esto podría ponernos en guerra otra vez con ellos.

—Tienes razón. —Dejó salir un suspiro—. Tú —señaló con el dedo a Bohan—, ¿te atreves a oponerte a tu *laird*?

El joven tragó saliva al comprender lo que había estado a punto de hacer. Iba a decir algo, pero Dougal se le adelantó, apretó con

fuerza su hombro para que no dijese nada y comenzó a hablar.

—Él solo quería impedir lo mismo que nosotros*, mi señor.* Lo conozco y sé que lo único que le mueve es la lealtad al clan.

—¿Cómo pretendías detenerme? —preguntó sonriente el MacLeod.

—Mi *laird*, solo pensé en tumbarme sobre ella para que no se arrepintiese después. —Bohan se tragó su orgullo y decidió seguir la declaración de su amigo y jefe guerrero.

Tormod MacLeod asintió satisfecho con la cabeza, y al mirar el bulto de su hija en el suelo, sintió por un momento remordimientos. Pero no podía flaquear en sus decisiones ante sus hombres, por lo que con gesto duro se dio la vuelta y, sin volver a mirarla, se sentó en el sillón.

—Llevadla a su cuarto y que la atienda un médico, yo hablaré con James Douglas.

Bohan cogió en brazos con cuidado a Shannon, y precedido por Dougal, salió del despacho. Se veía tan pequeña y frágil que le dieron ganas de volver a dentro y golpear al *laird. A* pesar de lo que dijo, su lealtad no incluía maltratar mujeres. Solo con este acto de hoy, tomó la decisión de abandonar el clan. Su mente ofuscada todavía con lo ocurrido tramaba planes de venganza. Entró en el cuarto que le abrió Dougal y dejó con cuidado a Shannon sobre la cama. La voz lastimera de ella le rompió el corazón y tuvo que contenerse para no bajar a golpear al MacLeod.

—Ni lo pienses, chico, solo conseguirás que te mate. —El guerrero apretó su hombro con comprensión—. Mandaré llamar al médico.

Salió de la habitación con pasos lentos, y al mirar atrás, vio que el joven se sentaba en la cama con ella. Siempre pensó que esos dos tenían algo, verlos juntos así corroboró sus pensamientos. Eso no era nada bueno para ninguno de ellos, pues si el *laird* se enteraba, a él lo mataría y a ella… En fin, nunca había tenido opción alguna.

Capítulo 3

Iain observó a Janet amamantar al pequeño, y sus ojos se volvieron acuosos recordando al niño, que solo unos días atrás, había muerto mientras dormía. Al principio tuvo sus dudas cuando su prima Shannon, le propuso que su esposa se convirtiera en nodriza de un bebé para llevarlo a Francia. Pensó que ella se negaría, pero al acceder, le hizo ver la posibilidad de un futuro mejor en otro país, lejos de intrigas e ingleses. Aceptó la idea como suya, y ahora se emocionaba al ver la luz regresar a la mirada de su bella esposa. No debía encariñarse con el niño, pues sabía que el infante viajaba a Francia para quedar al cuidado de sus parientes. Pero ¿cómo no hacer tal cosa?, más aún después de su reciente pérdida.

—¿Qué piensas? —Janet lo miraba con fijeza mientras tapaba el pecho del que había comido el pequeño.

—Solo admiraba a mi hermosa mujer. —Sonrió con picardía mientras le guiñaba un ojo.

—Zalamero. —Rio ella.

La risa hizo sonreír aún más a Iain que se acercó a su esposa con pasos lentos, se agachó y, sin decir nada más, la besó. Pretendía que fuera solo de cariño, pero la necesidad que tenía de sus labios le hizo profundizar el simple óculo hasta hacerla gemir. Se apartó con cuidado mientras ella miraba sus ojos oscuros de pasión. El niño se removió inquieto en los brazos de Janet y los devolvió a la realidad.

—Estamos a una hora de la taberna, será mejor que nos pongamos en marcha si no queremos que nos sorprenda la noche.

Iain ayudó a subir a su esposa a la carreta y dejó salir un suspiro mientras acomodaba su *sporran* sobre su *kilt* para ocultar su excitación. No es que le importase que le viese en esas condiciones, pero sabía que ella había sufrido mucho y no quería forzarla a nada.

El lento trote del caballo mientras tiraba de la pequeña carreta dejaba a su paso la hojarasca marchita por sus pisadas. Ambos miraban al camino atentos a cualquier ruido, ya que la zona se estaba volviendo cada vez más peligrosa con las incursiones de los clanes de las Lowlands y los ingleses. Al llegar a la cima de la pendiente pudieron ver el valle a sus pies, la pequeña aldea se veía acogedora, pero más aún el hecho de poder descansar a cubierto en una cama.

Ambos se miraron sonrientes y descendieron las pocas millas que les separaban de su destino. La posada del zorro era como tantas otras que circundaban el camino hacia el puerto de Leith. Su fachada de piedra gris se confundía con el entorno, o tal vez fuera la oscuridad que comenzaba a ganar al sol. Las pequeñas ventanas se veían torcidas en la distancia, y junto a ella, el granero que servía de cuadra estaba abierto todavía.

Iain ayudó a su esposa a bajar y miró al muchacho en la puerta. Después de asegurarse que estaban bien ella y el niño, se acercó al jovenzuelo y le dio una moneda de cobre.

—Cepilla con cariño el caballo, ha hecho un largo camino. Y no se te olvide darle heno fresco.

Cogió el hatillo de ropa del carro y tomó de la cintura a su esposa para dirigirse a la puerta de la posada. Miró a Janet con dulzura, y le cedió el paso al interior ruidoso. El local estaba lleno de parroquianos, y por la forma en que los miraron, todos eran de la zona. No quería llamar la atención, saludó con la cabeza y cuando vio que perdieron el interés en ellos, se dirigió al tabernero. Ahora empezaba la espera. No sería fácil, pero debían aguardar la llegada de Shannon. Le había prometido que, como mucho, en tres días estaría con ellos para tomar el barco a Inverness, y de allí a Francia, donde una nueva vida, y la esperanza de un futuro mejor los aguardaba. Dolía dejar su tierra, pero sin clan ni ayuda, le resultaba muy difícil mantener a su pequeña familia.

Capítulo 4

Bohan miró a la muchacha dormida, había entrado sin llamar. Sabía que no era correcto, pero después de la marcha del doctor, quedó claro que Shannon no podría levantarse en unos días. Se centró en su adorable rostro lleno de hematomas y tuvo que apretar los puños para no dejarse llevar por la rabia. El MacLeod había cruzado una línea infranqueable.

Solo por eso, comenzó a trazar los planes para ayudar a su señora a escapar del destino que le había preparado su brutal padre. Le dio una paliza por negarse a casarse con el Douglas, pero ¿cómo no lo iba a hacer?, si Tormod era cruel, el otro no se quedaba atrás. Eso unido a la enemistad que siempre habían tenido ambos clanes, le daba a entender que ocurría algo mucho más oscuro detrás de ese contrato matrimonial.

Shannon se removió incómoda y dejó salir un quejido lastimero, Bohan se sentó a su lado y esperó que ella abriese los ojos. Sus largas pestañas se movían con rapidez mientras recuperaba la realidad que la envolvía. Intentó levantar un brazo y el movimiento le provocó náuseas.

—Será mejor que no te muevas mucho, el doctor dijo que debías recuperar fuerzas antes de salir de la cama.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —preguntó Shannon con miedo.

—Apenas un día y, por indicación del doctor, te hemos dejado descansar.

—Esta vez mi padre se ha pasado —gruñó la chica en un susurro, pero él la escuchó.

—No te preocupes, yo te ayudaré a escapar —le dijo al oído.

Ella se sorprendió al escuchar la firmeza de su comentario. Lo miró a los ojos con miedo y esperanza a partes iguales, todavía le dolían los golpes, pero lo que más temía era el matrimonio pactado por su padre. Ahora más que nunca necesitaba huir. Por fortuna todavía estaba a tiempo de alcanzar a Iain y Janet. Pensó que fue una suerte que la reina la incluyera en el plan para sacar al príncipe de la corte escocesa, con ello no solo salvaría al niño de los conspiradores, ella misma se libraría de un matrimonio pactado.

—Iain y Janet me esperan en la posada del zorro —susurró arriesgando el plan de la reina, pero necesitaba la ayuda de Bohan.

—Te llevaré con ellos. —Apretó su mano para darle seguridad—. Déjame preparar la huida y, cuando te encuentres mejor, nos marcharemos. Puede que en unos días.

—No. Como muy tarde tenemos que irnos mañana, ellos solo me esperarán tres días y ya ha pasado uno.

—No puedes apenas moverte, es imposible que montes a caballo, y mucho menos que llegues a esa posada.

—Lo conseguiré. Tú prepara las cosas para esta noche, así podremos ir a un ritmo más pausado mientras me recupero. Después Iain y Janet me llevarán en carro y terminaré de sanar mis heridas.

—Lo intentaré, pero tú no dejes ver que estás despierta, por si tu padre hace venir al Douglas.

Ella asintió con la cabeza, le dio un apretón a su mano, después, se dejó vencer de nuevo por el sueño y no escuchó la puerta cerrarse. Bohan seguía dando vueltas a la fuga en su cabeza. Debía ser a caballo, no había otra opción, pero dudaba que ella pudiera mantenerse en el animal por mucho tiempo. Salió del palacio y fue a las caballerizas, necesitaba mirar las monturas disponibles, elegir las que mejor estaban y, de camino, poner algunas trabas al resto de caballos. En cuanto se dieran cuenta de que Shannon había huido saldrían a buscarlos, por lo que necesitaban una ventaja. Miró al gran caballo de guerra del MacLeod y sonrió con picardía. No solo le privaría de su hija, también le quitaría su montura más preciada de la que tanto presumía. Además, en caso de necesidad podría subir a

Shannon, y el enorme animal no tendría problemas en llevarlos a ambos.

Satisfecho, salió de la cuadra sin mirar a nadie. Al llegar al jardín descubrió a un lado varias plantas de cardo, la flor de Escocia. La idea le hizo reír a carcajadas sin poder evitarlo. Continuó caminando de vuelta al palacio y no se dio cuenta de que Dougal lo miraba desde la sombra de un abeto. Si se hubiera percatado tal vez habría cambiado de planes.

Entró a las cocinas en busca de comida y a la vez ver si podía esconder algo para el camino. Aunque el trayecto fuera corto, siempre podrían surgir inconvenientes. Estaba perdido en sus pensamientos cuando sintió el pellizco en el brazo.

—¡Auch! Muchacha, deberías tener cuidado con quien te metes. —De pronto, una idea le vino a la mente y sonrió con picardía—. Por suerte soy un guerrero con paciencia y no tomaré represalias.

Le guiñó un ojo y la cogió de la cintura, mientras su plan iba cobrando forma y fuerza, la atrajo hacia su pecho, y delante de todos, comenzó a besarla con pasión. La chica se sintió eufórica al conseguir la atención del apuesto guerrero y se restregó con él, sin importarle que los estuviesen observando.

—¡Moira! Deja al muchacho y sigue con el puchero, los hombres no pueden esperar por su comida. —La cocinera apuntó a Bohan con la cuchara de palo—. Y tú, guapo, deja esas cosas para la noche cuando la moza haya cumplido con sus deberes.

—Lo siento. —Se encogió de hombros y soltó a la chica, pero no antes de hacerle su petición—. Prepara una cesta con comida y esta noche la disfrutamos detrás de las cuadras —le dijo en un susurro y le guiñó un ojo en señal de promesa.

La moza de cocina se separó de él con una sonrisa mientras asentía y se afanaba en revolver el caldero para que no se pegase la comida. Bohan tenía un plan y tomaba forma a cada minuto.

Las cosas saldrían bien, estaba seguro. Esa noche libraría a Shannon de la tiranía del MacLeod.

No sabía qué haría después, desde luego no podía regresar al clan, fue entonces cuando decidió irse con ellos. Allá donde fueran, necesitarían un guerrero más.

Bohan se acercó con cautela a las caballerizas, se pegó a la pared y recorrió el exterior en busca de Moira. Al doblar la esquina la vio, estaba sentada con la espalda apoyada en el árbol del fondo, sus frondosas ramas impedían ver el palacio de Dalkeith. Corrió hacia ella, y le sonrió mientras la ponía en pie y la besaba con ganas. Cuando se separaron ambos respiraban agitados y sus miradas se oscurecieron. El guerrero se recompuso la ropa y sonrió a la muchacha que lo observó sin saber qué hacer. Él puso un dedo en sus labios, luego cogió la cesta que la chica había dejado en el suelo, tomó a la muchacha de la mano, y tiró de ella para que lo siguiera. Entraron en la caballeriza, y en silencio fue hasta el compartimento del fondo donde el enorme caballo de batalla piafaba nervioso al verlos acercarse.

—Aquí no podemos comer, huele fatal —dijo Moira tapándose la nariz.

—No te preocupes, antes de alimentarnos tenemos que hacer algo.

Le guiñó un ojo con picardía, dejó en el suelo a un lado la cesta, después se giró y se entretuvo en saborear los labios de la chica, y así tranquilizarla.

—¡Este no es lugar para eso!

Ambos se volvieron sorprendidos hacia el encargado de las caballerizas, el viejo Laclhan los miraba con mala cara. Bohan cogió a la chica de la mano y salió de allí, no sin antes dejar un suspiro exagerado al pasar junto al viejo, que no pudo más que soltar una sonora carcajada.

—Muchacho, en una hora iré a cenar, si quieres puedes cuidar el establo mientras, para que nadie moleste a los caballos. Volvió a reír y se fue al fondo a comprobar como estaban los animales.

Satisfecho, Bohan se dirigió a la puerta trasera del palacio. Sin embargo, la chica se resistía y no se dejaba arrastrar. Él se volvió, y con cara de disculpa, se abrazó a ella.

—Vamos a ver cómo está lady Shannon y hacemos tiempo para que se vaya a cenar Laclhan. —Le dio un beso en la nariz—. Yo no puedo subir a las habitaciones, solo soy una ayudante de cocina.

—Pero sabes sanar heridas, ¿verdad?

—Si no son muy graves. —Lo miró dudosa—. Creí que el médico era quien la atendía.

—Sí, no obstante, hay que hacerle curas nocturnas, y he pensado que tú podrías ayudar en eso. —Le dedicó su mejor sonrisa.

—Está bien, espero que no me regañen por esto.

Atravesaron el caos de la cocina donde todos se afanaban en preparar las bandejas y servir la cena en el salón. La cocinera vio a Moira y la cogió de la mano reteniéndola, pero Bohan le explicó con rapidez que Shannon la necesitaba. No le dio opción a negarse, salió con celeridad de la ruidosa estancia esquivando a varios sirvientes cargados y tomó las escaleras de servicio para llegar a la planta donde estaba recluida Shannon.

Delante de la puerta un guardia se mantenía erguido, al verlos llegar, sonrió. Bohan le explicó que debían curar de nuevo a la hija del *laird* y no le sorprendió que les abriera la puerta. En el centro de la habitación se situaba la gran cama con dosel. Al principio pensó que no había nadie allí, pero el movimiento de las sábanas descubrió a la muchacha.

—Hola, milady, venimos a curar sus heridas como dijo el doctor.

—Bohan, ¿que…? —se calló al ver a la sirvienta que lo acompañaba.

—Esta es Moira, que se ha prestado a ayudarnos. —Le guiñó un ojo y se giró hacia la joven—. Trae esa jarra de agua para lavar las heridas. —Señaló al fondo de la habitación el aguamanil.

—¿Por qué la has traído? —cuchicheó Shannon intrigada.

—Ella ocupará tu lugar —le contestó en susurros antes de que la chica se acercara a ellos de nuevo.

Moira limpió con delicadeza las heridas de Shannon. Le temblaban las manos, pero, aun así, enjuagó los labios rotos con cuidado de no levantar la costra. Luego repitió el proceso con una pequeña herida en la mejilla izquierda.

—Espero que no se le quede marca de la lesión —dijo sin pensar.

—No te preocupes, Moira, a mí me da igual. —Se encogió de hombros.

—Pero con la cara tan linda que tiene, sería una lástima que la afease una cicatriz. —Intentó sonreír a la dama para darle confianza.

—Gracias por tus cuidados y preocupación. —Alzó la mirada y vio a Bohan descargar un golpe en la parte trasera de la cabeza de Moira—. ¿Por qué has hecho eso?

El guerrero sujetó a la muchacha desvanecida con cuidado y la tumbó en la cama. Despacio comenzó a desatar el corpiño ante el horror de Shannon que le sujetó las manos.

—No puedes aprovecharte de la muchacha. ¿Por qué la has golpeado?

—Necesitamos que alguien ocupe tu lugar en la cama, para que tarden más tiempo en descubrirnos y salir a buscarnos. Además, si puede enseñar el golpe la librará de sospechas.

—Pero no tenías que agredirla. —Miró con lástima a la joven.

—Tienes que vestirte con sus ropas, de lo contrario no podremos salir. —Siguió desnudando a la sirvienta, pero Shannon le sujetó las manos.

—Yo lo haré. No quiero que ultrajes a la pobre chica mientras no se puede defender.

—No le voy a hacer nada, y si te preocupa su pudor, lo haré con los ojos cerrados. —Sonrió como un niño.

—Date la vuelta, yo me encargo. —Se rio ante el descaro del guerrero, pero no dejó que siguiera desnudando a la muchacha inconsciente.

Con dificultad, Shannon le quitó el corpiño, la camisa y la falda, se puso su propia ropa interior y comenzó a vestirse. Los movimientos eran lentos, pues el dolor de sus músculos maltratados no le daban un respiro. Bohan escuchaba sus pequeños quejidos mientras apretaba los dientes. Sintió ganas de salir en busca del MacLeod y golpearlo hasta dejarlo sin sentido.

—Ya está. —Shannon cubrió con la sábana a la muchacha.

—Espera, no podemos abandonarla así.

El guerrero se acercó, y con una cuerda que sacó de su *sporran,* ató las manos y los pies de Moira, después rasgó un trozo de sábana y con él le tapó la boca. Los párpados de la chica comenzaron a moverse, y él acercó su cara a la de ella en espera de que despertase del todo. Al verla mirar con miedo a su alrededor, se puso un dedo en los labios para pedirle silencio.

—No te voy a hacer nada, necesitamos escapar y no quiero que te culpen de habernos ayudado. Por eso te golpeé, así tendrás un chichón que demuestre tu falta de colaboración. Además, te he atado para que no duden de ti, solo espero que no te descubran hasta mañana. Mientras tanto, descansa y duerme.

Le dio un beso en la frente y tomó la capa de Shannon, que estaba sobre el baúl a los pies de la cama, hizo un lío con ella y metió dentro el traje de montar. Después lo ocultó con su propio *plaid* desplegado y se volvió hacia Shannon, que esperaba agarrada a uno de los postes de la cama. Al verla tan pálida y llena de moratones, pensó que sería imposible que saliera por su propio pie. Ella vio las dudas en su cara y se adelantó hasta él con pasos lentos.

—Lo conseguiré, no te preocupes. —Se despeinó un poco el moño que se había hecho sacando mechones de pelo y así ocultar su rostro.

—Cuando salgamos, baja la cabeza. De esta forma, esconderás la cara. —Miró cómo se le ajustaba el vestido de la moza y chasqueó la lengua—. Te queda un poco grande.

Ella observó su ropa hacia abajo y corroboró que apenas llenaba el pecho, así que intentó ajustar de nuevo el corpiño exterior, pero no tenía fuerza para tirar de las cintas. Bohan se acercó, y sin decir nada ajustó la prenda todo lo que pudo. Así disimulaba la escasez de pecho. Menos mal que era de noche y no se encontrarían a mucha gente por los pasillos, porque si alguien la contemplaba despacio, se daría cuenta enseguida del engaño.

Oteó por la ventana y vio que apenas había resplandor de luces en la parte baja. Era el momento de escapar de allí. Volvió a la puerta y le hizo un gesto a Shannon, tenía que salir antes que él. El guardia miró extrañado a Bohan que se volvió a observar la habitación.

—¿Cómo está la muchacha? —Su voz ronca sonaba preocupada.

—Se ha quedado dormida, pero se encuentra muy dolorida. —Hizo un leve movimiento con la cabeza para hacer que ella saliera de la vista del guardia—. Espero que descanse toda la noche. Por tanto, os sugiero que no la molestéis con ruidos innecesarios.

—No. Solo entrará quien me releve, y procuraré advertirle. —El guardia asintió al tiempo que hablaba.

—Está toda morada y azul, no creo que pueda dar un paso.

—Mejor no entréis, a no ser que ella os lo pida.

—Eso no es lo que me han ordenado —gruñó el grandullón.

—Como quieras, pero si la despertáis no creo que vuelva a dormirse y tendréis que llamar al doctor.

El guardia asintió con la cabeza, vio como cerraba Bohan la puerta y se puso delante de ella sin volver a mirar a la moza. Lo cual fue una suerte, pues sus pasos lentos la delataban. El guerrero corrió junto a ella y la cogió por la cintura, giró la cabeza hacia el guardia y le lanzó una mirada pícara mientras palmeaba el trasero de la criada, lo que hizo reír al otro. Bohan sufría con cada paso que daba ella, se veía el dolor con el movimiento. En un arrebato la cogió en brazos y sofocó el grito que se le escapó a la chica poniendo sus labios sobre los de ella. Se tropezaron en la escalera con un guerrero que subía medio beodo, pero no tanto como para no reírse ante la escena.

—Muchacho, si necesitas ayuda con la moza, avísame. Puedo enseñarte unas cuantas cosas. —El guerrero echó mano de su *sporran* y rio a carcajadas.

—No te molestes, creo que podré con ello yo solo. —Se carcajeó mientras escondía la cabeza de Shannon en su hombro.

—Bueno, pues te acompaño y comparamos —dijo y después eructó.

—¡Ja! ¡Qué más quisieras! Busca tu propia moza, con esta tengo para toda la noche.

El guerrero siguió su camino, dando bandazos a un lado y a otro, sin dejar de reír con fuerza. Si seguía así despertaría a todos en el palacio, por lo que Bohan decidió correr por si acaso. Atravesó la cocina, casi a oscuras y solitaria, dando gracias por ello. Al llegar al establo vio a Laclhan dormido al fondo, dejó en el suelo a Shannon y le pidió silencio. Con sigilo se acercó al cuidador y sin pensarlo dos veces, lo golpeó en la nuca. El viejo soltó un ronquido y quedó en silencio. Comprobó que respiraba, luego preparó las monturas y ensilló la yegua de Shannon con la silla de amazona. Después, se

aproximó al gran caballo de guerra. El animal piafó con orgullo y Bohan le sonrió, acercándose con lentitud. Había cogido una manzana de la cesta que dejó antes, y cuando el animal aceptó su ofrecimiento, comenzó a acariciarlo mientras le susurraba palabras en gaélico. Shannon no las escuchaba, pero al igual que el animal se sentía atraída por ellas, así que se acercó con pasos lentos hasta el cubículo, se cambió la falda y el corpiño con lentitud, sin perder de vista la espalda del guerrero. Si tenían que huir, lo haría con ropa adecuada para no ser descubierta, y su traje verde era ideal para camuflarse.

Bohan sintió que tenía la confianza del caballo y comenzó a ensillarlo con lentitud. Primero, la manta para cuidar su lomo y después, la silla. Apretó las cinchas y le regaló otra manzana al animal. Al darse la vuelta se dio cuenta de que Shannon estaba detrás de él.

—¿Vas a montar a Diablo?

—Sí, es la única forma de que podamos cabalgar ambos. Él puede llevarnos a los dos sin problema, tú no estás en condiciones de montar todavía. —Acarició al animal de nuevo y lo sacó de la cuadra—. Vamos, te ayudaré a subir. Guiaré a las monturas despacio y en silencio, hasta quedar fuera de la vista del palacio.

Ella asintió y dejó que la subiera al gran caballo, que corcoveó inquieto hasta que él lo acarició, y volvió a convencerlo con palabras suaves. Atravesaron los jardines siempre a la sombra de los árboles que bordeaban la explanada, mientras la luna llena regaba el sendero con sus rayos de plata. Cuando llegaron a la linde del camino y el palacio era apenas una sombra en el paisaje, él montó detrás de ella y la sujetó con cuidado. Luego ató la brida de la yegua al pomo de su silla y comenzó el lento galopar. No se atrevía a acelerar la cabalgada, notaba cómo Shannon se encogía con cada paso, gesto que admiró por su entereza y aguante.

Llevaban un par de horas en el camino, pero no estaban lejos del palacio, ya que mantenían un ritmo muy lento. Bohan pensó que a ese paso se les haría de día y no estarían a salvo. Miró a Shannon que hacía muecas sin decir nada, y cuando iba a hablar, escuchó el galope de caballos. Sin pensar, salvo en proteger a la muchacha,

apretó los flancos del animal y lo conminó a acelerar el trote mientras la yegua los seguía. Shannon comenzó a quejarse con fuerza, el dolor era insoportable. Bohan apretó los dientes y le habló al oído.

—Se acercan jinetes con mucha rapidez. Puede que ya hayan descubierto tu huida y tengo que despistarlos, por ello te dejaré en aquel recodo del camino. Escóndete en los arbustos y en cuanto me deshaga de ellos, volveré a por ti.

No esperó contestación, cuando llegó a la curva bajó a Shannon al suelo. Al ver que apenas se movía, descabalgó y la echó sobre su hombro para después tirarla con cuidado bajo el arbusto. Shannon sintió que todo le daba vueltas, intentó ocultarse en el matorral, pero su cuerpo no podía más. Apenas llegó a escuchar al guerrero, su mente se perdió entre las lágrimas de dolor y la bienvenida inconsciencia.

—Escóndete bien, volveré.

Salió corriendo y montó el gran caballo. Sin mirar atrás puso a la carrera ambos animales alejándose de allí, y rezó para que Shannon se escondiese bien y no se percataran de que había bajado de la montura.

Las grandes zancadas del caballo de batalla devoraban las millas del camino, pero sus perseguidores seguían tras él, podía escuchar los cascos de sus caballos retumbando en la noche. El paso de la yegua se volvió mucho más lento, haciendo ralentizar la marcha del suyo, por lo que, con dolor, desató la brida de la silla y la dejó atrás. Diablo al verse libre de retenciones voló con rapidez, haciendo gala de su portentosa fuerza.

Consiguió recorrer varias millas más antes de notar que el caballo reducía su marcha. Miró hacia atrás y descubrió al grupo que lo perseguía, a la cabeza de todos iba Douglas el negro. Lo reconoció a pesar de la distancia y, sin embargo, no se dejó vencer. Espoleó de nuevo su caballo, pero no consiguió nada, los jinetes cobraron velocidad y lo rodearon sin problemas. Echó mano de su *claymore* y, sin descender de Diablo, se enfrentó a los guerreros que lo acorralaban.

—Baja eso, chico, no queremos hacerte daño. —James Douglas el negro chocó su propia espada con la de Bohan, pero sin hacer fuerza—. Solo quiero a mi futura esposa.

—No sé de qué hablas. —El joven guerrero se hizo el tonto—. Salí a dar una vuelta con Diablo y me asusté al escuchar jinetes, por eso corría.

—¿Por eso llevabas la montura de lady Shannon?

—¿La yegua de Lady MacLeod? Yo no la tengo. —Miró a todos los hombres que le rodeaban e intentó poner cara de extrañeza.

—No mientas. —La *claymore* del Douglas se apoyó en su cuello.

—No miento, solo quería montar el caballo de mi *laird* y…

—¡Odio los mentirosos! —La espada del Douglas hizo un arco en el aire, y sin dar tiempo a Bohan a reaccionar, cortó su mano dejando caer la espada todavía agarrada con fuerza por los dedos del guerrero.

El grito surcó la noche como una señal de alarma para quienes estaban cerca. Los soldados desmontaron y bajaron a Bohan que se sujetaba la mano con horror, mientras la sangre regaba el camino sin piedad. Sintió que se mareaba y sus rodillas se doblaban. En el suelo, arrodillado y débil notó la *claymore* de nuevo en su cuello. No tenía miedo a morir, pero sabía que le había fallado a Shannon, que sería cuestión de tiempo que la encontrasen escondida, y entonces su destino se sellaría. En un alarde de valor miró a los ojos del Douglas con rabia. Sabía lo que tenía que hacer.

—Ya está fuera de tu alcance. Su sangre no bañará este camino ni tu vida, porque se encuentra en un lugar al que ni siquiera James Douglas el negro tiene acceso. —Soltó una carcajada antes de sentir el filo cortar su garganta y la oscuridad de la noche se adueñó de su visión. Su último pensamiento fue para Shannon, esperaba que su sangre la hiciese ponerse a salvo.

—¡Maldita sea! —Dougal saltó de su caballo antes de que este se detuviera—. ¡No tenías que matarlo!

—Él lo quiso así. —El negro limpió su espada en el *kilt* del joven guardián y se volvió hacia sus hombres—. Peinad la zona, la chica no debe andar lejos.

Los guerreros no esperaron a recibir más órdenes, se distribuyeron por el lugar, buscando bajo cada matorral. No tenían cuidado, sus pisadas rompían la hojarasca seca del bosque que circundaba el camino, avisando a cualquier animal de las proximidades, de que invadían su coto de caza.

Capítulo 5

Iain entró en la taberna y observó sorprendido a los guerreros Douglas, que descansaban ocupando todas las mesas. Llevaban tres días allí y no tenían noticias de Shannon, lo cual no era bueno. Además, empezaban a correr rumores en el pueblo, y descubrir al contingente allí corroboraba lo que había escuchado. Sin hacer caso de las miradas que le lanzaron, subió a la habitación donde lo esperaban, Janet y el niño. Esto tenía que hablarlo con ella, no podían seguir allí más tiempo y el plan de huida a Francia parecía haberse perdido.

Llamó despacio a la puerta por si estaba durmiendo el pequeño. No tuvo que esperar mucho, el sonido de la cerradura destrabándose lo hizo sonreír. Janet nunca olvidaba echar la llave, y en cuanto llamaba le abría con rapidez como si estuviese esperando detrás de la puerta. Al entrar vio el pequeño bulto en el centro de la cama y se tranquilizó. Tomó a Janet de la cintura y la atrajo a su cuerpo, hacía mucho que no compartían más que unos suaves besos. La necesitaba. Ver al pequeño dormido en el centro de la cama lo animó.

Sin hacer caso de las protestas de su esposa la cogió hasta conseguir que le rodeara con las piernas. Sus bocas se unieron sin reservas, se reconocieron. Como hacía mucho que no se encontraban, sus cuerpos tomaron el ritmo, que desde tiempos inmemoriales unen al hombre y la mujer. La ansiedad se cobraba su precio y sus propias necesidades hicieron el resto. La respiración agitada de ambos llenaba el silencio de la habitación, y cuando parecía que el mundo se perdía bajo sus pies, sintió que había logrado lo que tantos otros perseguían y que solo unos pocos alcanzaban. Sus cuerpos fueron uno y sus almas se enredaron en el

vertiginoso clamor del éxtasis hasta perder la identidad y confluir en uno solo. En un último arrebato, Iain atrapó la boca de Janet y se tragó el grito de ella mientras él se desbordaba en su interior entre gruñidos de satisfacción por mucho tiempo esperados. La bajó con cuidado, ambos se acomodaron las ropas sin dejar de tocarse y sonreír por lo ocurrido.

—En el salón hay un contingente de los Douglas —la miró con seriedad y, aunque odiaba darle malas noticias, era imperioso tomar decisiones—, lo que me hace pensar que los rumores son ciertos. Shannon ha desaparecido, y si no ha venido hasta aquí, es porque huye de ellos o tal vez le ha ocurrido algo malo.

—Tienes que ir a buscarla —le cogió de la mano—, puede estar herida en cualquier escondrijo sin poder salir.

—No sé por dónde empezar. —Se le escapó un suspiro de frustración.

No le dijo, que esos mismos rumores decían que, el MacLeod había dado tal paliza a la chica, que estaba viva a duras penas, por lo que dudaba de que, de hallarla, estuviera en condiciones de emprender ningún viaje. Además, que los Douglas se hubieran unido en su búsqueda, indicaba que era cierto que la habían prometido a James el negro, y esas eran palabras mayores. Una cosa era escapar del cerco de los MacLeod de Dunvegan, y otra diferente sería hacerlo también de los Douglas sin apoyo de ningún clan. La situación se había vuelto más complicada y compleja de lo que quería admitir a Janet. Necesitaban tomar una decisión.

—Iain, tenemos que ayudarla. —Lo miró con pena—. Además, sin ella no podemos llegar a Francia. Eran sus contactos los que te iban a dar trabajo.

—Creo que debemos olvidarnos de cruzar el canal. —Se sentó en una silla y la atrajo hacia él para ponerla sobre sus piernas—. Estamos solos otra vez, pero ahora tenemos al pequeño a nuestro cargo y no quiero ponerlo en peligro cruzando el mar, para llegar a un país donde no tenemos lazos familiares que nos ayuden.

—¿Entonces qué haremos?, ¿volvemos a escondernos?

—No, eso tampoco. Creo que ha llegado el momento de enfrentar a mi padre. Han pasado más de dos años desde que le

desobedecí para casarme contigo. Si volvemos, y le presentamos al pequeño como nuestro hijo, no podrá echarnos sin que todo el clan de Raasay, deplore su actitud.

—Pero su pacto con el MacLeod de Lewis… —Janet se calló con miedo.

—Ya no puede hacerte nada —apretó su mano—, estamos casados y tenemos un hijo para probarlo. Tu boda con mi tío Roderick MacLeod de Lewis, se anuló cuando te saqué del tálamo, y si no hay consumación no hay matrimonio. Por lo tanto, no tiene ningún derecho sobre ti.

—¿Y los Mackenzies? —susurró con miedo.

—Cuando tengamos el apoyo de mi clan, ellos se olvidarán de lo sucedido si no quieren una guerra. —Le dio un beso en la frente—. Si mi padre nos recibe, los Mackenzies tendrán una unión con el clan MacLeod de Raasay. Eso apaciguará al tuyo y nos dejarán en paz.

—Espero que tengas razón, porque ya no estamos solos —una sombra oscureció la mirada de Janet—, ahora tenemos un hijo que proteger.

—Todo saldrá bien. —La besó en la boca para callar sus protestas y miedos, que en realidad eran los mismos que él sentía.

—Malcolm está removiéndose, será mejor que vaya con él.

—¿Malcolm? ¿Estás segura?

—Si va a ser nuestro hijo debemos darle su identidad. —Se encogió de hombros—. El pequeño que tuvimos está con los ángeles y Dios lo protege, estoy segura de que él querría que cuidásemos a este niño como a él mismo. Además, la carta de bautismo que tenemos es la de Malcolm. No podemos bautizar otro hijo en tan poco tiempo, descubrirían el engaño y no sabemos por qué debemos llevar a este niño lejos de Escocia. Shannon no nos dijo qué hacer en caso de que ella…

Janet se quedó callada un momento tragando saliva. Quería a la joven MacLeod desde que se hicieron amigas en la reunión donde conoció al que sería su esposo. Ella fue quien le presentó a Iain y a pesar del miedo que le daban los guerreros MacLeod, él se ganó su confianza, y después, cuando renunció a todo por salvarla del

destino que le habían impuesto, llegó el amor al descubrir al hombre sensible que estaba detrás de tan lamentable apodo.

—Está bien voy a bajar a pedir la cena y mañana, al amanecer, saldremos hacia Raasay. —Le dio un beso en los labios y dejó salir un suspiro—. Dale de comer al tragoncete, mientras doy orden al posadero para que mañana nos tengan preparado todo.

Iain salió del cuarto y esperó hasta escuchar el sonido de la llave girar en la cerradura, sonrió para sí mismo ante la diligencia de ella. Mientras descendía al salón de la posada, el ruido y las voces se hacía más ensordecedor, los gritos y algarabía de los parroquianos estaban hoy muy por encima de lo habitual. Intentó pasar desapercibido entre los guerreros y se acercó a la barra donde el posadero impartía órdenes a una muchacha demasiado joven para servir. Sacudió la cabeza y apretó los puños, no debía meterse en problemas. Al menos no ahora que tenían que regresar a casa sin llamar la atención.

—Iain *na Tuaighe,* ¿qué haces aquí?

Despacio se volvió hacia el hombre que lo interpelaba a gritos. No podía impedirlo, pero tampoco quería ser el centro de atención. Le hizo un gesto con la mano y se giró hacia el posadero para darle las instrucciones. Después, dejó salir un suspiro y puso en su rostro la máscara de fortaleza, mientras tocaba a su espalda el arma que siempre llevaba, y que le valió el apodo de Iain, el hacha.

—Estoy de paso. —Se acercó despacio al grupo de guerreros sentados en la larga mesa y reconoció a alguno de ellos—. ¿Y vosotros? —Levantó una ceja esperando la respuesta.

—Nuestro *laird* se ha comprometido con la mocosa de los MacLeod de Raasay, pero la tonta ha preferido deshonrar a su clan y huir. —El guerrero miró a Iain—. ¿Tú no la habrás visto?

—¿A quién? —Se cruzó de brazos con naturalidad.

—Shannon MacLeod, no creemos que esté muy lejos, el padre le dio una buena tunda cuando se negó.

—¿Estaba muy malherida? —Ocultó la preocupación de su voz, pero dudaba de guardar la compostura.

—Los que la vieron dicen que no se podía mover. —Se rio a carcajadas el otro.

—Si tan mal estaba, ¿cómo es posible que huyera?

—El traidor de Bohan Fraser la ayudó. Lo pillamos, pero iba solo —negó moviendo el cabello suelto—. Lástima que nuestro *laird* no pudiera contenerse y le cortara la cabeza antes de saber dónde la dejó.

Iain consiguió ocultar la rabia y el dolor de conocer el final del joven guerrero. Soltó un suspiro para tranquilizarse, y palmeó el hombro del Douglas.

—Llevo un par de años sin ver a Shannon. Aunque, si quien la ayudó a escapar no dijo nada, dudo que la encontréis.

—El negro no se resigna. Le tenía echado el ojo desde niña, y si no la encuentra, volverá a haber guerra entre nuestros clanes.

—Espero que no ocurra eso, todos saldremos perdiendo.

Iain se despidió de los guerreros con pasos rápidos mientras ellos entonaban su grito de batalla. *J'amais apriere* resonaba en el salón atestado de hombres alcoholizados.

Capítulo 6

El sol apenas despuntaba sus cálidos rayos naranjas entre las montañas cuando la pequeña carreta tirada por un caballo enfilaba dirección al valle de Glencoe. Llevaban suficientes víveres para pasar lejos de las poblaciones más cercanas, una previsión solo con la intención de evitar problemas con las partidas de búsqueda. Janet estaba muy preocupada por su amiga, pero aceptó lo que Iain le dijo. No podían mediar en ese conflicto, no cuando la seguridad del pequeño dependía ahora solo de ellos.

A mitad de jornada se detuvieron a la sombra de un bosque para comer y dar descanso al caballo. Los pastizales de un verde radiante contrastaban con el azul intenso del cielo, y el sonido de los pájaros era tranquilizador. Su piar y estridencia les advertía de que estaban solos. Aun así, Iain no bajaba la guardia, de pie oteaba el horizonte esperando la aparición de algún problema.

Cuando el niño terminó de mamar, Janet se cubrió el pecho y lo puso sobre su hombro para que eructase. Su esposo la observaba con ojos de adoración, cuando sus miradas se encontraron supieron que hacían lo correcto. Él le daría el hijo que perdió y ella le retribuiría con todo el amor que sentía, pues cada día, Iain demostraba ser digno de la confianza que una vez le depositó. La noche estaba cerca cuando volvieron a detenerse, por ello tuvieron que montar un pequeño campamento, y así descansar hasta que amaneciera. Mientras Janet alimentaba al niño, Iain se ocupó del caballo, lo cepilló y le dejó al alcance pasto y agua. Después, encendió una fogata con las pocas ramas que encontró en el claro, se acercó a su mujer y le dio un beso en la frente.

—Voy a buscar algo de caza —señaló el arco a su espalda—, y traeré más leña, no quiero que se apague el fuego durante la noche.

—No te preocupes, en cuanto Malcolm se duerma, recorreré el perímetro y recogeré más leña.

—No, mejor quédate con él y prepara un caldero donde guisar lo que traiga.

—Mucha confianza tienes en tus dotes de cazador. —Le guiñó un ojo con descaro.

—Si no soy capaz de cazar una ardilla en este bosque plagado de ellas, merezco que me linchen —contestó risueño al marcharse.

A la mañana siguiente emprendieron el camino antes de que el sol comenzase a saludar. No habían dormido mucho, y estuvieron de acuerdo en reanudar la marcha en cuanto la luz les permitiera ver el camino.

El caballo de montar, enganchado a la carreta era lo único que tenían cuando partieron. Como sería temporal, Iain pensó, que unos días siendo un animal de tiro, no estropearían su imponente porte. Aunque se dio cuenta de que ese equino no era lo que necesitaban arrastrando la pequeña carreta, lo que precisaban era llegar a un pueblo y adquirir una mula que guiara el carro. De esta forma, él podría adelantarse de vez en cuando, con objeto de prever ataques en el camino, y la marcha sería mucho más ligera. Se lo comentó a Janet y estuvo de acuerdo. Todavía tenían el dinero que les dio Shannon, y lo usarían para poner a salvo al niño, por lo que no harían un uso indebido de las monedas.

Se detuvieron en Callander, esa noche dormirían en la posada del pueblo. Mientras Iain buscaba a alguien que le vendiese una mula, Janet se resguardó en la habitación donde aprovechó para pedir una bañera y lavar, no solo al niño, ella misma sentía el polvo del camino en cada poro de su piel.

Salió de la bañera y se vistió con un camisón mientras el bebé dormía con placidez en el centro de la cama. Se sentó junto a la ventana para cepillar su larga cabellera roja y dejar que la brisa de la noche la secara. Los suaves golpes en la puerta anunciaron la llegada de Iain. Con rapidez destrabó la cerradura y le cedió el paso. Él al ver la bañera en el centro de la habitación dejó salir un suspiro de placer.

—El agua debe estar fría ya, pero todavía puedes aprovechar el baño.

Janet se acercó por la espalda y desprendió el broche de su *plaid*, luego con cuidado le quitó el cinturón, dejando caer el *kilt al* suelo sin mucha ceremonia. Se apartó un poco para contemplar a su esposo, que se volvió hacia ella con los ojos oscurecidos por el deseo. La camisa dejaba ver las musculosas piernas, fruto del duro trabajo, no solo con la espada. Guiar el caballo a veces con la única presión de las rodillas, había torneado una musculatura impresionante, y no del todo por su altura, que era de más de seis pies. El pelo oscuro caía revuelto en la frente y varios mechones habían salido del lazo que sujetaba la coleta. Sus ojos ya oscuros de por sí, estaban casi negros como la noche que se avecinaba, fruto de la pasión que lo consumía. Ella dio los tres pasos que los separaban, y con la mano temblorosa tocó el mentón, acarició la pequeña cicatriz bajo el labio y tragó con dificultad. Sus dedos tomaron el final de la camisa y, sin decir nada más, tiró de la prenda hacia arriba. Aunque fue él quien la sacó por la cabeza, pues ella apenas le llegaba al hombro.

Sus miradas se encontraron mientras una corriente los atravesaba y se estremecían con anticipación. Janet se apartó y le cedió el paso hasta la bañera. No hablaban, no hacían falta palabras entre ellos. Iain se metió en la tina y dejó escapar un gemido de placer cuando el agua le cubrió los músculos doloridos. Cerró los ojos y se relajó en el silencio de la habitación, estaba seguro de que se quedaría dormido si permanecía un poco más así.

El chapoteo le trajo de vuelta a la realidad y las manos que le acariciaban los hombros, apenas cubiertas por un paño, terminaron de espabilarlo. Se echó hacia adelante para permitirle el acceso a la espalda. Sintió que las manos volvían a sus hombros con un masaje relajante, atrapó una de ellas y obligó a Janet a ponerse delante de él. Con una sonrisa pícara la atrajo hacia él y tiró de ella para meter sus manos en el agua.

—Ahora deberías ocuparte de mi delantera si quieres dejarme limpio —dijo con voz sensual.

Janet no le permitió embaucarla, sonriendo complaciente frotó el torso y fue bajando por el estómago, miró hacia abajo y vio la fina línea de vello oscuro que se perdía en el agua. Chasqueó la lengua. Con rapidez tomó lo que se ocultaba y apretó con fuerza suficiente para provocarle un gemido, aunque no tanto como para que le hiciera daño.

—Ahora no me vengas con esas Iain MacLeod —comenzó a mover la mano arriba y abajo con descaro—, antes de hacer ejercicio necesito comer, o moriré de hambre. Lo soltó y se acercó a la cama donde el niño comenzaba a moverse inquieto.

—Eres una descarada. —Se levantó de la bañera y salió dejando un reguero de agua a sus pies—. Mira lo que me has hecho. —Señaló hacia sus partes mostrando su gran erección, pero solo consiguió que ella riera con ganas mientras ponía al niño en el pecho y luego lo miró con descaro.

—Vístete y pide que nos suban la comida, después te ayudaré con ese problema. —Le guiñó un ojo y centró toda su atención en el bebé que mamaba con fruición.

—Tienes una vena cruel que desconocía —negó con la cabeza mientras sonreía al vestirse—. Suerte la tuya que yo también tengo hambre, de lo contrario comenzaría a domarte, esposa.

—¡Och! No digas tonterías y haz lo que te he pedido, entre el pequeño y el viaje estoy agotada. —Le lanzó un beso—. Después veré si puedo convencerte para que te olvides de domar nada.

Iain salió riendo de la habitación, bajó al salón central de la posada y pidió dos platos de estofado de la casa, acompañados de cerveza y pan. Buscó a la chica que le recibió cuando llegó de la herrería y al verla al fondo se acercó sonriente.

—¿Has terminado con ella? —Señaló la pequeña cuna que pulía con un trapo.

—Sí, señor, solo estaba sacándole brillo. —Se levantó y dejó al hombre comprobar su tarea—. Ha quedado como nueva.

—Buen trabajo, muchacha. Ahora si me ayudas a ponerle un colchón, mi hijo podrá dormir esta noche en ella.

—Enseguida le traigo uno. Tenemos lana vieja secando, seguro que puedo coger un poco para hacer un pequeño colchón.

La muchacha se perdió por la habitación del fondo y él sonrió mientras miraba la cuna. Cuando la vio en una esquina de la herrería le pareció una buena idea que el niño tuviera su propia cama, y como era tan pequeña y fácil de transportar podían llevarla en la carreta.

—Aquí tiene, señor. La he metido en una funda, no creo que el posadero la eche de menos —dijo guiñándole un ojo—. El pequeño dormirá como un príncipe en este colchón.

—Gracias, muchacha —dijo lanzándole unas monedas de cobre. La chica sonrió dejando ver sus dientes desparejos y ennegrecidos —. Cuando tengan nuestra cena la subes al cuarto.

Cogió la cuna y fue sonriente a la habitación, esta vez entró sin llamar, sabía que su esposa no había tenido tiempo de cerrar con llave. Se paró delante de ella sonriendo todavía, y dejó a sus pies la pequeña cuna brillante.

—¡Es preciosa!, ¿dónde la has conseguido? —Se colocó al niño sobre el hombro.

—He llevado la mula al herrero, necesitaba que le pusiera bien una de las herraduras, la he visto en una esquina y pensé que Malcolm precisaba su propio espacio donde dormir. —Se encogió de hombros.

—Está muy bien para cuando durmamos a cubierto, pero si acampamos no lo dejaré solo en ella, podría llevárselo algún animal y no nos enteraríamos.

—En eso no había caído —notó que se le encendían las mejillas —, solo pensé que si tenía su propia cama nos sería más fácil compartir el lecho.

—Eres un… —Rio a carcajadas mientras dejaba al niño en la cuna y se acercaba a él contoneándose.

Llamaron a la puerta y ella corrió a abrirla. Iain miró al pequeño que permanecía despierto en la cuna observando sus manos y sonriendo. Por un momento pensó, que se parecía bastante al hijo que perdieron. Su cabeza apenas cubierta de una pelusa de color rubio, los ojos almendrados y oscuros, muy parecidos a los suyos. Era una casualidad, pero le alegraba que no resultase muy extraño a ellos mismos, sobre todo, para mantener la mentira. Se agachó y

puso su dedo en la mano del niño, que de inmediato lo atrapó y cerró el puño con fuerza. El hombre rio con ganas y el pequeño se carcajeó con él.

—¿De qué te ríes?

Janet pasó a su lado y dejó en la mesa, junto a la ventana, la bandeja que subió la camarera. Iain se acercó a la comida y olfateó con exageración mientras se sentaba en el poyete de la ventana, ella se acomodó en la silla y movió la bandeja para dejar uno de los platos a su alcance.

—Malcolm es un niño espabilado y fuerte. —Volvió a reír satisfecho—. Ha cogido con tanta fuerza mi dedo, que parecía querer levantarse.

—No seas exagerado, todavía es muy pequeño para eso. Pero sí reconozco que es muy despierto y vivaz, dado que cuando hablamos parece que nos entiende.

—Bueno, al menos hoy tiene su propia cama —le guiñó un ojo a su esposa—, esta noche no tendré que compartirte.

—¡Solo piensas en eso! —Comenzó a comer con rapidez para ocultar su sonrisa.

—Admite que tú también quieres dejar de compartirme. —Levantó con presteza las cejas y ella rio, pero se negó a decir lo que ambos sabían.

Capítulo 7

Mary Seton se abrazó a su reina que lloraba sin consuelo, estaban solas en el dormitorio, hacía rato que la nodriza se había llevado al niño a dormir y las otras Marías también se retiraron a descansar. Solo ellas continuaban despiertas, pero lo que tenían que hablar no podían hacerlo delante de oídos indiscretos.

—Nadie sabe nada de Shannon, mi reina.

—¡Eso es porque consiguió salir de Edimburgo! —exclamó María Estuardo susurrando.

—Ahora solo tenemos que esperar que se comunique con vos para hacerle saber que están con los De Guisa.

Mary sonrió a la joven monarca y volvió a abrazarla, estas dos semanas llenas de rumores y malos augurios, habían hecho mella en ella. Se la veía ojerosa y más delgada, por no hablar de la inquietud que tenía siempre y la hacía sobresaltarse por nada.

—Entonces, los rumores de que la muchacha había muerto a manos del MacLeod de Dunvegan, no eran más que eso, ¿verdad?

—No, hay testigos que vieron la paliza que le dio ese bruto a Shannon, y todo porque no aceptó el matrimonio con James el negro, pero ella debió reponerse y escapar.

—¿Estás segura?

—Bueno, su guardia personal murió a manos del Douglas porque no pudo sacarle su paradero. Esa es buena señal.

—¡Ese hombre es odioso! Estoy segura de que hizo el acuerdo matrimonial con los MacLeod, solo con el fin de hacer daño a Shannon, y de paso a mí. Sabe que yo amo a mis damas.

—Con seguridad, tenía planes ocultos para nuestra amiga. Por suerte escapó de sus garras.

—Necesito estar segura. —La reina miró a su dama y cogió sus manos con una súplica—. Tiene que haber alguna forma de saber de ella, seguro que alguien la vio tomar el barco. Incluso pudo dejar un recado y hacernos llegar su mensaje.

—No creo que recibamos nada de ella hasta que no esté a salvo en Francia —negó la doncella apesadumbrada.

—Debe haber alguna forma de proceder. —La reina se paseó haciendo círculos alrededor de su dama.

—Pues a no ser que consultemos a una bruja, no sé cómo —dijo en voz baja Mary Seton.

—¿Qué has dicho? —Se volvió hacia ella con rapidez.

—Lo siento, mi reina, solo hablaba para mí —contestó temerosa.

—No. No… ¡si es que es muy buena idea! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? —Se abrazó a su dama—. Mañana, averigua si hay alguna bruja, vidente o algo así en Edimburgo, y hazla entrar con discreción a mis habitaciones.

—Es una locura. Si se enteran los católicos tendrán una razón para creer a Knox, y los seguidores del predicador les darán crédito a las acusaciones contra vos.

—Por eso mismo te he pedido discreción. De esto solo podemos estar enteradas tú y yo.

—Lo intentaré, mi reina.

Mary Seton aceptó el encargo como un desafío. Ayudó a su monarca a acostarse y, antes de salir del cuarto, se inclinó ante ella. De camino a su habitación daba vueltas sobre cómo contactar con una bruja y conseguir que entrara al palacio sin que nadie lo supiera. Su estancia en la corte escocesa se estaba haciendo cada vez más complicada.

Apenas despuntaba el día cuando Mary Seton abandonó el palacio de Holyrood. No se extrañaron al verla salir con los maitines, todo el mundo sabía de su devoción católica y las campanas de la catedral de Saint Giles sonaban para anunciar los maitines. La dama de la reina iba sin escolta, no la necesitaba ni la quería. Accedió a Canongate, y cuando comprobó que nadie la seguía, llamó a la casa que le había dicho su doncella al vestirla.

No tuvo que esperar mucho, la puerta se abrió con rapidez, y sin preguntar, una mano huesuda tiró de ella para meterla en el interior. Mary observó a la mujer con recelo, su forma de hacerla entrar en la casa fue brusca, pero debía admitir que, al mirarla con atención, parecía una anciana bondadosa.

—¿Qué quiere una dama de esta pobre vieja? —Sonrió enseñando su falta de dientes.

—Me han dicho que usted puede ver el pasado, y adivinar el futuro. —Se retorció las manos—. Mi amiga quiere que le hagáis una visita discreta.

—Entiendo que me pagaréis un extra por esa discreción. —Sonrió la vieja mientras en su mente ya contaba las monedas.

—Por supuesto, será bien recompensada.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

Se agarró de la dama como si necesitase su apoyo para caminar, y antes de salir a la calle se cubrió la cabeza con una pañoleta ajada por el uso. Regresaron juntas al palacio con paso lento, pero en vez de entrar por el acceso principal se dirigieron a las cocinas. La puerta estaba abierta con un gran trasiego de personal de servicio y comerciantes que llegaban a dejar sus mercancías. Mary la hizo pasar con disimulo entre tanta gente y la llevó a su propia habitación. Una vez dentro le dijo que se acomodase, que iba en busca de su amiga.

Con pasos muy rápidos se dirigió a los aposentos de la reina. Tras acceder a su sala de visitas, se acercó a la puerta que llevaba a su alcoba privada. Dio un suave golpe y entró sin esperar respuesta. María Estuardo estaba despierta, pero todavía en camisón, y miró intrigada a su amiga.

—Mi señora, tengo a la vidente en mi alcoba. Nadie la ha visto entrar, pero debemos despacharla con rapidez, si no queremos despertar sospechas.

—¿Ya? Eres muy rápida, voy a vestirme y…

—No, mejor venga en camisón y bata para no delatarse. Así esta mujer no sabrá quién es y a nadie sorprenderá que salga en ropa de dormir hacia mi habitación.

La reina asintió con la cabeza, se puso la bata de brocado que Mary le tendió y se ajustó las trenzas sobre el pecho. Ambas mujeres recorrieron los pocos metros de distancia hasta la habitación de Mary Seton. Al entrar, se sorprendieron al ver a la mujer sentada con comodidad en un sillón y comiendo uvas de un frutero.

—¿Esta es la dama que requiere mis servicios? —La vieja miró de arriba a abajo a María Estuardo y sonrió—. Déjame tomar tu mano, niña.

La reina estuvo a punto de regañar a la mujer por su falta de respeto, pero recordó a tiempo que no sabía quién era, y su anonimato era primordial. Dubitativa, extendió su mano derecha y la mujer la tomó con fuerza. La miró con detenimiento tanto por el dorso como por la palma, resiguió las líneas de vida que surcaban su piel y, después, tomo la mano entre las suyas, cerró los ojos y se quedó por un tiempo así. Ambas damas pensaron que se había dormido después de un gran lapso sosteniendo la mano entre las suyas, pero de pronto levantó la cabeza y sus ojos cobraron un brillo especial. Sus pupilas se agrandaron hasta abarcar todo el ojo y hacer desaparecer el blanco ante la oscuridad. El aire en la habitación se volvió denso, dejaba un regusto amargo en la boca si la abrían para respirar con más facilidad. De inmediato, el cuerpo de la anciana comenzó a moverse de forma irracional, no había coordinación ninguna entre sus miembros, pero lo peor eran sus ojos que se volvieron tan oscuros como la noche y perdieron todo rastro de humanidad. La reina quiso soltar su mano, pero no podía, el agarre de la vieja era tan fuerte como inesperado.

—¡Suélteme! Me está haciendo daño. —La reina luchaba por recuperar su mano.

—Todo lo que quieras saber, se te dirá. —La voz parecía venir de la vieja, pero ese tono oscuro y siniestro que imprimió a sus palabras asustó a la reina y su dama.

María Estuardo se calmó un momento, luego dejó salir un suspiro, antes de enfrentar a la bruja e interrogarla sobre lo que la atormentaba.

—Quiero saber si Shannon MacLeod, está bien y ha llegado a su destino.

—La joven está donde debe. Su destino la ha alcanzado y ahora descansa en su persona realizarlo, o volver con las manos vacías.

—No puede regresar, tiene que seguir con el plan —la reina habló con desesperación—. Me prometió que siempre protegería mi sangre —dijo en un murmullo, pero la vieja la oyó.

—Y lo hará. Defenderá su linaje como nadie más lo ha hecho ni lo hará.

—¿Entonces por qué volvería? Tiene que cumplir su promesa.

—Y así procederá. Un juramento de sangre la ayudó a huir y hasta que no se vea completado, no podrá elegir su destino.

—No entiendo lo que dices, mujer —pensó un momento—. ¿Será mi hijo rey de Escocia e Inglaterra?

—Jacobo VI se llamará quien lleve la corona de Escocia y con el tiempo la inglesa también, pero tu hijo está llamado a hacer grandes cosas.

María Estuardo sonrió satisfecha. Saber que su heredero gobernaría sobre toda la isla, era más de lo que esperaba, pero conocer que, además, estaba destinado a hacer grandes gestas, infló su corazón con algo más que amor y orgullo. Lo llenó de ambición, y sonrió deseosa de ver ese futuro.

—Tu hijo hará tambalear la corona de Isabel. El reino inglés desaparecerá con los cuervos y un gran desastre caerá sobre el país.

—Mi prima no podrá con nosotros. Por fin echaremos a la bastarda y recuperaré lo que es mío por derecho divino. —La mirada de María Estuardo se volvía brillante mientras su dama fruncía el ceño con miedo.

—Pero tú, mi reina no lo verás. Si te acercas a tu prima no recuperarás lo que perdiste por la ambición de otros, y tu vida será recordada por la tragedia. —La vieja sacudió la cabeza y sus ojos volvieron a la normalidad.

—¿Eso qué quiere decir? —La reina miró ofuscada a la bruja.

—No puedo manifestar más de lo que se me ha desvelado. —Se encogió de hombros y extendió la mano.

Mary Seton entendió que no le sacarían nada más a la anciana y extrajo una bolsita de terciopelo de su secreter, lo puso en la mano extendida de la mujer y le señaló la puerta.

—Voy a acompañarla hasta la salida para que nadie la detenga. Regreso enseguida.

La anciana se agarró del codo de la joven dama y partieron juntas hacia los pasillos del palacio. Todavía estaban silenciosos y se escuchaban los pasos sigilosos de las mujeres, pero eso no impidió a Mary acompañar con pasos ligeros a la mujer hasta la salida de servicio.

—Muchas gracias por venir, si la necesitamos otra vez la buscaré.

Se encogió de hombros y caminó con mayor rapidez de lo que era esperar para su edad. Mary se quedó mirando su espalda mientras todo lo que escuchó de esa mujer le hacía pensar que no habían conseguido las respuestas que buscaban, aunque a la reina parecían servirle.

Cuando volvió al palacio, se encontró a Mary Beaton, quien le dijo que la reina estaba en su alcoba, aunque no quería que nadie la molestase. Mary Seton asintió, pero, aun así, se acercó a la puerta de la estancia de María Estuardo. Dio dos pequeños golpes seguidos y esperó, después volvió a dar otra llamada solitaria. Aguardó un momento y escuchó con claridad la voz de María.

—¡Pasa! Necesito hablar contigo.

Mary Seton entró con premura, no sin antes observar a las Marías que se habían congregado junto a la ventana. Las cuatro mujeres se miraron con extrañeza y algo más, pero la dama pasó al interior de la alcoba sin detenerse a pensar mucho en ello.

—Acércate Mary, estoy escribiendo lo que nos ha dicho la bruja, no quiero que olvidemos algo.

Mary se acercó con lentitud, un poco sorprendida por la excitación que manifestaba la reina. Miró el papel que con tanta diligencia estaba escribiendo y se acercó aún más para poder leer el texto. María Estuardo se lo entregó y dejó que lo leyera con tranquilidad.

—Necesitamos analizar lo que nos ha dicho la bruja. Algunas cosas han sido tan crípticas que parecen adivinanzas.

Cogió el pergamino y señaló la primera frase escrita:

«La joven está donde debería estar. Su destino la ha alcanzado y ahora está en su voluntad realizarlo o volver con las manos vacías».

—¿Qué quiere decir con esto, que Shannon ha llegado a Francia? Y si se encuentra allí, ¿por qué habría de regresar? ¿Y qué significa lo de las manos vacías?

—Creo que se refiere a que Shannon está en Francia y ahora debe decidir volver a Escocia sola, o quedarse con Jacobo hasta que llegues, mi reina.

—Pero ¿por qué habría de regresar la muchacha? Menos aún después de saber la paliza que le dio su propio padre. —La regente negó con la cabeza—. Yo no retornaría al lugar donde tienen el poder de hacerme daño. Además, si llegó a Francia, ¿por qué no me ha enviado la carta tal y como quedamos?

—Mi reina, es posible que la misiva esté de camino. Le recuerdo que el correo necesita tiempo. Además, Shannon estaba herida, es de suponer que el viaje haya sido más lento por su estado.

—No. Si mis tíos los De Guisa hubieran recibido a Jacobo habrían mandado un correo para darme la noticia con rapidez.

—Señora, nada podemos hacer salvo dejar pasar el tiempo hasta recibir noticias.

—Tienes razón —se le escapó un suspiro—, solo han transcurrido dos semanas. Aguardaré nuevas buenas de Francia, aunque la espera se me hará eterna. Echo de menos a mi pequeño y el que me lega la nodriza en las manos, es un pobre sustituto.

—Lo sé, mi reina. —La abrazó y permitió que se desahogara sobre su hombro.

Se escucharon varios golpes en la puerta y la joven dama dejó a la reina sentada para atender la llamada. Le sorprendió encontrar a

Mary Fleming con mirada preocupada.

—Ha llegado James Hepburn, dice que necesita hablar con la reina.

—Está bien, dile que María lo recibirá en el salón de audiencias.

Cerró la puerta tras de sí y se acercó a la regente que se limpiaba las lágrimas con pausada dejadez. La tomó del brazo y la sentó ante el neceser. Sin decir nada, comenzó a peinarla. Recogió su hermoso cabello rubio ceniza en un sencillo moño sobre la cabeza y sacó varios rizos para darle más naturalidad al peinado. Por último, le colocó la pequeña tiara que la identificaba como reina de Escocia. Nada ostentoso, pero ella la llevaba siempre en sus recepciones no oficiales, era su forma de marcar distancias con quienes querían pedirle favores.

Mary se dio cuenta de que en estos momentos su reina necesitaba todas las distracciones posibles. Le pellizcó con cariño las mejillas hasta poner un poco de color en ellas y le echó unas gotas de perfume en cada muñeca. Al mirarla a esos ojos oscuros, vio que la reina había recuperado la compostura, y tenían un brillo casi infantil. Cogió el pergamino con las crípticas frases de la bruja y lo dobló en varios trozos para esconderlo en su bolsillo.

—Yo guardaré esto.

—Tienes razón, no me fío de nadie. Seguro que registran mis habitaciones cada vez que salimos.

—No se preocupe mi reina, lo llevaré siempre conmigo. Así no podrán encontrarlo nunca.

—Eres la mejor, Mary.

La monarca sonrió a la doncella y se dirigió con pasos seguros hacia la puerta. Al salir vio al resto de las jóvenes damas esperando, ella las saludó y se encaminó al salón de audiencias. Con la confianza que le daba su nacimiento y la fortaleza que siempre sacaba para enfrentar a los hombres de su consejo, entró al salón y saludó a uno y otro lado. Vio de inmediato a su hermano James Stuart que se adelantó para tomar su mano, luego la acercó al trono donde debía sentarse y presidir la audiencia. La reina aceptó la galantería del conde de Moray, aunque recelosa, no dejaba de mirar a los congregados allí.

—Lord Bothwell, ¿por qué razón habéis requerido mi presencia? —María se sentó con cuidado en el sillón mientras sus damas colocaban la falda de su vestido.

—Mi reina, me postro ante vos para pediros que recéis por mí. —James Hepburn se arrodilló frente a la soberana, no sin antes dejar ver su sonrisa cómplice al conde de Moray.

—¿Por qué debería hacer tal cosa? —La joven Estuardo lo miró intrigada.

—He de partir a las *borders. T*engo que poner paz en nombre de mi reina y evitar que ciertos clanes arreen ganado que no les pertenece. —Se atrevió a mirar a María y le guiñó un ojo, signo de complicidad entre ambos. No en vano ella le había favorecido al otorgarle un puesto y los emolumentos correspondientes.

—Os deseo buen viaje, amigo James y tened cuidado, sabéis que sois mi más preciado consejero.

—Es un honor que me tengáis en tan alta estima.

—¿Qué opina vuestra reciente esposa Lady Jean Gordon?

El cuarto conde de Bothwell miró al medio hermano de la reina con odio mal disimulado. Se tragó una respuesta mordaz, pues sabía que no ganaría nada enfrentándose al conde de Moray. Se encogió de hombros, y extendió los brazos con las palmas hacia arriba en señal de rendición.

—Como todos saben en la corte, mi esposa sufre de melancolía, y apenas presta atención a nada de lo que le rodea.

—Tal vez deberíais encargar la patrulla a alguien de confianza y atender a vuestra esposa —dijo la reina con sincera preocupación.

—Eso no cambiaría nada el estado de mi mujer. Es más, creo que sería peor, es mi presencia lo que le altera en demasía.

—No creo que sea así —contestó con inocencia la reina.

—Pues creedlo, mi soberana, mi esposa empeora cada vez que me tiene cerca.

—Tal vez deberíamos enviar al médico real para ver lo que le ocurre a Lady Jean. —La voz de James Stuart tronó con eco en el salón, y los murmullos se hicieron evidentes.

—Hermano, no pienso que mis médicos puedan hacer por ella más de lo que han hecho sus propios galenos. —Se puso en pie y se

acercó a Bothwell—. Tened cuidado mi fiel consejero, yo estaré al tanto de la salud de vuestra esposa.

—Muchas gracias, mi reina, sabiendo esto me voy con más tranquilidad.

James Hepburn salió del salón con una sonrisa satisfecha, había acercado posturas con María y dejado en evidencia al bastardo Stuart, ahora solo le faltaba volver a la corte como un héroe pacificador de clanes, el terror de los bandidos.

Sus planes marchaban viento en popa. Desde que abandonó en Noruega a su primera esposa, Anna Rustung, después de gastar, por supuesto, toda la dote que le ofreció su padre el almirante. Tuvo la suerte de conocer a María Estuardo cuando estaba casada con Francisco II. Su apariencia galante y la naturalidad con que se acercaba a la joven monarca, le granjearon muchos enemigos, pero también, consiguió seiscientas coronas, además del puesto y sueldo de caballero de la Cámara del rey francés.

A partir de ahí su amistad con la reina se fue acrecentando, y estaba muy cerca de conseguir algo que jamás nadie habría imaginado.

Capítulo 8

Iain miraba a Janet dormir acurrucada junto al pequeño, no había consentido en dejar al niño en la cuna, y lo entendía. Allí podía ser presa de los lobos que asolaban esas tierras en busca de alimento. Esa noche estaba inquieto y el sueño no llegaba, algo le tenía en tensión, y antes de despertar a su mujer, prefirió hacer guardia ante el fuego. Arrojó un nuevo leño a la lumbre y el chisporroteo de las brasas encandiló su mirada. Su mente estaba centrada en lo poco que les quedaba de camino, pues en unos días llegarían a Raasay. Sabía que el enfrentamiento con su padre y su hermano sería inevitable, pero todas las noches rezaba para que los admitieran de nuevo en el clan, que perdonasen su falta. Llegar con Janet podría ser peliagudo, más aún si su tío se encontraba de visita. Esperaba poder averiguarlo antes de exponer a su mujer y a su hijo, después de todo eran highlanders y su obcecación solía primar sobre el raciocinio en demasiadas ocasiones.

El crujido de una rama lo alertó y tomó con cuidado su *sgian dubh,* el hacha estaba donde siempre, en su espalda, y la *claymore* a sus pies. Se levantó con prudencia y se estiró como si estuviese relajando los músculos después de la inactividad, pero en realidad estaba observando el perímetro, en guardia para recibir a sus atacantes.

Quería despertar a Janet, pero no se atrevía a moverse y hacerles ver que los había escuchado. Sopesó sus posibilidades y supo que tenía que advertir a su esposa, ya que en cuanto él diera la voz de alarma, ella se podría poner a salvo con el niño, por lo que se arrodilló junto a la mujer y posó los labios sobre su mejilla. Con cuidado de no levantar más de un susurro le explicó la situación y se preparó para ayudarla a huir. Despacio, cogió uno de los palos del

fuego haciendo ver que solo estaba animando la lumbre, entonces el grito levantó los sonidos del bosque. Janet cogió al niño y se escapó hacia un arbusto donde se escondió mientras observaba las sombras que se acercaban al campamento. Iain estaba en el centro. Movía el palo prendido, entretanto andaba en círculos cuando lo rodearon de improviso. Desde su posición apenas veía lo que ocurría, pero lo cierto es que le inquietaba no escuchar el chocar del metal. El niño empezó a moverse alterado en su regazo, enfadado por ahuyentar su sueño. Janet lo puso al pecho y rezó para que no llorase o descubriría su posición a los atacantes. Lo que menos necesitaba ahora Iain, era una distracción. Atenta a lo que sucedía en el campamento, notó que Malcolm había vuelto a dormirse, por lo que con cuidado lo dejó en el suelo, resguardado por las ramas bajas del arbusto, y decidió salir a ayudar a Iain. Sacó su *sgian dubh* de la media y se arrastró fuera del refugio intentando no hacer ruido. Sus pasos silenciosos la acercaron hacia la luz donde vio a su marido quieto, con los brazos estirados a los lados. Estaba estático, no entendía por qué no se movía. Entonces se dio cuenta de que alguien le había puesto el filo de la espada en el cuello, y si hacía algún movimiento era hombre muerto. Con decisión y sin producir ningún ruido, se acercó a la espalda de quien amenazaba a Iain, y antes de que pudieran darse cuenta, llevó su puñal al cuello del guerrero que sostenía la amenaza sobre Iain.

—Aparta tu espada de mi esposo, si no quieres regar el suelo con tu sangre. —Imprimió a su voz todo el odio que sentía en un intento de ocultar su miedo.

—¡Vaya! Esto sí que no me lo esperaba —rio con desagrado el guerrero sin moverse—, pero si me matas, ambos estaréis muertos antes de que mi cuerpo toque el suelo.

—Janet, baja tu arma —Iain habló con voz calmada intentando controlar la situación—, es Ayden MacLeod, no me hará daño.

—¡*Och,* muchacho! Estás muy seguro de eso —el jefe del grupo habló carcajeándose.

—Déjalo ya, Ayden, todos han visto cómo has controlado la situación. Mi padre no podrá echarte nada en cara.

—Pero ella me ha vencido sin que me percatase —se quejó el hombretón, y antes de que se diera cuenta Janet, le quitó la daga y la obligó a ir junto a su esposo.

—*¡Och!* Esto sí que no me lo esperaba —dijo asombrado.

Iain empujó a su mujer detrás de él y se enfrentó al jefe guerrero de su padre con odio mal contenido. Sorprendido, Ayden calmó a sus hombres con un gesto y miró a los dos jóvenes.

—No te atrevas a tocarla o no verás la luz del sol.

—Tranquilo, Iain *na Tuaighe,* no venimos a hacer daño —le guiñó un ojo a la muchacha—. Has sido muy silenciosa y rápida Mackenzie, no esperaba menos de la mujer que plantó al MacLeod de Lewis.

—¿Qué queréis, Ayden? No tenemos apenas nada. —Iain quitó el brazo de su espalda, pero sin dejar de vigilar a los hombres que lo rodeaban.

—Nos ha enviado tu padre. Nos llegaron noticias y quiso que verificase si era cierto.

—¿Qué información? —Iain se cruzó de brazos relajándose.

—Vinieron algunos Douglas a la isla preguntando por tu prima Shannon, y nos dijeron que te habían visto viajando por las tierras altas. —Ayden se encogió de hombros—. El MacLeod me ordenó recorrer los alrededores, y si era cierto, «invitarte» a volver a la isla.

—¿Qué quiere mi padre de mí? Me dejó claro que no podía regresar a Raasay, después de lo ocurrido en la boda de mi tío.

—Eso tendrás que preguntárselo tú mismo, muchacho, yo solo tenía que traerte su invitación. —Se giró hacia los hombres—. Podéis descansar.

Janet miró a su esposo y asintió con la cabeza antes de ir en busca de su hijo oculto bajo los arbustos. Nadie le impidió moverse con libertad, pero cuando volvió a la luz del fuego cargando el bebé hubo algunos murmullos. Se sentó en su manta sin dirigir ni una mirada a los guerreros, Malcolm se había despertado y buscaba su pecho con desesperación. Lo acercó para darle de comer y sonrió cuando el pequeño comenzó a hacer ruiditos de satisfacción. Iain apretó la mandíbula al comprobar que su esposa era el centro de atención de todos los hombres. No le gustaba que la mirasen y eso

encendió su mal humor, cogió su *claymore* y sin mediar palabra se acercó a su esposa para taparla ante ellos.

—¿No tenéis otra cosa que hacer, que mirar a una madre amamantando a su hijo? —dijo con rabia.

De inmediato, todos los hombres se removieron inquietos y apartaron la mirada de la muchacha. Ayden rio a carcajadas y se acercó a Iain para palmearle la espalda.

—No te preocupes, muchacho. No creo que ninguno de ellos quiera enfrentarse a tu hacha ni hacer lo mismo que tú en la boda del MacLeod.

Iain se volvió con rapidez y miró al guerrero con odio, sabía que tenía razón al soltar la pulla, pero no por eso iba a permitir que le amedrentasen ni que se comieran a Janet con los ojos.

—Mi hacha será lo que menos tengan que temer si se acercan a mi esposa. —Se giró observando a todos los hombres con una advertencia en la mirada.

—¿Os casasteis? —Ayden centró sus ojos en Iain, incrédulo.

—Por supuesto que lo hicimos, ¿por qué si no sacaría a Janet de la isla para marcharnos?

Se inclinó sobre ella y le echó con cuidado s*u plaid* en los hombros, y así darle intimidad. Su mujer le sonrió y se olvidó de los guerreros que los rodeaban. Solo tenía ojos para el que era ahora su hijo. La paz que sentía al sostenerlo entre sus brazos y el amor que le profesaba era el de una madre, y no permitiría que nadie pensase lo contrario.

Los hombres fueron desapareciendo en la oscuridad y poco a poco volvieron, guiando a los caballos. Los ataron a un lado del campamento y tendieron cada uno su manta alrededor del fuego, dejando a Janet y al niño en el centro. Eso gustó a Iain, pues sin decir nada habían decidido protegerlos. Se relajó y se acercó a Ayden para terminar de hablar en privado con él.

—¿Por qué buscaban los Douglas a Shannon? —preguntó haciéndose de nuevas ante la noticia.

—Parece ser que el MacLeod de Dunvegan firmó un contrato de matrimonio entre la muchacha y James Douglas el negro, pero ella

no estuvo de acuerdo y escapó. Llevan casi dos meses recorriendo las tierras altas buscándola.

—¿No la han encontrado todavía? —indagó confuso Iain.

—Ni creo que la encuentren. —Se encogió de hombros—. Dicen que hasta la reina ha preguntado por su paradero. Era una de sus damas de compañía y había abandonado la corte para ingresar a un convento. ¿Sabes?, todo esto es muy confuso.

—Si dejó a la reina con objeto de tomar los hábitos ¿por qué el MacLeod la prometió al negro?

—Supongo que la muchacha no le preguntó ni informó a su padre —se acercó más a él para hablar en susurros—. Pienso que eso fue lo que le valió la paliza que la dejó baldada en la cama. Aunque claro, tal vez no fuese tanto si la muchacha fue capaz de huir dos días después.

—¿Escapó o la hicieron desaparecer?

—Huyó —contestó con seguridad—. Los Douglas informaron al *laird* de que el muchacho que ayudó a huir a Shannon fue descubierto en el camino —negó—, el mismo Douglas le cortó la cabeza cuando no pudo sacarle información.

—Puede que esté acogida a sagrado en alguna iglesia —dijo sin pensar.

—Tal vez, pero hasta ahora nadie ha vuelto a verla. Empiezan a correr rumores de la existencia de brujas en la zona de North Berwick y que tal vez la muchacha cayó en sus manos al estar enferma. Incluso que se unió a ellas para vengarse del Douglas.

—Tú no creerás eso, ¿verdad?

—Solo me limito a decir lo que escucho.

—No le haces ningún favor a la muchacha, si das pie a esos cotilleos de comadres —dijo enfadado Iain al no tener nada claro lo que le ocurrió a su prima—. Puede que la pobre muriera a consecuencia de la paliza del MacLeod, y sus huesos sin sepultura estén tirados en el camino, mientras su memoria es vapuleada tanto como lo fue su cuerpo.

—Pronto se cansarán de buscarla. Si está viva saldrá de su escondite y si no… —Se encogió de hombros con indiferencia.

—Era una muchacha muy dulce y simpática, espero que no le haya ocurrido nada.

Ambos guerreros se mantuvieron despiertos el resto de la noche, vigilaban el perímetro y estaban atentos a los ruidos de la oscuridad en el bosque. Cuando la luna dio paso al sol el campamento comenzó a movilizarse. Los hombres recogieron sus mantas y las guardaron a la grupa de los caballos. Iain ayudó a su esposa a subir al carro y ató las riendas de su montura a la trasera, después se montó al pescante y miró a Ayden que asintió con la cabeza.

El grupo se puso en marcha y con paso ligero los guerreros MacLeod impusieron el ritmo del camino. Janet contó doce y pensó que sería imposible huir de ellos. Su esposo adivinó lo que estaba mirando y le negó con la cabeza antes de hablar.

—No pasa nada Janet, de todas formas, nos dirigíamos a Raasay. —Se encogió de hombros—. Así me ahorraré rogar perdón para volver. —Le guiñó un ojo con complicidad—. Si veo que mi padre se ha ablandado, le pediré que nos acepte de regreso. Si no, tendré que suplicarle.

—No tienes por qué implorar, podemos ir a un pueblo grande, seguro que habrá un *laird* que necesite guerreros. Después de todo, tu fama te precede.

—Pero no quiero estar al servicio de alguien que puede que le declare la guerra a mi clan. Y eso sucederá tarde o temprano teniendo en cuenta la idiosincrasia de los *highlanders*. — Tienes razón —aceptó sin más, y se centró en sujetar al niño mejor con su *plaid*.

El grupo llegó a Cammith y decidieron tomar habitaciones en la posada en deferencia a Janet. Iain se dio cuenta de que en esos casi dos meses de viaje había perdido peso y las ojeras ocupaban gran parte de su cara. Se la veía exhausta. Así se lo hizo saber a Ayden, que aceptó la idea de descansar por esa noche en la pequeña población. De todas formas, al día siguiente llegaría a Lochcarron, y de ahí, solo un trayecto en barco les separaba de la isla de Raasay.

El matrimonio, junto con el niño, tomó una de las habitaciones mientras el resto de los guerreros se agrupaban para dormir entre las cuatro libres y la cuadra.

Iain pidió que subieran la bañera a su cuarto, lo que le valió el grito de felicidad de su esposa y un montón de besos. Dejó la cuna a los pies de la cama y vio como ella lo acomodaba con cuidado. Cuando quedó satisfecha con el niño dormido, comenzó a quitarse el vestido, mientras miraba el hatillo de ropa que habían subido de la carreta. No era mucho, pero al menos estaba limpia. Se metió en el agua caliente y el placer que sintió se reflejó en su cara, mientras su esposo la observaba extasiado. Los dedos le picaban por las ganas de tocarla, pero sacó fuerzas de su flaqueza y echó la vista hacia otro lado mientras escuchaba el chapoteo del agua. Con cada plof que oía, su cuerpo se movía sin querer. Estaba completa y absolutamente decidido a provocarla cuando ella lo llamó.

—Cariño, ¿puedes frotarme la espalda? —Janet le vio apretar los puños, pero no la ignoró. Se acercó con lentitud a la bañera—. Solo será un momento —le susurró al oído y pudo sentir cómo se estremecía.

—No es el tiempo que emplee lo que me preocupa. —Dejó salir el aire mientras tomaba el paño y le frotaba la espalda.

—Ah, ¿no? —Giró la cabeza y le sonrió con dulzura—. Entonces tal vez puedas perder algo más de tiempo restregando mi delantera.

Iain tragó saliva y se incorporó como pudo, se acercó por delante y lo que vio lo dejó sin aliento. Ella sonreía, parecía una diosa sin pudor, con sus pezones que apenas sobresalían del agua espumosa por el jabón. Sin perderla de vista desprendió el broche de su *plaid*, después le siguió el cinturón del *kilt*. La camisa apenas ocultaba el estado de su cuerpo, solo tendría que desprenderse de ella y meterse en la bañera con Janet. Sería difícil, pero si la tomaba en brazos y luego la sentaba sobre… No necesitó decir nada, tiró la camisa al suelo y con rapidez la tomó en brazos, para acto seguido, dejarse caer en la bañera. Su risa hacía eco en la habitación, pero no era eso lo que él quería. Sus manos libres de carga bajaron hacia el centro de ella, que dejó escapar un quejido placentero. Fue todo lo que necesitó. Tomó el paño y con diligencia frotó su cuerpo hasta que explotó en sus brazos. Sin darle tiempo a reponerse le dio la vuelta y la sentó sobre él. El placer los inundó a ambos y después ya no hubo nada más que ellos. El reencuentro de sus cuerpos y la

necesidad de volver a ser solo uno, acercarse tanto y que no quedara espacio para nada más. Atrás permaneció el miedo, el dolor, la inseguridad y, sobre todo, volvían a llenar sus vidas de ilusiones y proyectos de futuro. El éxtasis los envolvió en una burbuja resplandeciente que iluminaba sus días como nunca antes lo sintieron.

Sudorosos y con la respiración alterada se frotaron uno al otro eliminando los restos de su encuentro. No dijeron nada, no hacía falta, sus ojos hablaban por ellos y sus manos se encontraban en el camino que tantas veces habían recorrido, pero no por ello dejaban de acariciarse.

Janet se levantó sin ganas, cuando vio las mantas de la cuna moverse con insistencia. Él cogió su mano y la llevó a sus labios besando la palma. Después la dejó salir y tomar la toalla con la que se secó. Miró hacia otro lado sabiendo que verla acrecentaría de nuevo su pasión. Dejó que el agua hiciera el resto y se quedó en la bañera hasta que sintió el frío en el cuerpo. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero la voz de ella le sacó de sus pensamientos.

—Si sigues ahí te vas a enfriar. —Se colocó al niño sobre el hombro y se acercó a su marido, luego tomó la toalla y se la tendió con una risita—. No es que quiera verte salir mojado, pero tampoco deseo que te enfermes.

—Ya. —Tomó riendo la toalla y se la envolvió en la cadera—. Lo que no sé es cómo no te has dado cuenta de que no me importa que me mires. —Se inclinó para darle solo un óculo y fue a por su *kilt* y una camisa limpia.

—En cuanto estés presentable, te agradecería que me trajeses la cena.

—¿No quieres bajar al salón? —preguntó intrigado.

—Mejor como algo rápido y aprovecho la cama. —Rio palmeando el colchón.

—Está bien, yo cenaré con el grupo, a ver si puedo sacarle algo más a alguno.

—No creo que sepan nada más, pero si quieres asegurarte, no te lo voy a impedir. —Se encogió de hombros y dejó al niño en la cuna.

Iain pidió una bandeja de cena para su esposa y se negó a permitir que la subieran, él mismo se encargaría de hacérsela llegar. Dio tres golpes en la puerta. Janet abrió de inmediato, le pasó la bandeja, y después de un suave beso en los labios, le quitó la llave de la mano y le guiñó un ojo. No esperó a verla sentarse, salió del cuarto y cerró. No quería despertarla cuando él volviera, pues ya intuía que regresaría tarde.

Bajó al salón, se acercó de nuevo a la camarera y le pidió un plato de estofado y cerveza. Vio a Ayden aproximarse y le señaló la mesa del fondo del salón, allí podrían hablar sin oídos indiscretos.

—¿Has dejado sola a tu esposa? —Ayden palmeó la espalda de Iain con camaradería.

—No te preocupes, ya viste que se sabe cuidar. —Se encogió de hombros.

—Cuando lleguemos a Lochcarron nos estará esperando el barco, mandé un mensaje a tu padre para avisarle de que venías con nosotros y de buenas maneras.

—Ah, ¿sí? —Cogió la cuchara y comenzó a comer sin dejar de mirarlo de reojo.

—Te dije que tenía órdenes. —Le dio un trago a su cerveza.

—¿Me ha perdonado?

—Yo no sé nada, solo me advirtió de que te encontrara y te llevara de vuelta a Raasay. —Lo miró sonriente—. De cualquier manera, me alegro de que no te opusieras. Aunque no tenías nada que hacer contra el grupo, podrías haber causado mucho daño. Eso lo sé.

—Si te diste cuenta, no saqué mi hacha. —Soltó un eructo y sonrió abiertamente.

—Me di cuenta. —Se carcajeó el guerrero—. Ahora, ¿me vas a decir qué hacías tan cerca de Raasay?

—Busco trabajo para pasar el invierno. —Hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Ya. —Lo miró a los ojos—. No le diré a tu padre que venías de regreso, pero te advierto de que no es tonto. Más te vale hacer las paces con él y pedir perdón por lo de tu tío.

—Eso es algo que nunca haré. Sé que hice lo correcto, lo que mi corazón me decía. Nadie le preguntó a ella ni a mí, por eso luché por nuestro amor.

—Hubo muchos encontronazos con los Mackenzie, tu tío estuvo a punto de empezar una guerra con tu padre y Murdoch MacKenzie juró que te encontraría y te ensartaría en su espada. Por suerte tu tío conoció a Eileen MacLeod y se olvidó de tu esposa. Tu padre lleva este tiempo peleando con el Mackenzie.

—Lo sé, donde estábamos nos llegaban las historias de sus escaramuzas. Pensamos en irnos a Francia, pero la tierra tira mucho. —Se encogió de hombros—. Además, ahora tengo una familia que mantener.

—Deja que el MacLeod suelte la rabia y después vuelve a ganarte su corazón, no creo que tarde mucho en perdonarte. Te ha echado de menos, y Alexander no le ha dado tregua.

—¿Qué ha hecho mi hermano?

—Aceptó la oferta de Mac Gillechalum, y se casó con su hija mayor. Tu padre no se lo ha perdonado, dice que ha dejado entrar una serpiente en el clan.

—Bueno, si es quien yo creo, no me extraña. Siempre la seguía por la isla, y no lo entiendo, porque la muchacha no es muy agraciada, además de tener una lengua viperina que espanta al más pacífico.

—Pues a tu hermano lo tiene en la palma de la mano, por eso tu padre no te perdona tu huida. Pero seguro que en cuanto os vea llegar, y con un nieto, se ablandará.

Iain tragó saliva. Malcolm era su hijo, no de sangre, pero saber que su padre podría empeñar su corazón en el niño, le hizo pensar en su procedencia. No conocía con exactitud de dónde lo sacó Shannon, solo esperaba que nadie lo buscara.

Llegaron a Lochcarron a mediodía, después de una marcha agotadora. Tal y como le había dicho Ayden, les estaba esperando el barco de Raasay. Embarcaron los animales mientras Iain ayudaba a su esposa a acomodarse a cubierto en la proa. Algunos hombres lo miraban con recelo, pero otros lo aceptaron con camaradería y lo abrazaron con afecto.

Eso le dio ánimo para enfrentar a su padre y hermano. Había llegado el momento de la verdad.

El barco atracó en Clachan Bay. Estaba preparando los animales para ayudar a bajarlos cuando lo vio, montado imponente sobre su caballo. Lo miraba directamente y, aunque su expresión se veía endurecida, no había perdido la amabilidad de su semblante. Janet se acercó a él temerosa de separarse.

—Ayden te acompañará a casa, yo iré primero para hablar con mi padre. —Le dio un beso en la frente y acarició la cabeza del niño dormido en su regazo—. No te apartes de él, te buscaré en cuanto acabe.

—¿Nos admitirá?

—Creo que sí, pero antes tendré que pagar.

Con esa críptica frase bajó al muelle donde cogió su caballo y se acercó a la comitiva MacLeod, que no le quitaban la vista de encima. Al llegar junto a su padre inclinó la cabeza en señal de saludo y montó en su caballo. No esperaron para ver si los seguían, el grupo con el *laird* al principio cabalgó con prisa hacia el castillo de Brochel. Iain los acompañaba con el paso sin dificultad, aunque notó que dos guerreros se retrasaban para colocarse uno a cada lado. Al llegar a la entrada acudieron varios mozos que cogieron las riendas de los caballos. Malcolm MacLeod miró a su hijo y, con voz potente, le ordenó que le siguiera.

No tenía más opciones, había llegado el momento de la verdad.

Si era necesario se humillaría para pedir que les admitieran de nuevo en el clan. Fueron más de dos años vagando de un sitio a otro, en busca de un lugar donde hacer su vida con la mujer que amaba. Cuando se dio cuenta de que así, solo conseguía hundirla en la miseria a ella, y ahora con un hijo, su responsabilidad se acrecentaba. Atrás quedó la idea de prosperar en Francia. No sabía lo que le ocurrió a Shannon, pero su desaparición les dejó sin salidas.

Entraron en el patio de armas y no le sorprendió que nadie le dirigiera la palabra. El acceso a la torre central, aunque escarpado, tenía bien hecho el nivel. Subieron las escaleras de entrada, al pasar dejó atrás el salón y siguió a su padre hasta el despacho que se

situaba al fondo. Vio a su hermano Alexander que le sonreía con cariño, y pensó que no todo era malo. Entonces la puerta se cerró con un golpe seco y sintió que la bilis subía a su garganta, pero se centró en mirar a su padre mientras se sentaba en su sillón tras la gran mesa. Por la ventana que había a su izquierda vio llegar al grupo de guerreros y la carreta con Janet. Centró su atención en el cuadro a la espalda del *laird*, su abuelo lo miraba con la misma seriedad, como si al pintarlo ya hubiera sabido la situación que provocaría al clan.

—Estoy esperando que me digas algo —tronó la voz del MacLeod.

—Debería ser usted el que empiece, fueron sus hombres quienes me encontraron por orden suya. —Tragó saliva mientras omitía que se dirigían a la isla cuando los alcanzaron.

El *laird* miró a su hijo y una expresión de resignación cruzó su rostro, al entender que ese muchacho orgulloso, no se amedrentaría. Ahora tenía que decidir entre hablar como padre o como *laird. S*i optaba por la segunda, estaba seguro de que perdería de nuevo a su hijo, y esta vez sería para siempre. Resignado dejó escapar un suspiro, se pasó la mano por el pelo cano, que ya empezaba a clarear y se vio a sí mismo cuando era joven. Su amada Margaret no le perdonaría, si consentía que su hijo se alejara de nuevo, y no permitiría que, al encontrarse con ella en ese lugar donde el dolor no los alcanzaba, se lo hiciera pagar. De eso estaba seguro.

—Hola, hijo. ¿Dónde has estado?

—Hola, padre. —Lo miró receloso—. En varios pueblos y castillos. —Se encogió de hombros—. Allí donde necesitaban un guerrero.

—¿Por qué no lo hablaste conmigo? Podríamos haber encontrado una solución. Si tanto amabas a la muchacha, estoy seguro de que Roderick habría aceptado romper el compromiso de matrimonio en tu favor.

—Lo intenté padre, pero él solo pensaba en el tratado. No quería perder la oportunidad de unir las familias, por lo que no me escuchó.

—De todas formas, él se retractó del contrato. Deberías haber vuelto. Yo inicié trato con el Mackenzie para lograr vuestra unión.

—Esa no era una opción, tendría que devolver a Janet y ella tenía miedo de regresar a su clan.

—No me extraña, pero solo le caería un castigo y después podríamos comenzar las conversaciones para unir nuestros clanes.

—No estaba dispuesto a que me la arrebataran por otra jugada de su padre —omitió que cuando la sacó de la isla de Lewis solo eran amigos y le estaba haciendo un favor a su prima Shannon. Ella fue quién urdió su escapada como si fuesen amantes, algo que ocurrió unas semanas después cuando conoció a Janet.

—¡*Och,* muchacho! Te entiendo y no puedo más que alegrarme de que hayas vuelto a tu hogar.

El *laird* se levantó y se acercó con rapidez a su hijo para abrazarlo, Iain se sintió extraño entre los brazos de su padre, pero pronto entendió que había hablado con el corazón y él no podía hacer menos.

—He venido a pedir perdón, para que nos aceptéis en el clan que nunca debimos abandonar.

—No sabes cuánto me alegran tus palabras. —El *laird* se limpió las lágrimas que habían empezado a caer con libertad y humedecían ya su barba—. Como padre te perdono de corazón, pero soy el *laird.* —Tragó saliva sabiendo que las próximas palabras determinarían el futuro de ambos—. No puedo dejar pasar el castigo por la ofensa y daños causados al clan.

—Lo sé, mi *laird. E*stoy dispuesto a asumir mi culpa y la sanción que consideres justa a mis ofensas.

—Entonces salgamos, el clan espera en el salón.

Tomaron el pasillo de regreso a la sala donde ya se encontraban la mayoría de los guerreros, además de muchos de los habitantes del pueblo. El murmullo en el gran salón aumentó de volumen mientras ambos entraban. Iain buscó a Janet entre la gente y se tranquilizó al verla junto a Ayden. Estaba en primera fila y eso no le gustó, conociéndola podría interrumpir el castigo, y con ello ganarse el suyo. Le hizo un gesto a Ayden para que la sacara de allí, pero él se encogió de hombros. Si había algún momento en el que era necesario rezar era ese, pensó mientras se ponía en el centro de la sala. Alexander se colocó detrás del sillón del *laird,* en una esquina

pudo ver a Naira Gillechalum, tenía una expresión de superioridad y odio, que le heló la sangre en las venas.

—Mi hijo, Iain *na Tuaighe,* ha vuelto a casa y solicita recuperar su lugar en el clan. —El *laird* miró a los congregados y levantó la mano cuando comenzó a escuchar protestas—. Sabe que no obró bien y aceptará el castigo con humildad para poder volver a honrar este clan. Por eso, y dado que actuó cegado por el amor, le daré dos opciones para regresar. Recibirá el castigo con el látigo o con los puños.

En el salón se escucharon exclamaciones variadas. Entre los afirmativos y los negativos, a Iain no le quedó claro si aceptaban el castigo y redención para su vuelta al clan. Sintió un pequeño nudo en la garganta cuando vio a Janet apretar los puños, esperaba que no interviniese, aunque para asegurarse se acercó a ella, colocó la frente sobre la suya y dejó escapar un suspiro. Sus ojos se encontraron y supo que su mujer no estaba de acuerdo, pero no podía retractarse, había pedido perdón al *laird,* y esta era su forma de aceptarlo.

—Tranquila, solo es una formalidad, por mucho que escuches la negativa del clan, al final es la voluntad del *jefe de Raasay* la que prevalece y él quiere que volvamos.

Sonrió a su esposa y le dio un tierno beso en los labios, después acarició la cabeza del niño que estaba despierto y le miraba sonriente esperando algo más que una caricia. Se dio la vuelta para llegar al centro de la sala, justo delante del *laird*. Alexander se dirigía hacia él con expresión seria. Hacía mucho que no se veían ambos hermanos, motivo por el que se saludaron con respeto antes de comenzar a examinarse uno a otro. Iain sonrió al recordar la de veces que le había enseñado a golpear con los puños para no hacerse daño en la mano. Sabía que cumpliría con su deber sin remordimientos, no en vano era el heredero del clan. De esta forma lo habían criado, y él no pondría en peligro su liderazgo.

Comenzó a quitarse las armas que llevaba, incluso el hacha de la espalda y las fue dejando a un lado. Después, se desprendió de la camisa y sonrió a su hermano, se acercó a él con orgullo y se quedó esperando el golpe.

Alexander comenzó a girar alrededor de Iain. Buscaba sus puntos débiles o heridas que pudieran provocar la sangre. El castigo consistía en eso. Golpear hasta que saliera la primera sangre, pero no podía hacerle sangrar en los primeros puñetazos, debía medir muy bien su fuerza y dónde hacerlo. Después del exhaustivo examen se puso frente a su hermano y le sonrió con malicia, pero no dijo nada.

El primer golpe no lo pilló de improvisto, aunque consiguió sacarle el aire de los pulmones. Se dobló por la mitad y cuando alcanzó a recuperarse, se incorporó y sonrió a su hermano, que antes de regodearse en la situación volvió a actuar. Golpeó con fuerza en el lado izquierdo, se giró e hizo lo mismo en el flanco derecho.

Un ruido de fondo llamó la atención de Alexander, se giró y la vio apretar el puño contra su boca. Con satisfacción repitió el golpe en el estómago de Iain, que se dobló con la falta de oxígeno. Varios impactos a cuál más fuerte le hicieron caer de rodillas, pero se levantó y volvió a erguirse para ponerse frente a su hermano. Mientras lo golpeaba sintió que el tiempo pasaba con demasiada lentitud, pero fue el movimiento de Janet lo que lo hizo volverse hacia Ayden.

—¡Sujétala! —Su orden sonó en la sala con un eco estremecedor, y consiguió hacer gritar de impotencia a Janet cuando se sintió rodeada por los brazos del guerrero.

Alexander aprovechó la confusión para golpear en los riñones y después con un rodillazo en la entrepierna dobló a su hermano. Satisfecho de haberle dado donde más duele sin que nadie se percatara, se acercó a él y le cogió del pelo.

—Esto no será tan rápido como creías —susurró con odio—, te quedan dos años por pagar.

Iain no sabía a qué se refería su hermano, pero no dijo nada, aceptó cada puñetazo hasta el límite de sus fuerzas. Una de las veces que cayó de rodillas vio a Janet en el suelo llorando. Esas lágrimas le dolieron más que los golpes. Sabía que Alexander estaba jugando con él, y que pretendía alargar el castigo hasta agotarse,

así que decidió acabar con eso de la misma forma que cuando eran niños.

—No tienes bastante con tus puños, ¿eh? —Sonrió con desdén—. Ahora entiendo por qué padre deseaba tanto mi vuelta.

El golpe no se hizo esperar. El puño de Alexander se estrelló contra la cara de Iain, primero en el ojo, después en el pómulo y por último en la boca.

—A ver si así te callas, ¡bocazas! —dijo con rabia mientras pegaba en el centro del rostro a su hermano y la sangre le salpicaba. Puso cara de asco e iba a golpear de nuevo, pero el *laird* se levantó.

—La sangre ha hablado. Con ella mi hijo Iain y su esposa Janet son bienvenidos al clan.

El señor de los MacLeod se acercó a Janet por primera vez y cuando fue a levantarla notó el bulto que se movía en su pecho. Una risa de satisfacción inundó la sala mientras ayudaba a la muchacha a incorporarse. Miró con adoración al niño.

Capítulo 9

Mary observaba a su reina andar en círculos por la habitación, pero no quería interrumpirla, sabía que esta no era más que otra forma de liberar tensiones. Lo habían hablado muchas veces y todavía se resistía a la realidad. Su última petición era una locura, lo sabía también como ella misma. No había forma de volver a colar en el palacio a la bruja sin que se corriera la voz, y, aun así, la reina daba vueltas sobre el mismo asunto una y otra vez.

—Tienes que traerla de nuevo, seguro que ella puede averiguar dónde está mi hijo.

—Mi reina, es muy peligroso. Si el consejo, vuestro hermano o lord Darnley llegan a descubrir lo que hizo…

Mary dejó de hablar y se acercó a la mujer que tanto admiraba. No solo por su belleza e ingenio, su apostura la hacía única con más de cinco pies y medio de altura, y una inteligencia viva que era capaz de plantar cara a cualquier hombre. Ni siquiera Knox era inmune a ella. Por más que el predicador protestante lo intentaba, no conseguía doblar la voluntad de María Estuardo.

—No puede haberse evaporado. Si no ha tomado un barco, no ha llegado a la corte ni ha contactado con nadie de su clan, es porque está muerta, y puede que mi hijo lo esté con ella.

—Mi reina, el príncipe duerme en la habitación de al lado con la nodriza. —María miró a su compañera y amiga. En parte tenía razón, todos pensaban que el niño que mantenía en palacio era Jacobo. Ni siquiera Enrique había notado la diferencia. Claro que eso no era nada del otro mundo, ese idiota con el que se casó no miraba al niño más que como un medio para conseguir la corona. De hecho, su insistencia en que lo hiciera rey estaba agotando su paciencia. Ya no sabía cómo negarse a ello. Por mucho que se lo prometió en un

momento de debilidad, con el paso del tiempo se dio cuenta del grave error que cometería. —Mañana iré yo a hablar con la bruja —dijo con la decisión tomada.

—No podéis hacer tal cosa, ¡si os descubren se sabrá todo! No quiero ni imaginar lo que harán los consejeros, clanes, hasta el mismo lord Darnley podría atacaros. Y con razón, por poner en peligro al heredero.

—No tengo otra opción, mi prima Isabel se niega a recibirme. Catalina de Medici, mi exsuegra, hace oídos sordos a mis peticiones de ayuda, y estos hombres del norte son tan obcecados como brutos. Mi hermano se está quedando con todos los apoyos, y a mí, me están relegando al papel de frágil damisela. No puedo admitir eso. Soy reina por derecho divino, y necesito tener al heredero en mi custodia para impedir que me arrebaten el poder.

—Mi señora, si alguien sospechase lo que ocurrió hace dos meses podrían condenaros por traición.

—Nadie se enterará. Saldremos juntas, pero iré disfrazada como tu mucama. Así no sospecharán.

—Será muy difícil, vuestra altura os delatará. —Mary miró horrorizada a su reina—. Además, no podría daros órdenes.

—Me encogeré para disimular mi altura. —Acarició la mano de Mary—. Sé que los mandatos que me des serán con objeto de hacer creer a los demás nuestra pantomima.

—Está bien, buscaré un uniforme que os sirva, mi reina.

Mary salió resignada de la habitación. Miró a sus amigas y las saludó con timidez. No quería entablar ninguna conversación, por eso se fue hacia la puerta en busca de su mucama y le pidió que la acompañara. Necesitaba estar lejos de ojos y oídos indiscretos para la petición.

No fue fácil encontrar un uniforme de la talla de la reina. De hecho, tuvo que ponerse en la intimidad de su cuarto a modificar el vestido, y así evitar que llamara la atención. Todavía no sabía cómo conseguiría ocultar su altura, pues por mucho que se encogiera estaba segura de que su estatura la delataría. Por la noche, cuando ayudó a su reina a acostarse, escondió el traje en el baúl bajo la

ventana, y entre susurros acordaron encontrarse en la alcoba de Mary.

Después de una noche inquieta donde el sueño apenas la visitó, María se vistió con el uniforme. Notó que sus pies asomaban bajo el vestido y dobló las rodillas ocultando que le quedaba corto. Además, de impedir que se viera su calzado, a todas luces inapropiado en una mucama. Entró sin llamar a la alcoba de Mary sorprendiéndola con su impetuosidad.

—Majestad, si alguien os ha visto entrar se habrá dado cuenta de que no sois una sirvienta. —Puso los ojos en blanco—. Debéis conduciros igual que una si no queréis delatar la pantomima.

—No soy una criada, y no sé comportarme como tal. Será mejor que nos vayamos antes de que empiecen a despertar todos en el palacio —contestó malhumorada.

Mary inició la marcha. Le pidió a María que la siguiera unos pasos, además, le recordó que no olvidara disminuir su estatura. La reina asintió y dobló las rodillas mientras caminaba. Aun así, su paso lento era algo destartalado y llamaba la atención, por lo que Mary volviéndose hacia ella, le conminó a andar bien. No sabía qué era peor, su caminar o la altura.

En ambos casos llamaba la atención y decidió que era mejor llegar con rapidez a su destino. Rezaba para que nadie se fijara en ellas.

Al alcanzar la casa de la bruja, llamó con prisa mientras miraba a un lado y otro de la calle. No había nadie, pero le asustaba que las reconocieran a las puertas de esa vivienda.

Mary no conocía a la mujer que las atendió. Por un momento pensó que se había equivocado de casa, más reconoció la voz que las interpelaba desde la oscuridad de la vivienda, y eso la tranquilizó.

—¿Quién llama a estas horas, Bessie?

—Son unas damas, abuela. —La muchacha observó a ambas mujeres y sonrió con malicia.

—¡Hazlas entrar, niña!

Bessie se apartó permitiendo su paso, sin dejar de captar cada detalle de ellas. La reina entró la primera sin mirar a la muchacha, sentía la maldad en ella y no sabía el porqué de su rechazo, pero no

le gustaba estar cerca. María se bajó la capucha de la capa para descubrir su rostro ante la anciana y la miró a los ojos sin dejarse amedrentar.

—¿A qué debo el honor de su visita, mi reina? —dijo casi con risa la anciana.

—Necesito que me ayudes a encontrar a mi hijo —María no se paró a pensar las palabras—, cuando viniste al palacio fuiste demasiado críptica y necesito reunirme con él.

—No puedes. No debes. —Se irguió en el sillón donde estaba sentada—. Tu hijo ha iniciado su camino en solitario. Si intentas buscarlo ahora romperás su protección y lo pondrás en peligro.

—Pero yo quiero estar a su lado, necesito llevármelo a la corte francesa para protegerlo. Sé que aquí no está seguro.

—Su camino quedó trazado cuando lo pusiste en manos de la MacLeod de Dunvegan.

—¿Tú como sabes eso? —La reina se giró para mirar a Mary—. ¿Se lo has dicho?

—No, majestad, yo no he mencionado nada —exclamó sorprendida.

—No necesito que me digan lo que ya vi. —Le hizo una señal a Bessie—. Esta es mi nieta, ella mirará en tu interior. Si no es capaz de ver el camino de tu hijo a tu lado, deberás resignarte y conformarte con el que ya tienes.

Bessie tomó la mano de la reina entre las suyas y cerró los ojos mientras las imágenes se sucedían en su cabeza. El tiempo dejó una huella de inquietud en la reina que luchaba por mantener la compostura, y permitir que la muchacha terminase su visión. Mary observaba incómoda el ritual sin perder de vista a la anciana que sonreía. Cuando la muchacha se apartó de la reina, esta se movió inestable, y la cogió de la cintura para impedir que cayera. Pero se soltó con rapidez y miró a ambas mujeres, que aprovecharon la distracción y comenzaron a cuchichear entre ellas.

—¡Dime lo que has visto! Y no te guardes nada o… —la amenaza quedó en el aire, aun así, ambas mujeres sintieron el frío apoderarse de sus huesos.

—No puedo añadir mucho más a lo que dijo mi abuela. —Se encogió de hombros—. ¡Su destino está escrito al igual que el suyo, majestad. —Se inclinó para hacer una reverencia sin ocultar una mueca de desprecio.

—¿Dónde está Jacobo? Es lo único que quiero saber. —Tragó saliva mientras sentía que el pánico se apoderaba de ella.

—El niño está donde debe estar para cumplir con la profecía. —La anciana tosió y se tapó la boca con un pañuelo—. No puedes interferir.

—¿Al menos tengo potestad de hacer algo para protegerlo? —Bessie salió de la habitación y volvió unos minutos después con un frasco, se lo tendió a la reina que lo miraba incrédula.

—Es una poción de protección, quién la beba quedará al servicio vuestro por toda la eternidad.

—¿Una brujería?, ¿con esto piensas que garantizaré la seguridad de mi hijo?

—No, con esa poción salvaguardas la protección de tu descendencia hasta que ocupe el lugar que le corresponde. —La reina la miró sin entender a qué se refería y la bruja chasqueó la lengua exasperada.

—Quien beba de esta poción tendrá que buscar a sus descendientes si se hallan en peligro. Da igual dónde o cuándo. Aparecerá a su lado para proteger su vida y hacer que se cumpla el oráculo.

—¿Qué profecía? —Mary intervino sin pensar.

—La que os dije en palacio. —La anciana puso los ojos en blanco y una expresión extraña surcó su rostro: «Tu hijo hará tambalear la corona inglesa. El reino inglés desaparecerá con los cuervos y un gran desastre caerá sobre el país».

—¿Eso qué quiere decir? —La reina apretó los puños, impaciente —. Habla más claro, bruja, no soy adivina.

—Si no lo entiendes, es que no estás preparada para escucharlo. —Se echó hacia atrás—. En ti está la oportunidad de mandar un guardián a tu hijo. Si le das la poción al guerrero adecuado, dejarás de preocuparte por su seguridad y podrás reinar sobre Escocia.

—¡Dame eso! —María Estuardo arrancó el frasco de Bessie y se giró hacia la puerta de la calle—. Dales el dinero, no quiero que se vuelvan a acercar a mí con sus brujerías.

Salió y esperó un momento la llegada de su dama, después se dirigieron juntas de regreso al palacio. Mary, un poco asustada por lo que había presenciado, la reina enfadada por no conseguir lo que buscaba. Con esta acción, se esfumaba la última oportunidad de encontrar a su hijo. No hablaron durante el camino y al entrar al palacio lo hicieron por la zona de servicio sin que nadie se fijase en ellas. Cuando llegaron a las habitaciones de la reina, en el ala norte, respiraron aliviadas al comprobar que, ninguna de las damas, estaba todavía en la sala. Mary ayudó a la reina a cambiarse el vestido y luego le recogió el pelo con el garvín. Era muy sencillo, adornado con hilos de oro que hacían brillar el cabello de María con un color dorado. La reina asintió satisfecha y posó su mirada sobre el frasco que le dio la bruja, no sabía qué hacer. Al final se lo dio a Mary y le pidió que lo guardara hasta pensar si lo utilizaría.

Al salir a la sala de visitas se encontraron con Mary Fleming y Mary Livingston, que se pusieron en pie ante la reina y le hicieron la reverencia de rigor. La monarca miró a su amiga Mary Fleming, casada con William Maitland, y de repente se le ocurrió una idea.

—Mary, ¿tu esposo hizo muchas amistades en la corte de mi prima?

—No tantas, mi reina. Entended que lo trataban como un extranjero, por no decir mensajero de quien reclamaba el trono de Inglaterra.

—Es cierto. Olvidé la inquina de mi prima contra lo que hice, auspiciada por mi suegra, Catalina de Medici. —Se quedó pensativa.

—¿Por qué removéis ese asunto, mi reina? Sabéis que vuestro consejo os pidió olvidar de momento semejante reclamo.

—¿Acaso te he nombrado consejera? —La reina miró con seriedad a la muchacha que se había criado con ella, y que, desde su casamiento, la notaba distante.

—Lo siento, mi reina. —La dama bajó la cabeza en señal de sumisión, pero por dentro el enfado corría por sus venas ante semejante desplante.

—Necesito hablar en privado con Bothwell, Mary escribe una misiva pidiéndole que venga.

—Majestad, el conde se marchó a sus tierras para arreglar ciertos asuntos, ¿recordáis? —Mary Seton la miró intrigada.

—Es verdad, pero, aun así, necesito hablar con él. Enviad esa misiva lo antes posible.

—Como digáis, mi reina.

Las puertas del salón privado de María Estuardo se abrieron con fuerza estrellándose contra la pared y provocando el sobresalto de las damas allí reunidas. Enrique, lord Darnley entró algo tambaleante. Desde donde estaba María podía oler el alcohol que destilaba su aliento, así que hizo un gesto a sus damas para que los dejasen a solas. No le temía, ya no. Había aprendido que, contra él, la mejor defensa era un buen ataque. Por eso hizo salir a sus damas, no quería que fuesen testigos de su humillación.

—¿Qué quieres, Enrique?

—He venido a ver a mi reina. —Sus palabras dejaron ver la ponzoña que habitaba en su interior—. Bueno, también querría estar con mi esposa, pero temo que esa desapareció cuando quedó embarazada. —Se dejó caer en el sillón de María y esta lo miró con desagrado.

—Antes que esposa, soy reina y madre del futuro rey, no me obligues a enseñarte modales.

—¿Cuándo vas a cumplir lo prometido? —habló enfadado a pesar de que se le trababa la lengua.

—¿Qué promesa?

—Dijiste que me convertirías en rey, pero pasa el tiempo y no haces nada para declarar mi nueva condición.

—Nunca acepté tal cosa. En nuestras capitulaciones matrimoniales se estipuló que solo serías consorte, y así seguirá siendo.

—Has vuelto a traicionarme. —Se levantó apretando los dientes —. Esto no quedará así.

—¿Con quién te aliarás ahora? —Se acercó sin miedo a su esposo. Sus narices casi se tocaban, pues eran prácticamente de la

misma estatura—. Has demostrado que no estás preparado para reinar, ni siquiera eres un buen consorte y mucho menos esposo.

—¿Quieres que te demuestre lo bueno que soy?, ¿es eso lo que pides antes de darme la corona? —La tomó del brazo y la empujó contra la pared, pero ella no se quedó quieta.

—Mírate, no te tienes en pie. —Bajó su mirada a la entrepierna y levantó una ceja—. Tal vez deba mandar llamar a uno de tus mozos para que te la ponga firme —contestó María en tono despectivo y lo empujó lejos de ella.

Por un momento pensó en pedir ayuda, pero se negaba a dejar ver su debilidad ante el hombre con quien se casó, así que le dio la espalda y miró por la ventana los jardines, necesitaba relajarse antes de decirle lo que tenía pensado.

—No me trates así, María, tú me elegiste. ¿Ya no recuerdas lo bien que lo pasamos juntos?, ¿las veces que te hice gritar mi nombre?

Su aliento alcohólico le rozó la piel y sintió náuseas. Se contuvo y dio varios pasos a su derecha para salir de su cercanía. Después lo miró, y notó que el asco volvía a ella. Nada quedaba del joven galante que la sedujo y del que se enamoró tan rápido que ni siquiera se molestó en pedir la dispensa papal para casarse, tuvieron que pagar con el fin de que esta les llegase con mayor celeridad.

—Olvídate de la «corona matrimonial», a partir de ahora eres libre de dormir con mancebos o con quien quieras. Desde luego en mi lecho no volverás a entrar. Solo espero tu discreción si pretendes mantener tu estatus en la corte. En caso contrario tendré que tomar medidas.

—Tú lo has querido. —Se dirigió a la puerta, pero antes de salir, María lo increpó.

—He pensado bautizar a nuestro hijo el 17 de diciembre en el castillo de Stirling, házselo saber a tu secretario para que te recuerde la cita.

—Me lo pensaré. Puede que si no va el «supuesto padre» empiecen a comprender el error que cometen al confiar en ti.

—No te atreverías, Enrique. Por mucho que digas bastardo a nuestro hijo nadie te creerá, no después de lo que fuiste capaz de

hacer. Te perdoné entonces, pero no lo he olvidado.

Lo vio salir de forma iracunda dejándola en la sala sin nadie que la acompañara. María sintió que estaba más sola que nunca. Las tensiones que tenían sus consejeros producían cada vez más enfrentamientos entre clanes. Además, aunque intentaba evitar los conflictos religiosos con Knox, sus sermones se estaban convirtiendo en una exaltación contra ella y el catolicismo. Su idea de hacer convivir ambas confesiones religiosas para evitar luchas internas no estaba siendo bien aceptada. El predicador tomó su consentimiento de convivencia como una debilidad y lo proclamaba desde el púlpito cada vez que subía a él. Siempre intentó tener una relación cordial con Knox, aunque a medida que el tiempo pasaba, se le hacía más difícil.

Se sentó junto a la ventana y dejó vagar la mente, pensando en la situación a la que se enfrentaba, con un esposo cada vez más exigente e iracundo que no la respetaba y con la mitad de su consejo asesor en contra de ella. La disputa entre católicos y protestantes era lo que más la preocupaba, más aún desde que su hermano se convirtió al protestantismo.

—Mi reina —Mary Fleming se acercó a ella con rapidez—, acaba de llegar esta misiva del conde de Bothwell.

María se volvió y cogió la carta, desde que James Hepburn se fue para pacificar la frontera y perseguir a los ladrones de ganado, añoraba su presencia consoladora. Sentía que era uno de los pocos consejeros en el que podía confiar. Rompió el sello con celeridad y comenzó a leer. Angustiada por lo allí escrito, se levantó y llamó a sus damas.

—Mary, hazle llegar a James Beaton y John Lesley esta misiva.

Se sentó en el *bureau* y escribió con rapidez ambas cartas, después secó la tinta y las dobló antes de poner su sello en el cierre. Le entregó ambos documentos para que los mandase con un mensajero de inmediato, y llamó a Mary Beaton. Necesitaba cambiarse.

En su alcoba comenzó a pasearse inquieta por las noticias. Miró a su dama y le pidió el traje de montar, necesitaba abandonar el palacio, hacer algo, una actividad que le ayudase a pasar los días.

Después de cambiarse de ropa dejó las estancias de Holyrood para cabalgar. No fue un trote pausado el que le impuso al equino, más bien una loca cabalgada por el parque que rodeaba el palacio, y que le hizo reír cuando el viento en su cara jugaba con su cabello. Escuchó a sus escoltas gritarle, pero no les prestó atención. Continuó con su loca carrera hasta que sintió que había dejado atrás las preocupaciones y sentimientos encontrados.

María tomó la decisión sin apenas meditarlo. Aunque debía reconocer que la idea era acertada y no comprometía a nadie, más aún cuando lo que estaba en juego era la independencia de la corona escocesa y su derecho al trono inglés.

Regresó al palacio poniendo a paso lento al caballo. Cuando descendió saludó a los guardias que, aun quedándose atrás, nunca habían dejado de seguirla. Le entregó las riendas al mozo de cuadra, y le pidió que lo frotase bien, entonces se dirigió con determinación a sus habitaciones. Al entrar a su sala se encontró a Mary Seton paseando nerviosa.

—¿Qué ocurre Mary? —Anduvo junto a ella y dejó la puerta de su alcoba abierta para que entrase.

—Me ha llegado una información muy desagradable. —Cerró al entrar y ayudó a su reina a desprenderse del traje de montar.

—¿Qué chismorreo has escuchado? —Dejó salir una risita y se deshizo de las enaguas para meterse en la bañera preparada.

—Mi reina, sabes que tengo varias amigas protestantes y me han contado el último sermón de Knox. A ese hombre deberíais pararle los pies ya, no se puede consentir que hable así de su majestad.

María se sentó con placer en el agua caliente, cerró los ojos y disfrutó un momento de la tranquilidad que había logrado con su loca cabalgada, antes de escuchar las noticias de Mary. Su dama recogía con nerviosismo las ropas dejadas en el suelo para llevárselas, necesitaba ordenar sus pensamientos antes de informar a su reina de lo que le habían contado.

—Bien, ¿qué ha dicho ahora ese predicador? —Abrió los ojos y miró a su dama.

—En su último sermón volvió a decir que no estáis preparada para ser la reina de los escoceses, que los franceses os moldearon

solo con el objetivo de enfadar a los ingleses, y que vuestro entendimiento sobre este país es nulo, por lo que deberían buscar un mejor gobernante —lo dijo todo de carrerilla, sin tomar ni aire.

—¡Ese hombre es idiota!, ¿cuántas veces tendré que hablar con él para que me entienda?

—Mi reina, creo que deberíais hacer algo. Ya habéis dialogado con él muchas veces y, aun así, no deja de utilizar sus sermones para denigraros a vos y a nuestra fe.

—Mary, no quiero un enfrentamiento religioso en Escocia —soltó el aire con lentitud—. Ya estamos muy desunidos para añadir otro punto más de separación.

—Pero este predicador, cree que vuestra magnanimidad es una debilidad, y la está explotando desde su púlpito.

—Lo sé, y me gustaría hacerle cambiar de opinión, pero sé que es imposible. Es un fanático, además de tener las ideas muy claras con la reforma de la iglesia escocesa. —Se levantó del agua y dejó que Mary la envolviese en la suave toalla de lino.

—Deberíais exponer el caso a vuestro consejo, tal vez ellos podrían hablar con Knox y…

—No puedo hacer eso, entonces dejaría claro que soy débil ante él, y sus ataques se recrudecerían. Estoy segura de que aprovechará cualquier excusa para redoblar sus arengas desde el púlpito.

—Algo se podrá hacer —dijo con desaliento Mary.

—Ya se me ocurrirá otra forma. Mientras tanto pide que lo traigan a mi presencia lo antes posible.

Mary asintió, y salió con pasos decididos de la alcoba mientras su reina se sentaba ante el tocador y comenzaba su ritual de belleza. Sacó las cremas traídas de Francia y empezó a untar su piel con delicadeza y lentitud, mientras en su cabeza se organizaba un guion para hablar con el predicador sin levantar aún más su ira.

María se aposentó en su sillón de la sala de audiencias, sus damas estaban junto a ella, sin embargo, se sentía pequeña y desamparada. Descubrió a varios señores del norte en la sala. También estaba su hermano James, que, a pesar de haberse acercado para darle un beso en la mejilla, se apartó de ella hasta quedar junto a Archibald Campbell.

Los vio acercarse y susurrar entre ellos y sintió que se le revolvían las entrañas. ¿Por qué su hermano no podía aceptar su papel en Escocia? Ella le estaba dando todas las responsabilidades que le había pedido, incluso era uno de sus más cercanos consejeros. Aun así, sentía que la lealtad de este variaba demasiado y en muy poco tiempo.

El salón quedó en silencio cuando entró John Knox con la cabeza muy erguida y pasos fuertes. Se acercó a la reina, aunque no tuvo la cortesía de inclinarse. La monarca lo miró con odio, pero consiguió ocultar sus emociones, antes de que el predicador encontrase nuevas faltas con las que atacarla.

—Espero que vuestro viaje hasta aquí haya sido placentero —dijo la reina sin ocultar la ironía de sus palabras.

—¿Por qué se me ha convocado?, ¿habéis decidido abrazar la reforma?

—No seáis pretencioso, señor Knox. —La reina se acercó a él para hablar con más intimidad—. Me han llegado noticias de vuestra última arenga —dijo en voz muy baja.

—No hace falta que pidáis información sobre mis sermones, seréis bienvenida siempre a mi iglesia.

La reina apretó los puños y tomó aire antes de contestar de forma grosera, ya tenía experiencia en los enfrentamientos con el predicador, lo que menos quería y necesitaba era dar pie a nuevas inquinas entre católicos y protestantes.

—Señor Knox, acudo a vos para que me ayudéis a pacificar Escocia —dijo en voz baja.

Sorprendido, el reformador miró a María y buscó la verdad de sus palabras, como no encontró maldad en sus ojos, asintió, pero no antes de hacerle llegar su precio.

—El joven príncipe debe ser educado en las ideas de Calvino, y su bautismo debe ser en la nueva iglesia para garantizar la paz espiritual del futuro rey de Escocia.

—No podéis pedir algo semejante. —María se volvió hacia él—. He sido ecuánime con vos y el resto de las creencias religiosas. No obligo a nadie a abrazar la verdadera fe, pero a cambio pido el

mismo respeto. Mi esposo y yo somos católicos, y como tal ha de educarse nuestro hijo.

—Ese es el problema. El consorte carece de virtudes que puedan alabar a Dios, y vos sois una mujer pagada de su propia belleza, carente de escrúpulos para conseguir cualquier fin —dijo bajando cada vez más la voz—. Sin embargo, vuestro hermano estoy seguro de que será una buena imagen para el infante. María sabía que algo así llegaría, pero no estaba preparada. Por un momento pensó en su hijo, su alma inmortal al cuidado de los protestantes, y se dio cuenta de que no era su Jacobo quien expondría su salvación ante la nueva iglesia. Asintió con la cabeza y apretó los puños para darse fuerza.

—Está bien, pero su bautismo será católico y en Stirling, tal y como tengo planeado. Después irá con mi hermano, y cuando sea mayor, que decida cuál es la fe que quiere profesar.

—No esperaba menos de vos. —La miró irritado—. Ahora he de dejarla para acudir a mis obligaciones.

No aguardó a que la reina le diera permiso. Tampoco se inclinó en señal de respeto, lo cual hizo que a María le entrasen ganas de mandar detenerlo. Por suerte, lo pensó mejor. Acababa de tener una discusión tensa con el predicador y, aunque había testigos de su parlamento, nadie sabía de lo que hablaron. Eso era suficiente de momento.

Miró a sus consejeros y volvió a sentarse en su trono antes de hacerles su siguiente informe.

—He sabido que el conde de Bothwell cayó herido en una escaramuza con ladrones. No sé cuál será su gravedad, pero puesto que necesito de su consejo al igual que del vuestro. En cinco días celebraremos una reunión con él en su castillo. —Miró a los allí congregados y los silenció cuando empezaron a hacer protestas—. Ya sé que la distancia es mucha, pero si salimos por la mañana temprano, podremos estar de regreso por la tarde, así nadie tendrá que postergar durante mucho tiempo sus obligaciones.

James Beaton, arzobispo de Glasgow, John Lesley, William Maitland de Lethington y James Stuart, se inclinaron en señal de aceptación. María les hizo un gesto a sus damas para que le

siguieran y abandonó el salón de audiencias, dejando a todos los allí reunidos con cara de sorpresa.

—Esos dos están en connivencia —le dijo Archibald Campbell a James Stuart.

—De momento iré como observador, si es cierto que mi hermana se está dejando cautivar por Bothwell, yo mismo encabezaré la batalla para derrocarla.

Ambos hombres hablaban en susurros, aunque no lo suficiente bajo para que James Douglas, el negro, no los escuchara. Dejó salir una mueca despectiva y sonrió para sí mismo. Con todo esto, tal vez podría poner a la reina a su lado. Si conseguía dominarla tenía asegurado el poder, y por una vez, quería aumentar el poderío de su clan sobre el de los Campbell. El día para visitar al enfermo Bothwell y celebrar el consejo en su castillo llegó con rapidez. La reina cabalgaba erguida en su montura. Con agilidad dominaba al caballo, a pesar de montar a la amazona mientras que los consejeros la seguían hablando entre ellos, quejándose por tan largo viaje, solo por una corta reunión con el conde que estaba postrado en una cama. No sabían lo que encontrarían en el camino, ni si podrían detenerse a tomar algo y descansar, aun así, nadie protestó y siguieron el paso de María Estuardo. Ninguno de los consejeros quería quedarse atrás, pues era bien sabida la habilidad de la monarca cabalgando.

El castillo de Crichton estaba a la vista del grupo, cuando María se adelantó junto con los guardianes y su hermano hasta la puerta para pedir el paso del contingente. No tuvieron que esperar mucho. De inmediato se abrieron y la comitiva entró al patio. La reina se sorprendió por la belleza del mismo.

Había un claustro que abría el paso a las dependencias principales, con varias torres que lo circundaban y gruesos muros defensivos que, a pesar de ser esa su utilidad, no habían dejado de lado la belleza ornamental con grandes ventanas cubiertas de vidrieras. Los hombres desmontaron y la reina pidió ser llevada en presencia del conde. Tras subir las escaleras que le conducían a la torre principal, María fue presentada junto con sus damas en la habitación privada de Bothwell, quien ya la esperaba. No en vano, su

segundo le había advertido de la presencia real en el castillo y sus damas de compañía.

—Mi reina, disculpad que no me levante como quisiera, para postrarme a vuestros pies. —James se incorporó tapando apenas una parte del pecho con la sábana.

—No hace falta que os molestéis, milord. ¿Cómo os encontráis?

—Postrado y deseando salir de esta cama, aunque solo sea para alejarme de los cuidados de mi esposa —contestó con tono risueño sin poder creer todavía que la reina estuviera en su castillo.

—Me alegra saber que estáis lo suficiente restablecido como para bromear. —Le sonrió con admiración—. Hemos venido a celebrar el consejo en vuestra presencia, pues sabéis que aprecio vuestros conocimientos, y dado que la herida os tiene postrado, pero no incapacitado, vengo a abusar de vuestra amistad.

—Por favor, majestad, estoy a vuestro servicio. —James le guiñó un ojo a la reina, sabedor de que pronto irrumpirían en la alcoba el grupo de consejeros—. Siempre he intentado serviros de la mejor forma posible.

—Lo sé, en todos estos años habéis dejado bien claro vuestro apoyo a mi persona.

—No es solo eso lo que yo quisiera daros, pero me conformaré de momento.

La reina enmudeció ante lo que sus palabras insinuaban. No se atrevía a decir nada para no darle falsas expectativas. Después de todo estaba casado y, aunque su esposa, Jean Gordon, padecía muchas debilidades, no podía dar alas a una relación avocada al fracaso, más aún cuando ninguno de los dos era libre.

El grupo que había seguido a la reina desde Edimburgo entró en la alcoba, y observó la camaradería establecida entre la regente y el conde. James Stuart miró con desagrado al hombre, pero no dijo nada, todavía no estaban preparados para arrebatarle el poder a María. Aunque cuando consiguieran todos los apoyos, haría pagar a Bothwell por cada uno de los desmanes cometidos contra él, en su proceso de ascensión en la corte.

Capítulo 10

El guerrero subía con rapidez las escaleras, le habían dicho que Janet estaba en su alcoba y no tenía tiempo que perder. Debía estar en el patio de armas en quince minutos, es lo que les había dado el jefe de guerra para despedirse de la familia, y él lo aprovecharía al máximo. Estar separado de su esposa y su hijo sería lo peor de esa prueba. Aunque sabía que se quedaban seguros bajo la custodia del laird, no podía evitar sentir cierto desasosiego al dejarlos. Desde que se marchó de Lewis con ella, no se habían separado más que unas horas y por necesidad. Ahora podían pasar muchos días hasta que estuvieran juntos de nuevo.

Entró con impetuosidad a la estancia y se quedó extasiado al verla sentada ante la chimenea, el niño dormía con placidez en la cuna. La imagen de Janet frente a las llamas le arrebató el aliento, reflejos de fuego hacían arder su pelo con un brillo que jamás vio en ninguna mujer. Era algo irreal, parecía un hada, aunque conocía bien la corporeidad de ella. Se acercó a su esposa que estaba mirando las llamas, pensativa, y se arrodilló ante la mujer que le robó el corazón.

—¿Qué te tiene tan abstraída? —Tomó sus manos y las acarició.

—¡Iain! Me asustaste. —Se inclinó para besarlo y se dio cuenta de que llevaba las armas colgadas todavía—. ¿Dónde vas?

—Tenemos que salir a vigilar la costa, se han visto barcos cerca y hay órdenes de controlar que no desembarquen sin permiso.

—¿Cuánto tiempo te irás?

—No estoy seguro, todo depende de dónde localicemos las embarcaciones y el camino que sigan.

—¿Cuánto?

—Al menos una semana —dijo resignado.

—¿Tendrás cuidado, por favor?

—Siempre, no te preocupes. Llevo mi hacha y ya sabes que con ella nadie se atreve a enfrentarse a mí.

—De todas formas, te quiero de vuelta. —Señaló la cuna—. Te necesitamos.

Iain sonrió complacido por sus palabras, se puso en pie y la alzó hasta pegarla a su pecho, luego se inclinó sobre sus labios y los devoró como a ella le gustaba. Con suavidad los atrapó para saborear el dulce aroma que emanaba de ellos, no entendía por qué siempre tenía ese olor. Daba igual la hora del día, cada vez que sus bocas se encontraban, lo primero que le asaltaba era el fresco aroma a hierbas. Empujó con su lengua y sus labios se abrieron para dar cabida a su intrepidez.

Durante unos minutos se perdieron uno en el otro, la ansiedad de la partida se apoderó de ellos que, sin premeditación, comenzaron a acariciarse mientras sus dedos recordaban el tacto de la piel caliente bajo los mismos.

—Deja que me vaya con tu sabor en mis labios —le susurró sin apartarse de ella, que asintió emocionada mientras sentía la excitación correr por sus venas hasta convertirla en líquido.

La llevó a la cama y la tumbó. Sin decir nada le levantó las faldas y quitó de en medio todo lo que le estorbaba para llegar a su deseo. Después no volvió a preguntar. Devoró su esencia hasta que la sintió temblar y su líquida pasión humedeció sus labios haciendo que se recrease en su sabor. Cuando estuvo seguro de que le había sacado hasta la última gota de placer, se incorporó y la besó.

El ruido en el pasillo le recordó para qué había subido. Un suspiro de anhelo le recorrió el cuerpo, pero se acomodó el *kilt* y la ayudó a incorporarse. Sus ojos aún brillaban con la pasión que lo había desbordado. Deseó poder hundirse en ella, volver a ser uno y retener su aroma en la piel, para que cada uno de los días de ausencia fueran solo un lapsus en sus vidas.

—Volveré. —Le dio un beso pequeño. Se apartó antes de arrepentirse y tomar lo que necesitaba. Lo que deseaba.

—Lo sé. —Sonrió intentando contener las lágrimas que hacían brillar sus ojos.

El guerrero se acercó a la cuna y besó con cuidado a su hijo, el pequeño se removió, pero no se despertó mientras él observaba arrobado la imagen. Alzó la mirada y se dio cuenta de que Janet contenía el aliento, sus ojos brillantes por la humedad no se apartaban de él. Volvió a besarla y notó que se quedaba en tensión. No podía entretenerse, se abrazó de nuevo a ella y salió del cuarto sin mirar atrás, pues si lo hacía no podría dejarlos. Janet se sentó de nuevo junto a la cuna y cogió el pergamino que ocultaba en el bolsillo. Lo leyó una vez más en un intento de que las palabras fueran diferentes, pero no, la carta iba dirigida a Francisco, duque de Guisa en Francia. Sacó el anillo y volvió a mirarlo con detenimiento. No le quedaba ninguna duda, las flores de lis de la Casa de Valois-Angulema en la parte superior y las armas de Angulema en la inferior, demostraban que ese anillo pertenecía al difunto rey Francisco II, rey de Francia, del que era viuda María Estuardo, reina de Escocia.

Las manos le temblaban. En su mente solo se abría paso una idea: Malcolm era el hijo de María Estuardo. Pero, si eso era así, ¿por qué no lo buscó? ¿Por qué nadie dio la voz de alarma por la desaparición del heredero?

—Tienen un sustituto —susurró acongojada—. Por eso no ha removido cada piedra de Escocia para encontrarlo.

Saber de dónde procedía su hijo la hizo sentirse mal. No podían omitir su procedencia, negarle su legado, pues no era un niño sin hogar. Con toda seguridad, lo habían sustraído de su cuna de oro para controlar a la reina, y no entendía en qué podía beneficiar a nadie cambiar al heredero.

Volvió una vez más a leer la carta y se dio cuenta de que fue la misma reina quien escribió esas palabras. De hecho, pedía ayuda a sus tíos, decía que en breve se reuniría con su hijo en Francia. Toda una artimaña que se perdió con la desaparición de Shannon, dado que no podía olvidar que su amiga era dama de la reina.

Cogió ambas pruebas y buscó en la habitación un lugar seguro donde esconderlas, pero ninguno le pareció lo suficientemente

bueno. Entonces optó por devolverlas al lugar en que las encontró.

Volvió a coserlas al falso bolsillo de la manta con la que le dieron envuelto a Malcolm. Comprobó que no delatase su interior y las guardó al fondo del baúl de ropa. Cuando regresara Iain, le contaría su hallazgo y, entre ambos, encontrarían una solución. Vio al niño removerse inquieto, y al final se sentó en la cuna sonriendo con cara de pícaro. Janet lo cogió y lo abrazó dejando salir toda la angustia que el descubrimiento le había provocado, pero el pequeño estaba más interesado en alimentarse, y tiraba de la blusa para llegar al pecho. Rio por el descaro de Malcolm y se lo puso a su alcance. Como siempre al pequeño tirón le siguió un chupeteo intenso que llamó a la leche, y pronto el niño se centró en alimentarse mientras sus manos amasaban el pecho de su madre.

Capítulo 11

María Estuardo miraba con desagrado el vestido de luto. En sus veinticinco años había llevado demasiadas veces trajes de negro y austeridad. Aunque esta vez el sentimiento no era de congoja, más bien de liberación. Y no debería sentirse así, después de todo, Enrique era su esposo y la trágica muerte no hacía más que ensuciar la imagen de ella ante su pueblo. De nada serviría decir que ese hombre la engañó para acceder al trono de Escocia, y que, al no conseguir su propósito, le había hecho la vida imposible a su reina. No solo por el maltrato que le daba, también sus hazañas de excesos eran una forma de castigarla. Por suerte, hacía mucho tiempo que no tenía relaciones con él, de lo contrario, seguro que le habría transmitido la sífilis que padecía. Un escalofrío recorrió su cuerpo y dio gracias a Dios por su intervención divina al confluir los enfados de Darnley con asuntos de estado y los viajes de estado. Por último, cuando le pidió que regresara a Edimburgo y el desdichado le comunicó, que se terminaría de recuperar en casa del hermano de James Balfour, en la antigua abadía de Kirk O'Field, fue otra forma de contradecirla y quitarle autoridad como regente. Ni siquiera la reunión en el castillo de Craigmillar con los principales nobles, le había dado una solución a su situación.

Se acercó a la ventana y observó el día avanzar sin contemplaciones. En los alrededores del parque se veía gente entrar y salir del palacio, pero no era eso lo que la atormentaba. Varias veces le habían dicho que la forma más sencilla de eliminar el problema del rey consorte, era que muriese, sin embargo, nunca imaginó que la no injerencia de ella en ese momento, la tomasen por una aceptación.

Cuando tres días atrás le llegó una nota de su hermano, avisándole de la conveniencia de visitar a lord Darnley, antes de acudir a la celebración de la boda de su pariente, Bastián Pagaez para ver cómo evolucionaba su enfermedad, pensó que James trataba de reconciliarlos. La sorpresa fue mayor cuando al día siguiente le anunciaron la catástrofe. Se produjo una explosión en la antigua abadía, y encontraron a Enrique asfixiado en el jardín.

No sentía más que pena por el hombre que no supo amar ni perdonar, aun así, nunca le deseó mal. Era el padre de su hijo y hubo un tiempo en que lo amó. Lástima que él no fuera quien decía ser, su verdadera personalidad afloró en cuanto se permitió guiar por los cotilleos. Hacía tiempo que dejó de pensar en él como el asesino de David. Le había perdonado su inconsciencia, pero no olvidó lo que hizo, ni con quién se alió.

—Mi reina, ¿la ayudo a vestirse? —Mary Seton se acercó a ella vistiendo de oscuro como la norma decía.

—Gracias, Mary. —Se dejó hacer mientras volvía a recordar la última vez que visitó a Enrique—. ¿Has escuchado algo más sobre la muerte de mi esposo?

—Poco se dice que tenga congruencia —dijo bajando la cabeza para no mirarla a los ojos.

—Dímelo, por favor, no podré hacer frente a las mentiras si no sé de qué hablan.

—La acusan de mandar matar a su esposo —habló en voz baja.

—¿Hay alguna evidencia contra mí?

—No, solo dicen que Bothwell fue el ejecutor en vuestro nombre, que pronto hallarán las pruebas que lo condenan, y que vos iréis detrás.

—No pueden encontrar lo que no existe. —Se sentó en la cama para calzarse las botas—. Espero que pronto averigüen la verdad y se distraigan con otro cotilleo. —María se levantó, se acercó a la dama y comenzó a hablar en susurros—. ¿Has sabido algo de Shannon?

—Nada mi reina, el Douglas ha dejado de buscarla. Supongo que en cuanto se sienta a salvo, volverá a salir para continuar con el plan.

—No sé si deberíamos proseguir, tal vez tendríamos que abortar y traer de nuevo a Jacobo a la corte, y que se crie conmigo. —Miró con cariño a Mary—. Esta vez no volveré a casarme por amor. Tengo muy claro que soy la reina de Escocia y debo buscar un consorte leal y valiente, alguien a quien no le importe quedar a mi sombra.

—En cuanto vuelva Shannon, podremos planear el regreso del príncipe.

—Debemos preparar ya su llegada, no quiero que todo esto nos pille desprevenidas.

—Como vos digáis mi reina, estaré atenta a las noticias.

María Estuardo dejó de lado la red decorada con joyas para cubrir su cabeza y se limitó a ponerse un garvín austero. Ambas mujeres se miraron, sabiendo que tenían demasiadas cosas en el aire y que, si alguna de ellas caía, el resto no tardaría en darse a conocer.

Capítulo 12

Iain estaba terminando de quitar la silla de montar del caballo cuando escuchó a alguien acercarse por detrás. Sus pasos resonaban con contundencia en la hierba helada, aun así, el guerrero que se le aproximaba carraspeó a su espalda para llamar su atención.

—Me dice el vigía que desde Dun Caan no han visto ningún barco merodeando nuestras costas.

—Lo imaginaba. —Iain se encogió de hombros—. Esta es otra forma de probar mi lealtad.

—Si lo sabías, ¿por qué no dijiste nada?, estoy seguro de que tu padre no pretende ponerte a prueba todas las semanas, más bien pienso que es una manipulación de tu hermano.

—Da igual quien lo planifique, creo que me tengo que volver a ganar mi sitio en el clan, y si para ello debo hacer estas ridículas salidas en pleno invierno hasta que se me congelen las pelotas, lo haré. —Se giró hacia Ayden—. Lo único que me importa es que mi esposa y mi hijo estén a salvo y protegidos.

—Pues deberías hacer valer tus derechos como descendiente del *laird*.

—No me importa, de verdad.

Bajó la silla y la colocó sobre la manta, cerca del fuego. Cogió un poco del conejo que se estaba asando en el palo, y se sentó mirando al resto de guerreros que lo acompañaban en esa salida. Frente a él vio que Bran se rascaba con brutalidad sus partes mientras los compañeros se reían a carcajadas sin piedad. La hilaridad se extendió entre los diez hombres que rodeaban la fogata hasta que el jefe de guerra levantó la voz.

—¡Ya está bien! —Se acercó al muchacho y lo puso en pie—. Tal vez deberías hacer algo con ese picor.

—Estoy en ello, señor. Me rasco.

La carcajada fue generalizada, pero el muchacho no se arrepintió de sus palabras. Era cierto que esa era la única acción para soportar la irritación y el picor en sus partes.

—¿Fuiste a ver a Molly antes de salir? —preguntó James, otro de los guerreros.

—Como todos —exclamó Bran.

—No chico, Molly estaba apartada hasta solucionar un pequeño problema de ladillas.

Los hombres volvieron a reír a carcajadas mientras el muchacho se ponía colorado, y después, fruncía el ceño.

—Pues ya podíais haber avisado antes —gruñó mientras se marchaba hacia el fondo del bosque—. Esa pequeña puta me las pagará.

—No te preocupes, en cuanto volvamos le diré a Moira que te prepare su infusión para que te deshagas de tus inquilinos. —Robert, el más mayor de los guerreros, se sentó de nuevo guiñándole un ojo al muchacho.

Después de terminar de cenar, los hombres se acomodaron en sus mantas mientras Iain, iniciaba la ronda de guardia. Unas últimas risas relajaron a quienes se afanaban por encontrar algo de calor cerca del fuego.

—Mañana volvemos al castillo de Brochel. Si lo prefieres puedes adelantarte como vigía y llegar antes para ver a tu esposa —le dijo Ayden al tiempo que palmeaba su espalda.

—Puedo aguantar unas horas más sin ella —le guiñó un ojo—, antes de salir ya tuve mi despedida. —Se carcajeó.

—Solo te estoy dando las órdenes de mañana. —Ayden se giró riendo ante el descaro del joven.

Iain rio al verlo marchar, y agradeció en silencio la deferencia hacia él. Aunque solo habían pasado cinco días, echaba de menos a su esposa y a su hijo. Era un mal menor que debía aceptar a cambio del regreso al clan, y con gusto lo hacía. Su padre había recibido con

los brazos abiertos a Malcolm, cada día lo veía acercarse para contemplar al niño con adoración. También había captado miradas de inquina en Alexander y su esposa. O tal vez fuera envidia. El hecho es que desde que regresaron, la relación con su hermano era muy tensa y suponía que su hijo era el motivo. Sabía que llevaban un año casados y que ella aún no había quedado embarazada. Tal vez esa era la rencilla que les tenía apartados para recuperar la sintonía que siempre tuvieron.

Siguió paseando por el perímetro, intentando no despertar a los hombres que dormían cerca del fuego. Volvió a recordar las palabras de su padre antes de enviarle a esta misión: «Ahora sí que comprobaremos la lealtad». Al principio pensó que se refería a él y a esa estúpida salida por el avistamiento de embarcaciones cerca de la costa, sin embargo, cuantos más días pasaba recorriendo la isla en busca de los supuestos barcos, más se daba cuenta de que las crípticas palabras del *laird,* poseían un sentido oculto.

La luna brillaba como un disco en el cielo a pesar de tener a su alrededor un halo que difuminaba su contorno y le confería una cualidad casi feérica, aun así, volvió a recorrer el perímetro atento a los ruidos fuera del grupo que dormía relajado en torno al fuego.

—Yo de ti regresaría ya al castillo —susurró a su paso el hombre que dormitaba.

—¿Por qué? —Se agachó y miró a James que ponía el dedo en los labios—. ¿Sabes algo que yo no sepa?

—Solo una cosa que escuché y no le di importancia hasta que comprobamos que no había barcos recorriendo la costa —dijo con voz casi inaudible—. Alguien quería poner a prueba la lealtad de Janet.

Iain contuvo el aire en los pulmones, y cuando sintió que ya no podía más, lo dejó salir despacio. Esta partida no era por él, era por Janet. Querían probar su lealtad, pero ¿cómo?

Su mente comenzó a vagar por las posibles lealtades que podían pedir a una mujer y solo se le ocurría una forma de comprobarla. Apretó los puños e intentó respirar con normalidad ante todas las imágenes que le acudían a la mente, hasta que no pudo soportar la inquietud que sus propios pensamientos le habían provocado. Se

acercó donde estaba durmiendo Ayden y le dio un pequeño toque en el hombro. El guerrero se incorporó de inmediato con la *sgian dubh* en la mano, listo para atacar.

—Me voy. —Iain apretó el hombro del jefe de guerra—. Si salgo ahora podré llegar al castillo antes de comer. Aceptaré tu oferta y haré de explorador, aunque no volveré al grupo si todo está en orden.

—De acuerdo, muchacho, yo realizaré tu guardia y avisaré al resto.

—Muchas gracias, amigo. —Iain recogió su montura y mantas y preparó al caballo con toda la rapidez que pudo.

No podía cabalgar muy rápido, pues de vez en cuando la luna se ocultaba tras las brumas, pero en cuanto veía que su brillo permitía ver con claridad el camino, ponía al trote a su caballo. Las ansias de llegar junto a Janet le podían casi más que el miedo a que ella sufriera algún abuso o treta por parte de su padre o su hermano, pues estaba seguro de que todo esto fue un engaño para dejarla desprotegida.

Mientras el caballo devoraba millas su mente jugaba con su cordura permitiendo imágenes grotescas de Janet y el niño. No quería ni pensar en que les sucediera algo, pero estaba más allá de la cordura.

Se detuvo un momento cuando el sol obligó a la luna a marcharse. Bajó del animal para que descansara un poco y vio a lo lejos el castillo. Tenía ganas de ver a Janet. Su corazón empezó a latir con rapidez, prueba de la ansiedad que sentía, pero se obligó a dejar descansar al caballo. Una hora más o menos no suponía nada. Ya estaba cerca y no volvería a separarse de ellos de nuevo, pues se negaría a más pruebas. Si tenía que salir a patrullar que fuera por una necesidad para el clan, no por un capricho del *laird*.

Capítulo 13

Janet olió al niño e hizo una mueca mirando a Mildred, la cocinera del castillo, quien entendió lo que ocurría y rio a carcajadas, mientras el resto de pinches y sirvientes que se afanaban en la cocina miraban extrañados a la mujer.

—Ahora vengo, este señorito ha hecho algo demasiado apestoso para tenerlo en la cocina. —Se tapó la nariz con la mano mientras con la otra sujetaba a Malcolm que protestaba. El barullo que llenaba la sala de los fogones se silenció por un momento para ser sustituido por risitas y carcajadas.

—Ale, suba a cambiar al pequeño, que aquí nos las arreglamos muy bien sin usted.

—Lo sé, Mildred, lo que ocurre es que no me gusta estar sin hacer nada. —Salió de la cocina, y al entrar al salón para subir a su habitación, chocó con alguien—. ¡Oh! Lo siento —comenzó a disculparse.

—No te preocupes, Janet, apenas me hiciste daño. —El guerrero se sacudió el pecho como si el golpe fortuito le hubiese manchado.

—Bruce, no te reconocí. —Dejó escapar una tímida sonrisa y se ajustó al niño en la cadera para ayudarse a soportar el peso—. Voy con prisa, Malcolm necesita un cambio de pañal con urgencia.

—Ya lo huelo. —Arrugó la nariz, ofendido por el olor—. Esa tarea debería ser de una criada. Eres una dama y no deberías rebajarte a algo tan desagradable.

—Y según tú, ¿cuál sería mi labor? —contestó entre divertida y ofendida por lo que insinuaba.

—Deberías estar bordando como Naira y dejar el mocoso a cargo de la niñera. —Sonrió pensando que sus palabras agradaban a la mujer.

—Estás muy equivocado. —Se encogió de hombros y le dio la espalda—. Perdón otra vez. —Se marchó y subió las escaleras despacio, pues el peso del niño le impedía ir con mayor rapidez.

El guerrero se la quedó mirando, ninguna fémina hasta ahora le había ignorado tantas veces. Lo intentó todo: acercamientos amistosos, halagos, roces casuales, miradas de pasión, pero nada surtía efecto en esa mujer. A este paso no conseguiría cumplir la misión que le encargó su futuro *laird,* Alexander.

—Deberías subir tras ella y lograr por la fuerza lo que no te da de buena gana. —Naira MacLeod se puso a su lado—. Mi esposo te dejó bien claro que esperaba que confirmases su lealtad de cualquier modo.

—Nunca he tomado a una mujer por la fuerza y si esta no acepta mi acercamiento, será porque es leal a su esposo. No creo que…

No pudo terminar de hablar, sintió el cuchillo en las costillas y no le sorprendió la amenaza implícita. De todos era conocida la habilidad de Naira con la *sgian dubh* y, más que nada, la ambición de esa mujer por el poder. Cuando se casó con Alexander, a pesar de que todos avisaron al hijo del *laird* de que esa muchacha no era buena, él no hizo caso, y durante este tiempo, la muchacha demostró su capacidad para manipular. No solo a su marido, también el jefe del clan se sentía encandilado con esa mujer.

Sabedora del poder que tenía, nadie osaba contradecirla y él se arrepintió de haberlo hecho.

—Sube detrás de ella y haz lo que se te ordenó —dijo con un susurro sibilante y se marchó, dejando tras de sí un aroma putrefacto que aturdió al guerrero.

Bruce siguió el camino a las escaleras por el que desapareció Janet. Al principio pensó en negarse, esa no era la forma en que él actuaba y, Alexander junto con su esposa, lo estaban obligando a hacer algo que jamás imaginó. Podía acudir al *laird* y delatar el plan, pero era la palabra de ellos dos contra la suya. Aunque no estaba de acuerdo, subió despacio en busca de Janet y una vez la tuviera en sus brazos, la convencería para rendirse. Al llegar a la puerta de su alcoba escuchó las risas de ella y los gorgoritos que hacía el niño. Una presión en el pecho le tiró para atrás, sintió que no era digno ni

de pisar el suelo que ella. Pero no tenía más alternativa, la otra opción era desaparecer del clan y solo no encontraría futuro.

Maldijo de nuevo el día que quedó en deuda con Naira. Le salvó la pierna y la vida al curar una herida putrefacta, más nunca pensó que ella se cobraría esa deuda, y menos aún de esa forma.

Entró al cuarto y cerró la puerta con fuerza sorprendiendo a Janet, que dejó de provocar cosquillas al niño de inmediato. No le gustó la oscuridad que vio en los ojos de Bruce. No llevaba mucho tiempo conociéndolo, siempre pensó que era amable e inofensivo. La hacía reír y, aunque a veces se le había insinuado, nunca traspasó los límites. Verlo en la puerta con gesto duro la hizo ponerse en guardia, miró al niño que se revolvía en la cama y lo agarró justo cuando estuvo a punto de caer.

Ese pequeño despiste hizo que el guerrero se acercara a ella con celeridad y la agarró de la cintura. No supo por qué, pero sintió que necesitaba liberarse, dejó al niño en la cama, y con las manos libres dio un empujón al guerrero, que trastabilló sorprendido. Pero de inmediato se sobrepuso, miró al niño riendo en el centro de la cama y, antes de que ella pudiera evitarlo, se tiró a por él.

Janet observó con impotencia cómo Bruce cogía a su hijo con poco cuidado. Gritó desesperada al ver que podía hacerle daño, luego, él la agarró por el cuello. Sintió que el aire escapaba de su cuerpo, ya que no había forma de que sus pulmones se llenaran. De improvisto, él la soltó y cayó de rodillas, tosiendo y llorando al mismo tiempo. La garganta le ardía, aun así, levantó la mirada y vio que sujetaba al niño con fuerza mientras el pequeño se quejaba.

—Suelta a mi hijo, le haces daño —dijo con la voz rasposa todavía por el dolor de garganta.

—Ahora me vas a escuchar. No quiero esto, pero no tengo más remedio; así pues, te ordeno que te quites la ropa y te prepares para tenerme entre tus muslos, o dejaré caer al niño de cabeza. —Cogió a Malcolm de las piernas y lo puso boca abajo.

—¡No, por favor! No le hagas daño. Haré lo que quieras, pero deja en el suelo a mi hijo. Él es inocente.

—Lo sé, aunque no tengo más alternativa. —Señaló con la mano la blusa—. Desnúdate ya.

No se dieron cuenta de la entrada silenciosa de Iain en la alcoba, su rabia era casi incontrolable, pero al ver cómo sostenía al niño para amenazar a su esposa, no le quedó más remedio. Sacó el hacha de su espalda y en un solo movimiento, antes de que el guerrero pudiera hacer nada, sesgó la cabeza de encima de los hombros. La sangre emborronó sus ojos, pero no lo suficiente para ver que su hijo caía, por lo que con un giro se coló debajo de la mano del cuerpo en caída y sujetó al niño que gritaba histérico.

Janet miró la escena y aunque ya hacía rato que había pasado, la reproducía una y otra vez en su mente. Estaba paralizada en ese momento de brutalidad, y, sin embargo, no dejaba de escuchar al niño llorar. Incluso la voz de Iain resonaba en su cabeza, pero no era capaz de salir de ese estado.

La puerta de la alcoba se abrió con brutalidad dejando a la vista a los visitantes que observaban la barbarie de la escena sin creer en lo que veían. Malcolm Og MacLeod fue el primero que envainó su espada y miró a sus hombres para que hicieran lo mismo. Se acercó a su hijo y le puso la mano en el hombro mientras le hablaba.

Iain escuchaba que lo llamaban, pero solo podía observar a Janet con los ojos abiertos y la mirada vacía. Al principio pensó que estaba muerta, pero la vio tragar saliva y respirar. Parco avance cuando su cuerpo apenas respondía a sus manos ni a sus preguntas. Necesitaba hacerla regresar y, con el niño en sus brazos, no podía. Sintió el agarre de su padre en el hombro y se volvió para entregarle a Malcolm. Libre de su carga, pudo alzar a su esposa y abrazarla con desesperación mientras sentía que las lágrimas le impedían ver.

—Amor. Janet, ¿estás herida? Dime algo, mujer. Tengo miedo. — Iain besó los labios de su esposa y sintió su frialdad. Ya no sabía qué hacer para que reaccionara.

—¡Está fingiendo! Al verse descubierta simula que se encuentra desvalida. —La voz de Naira hizo que todos se volvieran a mirarla.

—Será mejor que te marches de aquí —Iain habló con tanta rabia contenida, que la mujer dio varios pasos hacia la salida.

—Está claro que este es un asunto que debemos tratar con calma. —Malcolm besó la cabeza del niño que había parado de llorar —. Dejemos a mi hijo y su esposa que serenen sus ánimos.

Sin decir nada más el *laird* salió del cuarto con su nieto en brazos e hizo un gesto a sus guerreros para que hicieran cumplir sus órdenes. Naira tomó la dirección opuesta y se escondió en su cuarto donde descargó la furia que sentía. Volcó sillones, arrastró las mantas de la cama y golpeó el colchón hasta dejar salir su frustración. No solo no consiguió desacreditar a Janet ante el MacLeod, sino que perdió un aliado. Alexander entró, miró el destrozo de la habitación, y corrió hacia ella que estaba todavía agrediendo el lecho.

—Naira, cariño, deja de dar golpes o te harás daño.

—Ese estúpido no sabe hacer nada, ahora puede que nos acusen de incitar el ataque de Bruce.

—No creo que eso sea así. De tener conocimiento de algo, mi hermano me habría enfrentado de inmediato. —Besó sus labios rojos de rabia contenida—. Si dicen cualquier cosa solo tendremos que negarlo. Después de todo, el único que puede delatarnos está muerto.

—¿Y si confesó? No sabemos lo que pudo hablar con la Mackenzie, y tu padre seguro que querrá llegar al final de todo esto.

—Tranquila, amor, solo tenemos que negar lo que digan. No hay testigos, y por el estado en que la dejamos con Iain, ella no creo que pueda decir mucho.

—¿Estaba herida? —Miró a su marido esperanzada.

—No lo sé, no me di cuenta. Pero no se encontraba muy bien. —Señaló la cabeza y puso cara de tonto al tiempo que reía—. No creo que puedan hacer mucho más y si ella sabe algo será su palabra contra la nuestra.

Capítulo 14

Iain tomó en brazos a Janet y partió de la alcoba, mientras las criadas se afanaban en limpiar el sangriento desastre que había dejado su hacha. En vez de ir afuera, subió las escaleras hasta llegar al puesto de vigía. Al alcanzar la puerta exterior, le hizo un gesto al centinela para que los dejase solos, y se sentó con la espalda pegando al muro. Sus piernas sostenían a su esposa mientras con pequeños susurros intentaba llegar hasta ella. Con los dedos acariciaba sus mejillas esperando que despertase de ese estado de semiinconsciencia. A pesar de ser un día soleado, el frío que sentía helaba su corazón, recubriéndolo de insensibilidad. Iain no dejaba de hablarle al oído, y cuando sintió que no podría superar su pérdida, comenzó a llorar. Las lágrimas llegaron a ella despertándola de su letargo y la hicieron sollozar. La tensión, el miedo, el dolor y, sobre todo, saber lo que estuvo a punto de suceder la sacaron de su aturdimiento.

—Lo siento. Nunca pensé que Bruce… —La mujer alzó la mirada hacia su esposo, y al ver su cara húmeda, recogió sus lágrimas.

—Janet, amor. —Sus ojos se encontraron, los azules de ella todavía reflejaban el horror vivido, y él los besó con cariño haciéndola sollozar con más fuerza—. No llores, ya estoy aquí.

No volveré a dejaros nunca más.

Se quedaron sentados en la torre sin dar importancia a nada más. Su contacto los traía a la realidad, una en la que solo importaban ellos y su pequeña familia. Iain conservaba con claridad lo que debía hacer, nada tenía más enjundia, y si les obligaban a buscar un lugar donde los aceptasen, actuaría en consecuencia. Por Janet y su hijo haría cualquier cosa, aunque ello significara renunciar a su clan, y que volvieran a considerarlo un traidor. Cubrió sus

cuerpos con el *plaid* y dejó que sus corazones se unieran en un ritmo lento y pausado, que aletargaba su organismo y, con ello, quedaban en el olvido los últimos momentos vividos. Cerró los ojos solo un instante. No quería dormirse, pero la larga cabalgada desde el campamento, sumado a no haber descansado la noche anterior, se unieron para dejar que Morfeo abrazase a ambos por igual.

Sintió que lo observaban y, llevado por su instinto, cogió su *sgian dubh* con disimulo antes de abrir los ojos. La suave respiración de Janet en su pecho le dijo que seguía dormida, pero no podría hacer frente a nadie, si ella ocupaba sus brazos. Abrió los ojos para ver quién los observaba, y se relajó al descubrir a su padre frente a ellos, sonriente y con Malcolm en sus brazos.

Dejó el cuchillo escondido y besó a Janet sin quitar la mirada del *laird*. Ella se removió y se estiró en los brazos de su esposo antes de despertar del todo. Cuando lo hizo, se perdió en su mirada oscura, ajena a los presentes en la torre y al frío que comenzaba a caer con la noche.

—Si ya está mejor, tal vez podríais haceros cargo de este diablillo. —El MacLeod les tendió el bulto y Janet se levantó de inmediato para coger a su hijo—. Descansad esta noche. He dicho que os suban la cena a vuestra alcoba.

Ambos se quedaron mirando, sin decir nada, mientras el anciano jefe del clan se perdía por las escaleras que descendían de la torre.

Capítulo 15

María paseaba nerviosa por su alcoba, dado que Mary había salido en busca de información como cada día, y debería estar de vuelta en el palacio. Pero era ya media mañana y no había regresado. Decidió escapar a su sala de recepción, no tenía sentido que se escondiera hasta de sus damas. Además, era más fácil recibir noticias en su compañía.

Al entrar en la sala, las tres Marías se giraron hacia ella sorprendidas, el color oscuro de sus vestidos delataba la austeridad con que debían conducirse por la muerte del consorte real, aunque en sus ojos brillaba la complicidad del humor que compartían. María se acercó a ellas sonriendo y las abrazó con verdadero cariño, después de todo se habían criado juntas y ya eran muchos los años de amistad que las unía.

—Gracias por no dejarme sola en tan amargos momentos.

—No nos las dé por hacer lo que deseamos —Mary Beaton habló con cariño.

—¿Dónde está Mary Seton? Ya debería haber vuelto del oficio de maitines. —Mary Fleming se giró hacia la ventana—. No deja de llegar gente nueva al palacio, ya no conozco ni a mis mucamas.

—Es lógico que tengan que aumentar el servicio, ya di mi permiso a mi hermano para que hiciera lo más conveniente. —La reina se sentó a mirar por la ventana y sus damas se acercaron.

—¿Estáis segura de su lealtad?

—¿Por qué dices eso, Mary Livingston?

María Estuardo se giró hacia su dama de compañía y la miró a los ojos. La muchacha retrocedió unos pasos para no tener que levantar tanto la cabeza por la diferencia de estatura. Tragó saliva, sin saber

si decir lo que le escuchó a su esposo John, pero la mirada de la reina terminó de convencerla.

—Ayer llegó un emisario del conde de Lennox, pedía que se abriera una causa para enjuiciar a Bothwell por la muerte de su hijo, lord Darnley. Mandó llamar a varios nobles, y estuvieron discutiendo hasta bien entrada la noche.

—¿Cuál fue la decisión? —La reina apretó los puños sabiendo que esa era muy mala noticia.

—No lo sé, no pude oír nada más, solo escuché que tratarían de dar largas al conde.

—¿Por qué no me lo dijiste de inmediato? Sabes que quieren quitarme de en medio como reina, y la muerte de mi esposo es solo una excusa para ello.

La puerta se abrió y entró Mary Seton agitada, se acercó a su reina e intentó recuperar el aliento. Con manos temblorosas le entregó un sobre lacrado. María vio el escudo de los Tudor sellando la misiva y la tomó con celeridad. Se sentó junto a la ventana y lo rompió sin darse cuenta de que la cera, apenas se pegaba ya en el papel, por la cantidad de veces que lo habían desprendido con cuidado.

María Estuardo leyó con rapidez las palabras de su prima dejando de lado el rencor. A pesar de sus desencuentros e intentos de Isabel para hacerla parecer débil, sabía que era una mujer muy inteligente. Sus ojos se abrieron ante la sorpresa de sus palabras. Volvió a leer y se fijó solo en el final de la carta:

«No cumpliría con el deber de una prima fiel o una amiga afectuosa, si no te dijera lo que todo el mundo está pensando. Los hombres cuentan que, en lugar de atrapar a los asesinos, estás mirando a través de tus dedos mientras escapan; que no buscarás vengarte sobre aquellos que te han hecho esto con tanto placer, como si el hecho nunca hubiera tenido lugar, o que los que lo hicieron hubieran tenido asegurada la impunidad. Por mí, te ruego, que creas que no estimaría tal pensamiento».

Furiosa, arrugó tan malévolas palabras. ¿Cómo se atrevía a sembrar dudas sobre una situación tan horrible? Ella era una mujer

con la conciencia limpia, jamás se le ocurriría planear algo tan ruin y depravado.

Esta misiva unida a la información que le había dado minutos antes Mary Livingston, la hicieron colapsar. Tiró con furia la carta de Isabel y comenzó a dar pisotones en el suelo con rabia, mientras lágrimas de impotencia bañaban su rostro. No escuchaba a sus damas, solo necesitaba vaciarse antes de tomar alguna decisión.

Mary Seton la cogió de la cintura y, con determinación, la empujó hacia su alcoba. No permitiría que fuesen testigos de la impotencia de su amiga, pues ya no sabía con quién podía contar. Hacía tiempo que las marías se habían separado y ya no confiaba en su lealtad como cuando llegaron de Francia. En la intimidad del cuarto, Mary abrazó a su reina hasta que esta se calmó, dejando salir toda la rabia e impotencia. La sentó en la cama, comenzó a deshacerle el peinado y a desvestirla para ponerla cómoda. Retiró el corpiño después de sacarle las mangas. A continuación, bajó la falda y la dejó solo con la camisola para que se recostase entre las mantas.

—Yo no he hecho esa maldad de la que me acusan. —Hipó mientras cerraba los ojos agotada.

—Lo sé, mi señora. Si la conocieran como yo, no se atreverían a levantar tamañas calumnias. Vuestra prima solo aprovecha la situación para dar pábulo a vuestros detractores.

—¿Cómo voy a negar algo así? El simple hecho de que lo piensen es una aberración. ¡Era mi esposo, el rey consorte!, no puedo haber participado en un hecho así sin que Dios me castigue. —La voz de María era cada vez más débil.

—Descanse, majestad. Cuando despierte encontraremos la forma de acabar con tantas difamaciones.

Mary salió de la alcoba solo al comprobar que su reina estaba dormida. Miró a las que en otra época eran sus amigas y negó con la cabeza mientras se acercaba a ellas.

—No sé cómo se os ha ocurrido que ella, precisamente ella, pueda haber tenido algo que ver en lo sucedido en Kirk O' Field —amonestó a las tres damas que cuchicheaban junto a la ventana.

—Nosotras no hemos lanzado esas acusaciones, llevan días recorriendo la corte y no le habíamos dado credibilidad —Mary

Beaton levantó la barbilla—, y cuando Mary le dijo lo de la reunión de su esposo con otros nobles, no fue por maldad.

—Tal vez no, pero deberíais haber estado de su lado y no dar credibilidad a los cotilleos de la corte. Eso lo único que hace es alimentar la mentira.

—¿Qué quieres que hagamos? —Mary Fleming bajó la mirada arrepentida.

—En cuanto os enteréis de algún rumor, sea cierto o no, lo primero decídmelo a mí, tenemos que eliminar la maledicencia de los nobles para con la reina.

—No podemos enfrentarnos con nuestros esposos. —Mary Livingston se abrazó—. Si John se entera de que le escuché tras la puerta, me encerrará de por vida.

—Tenéis que ser más astutas. No debéis más que recoger información, que ya desmentiremos las acusaciones falsas. Las tres mujeres asintieron y se marcharon dejando sola a Mary Seton, que aprovechó la soledad para poner en orden sus ideas antes de volver a hablar con su reina.

Se sentó junto a la ventana y cogió el bordado abandonado allí. Sus dedos pasaban la aguja con paciencia mientras el dibujo cobraba forma y la mañana avanzaba. Escuchó movimiento en la alcoba y dejó su labor para ayudar a su amiga. Antes de que regresaran el resto de las damas, tenía que exponer a María la idea que tuvo al conocer a Bran MacLeod.

Ambas mujeres se miraron a los ojos mientras la comprensión de lo sucedido las unía como nada lo había hecho hasta ahora. María se levantó y se sentó en el tocador sin hablar, sobraban las palabras entre ellas. Aun así, cuando Mary comenzó a cepillar el cabello no pudo evitar preguntar.

—¿Siguen en la sala?

—No, han vuelto a sus ocupaciones en casa. Les he pedido que estén atentas a lo que escuchen, pero que no se delaten.

—¿Qué voy a hacer? —Se puso las manos en la cara y comenzó de nuevo a llorar.

—Lo primero, tranquilícese mi reina, hasta que no la acusen de algo, es tontería amargarse o lamentarse por lo que pueda suceder.

—Tienes razón. —Limpió sus lágrimas con los puños de la camisola.

Mary asintió al ver que recomponía su rostro y tragaba saliva hasta controlar las emociones. Mientras recogía el peinado comenzó a relatar su encuentro con Bran MacLeod.

—Ese hombre está rabioso con el Douglas, mató a su hermano porque no le supo o quiso decir nada sobre Shannon. Cuando me lo topé a la entrada del palacio discutiendo con el conde de Atholl, me sorprendió su beligerancia, y creo que, si podemos convencerlo, será un gran aliado.

—¿Por qué lo necesitamos?

—Él puede ser la pieza clave que precisemos para encontrar a Shannon y recuperar al príncipe —dijo en susurros por si había alguien escuchando.

—¿Podría ayudarnos de verdad?

—Creo que sí, por eso le he pedido que venga.

—¿No es arriesgado? Cada vez noto más ojos sobre mí.

—Le he sugerido que vaya a mis habitaciones. De esta forma podéis escuchar y decidir si queréis descubriros.

—Buena idea. Volveré a vestirme con el traje de doncella para salir de aquí, tú solo tienes que avisar al resto que tengo dolor de cabeza y estoy descansando.

Capítulo 16

Iain miraba a su mujer darle de mamar al niño, apenas habían hablado de lo ocurrido el día anterior, pero sabía que necesitaba aclarar lo sucedido con Janet. El eructo que soltó el infante le trajo de vuelta a la realidad y se sentó en la cama mientras ella lo dejaba dormido en la cuna. Al volverse ambos se miraron, supieron que el momento había llegado.

—Yo no inicié nada con Bruce.

—Lo sé, no tienes que justificarte, solo estoy aquí para que te desahogues. —Cogió su mano y la apretó con fuerza para así darle ánimo.

—Pensé que era amable, y cada vez que me ayudaba a cargar a Malcolm solo corroboraba mi idea. Nunca se propasó ni hizo insinuaciones hasta ayer.

—¿No te pidió nada extraño?

—No, tan solo hablábamos. Decía cosas tan bonitas de Malcolm que pensé que estaba casado y tenía a la familia fuera.

—¿Lo viste hablando con alguien más del clan?

—No sé, no me fijé con quién conversaba. Mi atención siempre fue y será mi hijo, lo demás es secundario para mí.

—No te preocupes amor. —La besó en la frente—. Ya no te hará daño. Descubriré si tenía el encargo de alguien.

—¿Recibió órdenes? ¿A quién le beneficia que yo te traicione? —Olvídalo, hasta que no tengamos más información no podremos solucionar nada.

Abrazó a su mujer y sintió que se relajaba en sus brazos, aunque no del todo. Estuvieron un rato así, hasta que ella se apartó y lo dejó solo en la cama. Sin decir nada fue al arcón de ropa junto a la

ventana y rebuscó en él, lo apretó contra el pecho y volvió al lado de Iain, que la miraba sin comprender nada.

—Estuve preparando la ropa, quería ver lo que podía reutilizar y me topé con la manta de Malcolm. Es la que lo envolvía cuando Shannon te lo dio. Nunca noté nada hasta que fui a comprobar su resistencia. Un crujido en el interior de la manta me hizo sospechar, además de un abultamiento inusual. —Con la *sgian dubh* en la mano comenzó a quitar el hilo para desprender el forro de la manta—. Lo encontré el mismo día que te marchabas, y decidí volver a ocultarlo hasta tu regreso.

Sacó el pergamino y se lo tendió a su esposo que la miró sorprendido, pero lo cogió y lo deslió. Cuando comenzó a leer su cara enseñaba diferentes expresiones, aunque la que más llamó la atención de Janet, fue el miedo que reflejó. Levantó los ojos hacia su esposa y volvió a bajarlos para leer de nuevo. Entonces ella puso en su mano un objeto, y se quedó mirando sorprendido. No necesitaba verlo con mayor detenimiento para reconocerlo, era el escudo de armas de Francisco I, rey de Francia y difunto esposo de María Estuardo. Volvió a leer la carta mientras el miedo se apoderaba de él:

«Palacio de Holyrood, 16 de julio de 1566

Para mi querido tío Francisco, Duque de Guisa.

Hallándome en precaria situación y desesperada, acudo a vos pidiendo que acojáis a mi pequeño, Jacobo Carlos Estuardo bajo vuestra protección. La situación en la corte escocesa es demasiado beligerante e incierta, lo que me hace temer por la vida de mi hijo. Sé bien, que la reina viuda Catalina, me conminó a volver a Escocia y solucionar los problemas aquí, pero no puedo hacerlo si a cada instante espero que se tomen represalias contra el príncipe. No confío en mi esposo, Lord Darnley, pues sus ansias de poder y malos consejeros lo enfrentan a mí constantemente. Con la ayuda de una de mis fieles damas, os hago llegar, no solo al heredero de la corona escocesa e inglesa, también la prueba de ello. Junto a esta carta os entregarán el sello que Francisco me regaló el día de nuestra boda. En cuanto él esté a salvo con vos, escaparé de la tutela a la que me siento resignada para que, desde Francia, y con vuestro asesoramiento, recupere lo que los lores protestantes me han quitado.

Saludos,

María Estuardo».

Iain juntó ambos objetos con las manos temblorosas y miró a Janet, sus ojos delataban el miedo que este descubrimiento le había provocado, el mismo que ella vería en los suyos mientras lo miraba. Ahora entendía el sigilo y cautela con que Shannon les entregó al niño, y todas las precauciones que les hizo tomar. Desde que tuvieron al pequeño en sus manos habían pasado muchos meses y nadie lo buscaba ni dio la alarma por su desaparición. Es más, supo que el bautizo del infante se produjo el 17 de diciembre del año anterior, hacía solo unos meses, con toda la pompa y boato que se esperaba para el heredero de la corona. Incluso el incremento de impuestos que sufragaban tamaño despliegue ofendió a los escoceses.

—Di algo. —Janet cogió sus manos que sujetaban todavía el pergamino y el anillo.

—Tenemos que decidir qué hacemos. —Miró a su esposa con miedo—. Esta carta demuestra, que nuestro pequeño es Jacobo, hijo de la reina, a quien han suplantado para que ella pueda huir a Francia y reunirse con él. Supongo que la desaparición de Shannon les obligó a retractarse en sus planes, pero si ella aparece algún día…

—Si lo entregamos ahora, creerán que somos traidores y nos condenarán igualmente. —Janet lo miró desesperada.

—No te precipites, hay que meditar muy bien esta situación. Ya no estamos hablando de un niño cualquiera, es el heredero del trono escocés.

—Un heredero en peligro, al que su madre dejó en nuestras manos para salvarlo. —La humedad de sus ojos se derramó sin poder controlarla.

—No te engañes. Aquí hay mucho más que la protección de un niño. Pues, aunque ese sea el motivo al que alude la reina en esta carta, debemos tener en cuenta que tiene una lucha por el poder que nosotros no comprendemos, y que, si nos equivocamos, puede costarnos la cabeza. No solo la nuestra, sino la de todo el clan. Y no quiero esa responsabilidad sobre mis hombros.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Voy a investigar. Lo haré de forma discreta. y cuando tenga más información, decidiremos.

Janet notó que se deshacía el nudo en su garganta y el alivio le recorrió la piel. Sonrió a su esposo sintiendo que todavía tenía tiempo, podría criar a su hijo sin que se lo arrebatasen, pues así es como lo sentía. Desde el momento en que lo puso en su pecho la primera vez, se convirtió en su pequeño. Pensar que podrían arrebatárselo, le oprimía el corazón.

Iain la abrazó y besó en la frente. Le dio el apoyo que sabía necesitaba, pues él mismo miraba al niño como su hijo, y perderlo no entraba en sus opciones. Debía meditar bien lo que haría o de lo contrario, su pequeña familia quedaría herida de muerte.

Capítulo 17

Ambas mujeres se miraron de acuerdo, y mientras María buscaba el traje con que disfrazarse, Mary salió a dar órdenes de no molestar a la reina. Cuando volvió, ayudó a María a esconder el pelo en la cofia y sacudió las arrugas del traje. Luego fue a la cama y metió varios cojines bajo las mantas para que pareciera que había alguien durmiendo. Satisfecha, salió detrás de la reina sin dejar de mirar a su alrededor en busca de posibles testigos. La suerte les sonrió, ya que encontraron desierto el camino a su habitación.

María Estuardo se sentó en un sillón junto a la cama y comenzó a mover con nerviosismo la pierna, produciendo un ruido rítmico que alteraba a Mary. Aun así, no se quejó. Pasada la hora de la comida escucharon los golpes en la puerta, la reina corrió a esconderse tras los cortinajes de la ventana y cuando Mary estuvo segura de que estaba cubierta, se dirigió a la puerta.

—Hola. —Miró con ansiedad a ambos lados del pasillo, y tiró del hombre hacia el interior de su cuarto.

—No esperaba un recibimiento así. —El guerrero sonrió con descaro sin dejar de evaluar a la dama que lo había citado.

—No es lo que pensáis. —Empujó al hombre hacia el centro de la habitación, pero este no se movió.

—¿Y qué es lo que pienso? —contestó socarrón.

—No voy a entrar en una discusión inútil. —Puso los ojos en blanco haciéndole ver su exasperación—. Lo he citado para hablar de su hermano Bohan y de la dama que protegía. El guerrero se irguió en toda su estatura y frunció el ceño. Llevaba una semana en la corte intentando averiguar algo sobre Shannon MacLeod y su hermano, pero hasta ahora solo sabía lo que ya le dijeron. James

Douglas, el negro ajustició a Bohan por llevarse a su prometida y no querer delatar dónde se escondía la muchacha.

—¿Qué sabéis de mi hermano?

—Era la escolta de lady Shannon MacLeod, y fue injustamente condenado por el Douglas.

—Eso es lo que yo sé, no necesitaba que me atrajera a su cuarto para decirme lo que ya averigüé hace días. Solo preciso una mínima prueba de que el negro abusó de su poder y ajustició a mi hermano. De esta forma, denunciaré su atroz ensañamiento. —Se acercó un poco a Mary—. ¿Tenéis algo más que decir o aportar a tan lamentable proceder?

—Tal vez —vio moverse las cortinas, y María se acercó con sigilo a la espalda del guerrero—, pero antes necesito que hagáis un juramento.

El hombre miró a la joven con la sorpresa reflejada en la cara. Por un momento pensó en negarse, pero la curiosidad pudo con él, así pues, asintió con la cabeza y sacó su *sgian dubh*, hizo un pequeño corte en la palma de la mano, y cogió la de ella para hacer lo mismo. No le dio tiempo a negarse, con rapidez pasó el filo y ante el horror que reflejó su cara, no pudo más que sonreír. Juntó ambas palmas sin apartar la mirada. Su tez ya blanca de por sí, se volvió cenicienta. Satisfecho porque la muchacha no llegó a desmayarse, soltó su mano y la limpió con el bajo de su *kilt* sin dejar de mirarla. Entonces se dio cuenta de la presencia de la sirvienta a sus espaldas y se giró para encararla, más no pudo hacer nada, la muchacha estaba al borde del desmayo. Maldiciendo la cogió de la cintura y la sentó en el sillón antes de que cayera al suelo.

Mary se recobró de inmediato al ver al guerrero tomar a la reina por la cintura y sentarla. Al principio pensó que la atacaría, pero al ver que la dejaba con cuidado se tranquilizó y fue a socorrer a su regente, olvidando el corte de su mano.

—Muchacha, no deberías espiar a tu señora —gruñó el hombre a María Estuardo.

—No puede hablarle así, ¡es la reina! —Mary lo empujó para que la dejase atenderla—. ¿Os encontráis bien, alteza?

—Sí, ya pasó.

María levantó la mirada hacia el guerrero, a pesar de su aspecto rudo, en sus ojos azules se apreciaba la preocupación. Eso la tranquilizó. El pelo largo lo llevaba recogido con un lazo, dejando a ambos lados unas trenzas que, junto con la barba frondosa y oscura, le conferían un aspecto amenazador. Todo ello sumado a su altura de más de seis pies, lo convertían en la imagen fiera del *highlander* que tenían en la corte, y que tantas veces vio pasear por las calles de Edimburgo.

—Si ya habéis dejado de observarme, tal vez podríais aclararme esta mascarada. —Sin apartar la mirada de ambas mujeres se cruzó de brazos, sabiendo que con esa pose solo conseguiría amedrentarlas.

—Antes de pedir vuestra ayuda, necesito su juramento de lealtad para que nada de lo que aquí hablemos, sea repetido.

María se puso en pie. Sabía que su alzada le daba algo de seguridad, poder conversar con ese guerrero casi mirándolo a los ojos, era inaudito en su mundo. Pero su altura le había dado esa potestad y no prescindiría de ella. Observó al hombre que al tenerla a su lado no pudo dejar de apreciar su gran estatura para ser una mujer.

—Pensé que mentían al hablar de vuestra altura. —El hombre miró con descaro de arriba a abajo a la reina.

—Más respeto, que es la monarca de los escoceses. —Mary empujó al guerrero solo para llamar su atención.

—Muchacha, no me hagas darte unos azotes. —Le guiñó un ojo y consiguió enfadar aún más a la dama.

—Ya está bien. —María Estuardo se irguió aún más ante el guerrero imponiendo autoridad a su voz—. ¿Haréis el juramento?

—¿Qué creéis que hice antes? —Sonrió descarado.

—Está bien, le habéis hecho uno a Mary, pero yo necesito vuestra lealtad para conmigo y la corona escocesa.

—Esa fidelidad siempre ha sido suya, mi reina. —Se arrodilló —. Juré ante Dios y mi clan servir a la corona y a los Estuardo, y nada ha cambiado desde entonces.

María asintió complacida ante la respuesta del guerrero y comenzó a relatar el plan para poner a salvo al príncipe, y la

participación de Shannon MacLeod en él. Cuando terminó, el guerrero miró a ambas mujeres con expresión severa.

—Entonces debo encontrar a Shannon para hallar al príncipe —dijo en voz alta sin dejar de pasearse.

—Solo ella sabe quién cuidaría a mi hijo hasta que consiguiera escapar hacia Francia. —María se acercó al guerrero—. Su desaparición ha trastocado nuestro plan. Además, la muerte de mi esposo ha dado tranquilidad a mi vida en palacio, y creo que ahora sí podré ganarme la lealtad de los lores escoceses.

—Nada ha cambiado. —Se giró enfadado hacia la reina—. Lo último que supe, fue que la van a citar a declarar por el asesinato de su esposo. Eso no es estar a salvo precisamente.

—Pero yo no hice nada. Lo demostraré y no les quedará más remedio que declarar su lealtad a la corona. Gobernaré sin injerencias y llevaré a Escocia a su supremacía sobre Inglaterra cuando expulse a la bastarda del trono inglés, que me pertenece por derecho de nacimiento.

—No seáis ilusa. Dicen que sois una mujer muy culta e inteligente, pensad muy bien la situación en la que estáis. Si no han venido a deteneros es porque todavía contáis con apoyo entre algunos de los clanes más poderosos, pero si se demuestra vuestra participación en el asesinato de Lord Darnley, no habrá quien os salve.

—No podrán demostrar nada, pues, yo no intervine en esa aberración.

—Todos saben que os reunisteis en el castillo de Craigmillar con los principales lores de la corte para solucionar el tema de vuestro esposo.

—Es cierto que me reuní allí con varios nobles de la corte, pero eso no significa que…

—Ahorrad saliva alteza, yo no os acuso, y si participasteis o no en su asesinato me da igual. Él no era más que un inglés con aspiraciones y vos sois mi reina.

María dejó salir despacio el aire de sus pulmones mientras analizaba todo lo que el guerrero le había dicho. Siempre supo que los lores al citarla en Craigmillar pretendían hacerle participar en sus

planes contra Enrique, algo a lo que ella se negó, por lo que no podían demostrar nada. Incluso aceptar la invitación a la boda de su primo Bastián Pagaez fue sugerencia de James Stuart. El hecho de visitar a Enrique antes de acudir a la celebración fue una ocurrencia de última hora, nada premeditado, aunque así lo pareciera. Sin embargo, descubrir a su esposo con su amante fue lo peor que nunca había visto. Le perdonaba sus aventuras, pero verlo con otro hombre, eso no dejaba de atormentarla, y para su vergüenza, no podía decir nada.

—Si se produce una acusación, sabré defenderme —dijo con altanería dirigiéndose a la ventana.

—Eso espero. Mientras tanto, investigaré lo sucedido con Shannon, y cuando la encuentre podremos hallar al príncipe.

—Gracias, señor MacLeod. —Mary se inclinó servil ante el guerrero y vio a la reina hacerle un gesto de asentimiento—. Ahora cerremos nuestro pacto con un brindis.

Mary se acercó a la mesa y vertió un poco de vino en cada copa, con disimulo, sacó la poción que les dio la bruja. No estaba segura de que algo así funcionara, pero la reina quería cerrar todas las posibilidades, y no podían descartar la ayuda que Bessie Dunlop les brindó.

Le dio una copa con la poción al guerrero y a la reina otra. Volvió junto a ellos y la alzaron los tres al mismo tiempo, entonces María los sorprendió, pidiendo un juramento.

—Por la sangre que corre por mis venas, juro que encontraré a Shannon y vuestro descendiente. También los ayudaré y protegeré para que ocupe el lugar que le corresponde.

—Que así sea —contestaron ambas mujeres sin apartar la mirada del hombre mientras bebía de la copa hasta acabar con el vino.

De improviso, un trueno retumbó en las paredes de la habitación haciéndoles enmudecer. Los tres miraron hacia la ventana en busca de las señales de tormenta. Sin embargo, el cielo, aunque plomizo, no aventuraba el empeoramiento del tiempo.

El guerrero sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral y en sus huesos se instaló una picazón, que le hicieron moverse incómodo. Algo en su interior se removió con la urgencia del peligro,

y aunque no podía pensar en otra cosa que no fuera la dama de la reina desaparecida y el príncipe cambiado, intentó calmarse. No obstante, en su interior la ansiedad le urgía a encontrarlos, o de lo contrario, no tendría paz.

Las mujeres notaron el aire cargado de una pesadez inusual y una corriente atravesó el espacio hasta hacerles sentir un frío irreal, pues la chimenea caldeaba la habitación. Miraron al guerrero, que inquieto se movía hacia adelante y atrás, como si estuviese cantando una letanía. De inmediato, supieron que la poción estaba haciendo efecto y se miraron con complicidad.

—Ahora debo marcharme si no quiero levantar sospechas sobre vuestra honorabilidad mi dama. —Le guiñó un ojo a Mary, luego besó el anillo de la reina antes de salir de la habitación con sigilo y prudencia.

María Estuardo miró a su dama y dejó escapar un suspiro de alivio con la misión cumplida, habían logrado un aliado para buscar a Shannon y, además, al beber la opción de la bruja, consiguieron garantizar su protección.

—Espero que con la ayuda de este MacLeod encontremos a mi hijo.

—Estoy segura de ello. —Mary abrazó a la reina—. Habéis notado igual que yo la puesta en marcha del hechizo. Tal y como nos dijo Bessie, con él, se protegerá al príncipe allá donde esté hasta que ocupe el lugar que le corresponde.

La reina asintió y salió de la habitación para volver a sus dependencias. Tenía mucho en qué pensar, el príncipe estaba en Stirling al cuidado de Lady Reres y la niñera, Helen Littil. Después de la gran fiesta de bautismo que organizó, nadie podía pensar que el infante al que habían agasajado era un impostor. Al recordar el enfado de Enrique por su estipendio al vestir a todos con ropajes de terciopelo y bordados de oro, sonrió por su venganza. Incluso alimentó los rumores al dar tan ostentoso traje a Bothwell. Ahora se lamentaba de ello, pero ya no podía hacer nada. Si hubiera sido más prudente, no tendrían ningún dato para acusarla en el complot. De hecho, la supuesta relación entre el conde y ella era una pantomima

que había alimentado para enfadar a su esposo. Pero ¿cómo iba a suponer lo que acontecería en pocos meses?

María entró a su alcoba con decisión, nadie le prestó atención, lo cual agradeció. Se quitó el disfraz y comenzó a vestirse con un traje oscuro como correspondía a su viudez. Mary Seton entró tras dar un leve golpe y se apresuró a apretar las cintas del corsé. Puso una gola sencilla al cuello de la reina y después la peinó con un rodete bien tirante. Al poner las mangas del vestido notó que comenzaba a temblar, por lo que se quedó quieta y esperó a que se recompusiera, pero no ocurrió. La monarca empezó a reír a carcajadas. Mary se asustó pensando que su amiga había enloquecido, pues no era normal el estallido de tanta hilaridad.

—Majestad, ¿estáis bien?

La reina miró a su dama y paró de reír, pero solo fue un momento, unos segundos más tarde comenzaron de nuevo las carcajadas. Intentó recuperar el aliento y después de unos minutos consiguió recobrar la compostura.

—Estaba recordando el bautizo de Jacobo, cuando los sátiros entraron llevando los platos a la mesa redonda y comenzaron a mover la cola. La cara que puso Christopher Hatton, fue de lo más divertida. Incluso cuando decidió sentarse de espaldas a la mesa para ignorar la bufonada. A pesar de la ayuda del conde de Bedford, me costó mucho hacerles ver que era una broma nada más. Melville me confesó, que Hatton, tenía ganas de apuñalar a Pagaez, si no fuera porque originaría un incidente diplomático. La verdad es que fue muy gracioso ver cómo se ponían colorados por la alusión a las colas secretas de los ingleses.

—Todos salieron encantados, a pesar de la chanza y los enviados de vuestra prima Isabel. Aún más, diría yo, pues en el evento se sentó junto a ellos favoreciéndoles más que a los franceses. —Mary sonrió al darse cuenta de que su reina solo trataba de recordar momentos felices—. Aunque yo he de reconocer, que la parte que más me gustó, fue el asalto falso de los salvajes al castillo. Los veintiocho *highlanders* de las tierras altas vestidos con piel de cabra, que portaban fuegos artificiales, enfrentados a quince soldados disfrazados de pantanos, páramos y diablos, armados con dos

cañones. Fue de lo más emocionante que he visto nunca, incluso más que el festival celebrado en Bayona por Catalina de Medici y Carlos IX de Francia.

—Eso pretendía. —Con una sonrisa María extendió el brazo para que le colocara bien la manga—. Ahora vamos a representar un nuevo espectáculo, y de este dependerán nuestras vidas, de aquí en adelante.

Ambas mujeres se miraron comprendiendo a qué se refería. Los próximos días serían cruciales en sus vidas y este momento de hilaridad solo servía para hacer que retomaran con más ímpetu la seriedad que requería su situación.

Capítulo 18

Iain entró a su alcoba, estaba agotado. No solo por la mañana de entrenamientos en el patio de armas, también su viaje a Arnish en busca del juglar fue determinante, pues había conseguido averiguar algo muy importante. Además, gracias a él, podían tomar una decisión y sería la correcta. Estaba seguro.

Janet miró a su esposo al entrar. Cuando vio que no se presentó a cenar, pidió una bandeja de comida. Le sonrió al ver el agotamiento en su cara, pero no dijo nada, solo se acercó a él y le ayudó a desprenderse de las armas. Poco a poco fue dejando en el suelo su hacha, su *claymore* y varias *sgian dubh.* El hombre tomó su mano y besó su palma en silencio, sin dejar de mirar a los ojos azules de la mujer que amaba. Atrapado en lo que veía no se percató de que ella lo empujaba hasta un sillón frente a la gran chimenea. Se dejó llevar y al sentarse, la atrapó para ponerla sobre sus muslos.

—Te he echado mucho de menos. —Olió su pelo deleitándose en ese aroma único que desprendía.

—Yo a ti también, querido. —Besó sus labios, y al separarse, reconoció la mirada oscura en sus ojos—. Si quieres, puedes asearte antes de cenar, tienes la bañera preparada.

—Creo que aceptaré tu propuesta.

Se levantó con rapidez dejándola en el suelo, y comenzó a deshacerse de la ropa mientras ella recogía las armas y las depositaba sobre el baúl cerca de la ventana. Janet escuchó el chapoteo del agua seguido de las exclamaciones de placer que se le escapaban a su esposo. Sonriendo, se acercó a él y cogió el paño para frotarle la espalda, quien, agradecido, se echó hacia adelante y dejó salir varios sonidos de satisfacción. Sus manos en los hombros

relajaron sus músculos hasta que casi se quedó dormido. Pero ella no se lo permitió, lo obligó a echarse hacia atrás y comenzó a frotar su pecho para deleite propio, y del hombre que la miraba con fijeza sin perder ninguno de sus movimientos.

Janet se giró hacia la cuna para comprobar que Malcolm continuaba dormido. Sonriendo, se desprendió del camisón y se metió en el agua. Sus ojos se encontraron y por unos segundos se reconocieron, poco después retomaron sus besos y recordaron a sus cuerpos, lo que ocurría cuando ambos se encontraban. Las manos recorrían el camino ya conocido y a la vez tan novedoso, pues cada uno de sus acercamientos tenía siempre matices diferentes.

Las exclamaciones de placer de ambos inundaron la habitación. En un lapsus de cordura Iain atrapó los labios de su esposa en su boca y absorbió cada uno de los gemidos, amortiguando el ruido amoroso de ambos. El éxtasis llegó con rapidez, aunque no supuso el abandono del movimiento. Sin decir nada se miraron a los ojos mientras sus cuerpos se recuperaban. Janet le dio un tierno beso y se levantó dejándolo solo en el agua ya fría. La vio secar su torso sin perder detalle de la delicadeza con que pasaba sus manos sobre los senos y, por último, entre sus piernas. Apartó la mirada antes de necesitar otro encuentro, sabiendo que era muy difícil olvidar las imágenes grabadas a fuego en su mente.

—Deja que te ayude. —Lo envolvió con una tela de lino y secó con delicadeza cada parte de su cuerpo sin apartar la mirada—. ¿Has averiguado algo?

—Mm…mm. —Levantó los brazos para que ella tuviera mejor acceso a sus costillas y espalda.

—¿Eso qué significa? —Intentó apartar los ojos de esa parte que comenzaba a cobrar vida propia, sonriendo para sí.

—Localicé al bardo —dijo escueto.

—¿Y? —Dejó de frotarle y levantó los ojos observando sus reacciones.

—Mujer, no puedes ponerme así y esperar que responda a tus preguntas como si nada. Ahora mismo toda mi sangre ha ido a cierta parte de mi anatomía, que está deseando recibir tus atenciones de nuevo.

Lo dijo con tanta seriedad que, por un momento ella pensó que había hecho algo mal, pero cuando vio su sonrisa de pícaro a la vez que sus ojos comenzaron a moverse de un lado a otro con comicidad, Janet le dio un piquito en los labios risueños y cogió entre sus manos esa parte de la que tanto hablaba para apretarla con un poco de malicia.

—Has de reconocer que tu amiguito es insaciable y yo soy solo una mujer. Tal vez deberías aliviar por tu cuenta sus excesos. —Lo soltó y fue al agua para retirar el paño húmedo.

—¡*Och,* muchacha! Acabas de dejarme flácido.

Se le escapó una carcajada y le dio una palmada en el trasero, que provocó un chillido de indignación a Janet. La mujer sin pensárselo dos veces le tiró el paño húmedo a la cara y corrió al otro lado de la habitación, iniciando un juego que ambos necesitaban.

Él la atrapó. La soltó con rapidez sobre el lecho, pero antes de que ella pudiera moverse, se inclinó y cogió sus labios, para recordarle lo que hacía solo unos minutos habían vivido en la bañera. Se abrazaron y volvieron a unir sus cuerpos, esta vez con más calma, deleitándose en cada movimiento hasta encontrarse en ese espacio donde son uno, y pueden volar sin miedo a caer. Sus respiraciones llenaron el silencio del cuarto y los susurros de amor se grabaron a fuego en sus pieles, mientras el éxtasis de su unión los hacía estremecer.

Abrazados, se miraron sonrientes y agotados, pero no tanto como para postergar la conversación que debían mantener. Con lentitud Iain abandonó el cuerpo de su esposa, aunque era lo último que quería hacer. Tomó el paño del suelo y volvió a humedecerlo en el agua ya fría de la bañera. Después se acercó a ella y, con cariño, comenzó a limpiar los restos de su pasión. Janet cerró los ojos, incómoda. Nunca se acostumbraría a esta parte de él. Ella intentó muchas veces hacerle desistir de limpiarla, después de sus encuentros amorosos, a lo que él respondía que era su obligación tras llenarla. Debía dejarla aseada. Siempre acababa igual, con un beso en el vello que cubría su entrepierna y otro en los labios, de este modo, daba por terminada su atención. A pesar de sus quejas debía reconocer que esa actitud tierna, después de hacer el amor,

era lo que más le gustaba de él. Aunque no lo admitiría nunca, mucho menos tras la cantidad de veces que le había regañado por lo mismo.

—Luego de lo que te voy a contar, estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo —dijo con seriedad mientras cogía una manzana de la bandeja—. Encontré a Murdoch, el bardo, y después de invitarlo a muchas cervezas, conseguí que soltara la lengua.

—Cuenta ya de una vez. —Janet se acomodó en su pecho y comenzó a hacer círculos con el dedo en su vello.

—Después de lo que he averiguado, no puedo dejar de pensar que Malcolm será más querido y estará mejor protegido con nosotros, pues las intrigas en la corte de Edimburgo no se detendrán, y los rumores que llegan, no presagian nada bueno para María Estuardo. —Besó en la frente a Janet—. ¿Tú qué opinas?

La muchacha comenzó a acariciar el pecho de su esposo, siempre tuvo claro lo que quería hacer y no deseaba que fuera muy evidente, pero tras lo que había escuchado, y siguiendo lo que su corazón le dictaba, se armó de valor y expuso su decisión.

—El bardo estuvo en la fastuosa fiesta del bautizo del príncipe Jacobo. Asistieron Francis Russell, segundo conde de Bedford, representando a la reina Isabel en el bautismo, Monsieur du Croc (sustituyendo al duque de Saboya para la ocasión), que recibió instrucciones de Carlos IX de no hablar con Darnley. Además, del tema de los ropajes, pues la reina vistió al conde de Bothwell con ropas magníficas para los eventos, pero descuidó a Lord Darnley. Todo esto demuestra que María tenía la intención de hacer memorable el bautizo del príncipe. Habida cuenta lo que sabemos, es una forma de no delatar lo que hizo, seguir con esta mascarada. Los rumores de la relación con Bothwell se incrementaron después de la fiesta, pues mandó construir un pasaje entre las habitaciones del conde y las suyas mientras a su esposo lo dejaban de lado, so pretexto de no ofender a los franceses. Cuando encontraron muerto a lord Darnley, se incrementaron los rumores del asesinato, sin embargo, a María la han exculpado y, finalmente, al conde también. Tras esto el conde de Lennox, padre de lord Darnley, está moviendo

sus contactos para pedir una revisión, pero todo hace prever que no llegará a nada.

Iain miró a su esposa acurrucada en su pecho, la luz de la luna llena se filtraba entre los cortinajes otorgándole una cualidad feérica que lo encandiló y, cuan fuego fatuo, no pudo evitar besar sus labios. Fue algo dulce y conmovedor que los unió aún más. También fue el punto a partir del cual comenzar su razonamiento.

—Nunca he querido desprenderme de mi hijo. Puede que no saliera de mi vientre, aun así, estos meses lo he criado como si de nuestro pequeño se tratara. Mi amor por él es incondicional, al igual que mi preocupación. —Se incorporó sobre el pecho de Iain—. Nunca pensé que podría desprenderme de él, pues forma parte de mí y de ti. Tal vez no lleve la misma sangre, pero tiene nuestro corazón. Es hijo tuyo y mío, nadie cambiará eso. Ni siquiera su madre.

Se miraron a los ojos sabiendo que esa decisión podría cambiar sus vidas, si alguna vez la mascarada de María Estuardo salía a la luz. Todos esos meses de tener el niño con ellos les había hecho verlo como a su propio hijo, y eso no lo cambiaría nada.

—Ahora solo nos queda destruir la carta y el anillo de María Estuardo.

—No podemos hacer eso, él tiene derecho a saber sus orígenes.

—Es un riesgo muy grande tener esas cosas. Si alguien las descubriese no solo pondría en peligro a Malcolm, también a nosotros y puede que al clan.

—Hay que esconderlas donde tengamos acceso solo tú y yo.

—Lo que se oculta siempre acaba saliendo a la luz. No sé si será buena idea. —Iain meneó la cabeza.

—Podemos mandar hacer una de esas cajas que vimos en Edimburgo.

—¿Qué cajas?

—Shannon me mostró una que le regaló la reina, era tan difícil de abrir, que estarían bien custodiadas las pruebas de vida de Malcolm.

—No sé qué tipo de cajas dices. —Iain la miró extrañado.

—Las traen de Francia. Son unos joyeros con un compartimento secreto, casi imposible de abrir, si no conoces el mecanismo.

Iain se quedó pensativo un momento, y después de unos minutos, que a su esposa le parecieron eternos, volvió a hablar.

—Si Shannon tenía una, escribiré a McDonald para que averigüe dónde puede encontrarlas y consiga una.

—¿No supone un riesgo? Si la reina está buscando a su hijo puede estar pendiente de todo lo que acontece con Shannon, y si lo cogen preguntando o intentando hacerse con la caja, esto los conducirá a nosotros.

—No te preocupes, McDonald sabe muy bien cómo proceder.

Janet asintió, pero en su interior comenzó a tener miedo, había tantas cosas que podían salir mal que sintió las náuseas apoderarse de su cuerpo. Se incorporó con rapidez y llegó justo a tiempo a la bacinilla para vaciar su estómago. Iain se acercó, la cogió por los hombros para ayudarla a incorporarse, ella se dejó cuidar, y cuando la depositó en la cama, cayó en un sueño inquieto.

Capítulo 19

María partió de Stirling después de visitar a su hijo, tal y como le había aconsejado Mary. No podía desentenderse del niño, pues solo ellas eran conocedoras del cambio de los infantes, y si seguía mostrando desapego con el príncipe podría alertar a sus detractores. Escuchó el grito del cochero y el carruaje se detuvo con brusquedad, haciendo que Mary y ella casi cayeran del asiento. Molesta por la detención se incorporó para asomarse por la ventanilla y pedir explicaciones, más la puerta se abrió dejando a la vista la cara sonriente del conde de Bothwell. Ella le sonrió con indulgencia, aunque en realidad lo que quería era golpearlo por hacer detenerse al vehículo.

—Mi reina, me alegro de haberos podido alcanzar.

James Hepburn entró y se sentó mirando a ambas mujeres con displicencia, golpeó el techo del vehículo y este se puso en marcha. Sus ojos con un brillo calculador no se apartaban de María Estuardo. La reina sintió el vello de punta y una sensación extraña se instaló en su nuca haciéndola ponerse en guardia. Con disimulo tomó la mano de Mary, ocultas bajo las faldas que se extendían por el asiento con gracia, y se dieron apretones de apoyo sin dejar de perder de vista al hombre que les impuso su presencia.

—Lord Bothwell, vuestra llegada además de inoportuna está siendo algo molesta. —Miró a los ojos al hombre sin arrendarse.

—Disculpadme, alteza, pero lo que tengo que hablar con vos es de suma importancia. —El conde comenzó a retorcer su bigote.

—Vamos camino de Edimburgo, cualquiera que sea el tema, estoy segura de que puede esperar a que estemos reunidos todo el consejo.

—Es un asunto personal, y me urgía tratarlo con vos en exclusiva.

—Esto es muy irregular e incómodo, más aún cuando hace apenas una semana que terminó vuestro enjuiciamiento en el estamento del Parlamento. No quiero dar pábulo a lord Lennox para que consiga los apoyos necesarios y vuelva a enjuiciarnos por la muerte de mi esposo.

—No podrá reunir más respaldo. Al final se quedará en Londres conspirando junto a vuestra prima.

—Aun así, no quiero que vuelvan los rumores. —María se retrepó en el respaldo y dejó escapar el aire con lentitud.

Mary miraba a uno y a otro. En su interior sintió crecer aún más su desconfianza, pero no dijo nada, no antes de que su amiga y reina le dijese lo que estaba ocurriendo. Cerró los ojos sin dejar de notar la mano de María apretando con fuerza la suya. El paisaje se hacía cada vez más denso y agreste. El camino comenzó a ser incómodo para los pasajeros, eso hizo que María se incorporase para mirar por la ventana del carruaje. Sorprendida, vio el castillo de Dumbar a lo lejos, su indiscutible silueta sobre el espigón dominaba el espacio con majestuosidad y ofrecía una terrorífica visión. La fortaleza se erguía imponente todavía, a pesar de la orden del Parlamento de demoler su estructura.

—¿Por qué nos hemos desviado? Estamos en Dumbar, y yo debo regresar a Edimburgo.

—Necesito hablar en privado con vos, mi reina. —Se inclinó hacia adelante e intentó tomar su mano—. Dumbar será un lugar discreto donde encontrarnos sin oídos ávidos de difamarnos.

—Deberíais haberme consultado este alto en el camino, pues es del todo incorrecto que viaje con vos, y mucho menos que me hospede en la fortaleza, sin que el consejo me reclame por semejante comportamiento. —Miró al hombre que una vez pensó que era su amigo y fiel seguidor—. ¿Está vuestra esposa en la fortaleza?

—No. Mucho me temo que Jean colmó mi paciencia y solicité el divorcio. Estoy esperando la contestación en estos días. —Se retorció el bigote sin dejar de mirar a María.

—Entiendo que debéis estar desolado, sé cuánto amáis a Jane Gordon, los cuidados que le habéis prestado. —María se inclinó y tomó su mano para consolarlo—. ¿Volvió a tener más crisis de locura?

Bothwell se quedó mirando un momento a la joven dama que intentaba animarlo. Por un instante, dudó de llevar a cabo su plan, pero no podía dar marcha atrás, ella sola se había metido en la boca del lobo cuando pidió su ayuda para poner celoso a lord Darnley. Nunca se dio cuenta de que su esposo no era promiscuo, sino que tenía inclinaciones que ella no podía calmar. Desde luego que supo aprovechar muy bien la inocencia de la reina para hacer más fuerte su presencia como consejero, pero, sobre todo, consiguió algo que nadie había logrado hasta ahora, guardar la absoluta confianza de ella. Después de conseguir que más de dos docenas de nobles y obispos firmaran el Ainslie Tavern Bond, llegaba la puesta en práctica del plan y, aunque ella se enfadara con él, sabía cómo conseguir su perdón. En todos estos años había aprendido la forma de manipularla. La monarca era joven y predecible, mientras que él era astuto como un zorro salvaje.

La ruidosa entrada de la comitiva al patio de armas de la fortaleza era esperada, aun así, el séquito de María Estuardo se cuadró a su alrededor protegiéndola hasta guiarla al interior de la torre del homenaje. La monarca se irguió en toda su estatura de casi seis pies, con el fin de ocultar el miedo que le provocaba esa situación. No fue hasta que comenzó a subir, que se dio cuenta de que la habían separado de Mary. Se giró con el fin de ordenar que la esperasen, pero entonces se percató, de que los soldados que la escoltaban no eran los suyos.

La presencia de Bothwell junto a ella no la tranquilizó, aunque al comprobar que él le ofrecía el brazo, conciliador, le sonrió y esperó hasta quedar a solas para pedirle explicaciones. Se dejó guiar a lo alto de la torre, cuando le cedió el paso a una pequeña alcoba que no reunía los requisitos de hospedaje de un monarca.

Se giró hacia el hombre que por momentos se volvía más aterrador.

—No podéis alojarme en semejantes condiciones, soy la reina de Escocia y…

James Hepburn alzó la mano, conciliador y le sonrió como tantas otras veces. Lo hizo para calmarla, sin embargo, esta vez, María tenía miedo de las intenciones del conde, sus sentidos le decían que debía huir lo antes posible.

—Os he traído aquí, porque necesito hablar en privado con vos. —Se acercó demasiado a ella, tanto que dio varios pasos, con la intención de poner espacio entre ellos—. Nos conocemos desde hace tiempo, he soportado las inquinas de todos en la corte para guardaros las espaldas, fui vuestro apoyo cuando Enrique abandonó el lecho conyugal, despreciándoos. —Levantó la mano para hacerla callar—. Ambos nos conocemos y nos hemos apoyado: vos con mi esposa enferma, y yo con vuestro consorte ausente. El destino nos ha unido en más de una ocasión, y sabéis que contáis con mi total lealtad. De ahí que os proponga nuestra unión oficial, dado que sería lo más lógico después de tantos años de amistad.

—Lord Hepburn, he tenido ya dos matrimonios. Tengo un heredero, de ahí que no necesite precipitar un nuevo casamiento. Debéis comprender que esta, no es una situación adecuada. Hace apenas dos meses que enterré a mi esposo, por no hablar de las acusaciones a las que hemos tenido que enfrentarnos por tan lamentable accidente. Además, mi matrimonio es un asunto de estado y necesito la aprobación…

—No necesitamos la aprobación de nadie. Tengo el apoyo de lores y obispos para nuestro matrimonio, lo demás lo conseguiremos en cuanto acepten que somos una pareja real y no pueden romperlo.

—Me halaga vuestro interés en mi persona y siempre os he considerado un buen amigo, pero debo renunciar a nuestra unión.

—Creo que no me habéis entendido. Rechazarme no es una opción. —Apretó los puños para impedir golpear a esa chiquilla caprichosa.

—¿Me estáis amenazando? —María retrocedió hasta chocar con la cama detrás de ella.

—No, nunca ha sido esa mi intención. Pero si he de obligaros, lo haré por el bien de Escocia. Antes de que os unáis a otro petimetre o aceptéis un esposo de la inglesa.

Sin decir nada más salió del cuarto y cerró con brusquedad, haciendo retumbar las paredes y dejando un silencio ominoso a sus espaldas. Nada estaba saliendo como había previsto en un primer momento, pero tenía paciencia y confiaba en la niña que, a pesar de ser muy inteligente, se dejaba doblegar por la simpatía y sus intenciones de cordialidad. Al llegar abajo ordenó que le llevasen una bandeja con comida a María, después salió al patio de armas. Su mirada se centró en el noroeste donde se perdía la caverna negra.

No podía meterla allí, después de todo era su reina y no quería ganarse su enemistad, pero tal vez podría amenazarla con llevar a las cuevas a su dama. Si ya era dura la estancia en esa prisión para soldados y prisioneros, sería terrorífica la situación de una mujer tan melindrosa como Mary Seton. Retorció el bigote entre los dedos mientras dejaba salir una sonrisa satisfecha. Miró a la parte más alta donde la débil luz de una vela escapaba de la tronera, e imaginó a María sola e indefensa, sin nadie que la apoyase. Cedería, estaba seguro de que la niña aceptaría su proposición. Después ya nada se les interpondría en su camino al trono inglés, pues con el heredero de María y la reticencia de Isabel a contraer matrimonio, tenían asegurado el acceso a la corona. La reina virgen se hacía mayor, y pronto sería imposible que diera un heredero. Jacobo VI, hijo de María y Enrique, tenía la sangre de los dos descendientes directos de los Tudor, y él, James Hepburn, conde de Bothwell, como rey consorte de María conseguiría la tutela del infante, y con ella, el acceso ilimitado al poder.

La reina paseaba nerviosa por la pequeña habitación. No solo era inadecuada por su estatus, además, la simpleza y escasez de los muebles la hacían totalmente lúgubre. No quería pensar en la estancia como una prisión, pero cada minuto que pasaba se daba cuenta de que eso era, un lugar donde doblegar su voluntad. Recordó la de veces que Rizzio le advirtió sobre Bothwell, sus ladinos acercamientos, pero ella lo vio más como un afable caballero que

recibía el pago por su inestimable ayuda. Ahora se lamentaba de no haber hecho caso a su amigo y secretario. Se asomó como pudo a la tronera que apenas dejaba pasar el aire. Aunque estaban a finales de abril, el tiempo era excepcionalmente cálido, lo que hacía que en esa habitación se volviera asfixiante. La puerta se abrió y ella bajó de inmediato de la silla. Miró a la mujer que dejaba la bandeja en la ruinosa mesa junto a la cama, y se acercó con rapidez a ella.

—¿Dónde está mi dama de compañía? —Se cruzó de brazos ante la mujer, que retrocedió asustada.

—Mary se encuentra bien. —Bothwell entró e hizo un gesto a la sirvienta para que saliera—. De momento, la he acomodado en el salón esperando que le demos un espacio adecuado donde descansar.

—¿A qué te refieres? —Miró nerviosa a uno y otro lado buscando una salida.

—Espero su contestación, y según sea su respuesta, así será el alojamiento de Mary. —Sonrió ladino—. Todo está en sus manos, mi reina.

María no obvió el cinismo de sus palabras, comprendiendo, que no solo estaba en juego su libertad, sino también la de su íntima compañera y confidente. Por un momento, miró con odio al hombre, que una vez pensó que le ofrecía su amistad. Ocultó de inmediato los ojos, no quería enfadar a su anfitrión, y como le dijo muchas veces Catalina, la madre de Francisco II: se atrapan más moscas con miel, que con golpes. Se sentó resignada y miró el plato de comida, haciendo que no le interesara nada más en esa habitación.

—Seré paciente y os daré esta noche para meditar la respuesta. —Se retorció el bigote entre los dedos—. Permitiré a vuestra dama que duerma en el salón, pero mañana será llevada a la cueva negra.

María soltó una exclamación y sintió que la fuerza abandonaba su cuerpo. Pero no se rendiría. No delante de él. Sacó coraje de su flaqueza y se incorporó sin dejar de mirarlo. No podía aceptar sin más, aunque tampoco permitiría que Mary durmiese en el salón y mucho menos que la encerrasen en la cueva negra. Sabía que era un lugar tétrico, oscuro y húmedo insoportable para los prisioneros, aún más duro lo sufriría una dama.

—De acuerdo, traed a Mary conmigo esta noche y nos casaremos.

Bothwell sonrió e inclinó la cabeza, sabedor de que había ganado la batalla. A partir de ahora, solo tenía que recoger los frutos de años en la corte, haciendo amigos y tejiendo su trama de favores, para que, llegado el caso, pudiera obtener los apoyos necesarios. Se acercó con decisión a la reina y la tomó de la cintura. Sus labios carnosos se posaron por un momento en su mejilla y el aliento rozó la oreja de María, que no sabía cómo responder a tanta impetuosidad.

—Habéis estado casada con un niño y con un invertido, ahora os demostraré la diferencia de tener a un hombre a vuestro lado y entre las piernas.

Se apoderó de los labios de la reina y le imprimió tanta pasión al beso, que ella trastabilló cuando se apartó, haciendo que el hombre soltara una carcajada que reverberó en la pequeña habitación. Al marcharse ella tocó sus labios temblorosos con una caricia que le hizo añorar la presencia del hombre. Sintió la puerta abrirse de nuevo y corrió a los brazos de Mary, que entró tan asustada como lo estuvo ella la primera vez que vio su alojamiento.

María y James Hepburn, se casaron y regresaron a Edimburgo el 6 de mayo, todavía les quedaba la peor parte, pues debían oficiar la boda por el rito protestante en Holyrood. Al contrario de lo que pensó el conde, los nobles no apoyaron su unión, y desde el primer momento se encontraron con la oposición del consejo. El divorcio entre Bothwell y Jane Gordon doce días antes fue un detonante más para encontrarse con la oposición, no solo de los nobles, sino también del pueblo escocés, que vio en esta unión, un acercamiento de María al protestantismo.

Mary observó cómo su reina erguía la espalda, su pose sobre la montura era rígida y carente de naturalidad, algo que le demostraba la incomodidad al entrar en el palacio de Holyrood a caballo, junto a su nuevo esposo. La gente observaba el paso de la nueva pareja real. Sus expresiones eran de asombro al principio, pero de inmediato, fruncían el entrecejo al comprobar la complicidad del conde con la reina.

Al llegar al palacio los recibieron varios consejeros que aguardaban en la puerta bastante molestos. William Maitland de Lethington se acercó a María, conciliador, e hizo la reverencia de rigor. Ella se aproximó con cariño y lo abrazó, pues era el esposo de Mary Fleming.

—Lord William, me alegra veros aquí. —María se volvió hacia su reciente esposo—. No es la recepción que esperábamos, aunque nos complace saber que estáis de nuestra parte.

—Mi reina, debéis reunir de inmediato a vuestro consejo, pues tenemos asuntos urgentes que tratar.

James Beaton, arzobispo de Glasgow se inclinó ante la reina y con gesto adusto señaló a lord Bothwell. No dijo nada, solo le amonestó con el dedo. Después de unos minutos mirando a la pareja real, entró al palacio dejando a la reina enfadada por tal recibimiento.

—No debéis tenerle en cuenta su actitud. El arzobispo siempre ha mantenido que os casasteis obligada, y al veros en tan buena sintonía con el conde, le habéis dejado en evidencia.

María no pudo decir nada más. Si confesaba la treta que organizó su esposo con el fin de forzarla al matrimonio, no se lo creería, y Bothwell todavía tenía partidarios que podrían hacerle daño, a través de otras personas.

Entraron al palacio. Ella se dirigió como siempre a sus habitaciones, necesitaba la intimidad con sus damas y que le pusieran en antecedentes de lo que estaba ocurriendo en la corte. Bothwell la siguió sin prestar atención al mayordomo, que les indicó el camino a los aposentos del rey consorte. Entraron en la alcoba de María y sin dar explicaciones echó a todo el mundo de allí, pues deseaba quedarse a solas con ella.

—Ya tenéis lo que queréis, ahora dejadme con mis damas para refrescarme.

María se giró hacia la ventana ignorando la presencia de su esposo, cuando sintió sus manos en la cintura, la tensión se apoderó de ella. Todavía no se había acostumbrado al acercamiento de su nuevo consorte y no sabía cómo enfrentarlo, pues temía las represalias.

—María, si queremos reinar en paz, lo primero que debemos hacer es normalizar nuestra relación. Demostrar que nos amamos y que ese es el único motivo de este matrimonio.

—Pero no es así. Nos casamos porque tú me obligaste. —Se apartó de él—. De no haberme amenazado con encerrar a Mary, todavía estaría en Dumbar.

—Te pedí perdón por utilizarla, ¿cuánto tiempo me lo vas a echar en cara? —James intentó acercarse de nuevo.

—Está muy reciente todavía.

Ella lo miró a los ojos. Por un momento recordó las muchas veces que se convirtió en su apoyo por los ataques orales desde el púlpito de Knox. También cuando hizo ir a todo el consejo a su castillo del Hermitage porque cayó herido tras la escaramuza con los bandoleros. No solo recibió su apoyo para el consejo, también la ayudó a poner nervioso a su difunto esposo, provocándole celos. Atrás quedaron los chismorreos que recorrieron la corte por su supuesto idilio. Algo que a ella le interesó fomentar, y que impulsó con el regalo del traje para el bautismo de Jacobo, además, del pasadizo que se suponía conectaba sus alcobas en Stirling.

María asintió y se acercó a él. Por primera vez fue ella quien tomó la iniciativa. James agradeció el avance, y sus bocas se encontraron. Al principio con timidez, pero después dejaron que sus cuerpos hablaran el lenguaje que todo hombre y mujer conocen.

Con cada día que la pareja pasaba en el palacio, aumentaban los partidarios de James Stuart, el hermano bastardo de la reina. Cuando María otorgó a su reciente esposo el título de duque de Orkney el resto de los nobles se alzaron en contra.

El matrimonio por el rito protestante se celebró el 15 de mayo. A partir de esa fecha comenzaron las revueltas oponiéndose a María. Los escoceses se enfrentaron a esta unión mientras los consejeros, tanto protestantes como católicos, comenzaron a tomar partido.

Veintiséis nobles escoceses se sublevaron contra la pareja real y organizaron un ejército para destronarlos. El enfrentamiento en Carberry Hill, el 15 de junio sería decisivo, ya que María quería acabar con los lores confederados. Al final no hubo batalla, pues las tropas reales desertaron durante las negociaciones, y la reina

accedió a entregarse a los lores con la condición de que la restituyeran en el trono y dejaran ir a su esposo. Bothwell, recibió un salvoconducto para atravesar la campiña. mientras María, era escoltada a Edimburgo donde una multitud de espectadores, la abuchearon y denigraron por adúltera y asesina. La reina esperaba a sus damas en la alcoba mientras intentaba olvidar el bochorno sufrido. No entendía por qué se había vuelto su pueblo contra ella. Por esa razón, comenzó a trazar planes para recuperar su confianza. También quería disponer de un consejo en su mayoría católico. De esta forma, quitaría poder a los protestantes de Knox, aunque esto le resultaría más difícil de conseguir.

La puerta de su alcoba se abrió, y se volvió sonriente para saludar a sus damas y amigas, más tuvo que recomponer su expresión cuando vio entrar a su medio hermano. James Stuart la miró con odio al entrar a la alcoba para encarar a su hermana. Quedar a su sombra sin tener opción al trono por ser ilegítimo todos esos años, fue el estigma que siempre lo persiguió. Ahora había llegado el momento de poner en orden la corona escocesa y él tenía el poder para doblegar a María.

—Si querías reunirte conmigo, deberías haberme hecho ir a la sala de recepción. —La reina lo miró altanera.

—Lo siento, hermana, pero lo que tenemos que hablar necesita de toda la discreción posible. —La observó y sonrió con maldad—. Sé lo que hiciste, y puedo asegurarte de que no te saldrás con la tuya.

María lo contempló impotente a la espera de más aclaraciones. Era consciente de que tenía varias cosas pendientes, lo que no sabía era a lo que se refería su hermano, por lo que decidió aguardar a que él hablara.

—Bran MacLeod no podrá cambiar al niño y, si lo intenta, ambos morirán. Al igual que tú pusiste a un protector, yo he contactado con la persona que acabará con sus vidas en cuanto estén juntos. —La miró con superioridad viendo cómo palidecía —. Solo tienes una opción, abdica en favor de Jacobo. Yo seré su tutor hasta que cumpla la edad para gobernar, a cambio tendrás la libertad de vivir aquí o donde quieras, pero ya no como regente.

—No puedes hacer eso. —Se dejó caer en el sillón derrotada—. Soy reina por derecho divino, mi padre, nuestro padre cedió su corona en favor mío. Si hubiese querido que tú gobernaras, te habría nombrado su legítimo heredero.

—Eso es algo que no podía hacer mientras tu madre, María de Guisa, ostentara tu tutela. Por eso precisamente canceló el tratado de Greenwich con Enrique VIII.

—Estás hablando del pasado y la situación es diferente en este momento.

—No tanto. Has perdido la confianza y el apoyo de los lores escoceses, por ello tu pueblo te odia. Malograste al verdadero rey en un intento de hacerte con el poder absoluto. Ahora tienes un niño cambiado, que reinará Escocia cuando yo lo determine. Un hijo perdido por tu inconsciencia y un esposo exiliado, que no ha dudado en dejarte ante quienes te odian. Tu única salida es abdicar y vivir en libertad, pero ya no como la reina de los escoceses.

—Los lores me apoyaron en mi reivindicación del trono británico. Si abdico en mi hijo, perderé también mi derecho divino sobre la corona inglesa.

—Nunca lo tuviste y lo sabes, fue una manipulación de Francisco II para hacer a su delfín heredero del trono de Inglaterra, pero hasta eso le salió mal al franchute. —Miró risueño a María y le entregó un documento—. Léelo y lo firmas, si quieres escapar de aquí.

Capítulo 20

Edimburgo agosto de 2022

Kylian MacLeod recogía su mochila de la taquilla para terminar su turno cuando escuchó que lo llamaban, cerró la puerta y se volvió hacia quien le interpelaba. John, su compañero de cuarto, corrió hasta él.

—Espérame un rato, acaban de avisarme de un caso nuevo y tengo que ver de qué se trata antes de salir. Así por lo menos dejo un tratamiento a la paciente hasta que me incorpore mañana.

—Voy contigo y así veo el caso. —Le guiñó un ojo.

—No es un niño, de ser así te habrían llamado a ti, pero como quieras. —Se encogió de hombros y fueron al ascensor.

—¿No está en Urgencias?

—No. La han ingresado hoy, pero la han metido en una habitación. Al menos es lo que me ha dicho Sari de recepción.

—¿Sari? —Movió las cejas de forma cómica—. Menudas confianzas te tomas.

—Las que me dan. —Salió del ascensor y se dirigió al puesto de enfermería de la planta—. Hola, me han avisado de un ingreso.

—Sí, doctor Müller —le ofreció una carpeta y se acercó a él—, la han traído hace una hora. Sigue inconsciente, un senderista la encontró en el camino. Tiene tantas lesiones la pobre, que no sabemos cómo puede respirar todavía. Le hicieron un TAC nada más entrar y no hay hemorragia, aunque tiene varias contusiones alarmantes en cara y cabeza. Al revisarla, hemos comprobado que

tiene algunas costillas rotas, no obstante, no hay fracturas en piernas ni brazos.

—Vamos a verla. —John se giró para seguir a la enfermera y chocó con Kylian—. ¿Vienes?

—No tengo nada mejor que hacer. —Sonrió. Notó que la auxiliar se quedaba mirando sus labios, le guiñó un ojo y siguió a su amigo.

La habitación estaba muy solitaria, en la cama podía verse la pequeña figura de una mujer que parecía dormida. El pitido de las máquinas a las que estaba conectada aparentaba no afectarle. John se acercó a ella y tras levantar los párpados y comprobar el globo ocular sin respuesta, comenzó a aplicar presión a las piernas para ver su reacción. La quietud de la muchacha era alarmante, mucho más que el rostro amoratado y la multitud de golpes, que mostraba tanto en brazos como en piernas.

—Menuda paliza le han dado —exclamó Kylian sobrecogido.

—¿Tenía documentación? —John miró a la enfermera que se encogió de hombros.

—Hemos revisado su ropa, pero más allá de suponer que estaba en alguna feria medieval, no han encontrado nada. —Abrió el armario de la habitación y sacó un vestido de época.

—¡*Wow*! Es impresionante, y no solo por lo bonito, sino por el detalle de confección al estilo Tudor. —Kylian tocó las mangas de brocado que colgaban a un lado de la falda y el corpiño.

—No me digas que eres experto en moda medieval. —Se carcajeó John mientras apuntaba los datos de saturación de oxígeno.

—No, pero he ido a suficientes ferias como para notar la diferencia. —Chasqueó la lengua y se fijó en la muchacha—. A pesar de los moratones es una belleza, no entiendo cómo puede alguien golpear con tanta saña a una joven.

—Un maltratador no se fija en eso, se deja llevar por sus impulsos y actúa. —John cerró la carpeta y se la dio a la enfermera —. Está bien controlada, solo hay que esperar a que despierte, pero mientras, no dejen entrar a nadie en la habitación. No sabemos si quien le hizo esto, quiere terminar su trabajo.

—No se preocupe doctor Müller, estaremos pendientes de ella. Si se despierta, ¿le avisamos a usted o al médico de guardia?

—A mí, tendré el móvil localizable.

Ambos salieron del hospital después de cambiarse y se subieron al coche de Kylian. El silencio era palpable hasta que MacLeod soltó un exabrupto.

—¡Maldición!, quisiera tener ante mí al cobarde que le hizo eso a la chica, seguro que no es tan valiente con alguien que le plante cara.

—Ya lo sabemos. No podemos cambiar el mundo, solo intentar que los violentos acaben en la cárcel.

—Perdona, es que estas cosas me pueden. No lo entiendo y, por más que se haya hecho tan común en nuestros días, sigo sin comprender este abuso con los más débiles.

Llegaron al edificio donde compartían apartamento y aparcaron, por suerte, en la puerta. Agotados subieron las escaleras y terminaron un día más.

El teléfono sonaba con insistencia. John lo cogió todavía adormilado y presionó la tecla verde, se dio cuenta de que eran las cinco de la mañana. Maldijo entre dientes, mientras esperaba que el inoportuno que había alterado su sueño, le diera una explicación.

—Doctor Müller, ha despertado la paciente.

Por un momento miró extrañado el aparato sin identificar lo que le estaban diciendo, hasta que a su mente llegó la imagen de su última paciente y comenzó a levantarse.

—¿Cómo están sus signos vitales?, ¿reconoce algo?, ¿es coherente al hablar?

—Nada, doctor Müller, se ha quedado mirándonos y no reacciona. Nos observa, pero no es capaz de comunicarse.

—Estoy allí en media hora.

Colgó el teléfono y se dio una ducha rápida. Al salir del baño se encontró a su compañero que lo miraba interrogante, más no tuvo que decirle nada. Kylian entró al aseo y se escuchó el agua de la ducha correr. Cuando llegaron a La Royal Infirmary de Edimburgo, subieron con rapidez hasta la tercera planta. Todo parecía tranquilo, aunque la luz de la habitación de la muchacha se hacía visible en el pasillo, dado que lucía en semioscuridad. Entraron sin llamar, y se

encontraron a dos enfermeras cada una a un lado de la muchacha. El pitido de las máquinas llenaba la habitación de alarmas, pero lo que más les llamó la atención, fue ver a la chica sentada en la cama. Miraba todo con los ojos muy abiertos y una expresión de terror casi contagiosa. El pelo encrespado contribuía a dar la apariencia de locura que les había impresionado al entrar. John se acercó a ella con cuidado, y le pidió espacio con la mirada a una de las enfermeras. Quiso tomar la mano de la paciente, pero esta la apartó con rapidez. Observó a su amigo y le hizo gestos para que se acercara por el otro lado. Kylian no estaba muy seguro de que esa fuera una decisión acertada, y negó con la cabeza. El médico se pasó la mano por el cabello todavía húmedo y se separó de la cama.

—Señorita, soy el doctor Müller, solo quiero comprobar sus constantes y hacer una exploración para cerciorarme de que no sufre daños mayores de los que vemos.

Le sonrió con simpatía, pero la muchacha no reaccionó. Ella centró su mirada en Kylian, ni siquiera parpadeaba. Se le escapó una pequeña sonrisa al comprobar que su amigo tenía la misma expresión. Si hubiera que poner una cara a un flechazo, sin duda sería la de esos dos. El tiempo se detuvo y no existía nada ni nadie a su alrededor. Shannon miraba boquiabierta al hombre frente a ella. No es que fuera muy guapo, pero sí era muy alto: debía medir casi siete pies. La piel cobriza hacía competencia con su pelo que parecía arder. Sin embargo, eran sus ojos los que la tenían atrapada, de un color muy oscuro, se podían ver motitas más claras brillando.

Aunque no era eso lo que le atraía en su mirada. Ya había visto antes esos ojos, pues eran los mismos que los de su reina, y no comprendía cómo podía ser tan parecido a ella. Todos sabían que James Stuart, era el hermano bastardo de María, más nadie conocía que Jacobo V hubiera tenido más hijos varones. El parecido con la reina era notable, por lo que Shannon pensaba con rapidez. Aun así, nada le daba alivio a la situación en la que se encontraba.

La habitación le era muy extraña, así como quienes la rodeaban. Llevaba mucho tiempo observando todo y nada tenía sentido, empezando por las luces del techo que iluminaban como si fuese de día, o los vestidos de las mujeres que intentaron calmarla cuando

despertó, que eran del todo indecentes. Pensó que la habían traído a una casa de mala reputación y a cada momento se sentía más inquieta. Cuando entraron los dos hombres palideció. No entendía qué significaba doctor, pero no le gustó ver cómo apartó a una de las mujeres e intentó coger su mano. Fue entonces cuando descubrió al otro hombre. Nunca se había quedado paralizada y el miedo pudo con ella, por lo que cerró los ojos y se dejó llevar por la inconsciencia de nuevo.

—Esto no tiene sentido, ha vuelto a perder el conocimiento. —Se giró hacia la enfermera—. Traiga unas sales para despertarla, no debemos dejar que vuelva a la inconsciencia.

Una de las auxiliares actuó de inmediato y regresó dos minutos después con un bote de amoniaco, se acercó a la cama y mientras el doctor Müller la incorporaba, ella le aproximó el frasco abierto a la nariz para que aspirase. La respuesta no se hizo esperar, la muchacha comenzó a toser y sus párpados empezaron a moverse con rapidez. John no perdió el tiempo, con una linterna estimuló la visión mientras le abría a la fuerza el ojo. Las máquinas iniciaron una melodía de pitidos de alarma, pero comprobó que entraba dentro de los límites.

—Póngase a su lado y coja su mano, necesito cerciorarme de que sus reflejos están bien, y tal vez así se tranquilizará.

Shannon abrió los ojos e intentó calmarse. No sabía dónde se encontraba, pero tampoco podía dejarse coger por los hombres del Douglas y, aunque no llevaban sus colores, no estaba segura. Por eso decidió sosegar su nerviosismo y obtener toda la información posible antes de escapar de allí.

—Escúcheme, señorita. Soy el doctor Müller. La trajeron al hospital inconsciente y en un estado lamentable. Estaba tan golpeada que le hicimos un TAC para comprobar daños cerebrales. Por suerte, el resultado fue normal. Aun así, tiene varias costillas rotas y fisuras antiguas. Más allá de los golpes, no parece tener nada. Aunque quisiera comprobarlo, y para ello necesito de su colaboración. Le haré varias preguntas y usted me las responderá con sinceridad. —Sonrió a la muchacha para darle ánimo y le recompensó con una mueca de asentimiento—. ¿Cómo se llama?

—Shannon. —La voz ronca llenó la habitación, aunque no por su potencia.

—¿Quién le hizo esto? —John le sonrió con calma mientras señalaba los morados y azules que recorrían la cara y los brazos de la muchacha.

Shannon pensó un momento si debía contestar, pues su padre tenía derecho a golpearla. Siempre había sido así desde pequeña, por eso procuraba esconderse más las palizas que no recibió de niña. Se las estaba llevando cuando el MacLeod descubrió que ya era una mujer, motivo por el cual urdió el plan para introducirla en la corte de María, y así poder espiarla.

—Vamos, muchacha, ya estás a salvo. Quien quiera que te haya hecho esto no podrá volver a repetirlo, nos encargaremos de que no pueda llegar hasta ti de nuevo. —Kylian se inclinó a los pies de la cama para hablarle.

—Cierto, además ya está avisada la policía y en cuanto lo encuentren le espera una temporada en la cárcel. —John remarcó sus palabras al darse cuenta del porqué titubeaba la muchacha.

—Fue mi padre. —Bajó los ojos dispuesta a contar lo sucedido, pero sin dar detalles de nada que pusiera en peligro a su primo Iain ni a su esposa.

—¿Cómo se llama tu padre? —insistió John.

—Tormod. —Shannon sintió que se le oprimía el estómago al pensar que podían avisarlo de que estaba allí.

—Tormod, ¿qué? Necesitamos un apellido y una dirección para que la policía pueda ir a buscarlo.

Shannon sintió todo el peso de esas palabras sobre su pecho y se le cortó la respiración. No podía permitir que lo avisaran. Intentó incorporarse, pero la mujer y el doctor impidieron que se moviera. Los miró con rabia, puesto que no podía librarse de su agarre.

—Por favor, no le digan nada, no quiero que me encuentre. —Lloriqueó al darse cuenta de que no conseguía liberarse.

—Tranquilícese. No volverá a hacerle daño, de eso se encargará la policía. No permitiremos que ese animal vuelva a golpearla —John hablaba con calma, aunque lo que quería era abofetearse por alterar a la pobre chica.

—Está bien, no se ponga nerviosa. No dejaremos que vuelva a atacarla. —Kylian acarició sus pies a través de la sábana y eso atrajo la atención de ella que lo observó enrojecida.

—Está bien. —John miró a Kylian, y asintió—. ¿Cuál es su edad?

—Veinte cumplí la primavera pasada —contestó con rapidez.

—Muy bien —aceptó satisfecho John—. ¿Tiene hermanos?

—Tengo dos, y diez hermanastros.

—*¡¡Wow!!*¿Todos con el mismo progenitor? —Kylian no pudo evitar preguntar.

—Sí, mi padre se casó tres veces. —Shannon se encogió de hombros.

—¿A qué se dedica para mantener una familia tan grande? —Laura, la enfermera, se añadió al interrogatorio con impertinencia.

Shannon pensó que esa pregunta le haría moverse por terreno peligroso y prefirió no contestar. Al darse cuenta de que no respondería, John decidió preguntar de otra manera para averiguar quién la agredió.

—¿Dónde vivís tú y tus hermanos?

Shannon se quedó callada, miró a los dos hombres que intentaban sacarle información, y aunque parecían honorables, no podía permitirse ser descubierta. Observó el techo y se quedó asombrada con las extrañas lámparas que iluminaban el cuarto. Los minutos pasaron sin que nadie hablara, hasta que John comprendió que la muchacha no diría nada más.

—Ya está bien por hoy, dejemos que descanse. Por sus respuestas no advierto signos de conmoción cerebral. —Metió la mano de la joven bajo la sábana—. Duerma, señorita, mañana se sentirá mejor.

Shannon vio salir del cuarto a todos. Solo lamentó perder de vista al pelirrojo, pero algo dentro de ella le dijo que estaría más segura lejos de él. Cerró los ojos y dejó que el sueño la envolviera.

Ya fuera de la habitación, el doctor Müller dio órdenes de que controlaran a la paciente, luego se volvió hacia su amigo para pedirle ir a tomar algo, antes de incorporarse de nuevo a trabajar. Ambos entraron a la cafetería y se pidieron el desayuno habitual: café y tostadas. Mientras esperaban a que los sirvieran no hablaron, solo se

miraban. Parecían estar analizando todavía lo que había sucedido en la habitación. Cuando el camarero les puso el desayuno comieron en silencio, hasta que John no pudo aguantar más.

—¿Has visto el terror en sus ojos al hablar de su padre? —Dejó de golpe la taza en la mesa sorprendiendo a su amigo—. Porque en su informe pone que no fue violada, pero estoy casi seguro de que esa mala bestia no se ha conformado con solo golpearla.

—Si no hay pruebas de agresión sexual, no podemos hacer nada, a no ser que ella lo denuncie, y no creo que esté por la labor. Se nota que está aterrorizada con volver a encontrarse con él.

—Lo sé. Solo espero que en unos días tenga la confianza suficiente para que nos cuente todo. —Miró a su amigo sonriente—. Aunque tú te la puedes ganar antes. —Le guiñó un ojo—. ¿Has visto cómo te contemplaba?

—Tal vez le recuerdo a algún familiar, ¿o no te has dado cuenta de que ella también es pelirroja?

—De lo que me he percatado es de que ha enmudecido con tu presencia, y se le han subido los colores.

—No digas tonterías. —Rio con descaro Kylian—. Aunque claro, si te mira a ti y luego a mí, es lógico que se le dispare el corazón, después del susto que le has dado.

—Ja, ja, muy gracioso. Tendré que preguntar a las enfermeras a ver qué piensan ellas.

—Si lo haces eres hombre muerto —le contestó muy serio, pese a que no pudo mantener la compostura y estalló en carcajadas—. Pensarán que les estás tirando la caña, y no te extrañe que piquen, sabes que más de una está deseando pillar a un doctor.

John se removió nervioso mientras terminaba de comer la tostada, aunque fue la mirada de su amigo la que hizo que se le atragantase. Se limpió los labios, y con gesto adusto se despidió hasta la tarde. Era hora de comenzar a revisar sus pacientes, la chica del serbal podía esperar.

Kylian sonrió al ver alejarse a su amigo, aunque fuera un mujeriego, sabía que desde hacía tiempo estaba buscando sentar cabeza, encontrar a alguien con quien formar su propia familia. De ahí que tontease con todas las enfermeras. Él, en cambio, hacía

tiempo que había dejado de buscar. Desde la desilusión con Sara, no tenía ganas de enredarse con nadie, tal vez con el deseo de que ella se retractase y volviese a sus brazos. No perdía la esperanza, aunque cuando esa muchacha lo miró a los ojos, sintió que el mundo giraba a su alrededor y que no existían más que ellos. Una locura si tenía en cuenta, que solo se había fijado en sus ojos. Eso sí, eran los más azules que había visto nunca. Le recordaban la profundidad del océano. Algo en esa mirada lo hizo sumergirse en ella, y por un momento, toda su existencia cobró un nuevo significado.

Capítulo 21

Había conseguido esconder su vida anterior y no parecer una loca. Al principio nada tenía sentido: la habitación extraña, la forma en que iban vestidos, su manera de hablar. En realidad, todo era excéntrico, pues no reconocía nada de lo que la rodeaba. Incluso pensó que la secuestraron las hadas. Por fortuna, decidió callar, descubrir dónde estaba y cómo llegó hasta allí.

Las chicas que la atendían hablaban sin temor delante de ella, así fue descubriendo la realidad en la que estaba. Había viajado al futuro. No sabía cómo ni por qué, pero con toda seguridad eso es lo que le ocurrió.

¿De qué otra manera podría explicar lo inexplicable?

No era solo la luz en el techo que se encendía con un clic en la pared. También estaba el grifo, como ellas lo llamaban, lo único que había que hacer era girar su rueda y el agua fluía libre para lavarse, beber… Era tan limpia y sin olores, que todavía se preguntaba cómo era posible. No se atrevía a indagar más, tan solo observaba todo y escuchaba para ponerse al día y descubrir que no era su época, y que tampoco la secuestraron las hadas. Estaba en un mundo que había dejado atrás la ignorancia y el abuso, donde solo con apretar una placa se hacía luz, al igual que brotaba el agua de un tubo con solo girar una rueda, o podía mirar un cuadrado con personas en su interior y escuchar lo que hablaban como si estuvieran con ella. Televisión la llamaban, y desde que la descubrió se quedaba absorta delante de aquel cuadrado negro que, con solo apretar la marca roja, se encendía. Este descubrimiento fue el que más la enseñó. Así supo el año en que estaba; 2022. Se asustó tanto al saberlo que solo pudo mirar el aparato con ansiedad mientras las imágenes y las voces se metían en su cabeza.

Ella vivía en 1567, y su misión era proteger al hijo de María Estuardo, llevarlo a Francia con los De Guisa y esperar a su reina, para desde allí recuperar el poder que debería tener como soberana de Escocia. Solo esto inquietaba a Shannon, pues sin ella, su primo Iain se había quedado con un niño del cual no sabía nada, y, sin el apoyo del clan, pues él mismo se apartó de los MacLeod de Raasay.

Necesitaba enterarse qué fue del príncipe, qué ocurrió con su reina y, sobre todo, quería descubrir qué sucedió con su clan: sus hermanos, sus amigos, su padre. No, de él no estaba segura si deseaba saber lo que ocurrió; del hombre que la vendió y maltrató cuando no pudo obtener el poder que ambicionaba.

La puerta se abrió. El doctor Müller entró como cada mañana, y después de comprobar los apuntes en la hoja que llevaba, se acercó a ella sonriente. No comprendía por qué verlo cada mañana la alteraba. No encontraba ninguna razón para sonreír, y menos aún, después de descubrir lo que le había sucedido. No dijo nada, pero cada día le costaba más mantener la mentira que hizo creer a enfermeras y médicos. Amnesia, mencionó el doctor que se llamaba esa dolencia. Decía que no recordaba las cosas ni las personas, solo algunos detalles sueltos como su nombre y edad. Nada más allá de eso. Ni siquiera algo tan simple como la ducha, la tecnología, la ciencia… Ella no podía conocer lo que no existía cuando vivía en su época, por eso dejó que el doctor emitiera su informe. De esta forma, consiguió que cada vez que le mostraban algo nuevo, le explicasen para qué servía y cómo utilizarlo.

—Buenos días, Shannon. Dice Laura que esta noche no has dormido bien. —Se acercó a ella y le abrió el ojo, luego lo iluminó con la pequeña linterna—. Necesitas descansar, y si no lo haces con normalidad, debes pedir que te den la pastillita. —Le guiñó un ojo con simpatía.

—No me gusta el efecto de esa pastilla —refunfuñó ella, aunque sonrió al médico.

—Es lo que necesitas, descanso y tranquilidad para que vuelvan tus recuerdos.

Shannon se lo quedó mirando, tenía ganas de decirle que estaba bien, que no podía recordar cosas que no existían en su época.

Consiguió no mencionar nada, pues de ello dependía el que no la tratasen de loca y la encerrasen en un manicomio. Ya había visto en la caja negra que tenían sitios especiales para personas cuya mente no estaba bien. Debía hacerles creer que su desconocimiento era olvido, y no locura.

—Tengo una buena noticia. —Se sentó en la cama con familiaridad y le cogió la mano—. Mañana te daré el alta. Ya sé que no tienes a nadie para que te ayude, o al menos no lo recuerdas. La dirección del hospital ha hallado un albergue donde podrás quedarte hasta que te recuperes. Te apoyarán para encontrar un trabajo y continuar con tu vida mientras vuelven tus recuerdos.

—¿Y si no lo hago? —preguntó asustada.

—Eso nunca se sabe, pero al menos podrás continuar con tu vida, crear nuevos recuerdos y, tal vez con ellos, consigas averiguar quién eres.

—Tengo miedo. —Tragó saliva y se recostó en la almohada cerrando los ojos—. Todo es nuevo y extraño para mí, dado que no tengo a nadie aquí. —Se le escapó un sollozo.

—No sufras por eso, nos tienes a nosotros. Laura, Sara, Emily, Lucas… En fin, todos en esta planta son tus amigos, y yo también, por supuesto. Si necesitas algo o solo quieres charlar, no tienes más que decirlo y estaremos a tu lado.

—La abrazó y consoló mientras la chica controlaba el llanto.

—Perdón. —Kylian se quedó mirando a su amigo con incredulidad —. Te espero fuera.

—No te vayas, entra. —John se levantó de inmediato—. Shannon tiene miedo a salir del hospital, le he dicho que puede contar con todos nosotros.

—¿Le has dado el alta? —Miró a su amigo intrigado.

—Lleva tres semanas ingresada. Sus heridas han sanado, solo tiene el problemita de la amnesia. —Le guiñó un ojo a Shannon que intentaba recomponerse—. He hablado con una asociación y me han conseguido una habitación en un refugio. No es mucho, pero la ayudarán a encontrar trabajo y a retomar su vida.

—¿Estás seguro de esto? —Kylian miró a la muchacha, que limpiaba todavía las lágrimas de sus mejillas—. La dejarás sola en

una ciudad que no conoce, sin familia ni amigos…

—Eso no es cierto, todos en la planta estaremos pendientes de sus adelantos. Que le dé el alta no significa que nos desentendamos de ella —protestó el doctor Müller.

—Sabes que al principio puede ser así, pero con el tiempo se quedará sola.

John se levantó y se acercó a su amigo, lo tomó del brazo y se lo llevó fuera de la habitación. No quería que Shannon se asustara más de lo que ya estaba, y Kylian por momentos, conseguía que regresara el miedo a quedarse sola.

—No hables así delante de ella, sabes que cuando me comprometo a algo lo cumplo. El hospital no puede mantenerla más tiempo aquí. Lo he alargado todo lo que podía y hasta que no le he encontrado un lugar donde quedarse, he conseguido postergar su salida. —Lo miró con seriedad—. No la asustes más de lo que ya está. Necesita confianza para ir allí o se derrumbará.

—Sé lo que dices, pero yo tengo una oferta mejor. —Kylian se rascó detrás de la oreja con impaciencia sin darse cuenta de que su amigo lo miraba asombrado—. Hablaré con Sara para que le alquile la habitación que le sobra, y seguro que también la ayuda a encontrar trabajo. Son casi de la misma edad, estoy convencido de que harán buena amistad.

—Amigo, Sara vive en Inverness y esta chica apareció en Edimburgo, allí le será todo mucho más desconocido. —John negó con la cabeza.

—Al contrario, puede que fuera de su ambiente recuerde algo. Además, no estará sola, Sara la ayudará y yo me quedaré pendiente de ella. Después de todo es una MacLeod, puede que hasta sea familia mía.

—¿A qué viene este repentino interés? Lleva tres semanas en el hospital, y salvo cuando la conociste, nunca has vuelto a verla.

—No es repentino, solo le he dado tiempo para que se recuperara, pero Laura me ha estado informando de sus progresos. —Volvió a rascarse detrás de la oreja—. La verdad es que no me atrevía a visitarla por una tontería.

—Desembucha. —John levantó una ceja en espera de respuesta.

—Es extraño, pero cuando estoy cerca de ella, algo en mi interior se remueve y siento la necesidad de estar a su lado. —Se rascó con más ansiedad detrás de la oreja—. No le veo sentido alguno y no sé ni cómo explicarlo, pero solo por eso me he mantenido apartado de ella. Necesitaba aclararme las ideas. Ya no tengo más tiempo y no quiero perderla de vista hasta que averigüe lo que me pasa.

—¿Te has enamorado? —Lo miró divertido—. Si solo la viste en dos ocasiones, y después …

—No es eso. —Apretó los dientes—. No sé explicarlo, pero puedo asegurarte de que, algo me dice que debo estar cerca de ella.

—¿Y lo único que se te ocurre es llevarla con tu ex? —Soltó una carcajada—. Tío, lo tuyo es increíble.

—Sara es mi amiga, nos ayudará, y no es nada de lo que piensas, viejo retorcido. —Le dio un empujón y se giró—. Lo hablaré con Shannon y que decida.

Cuando entraron ambos en la habitación, la muchacha consiguió calmar sus nervios, incluso se había acercado a la puerta para escuchar lo que discutían. Lo poco que tuvo ocasión de oír le dio esperanza y sintió que no todo estaba perdido, el hombre que tiraba de sus entrañas quería ayudarla y eso era algo que no se imaginó.

—Shannon, no sé si recuerdas a mi amigo, el doctor Kylian MacLeod. —Lo señaló con el dedo—. Él no trabaja aquí y debe reincorporarse a su plaza en el hospital de Inverness. Me ha hecho una propuesta para ti, y creo que debes ser tú quien decida. —Se volvió hacia Kylian—. Díselo tú.

—Hola, Shannon. Sé que no nos conocemos, pero ante tu situación he pensado en algo para ayudarte. —Se rascó con ansias detrás de la oreja—. Tengo una amiga que alquila una habitación, es más o menos de tu edad, y seguro que puede ayudarte a encontrar trabajo. —Miró con dudas a la muchacha —. Allí estarás con amigos también. Yo soy MacLeod como tú y te ayudaré en lo que pueda.

Shannon miró a ambos hombres con dudas. El doctor Müller se había portado muy bien con ella, pero tenía que reconocer que desde que vio al MacLeod, sentía que debería estar con él. No solo

porque le recordaba a su reina, también había algo más en sus entrañas. No sabía por qué, pero la oferta del joven doctor la llenó de esperanzas y, mientras descubría por qué había llegado a esa época, podía conocer mejor al hombre que la conmovía como nunca nadie lo hizo.

—De acuerdo doctor MacLeod, me iré con usted. Tal vez tenga razón, y su clan sea el mismo que el mío. —Bajó la mirada a las sábanas—. Solo espero no estorbar en su vida.

—Para nada, muchacha. —Kylian sonrió agradecido y miró a su amigo levantando una ceja—. Lo tendré todo preparado para mañana a primera hora, estoy seguro de que mi camarada se dará prisa con el informe de alta.

—¡No tan deprisa! —John miró sonriente a su compañero—. Tenemos que buscarle ropa, a no ser que quieras llevarla a una feria medieval.

—¡Lo olvidé! —Abrió los ojos como un búho—. Estoy seguro de que alguna de las enfermeras podrá ayudarme. No te importa que te preparemos algo de ropa, ¿verdad? Después podrás comprarte más cosas. De momento, con unos vaqueros y unas camisetas creo que tendrás suficiente para estos días.

—No tengo dinero —dijo en voz baja, avergonzada, la muchacha.

—No te preocupes, ya me lo devolverás cuando estés trabajando. —Le guiñó un ojo y salió sonriente de la habitación despidiéndose con la mano.

En el mostrador de enfermería se encontró con Laura y Sara, se acercó a ellas y les contó lo sucedido con la paciente amnésica. Como ella mantenía que era una MacLeod no tenía más remedio que ayudarla a encontrar a sus parientes o, por lo menos, a rehacer su vida fuera del hospital. Se acercó a las enfermeras y les pidió el favor de que le compraran algo de ropa, la justa y necesaria para salir de la cínica hasta que encauzara su vida. Debía tenerla en su habitación a primera hora de la mañana para abandonar el hospital. Ellas aceptaron de inmediato y se miraron con una sonrisa pícara.

Eran casi las nueve de la noche cuando entraron las dos enfermeras de paisano, venían cargadas de bolsas y reían con

camaradería. Llamaron a la puerta de la habitación, sin embargo, accedieron al interior sin esperar respuesta.

—Buenas noches, Shannon, te traemos lo que nos pidió el doctor MacLeod. Confiamos no habernos equivocado de talla y esperamos que te guste. Aunque tampoco pasa nada si no es así, el pelirrojo nos ha dicho, que cuando estés instalada, te comprarás lo que necesites. —Laura rio con alegría mientras dejaba las bolsas en el suelo y comenzaba a sacar las cosas.

—Él nos dijo que un par de vaqueros y camisetas, pero como nos dio dinero para mucho más, hemos añadido algunas cosas a lo que nos encargó, pues pensamos que te quedarían muy bien. Ya sabes, hay prendas que están hechas para vestirlas en cuanto las ves, y ya nada te vale.

Sacaron varias camisetas de distintos modelos: tirantes, manga corta y larga, dos vaqueros y algunos pantalones de pitillo, dos vestidos muy veraniegos y un par de pijamas. Le enseñaron la ropa interior, y Shannon sintió enrojecer al ver las delicadas prendas, aunque no sabía de qué le servirían. Había algunas que eran solo un triángulo con una tira por detrás unida a la horizontal, varios sujetadores compañeros y un neceser que abrieron golosas.

—Hemos puesto no solo un cepillo para el pelo, también más cosas, pues nadie pensó en el desodorante y el perfume. —Le mostró un pequeño bote y se lo abrió, dejando en el ambiente un aroma floral que enriquecía los sentidos y evocaba al campo en primavera.

—Pero esto es demasiado. —Shannon se acercó el preciado bote al pecho y las miró.

—¡*Och*! No te preocupes por eso, ni siquiera llegamos a gastarnos lo que nos dio el doctor. Más bien aprovecha, que no todos los días puedes comprar con el dinero de otro. —Se carcajeó Sara.

—Decidme cuánto ha costado esto, lo apuntaré para devolvérselo cuando consiga un trabajo.

Las dos mujeres se echaron a reír y negaron con la cabeza, pensando si de verdad la muchacha era tan inocente como parecía,

pero no serían ellas quienes la desengañarían. Cuando un hombre suelta tanto dinero a alguien, que ni conoce ni es familia, siempre tiene motivos ocultos. Aun así, no serían ellas quienes se lo dirían.

Laura, con un poco de rencor por no ser ella la destinataria de las atenciones del joven doctor, esperaba que la chica sufriera cuando la dejaran varada sin nada. Después de todo, le había quitado a uno de los hombres en los que puso sus expectativas. Pero eso solo el tiempo lo diría y, aunque no lo pareciera, esperaba con ansias saber cómo terminaría aquella historia.

Capítulo 22

Sintió tal tirón en las entrañas que se le cortó el aliento, era la primera vez que le sucedía algo así y tuvo miedo. Sin embargo, se recompuso para ponerse en pie y, con dificultad, dio los pocos pasos que la separaban de la puerta. El dolor se acrecentó. Se le escapó un grito agónico que llamó la atención de la recepcionista, que al verla en esas condiciones se levantó de inmediato de su puesto y acudió a su lado para socorrerla.

—¿Qué le ocurre, señora MacLeod? —dijo la chica sujetando a su jefa, que estaba a punto de caer.

—No lo sé. —Sintió su frente perlada de sudor, el temblor de su cuerpo no le permitía apenas moverse.

—Voy a llamar a Emergencias, no está en condiciones de ir a ningún sitio.

La apoyó en la pared y corrió al mostrador donde cogió su móvil, le temblaban las manos de miedo, pero consiguió poner el teclado y marcar el 112. Solo dio un tono de llamada antes de que contestaran.

—Emergencias.

—Hola, mi jefa está muy mal, apenas puede caminar y le cuesta respirar.

—Sí, un momento, ¿desde dónde llama?

—Investigaciones MacLeod, en Canongate, 15, 1ª planta.

—No se preocupe, mientras hablamos ya se ha puesto en marcha la ambulancia. ¿Cómo se llama?

—Erin. —Durante la conversación por teléfono se acercó a la mujer y volvió a cogerla por la cintura.

—¿Quién es el enfermo?

—Mi jefa, la señora MacLeod. Ha salido del despacho con pasos muy lentos y encorvada, después ha pegado un grito y, si no la llego a sujetar, se hubiera caído al suelo.

—¿Está en plenas facultades la señora MacLeod?

—Sí, pongo el altavoz. —Cuando lo hizo sintió que se quitaba un peso de encima.

—Señora MacLeod, ¿puede hablar?, ¿qué le ocurre?

—Si… —Su voz salió apenas siendo un susurro, por lo que volvió a responder con voz más segura—. Sentí un dolor tan fuerte, que me cortó la respiración. Cuando se me pasó un poco salí del despacho en busca de ayuda, pero el dolor volvió con más fuerza y me cuesta respirar.

—¿Dónde le duele?

—No sabría decirle con exactitud. Siento como cada partícula de mi cuerpo se descompone, como si me apretasen las entrañas y tirasen de ellas. —Se le escapó un grito cuando volvió a sentir el mismo dolor.

—Tranquilícese, la ambulancia está al llegar. ¿Del uno al diez cuánto le duele?

—Doce —dijo sin apenas voz.

—Bien, respire hondo y relájese. Tiene a Erin junto a usted y yo también la ayudaré mientras llegan mis compañeros.

El timbre del portero sacudió el silencio tenso de la habitación. La recepcionista del despacho dejó a su jefa apoyada en la pared y corrió a abrir la puerta de abajo, después volvió junto a ella, ya que sabía que la entrada a la oficina estaba abierta. Enseguida entraron tres hombres vestidos con el uniforme azul de emergencias, la hicieron sentarse en uno de los sillones de recepción y comenzaron a hacerle preguntas, mientras uno de ellos le conectaba el pulsómetro y otro empezaba a explorar sus signos vitales. La interpelaban y su jefa contestaba con bastante lucidez, algo que tranquilizó a Erin. Aunque la palidez de su cara y el gesto de dolor, la inquietaba.

—Sube la camilla, tenemos que llevarla al hospital —dijo uno de los sanitarios mientras el otro retiraba los aparatos de la mujer.

En unos minutos tenían la camilla en el despacho y subieron a su jefa. Erin no quería dejarla sola, así que se acercó a ella y tomó su mano con cariño.

—Voy a cerrar el despacho y me voy contigo al hospital, ¿te parece bien?

—Sí. —Aceptó el apretón de la muchacha—. Muchas gracias, Erin.

El equipo de emergencias bajó a la paciente con cuidado por las escaleras y la montaron en la ambulancia. Estuvieron media hora en el despacho, tiempo suficiente para que alrededor del vehículo de emergencias se hubieran congregado gran cantidad de personas curioseando lo que sucedía. Erin se sentó en los asientos delanteros entre el conductor y uno de los técnicos cuando escuchó que, desde atrás, golpeaban el panel de cristal a su espalda, entonces el vehículo se puso en marcha con las luces y la sirena atronando sus oídos.

Al llegar al hospital los estaban esperando. Bajaron la camilla, entraron con rapidez al servicio de Urgencias, y Erin los seguía asustada por tal despliegue de medios. Se acercaron más enfermeras y médicos que rodearon la camilla mientras la llevaban por los pasillos hasta una sala separada por cristaleras. Una de las auxiliares se giró hacia Erin, y le pidió que la acompañase al mostrador para dar los datos de la paciente. Así lo hizo.

Mientras la volvían a conectar a varias máquinas, Moira MacLeod comenzaba a recuperar la calma. El dolor parecía remitir y su cuerpo solo tenía esa sensación de que lo habían apaleado, aun cuando no recibió golpe alguno. Escuchaba a los sanitarios acceder al box y comentar entre ellos mientras le ponían la vía. En cuanto el suero empezó a entrar en su corriente sanguínea comenzó a tranquilizarse. Aunque no perdía la conexión con lo que ocurría a su alrededor sintió su cuerpo relajarse, e incluso el alivio de la desaparición del dolor. Entraron dos enfermeras a controlar las mediciones de los aparatos y sus voces la sacaron del letargo.

—Yo no me lo puedo creer, aquí hay algo escondido.

—Pues a mí me encanta la caballerosidad del doctor MacLeod con esa chica, ni siquiera Müller tuvo esa deferencia con ella. —La

enfermera tenía una voz tan dulce como sus palabras.

—Mary, MacLeod se ha llevado a la chica del serbal, una niña que no tiene familia conocida. Ni la policía pudo localizar a sus parientes.

—Susan, no seas mal pensada. Con toda seguridad son del mismo clan. La chica solo recordaba su nombre, y es una MacLeod, por eso el doctor quiere ayudarla. Lo conocí en planta, y puedo asegurarte de que no tiene motivos ocultos para llevarse a la chica del serbal.

—Pues a mí no me huele bien ese asunto ¿si hasta le dio un fajo de billetes a Laura y Sara para que le comprasen ropa! Nadie hace nada tan altruista, a menos que quiera recibir algo a cambio.

—Solo el tiempo lo dirá. —Se acercó a la cama y vio a la paciente mirarlas con asombro—. Vaya, ¿está despierta! ¿Le duele algo? ¿Quiere que avisemos al doctor?

—No, estoy bien. —Moira miró a ambas enfermeras mientras lo que había escuchado tomaba forma en su cabeza—. Si no es una indiscreción, ¿de qué hablaban? —Quiso saber.

—Son solo cotilleos del hospital. —Intentó quitarle importancia, Mary.

—Es sobre la chica del serbal. Seguro que leyó algo en los periódicos. —Susan le guiñó un ojo a la paciente.

—No recuerdo nada de ese tema. He estado un tiempo fuera, cuando se celebra el festival, suelo escapar de la ciudad. —Moira miraba a ambas esperando las respuestas.

—Pues fue muy comentado en los medios de comunicación. Sobre todo, para hallar algún familiar de la chica. —Miró a Moira y asintió con la cabeza—. En las afueras de Edimburgo, un senderista encontró a una muchacha desmayada bajo un serbal y la trajeron a este hospital. Yo trabajaba cuando la ingresaron. la pobre estaba tan golpeada que parecía un monstruo. El doctor Müller comenzó a preguntarle sus datos y lo que le ocurrió, pero la chica no pudo dar más que su nombre, Shannon MacLeod.

—Ha estado tres semanas ingresada —Mary se metió a contar la historia también—, solo porque el doctor Müller se negaba a darle el alta hasta conseguirle un lugar donde vivir. Pero el doctor MacLeod, que estaba aquí haciendo un curso de especialidad, le ofreció casa y

trabajo hasta que recupere la memoria. Después de todo, tal vez sean del mismo clan. —Soltó una risita.

—Sí, claro, y también puede que quiera quitarle la chica al doctor Müller. Es una belleza, ya quisiera yo tener ese pelo y esos ojos, por no hablar de la piel tan pálida como la leche. —Susan rodó los ojos hasta ponerlos en blanco, luego se carcajeó—. El caso es que la chica del serbal se ha llevado a uno de los médicos más guapos que ha pasado por aquí, y encima ha dejado tocado al otro espécimen masculino más deseado.

—Un caso interesante. —Moira sintió que algo en la historia la hizo ponerse en tensión.

—Bueno, ya no podemos hacer nada, esta mañana salieron de viaje y no creo que vuelva por aquí. Si queremos saber algo, tendremos que preguntar al doctor Müller.

Las dos enfermeras salieron del box dejando a Moira pensativa, el dolor en sus entrañas se había convertido en solo un recuerdo, y el nombre de la chica del serbal daba vueltas en su cabeza. Sabía que se le escapaba algo y aunque parecía una locura, en su interior sentía que su dolor tenía que ver con la historia de la chica.

Un nuevo tirón en sus entrañas la hizo estremecerse. Sintió que debía salir de allí, al darse cuenta de que lo que le ocurría no era nada físico, que era parte de su legado, y que necesitaba ir a casa para comprobarlo, así que se arrancó la vía y los electrodos que la unían a las máquinas. Al pitar las alarmas entraron varias enfermeras que intentaron que regresara a la cama, pero ella se negó. Vio la bolsa con sus zapatos y cartera en un sillón, y se calzó sin prestar atención a las recriminaciones del personal de enfermería. En ese momento entró un médico y se acercó a ella con autoridad.

—Señorita MacLeod, no puede marcharse, todavía no hemos descubierto el origen de su dolor.

—Lo siento, doctor, pero ha desaparecido y tengo muchas cosas que hacer. No puedo quedarme aquí acostada. —Moira intentó pasar por delante del médico, pero este la sujetó del codo.

—No debe marcharse sin que averigüemos lo que le sucede.

—Sí que puedo, por eso pido el alta voluntaria.

—Está bien, usted gana. Pero le advierto que lo ocurrido hoy tal vez se repita, y cuando descubramos el origen de su dolor, lo mismo es demasiado tarde.

—No me asusta, doctor, pero si eso es así, tendré que asumir la responsabilidad de mis acciones.

Moira escapó del box seguida por varias enfermeras que intentaban convencerla de volver al interior. Cuando llegó a la sala de espera miró a Erin, que se levantó de inmediato al verla entrar. Las enfermeras se acercaron ansiosas hasta la muchacha y le contaron lo que había sucedido, pero Moira dijo que no volvería, y las dejó plantadas. Cogió a la muchacha del codo y salieron para tomar un taxi.

—Deberías hacerles caso y volver al hospital, no tienes buena cara. —Erin cogió la mano de Moira entre las suyas.

—No te preocupes, si me siento mal regresaré a que me hagan más pruebas, pero creo que ya sé lo que ha ocurrido.

—¿Acaso eres médico? —La miró enfadada—. Hace tres años que nos conocemos y siempre has sido una jefa sensata, pero esto, no sé ni por dónde cogerlo.

—Lo sé, Erin, aunque ahora mismo lo que necesito es volver a casa a comprobar algunas cosas, después te explicaré.

—No quiero dejarte sola, así que me iré contigo y dormiré en el sofá. Estaré más tranquila si estás controlada.

—Como desees, ya te digo yo que no lo necesito. —Miró a la muchacha con ternura—. Gracias por preocuparte por mí.

—Ja, no es solo por ti, también tengo que cuidar mi puesto de trabajo. —Le guiñó un ojo y soltó una carcajada contagiosa.

—Está bien, pues tu vela por tu ocupación y yo haré lo mismo con mi cuerpo.

Ambas se rieron y abrazaron con complicidad. El taxi las dejó en la oficina, pero en vez de quedarse en la primera planta subieron hasta la segunda donde tenía Moira su apartamento. Era pequeño y coqueto. Erin ya había estado allí en varias ocasiones, pero hoy se quedaría. Sintió remordimientos por obligar a su jefa a aceptar su compañía, peses a que luego recordó lo sucedido esa misma mañana y se reforzó su intención. No podía dejarla sola, no hasta

que no descubriesen lo que tenía, y mientras no aceptase volver al hospital, ella tendría que velar por que nada malo le sucediera a su jefa.

Moira se acercó a la cocina americana y vio que la muchacha estaba dando un repaso al salón, organizando cojines y poniendo orden en la sala. Se preguntó cuando aparecería su mascota y no tuvo que esperar mucho, el grito de Erin la hizo soltar una carcajada.

—¡Eres un maldito engendro del demonio! —chilló con enfado la muchacha.

—¡*Och*! Eres demasiado impresionable, Erin. —Moira se acercó al animal y lo cogió entre sus brazos—. Sabes que solo lo hace para interactuar contigo. —Volvió a carcajearse.

—Ese gato es un demonio, te lo dije desde el primer día que lo acogiste en casa.

—¿Gordon? ¡Pero si es un amor! Tú le cogiste ojeriza la primera vez que lo viste, además de ser poco amiga de los animales.

—Me gustan los bichos, pero no en casa. Y ese gato no es normal, el día menos pensado te traerá una *banshee. E*sos ojos le permiten caminar entre los dos mundos y eso no es bueno.

—No digas tonterías. Tiene un ojo de cada color y ya está, eso no significa nada.

Dejó al animal en el suelo y vio cómo se dirigía con paso lento hacia la cocina, mientras su enorme barriga bamboleante atraía la mirada de las mujeres. El felino giró un momento la cabeza. Por un instante pareció que sonreía, sus ojos uno verde y otro azul miraron más allá de las mujeres, y un escalofrío recorrió a Erin que, sin poder evitarlo, observó sobre su hombro para comprobar que no había nada detrás suyo.

—Gordon, espero que cuando un ser del otro mundo entre en esta casa, sepas echarlo con esa mirada.

—No digas tonterías.

Moira entró a la cocina y abrió una lata de comida para gatos, el animal se puso de inmediato a lamer mientras su ama sonreía. Llevaba tres años con el minino en casa y cada día se alegraba más de haberlo acogido. Un día se coló por la ventana abierta a dormir por la noche y cuando ella lo descubrió no fue capaz de echarlo. A

partir de entonces, lo vacunó, alimentó y cuidó como si lo hubiese criado, a pesar de que el animal tendría ya unos ocho años cuando llegó hasta ella. Al menos eso es lo que le dijo el veterinario, quien además la avisó de que el gato estaba castrado, aunque al no tener chip de identificación no pudieron encontrar al dueño. De esta forma, ella lo bautizó como Gordon, porque le recordaba a un amigo. No solo por su tranquilidad moviéndose, sino por su enorme barriga.

Entró a su dormitorio y se cambió de ropa. Mientras Erin seguía protestando por la inquina del animal con ella, Moira le hablaba con calma intentando que apreciara a su mascota, pues sabía que iba a necesitar de la ayuda de la muchacha. En el armario empotrado apartó la ropa, y dejó a la vista la pequeña caja fuerte. Marcó la secuencia numérica y cuando la luz parpadeó poniéndose azul, pudo abrirla. Sacó con cuidado la caja metálica del fondo, estaba un poco oxidada y tenía varias abolladuras, afeando aún más su aspecto, pero sabía que no era eso lo importante.

Depositó la caja en la cama y la abrió con cuidado, en su interior un paño envolvía la más preciada herencia familiar. Lo había leído muchas veces, casi hasta aprendérselo de memoria. Aun así, necesitaba leerlo de nuevo. Desenvolvió el lienzo y se quedó solo con el pergamino aceitado. Un ancestro suyo, Bran MacLeod, dejó este pliego como herencia al mayor de sus hijos, y desde entonces, había ido pasando de generación en generación. Siempre al descendiente mayor, tal y como se estipulaba. Deslió con cuidado el pergamino y repasó a conciencia el legado de su antepasado. Siempre le pareció críptico y fantasioso, pero después de lo que había ocurrido hoy, supo que la solución estaba en el pergamino.

«Yo, Bran MacLeod en el año 1567, fui solicitado por la reina María Estuardo para una misión y, sin consultarme si aceptaba, me hicieron beber una poción que liga mi vida a la del heredero de la reina y su guardiana. Jacobo VI fue cambiado por otro infante cuando solo tenía un mes. Shannon MacLeod debía llevarlo a la corte francesa donde los De Guisa, lo protegerían hasta la arribada de su madre. Más algo falló, pues Shannon desapareció, y con ella el heredero de la corona escocesa.

He recorrido las Highlands en busca del sucesor de los Estuardo y no he hallado rastro alguno del niño. Dado que mi promesa fue de sangre, mis descendientes deberán continuar la búsqueda, para ello dejo escrito lo que la bruja Bessie Dunlop le dijo a Mary Seton al darme la poción: "Solo cuando el heredero y la guardiana se encuentren, se pondrá en marcha el hechizo. Entonces tus entrañas se retorcerán y el dolor te hará gritar hasta que te acerques a ellos y cumplas tu palabra de protección". Si a día de mi muerte no he podido solucionarlo, deberá terminar mi heredero. Solo el hijo mayor será necesario, y si él no lo lograse, este legado pasará a su hijo, y así sucesivamente hasta que mi sangre pueda cumplir la promesa que hice. Está en juego no solo mi descanso en la eternidad, sino el de todo mi linaje».

Hasta que no sintió el dolor y escuchó la historia de la chica del serbal, Moira no dio importancia al pergamino. Hoy había descubierto que el legado de Bran MacLeod era real, y a ella le llegó la señal que la obligaba a cumplir la promesa de sangre.

Enrolló de nuevo el pergamino y lo guardó con cuidado en el paño para meterlo en la caja, vio el pequeño frasco en el interior y comprendió que era la prueba de la bruja. Lo miró al trasluz y solo unas gotas de color parduzco se movieron en su interior. Nunca había creído que lo que decía ese pergamino fuera cierto. Siempre pensó que era una curiosidad familiar, que de ser necesario podría vender al Hermitage de los MacLeod. Después de hoy tenía claro, que lo imposible había pasado a ser probable, y ella debía seguir las pistas para encontrar al heredero y la guardiana.

Cogió uno de sus pijamas y con él en la mano salió al salón. Erin estaba en la cocina regañando al gato como si de un niño se tratara, se acercó a ella y le tendió la ropa.

—Toma, ya que vas a quedarte a vigilarme, ponte cómoda.

—Gracias, Moira. No tenías que molestarte, dormiré con la camiseta. —Le sonrió agradecida.

—No es molestia. Pero claro, también puedes irte a tu casa y descansar tranquila.

—No podría hacer eso, pues con seguridad estaría llamándote cada media hora. Eso sería peor para ambas. —Le guiñó un ojo a su

jefa con simpatía.

—Está bien, todo sea por tu tranquilidad y mi descanso —dijo resignada.

—Estoy preparando una ensalada, algo ligero para que no tengamos pesadillas.

—¿Por qué habríamos de tenerlas? —preguntó intrigada.

—Porque Gordon seguro que ha llamado a los espíritus para que nos visiten.

—Ja, ja, ja. Eres una cabezota, pero si eso te da paz, no seré yo quien te la niegue.

Moira cogió su portátil y comenzó a buscar información de la chica del serbal, supo en qué hospital estuvo y que hoy le dieron el alta. También sabía que el doctor MacLeod se la llevó para darle casa y trabajo. Era mucha coincidencia, al final todo se reducía a lo mismo, dos MacLeods juntos cuando ella sintió el dolor de sus entrañas. Eso quería decir algo, y como detective no creía en las casualidades. Buscó en internet todo lo concerniente a la chica del serbal, el doctor Müller y el doctor MacLeod, lo que leyó corroboraba la versión de las enfermeras. Hizo una carpeta para guardar la información de la chica, luego hizo lo mismo con el doctor Müller, pero con el doctor MacLeod tuvo problemas, pues había varios con ese nombre, y como no sabía el hospital donde ejercía, tendría que investigar más minuciosamente al día siguiente.

—No deberías trabajar. —Erin le tendió un vaso de agua y una pastilla—. Es la hora del calmante.

—No lo necesito, mejor la tomaré cuando me apriete el dolor. —Miró a la muchacha con agradecimiento y continuó guardando información en la carpeta.

—Vamos, jefa, son las nueve de la noche, hay que cenar y descansar. Si quieres busco una película y la vemos juntas.

—Gracias, Erin, tomaré la comida contigo, pero me acostaré temprano, mañana tengo que ir al hospital.

—Te duele otra vez, ¿por qué no coges el calmante? —Negó con la cabeza—. Eres una cabezota.

—No es eso, debo ir a la clínica por una investigación, y ya está.

Comieron en silencio, y cuando Moira fue a retirar su plato, Erin no se lo permitió. Recogió sola la mesa y le dijo que se acostara, tal y como había dicho que haría. La detective no pudo más que seguir las órdenes de su asistente. Se levantó de la mesa y se abrazó a la muchacha en un gesto impulsivo.

—Muchas gracias, Erin, recuérdame que te suba el sueldo.

Le dio un beso en la mejilla y cogió al gato que merodeaba entre sus piernas, se metió en el cuarto y acomodó al felino a los pies de la cama mientras ella se acostaba. Su mente volvía una y otra vez a la historia que le contaron las enfermeras. Leía el pergamino, y estaba segura de que el dolor había sido provocado por la cercanía del heredero y la guardiana. Aunque pareciera una locura, el hechizo de una bruja perduró en el tiempo para desentrañar una trama rocambolesca. Algo que, de ser cierto, pondría en jaque lo conocido hasta ahora de María Estuardo.

Capítulo 23

Londres, agosto 2022

James Stuart miró de nuevo el reloj de bolsillo y chasqueó la lengua, sus compañeros de logia nunca aprenderían lo que era la puntualidad. Levantó la vista al que daba las horas en la pared de la estancia y comprobó que marcaba lo mismo que el suyo. Los pasos acelerados en la moqueta del pasillo anunciaron la entrada de sus compañeros, venían riendo y aunque se notaba que habían corrido, nada en ellos aventuraba que estuviesen apremiados por el tiempo.

—Llegáis tarde —dijo James con voz profunda.

—Solo dos minutos —contestó Callum Campbell riendo—. No te preocupes, Stuart no te pasaremos las horas extras.

Comenzaron a reír los tres mientras se sentaban cada uno en los sillones situados alrededor de una mesa redonda, y no porque quisieran emular a la de los caballeros de Arturo, más bien era una forma adecuada de mirarse todos a la cara sin tener que girarse. Así había sido desde tiempos inmemoriales, y seguiría siendo, pues una de las reglas inamovibles de la logia era la imposibilidad de trasladar la sede a cualquier otra ubicación. Así se estableció en su momento, y ellos solo heredaron el puesto.

—Y bien, ¿a qué se debe esta reunión? —Bruce Douglas se retrepó en su sillón mientras esperaba el informe. —. Han encontrado muerto uno de los cuervos de la Torre.

—¿Y? No es la primera vez que ocurre. A pesar de ser cuidados y su longevidad, tarde o temprano mueren —dijo Robert Maitland.

—Esta vez es diferente, el ejemplar encontrado es Bossley, de solo cinco años.

—¡Un momento! ¿Nos has hecho venir con prisas porque ha muerto un maldito cuervo de la Torre? —gruñó Robert enfadado.

—No es eso. —Stuart se puso en pie—. Era un ejemplar joven sin signos de envenenamiento, solo murió y, de repente, el resto han empezado a desaparecer. De la veintena que siempre mantienen, apenas quedan diez.

—¿No se habrán ido como Grog? Te recuerdo que en 1981 cambió la Torre por los peldaños de un *pub.* —Se carcajeó Collum.

—No sé si os habéis dado cuenta de que desde hace un tiempo están pasando cosas extrañas —matizó Stuart.

—Suéltalo ya de una vez, odio cuando te pones en plan «drama Queen». —Bruce se incorporó un poco y lo miró a los ojos—. Por más que queramos controlar esos malditos pájaros, siempre están en movimiento y no debemos hacer de eso una enormidad, como cuando secuestraron al cuervo Mabel.

—Algo tendríamos que interesarnos, dado que el pobre bicho no se encontró. A saber, qué fechorías le hizo el desalmado que lo secuestró. —Robert no pudo contenerse y comenzó a reír.

—Ya está bien de bromas, todos conocéis la profecía de los cuervos en la Torre de Londres. No entiendo por qué no os lo tomáis en serio. —Stuart ofuscado comenzó a pasearse alrededor de la mesa.

—No es que no le demos importancia, es que siempre habrá más cuervos que lo sustituyan. Te recuerdo que tienen un criadero para evitar la alarma. —Collum les guiñó un ojo a sus compañeros.

—Si me dejáis exponer el tema, os daréis cuenta como yo, de que está ocurriendo algo extraño. Puede que para cuando reaccionemos sea demasiado tarde.

—De acuerdo, siéntate y danos la información sobre tus averiguaciones. —Bruce señaló el sillón.

—Hace tres semanas, un senderista encontró a una chica desmayada en un camino a las afueras de Edimburgo. Por si no habéis escuchado nada, os diré que la llamaron la chica del serbal. Justo cuando le dieron el alta en el hospital Charmers de Edimburgo,

comenzaron a caer enfermos varios cuervos de la Torre. Eso me llamó la atención y comencé mis averiguaciones. —Miró a todos los presentes—. La chica dijo llamarse Shannon MacLeod y no recordaba nada más. Lo más extraño es que iba vestida con ropas antiguas, más concretamente de estilo isabelino. —Volvió a mirarlos —. Por si lo habéis olvidado, entre las normas de la fundación de la logia en 1568, tenemos una muy específica. —Deslió un pergamino y comenzó a leer:

«Deben estar atentos a la aparición de Shannon MacLeod, pues cuando ella se muestre ante vosotros, no muy lejos, y aparecerá con seguridad el heredero de María. Si esto sucediera, todos los miembros de la logia deben actuar con rapidez para la eliminación de la guardiana y si se ha producido el encuentro, acabar también con la sangre Estuardo».

—¡Es el mismo nombre! —Collum Campbell no pudo evitar sorprenderse y el resto de los hombres de la logia se quedaron petrificados.

—Exacto. ¿Qué probabilidades hay de que aparezca una chica con el mismo nombre y a la vez comiencen a tener problemas de salud los cuervos de la Torre? —Los miró muy serio—. Yo os lo diré. No es casualidad. La guardiana ha aparecido y si se ha puesto en marcha su unión con el heredero, la corona inglesa caerá, y con ella toda Inglaterra.

—Un momento, tampoco seamos alarmistas. Lo de los cuervos no tiene nada que ver con el heredero. Te recuerdo que fue Carlos II en 1675 quien promulgó la ley de protección, y a raíz de eso, surgió la leyenda de los cuervos y de la corona inglesa. —Robert se puso en pie—. El Estuardo nació en 1567, y nuestra logia un año después cuando James Stuart, siendo regente del príncipe, necesitó proteger la sangre real, destinada a reinar, no solo Escocia, también Inglaterra cuando más tarde sucedió a Isabel I.

—Da igual qué sucedió antes. Cuando mi antepasado creó esta logia, fue con el fin de preservar al príncipe. Por esta razón, unió a los más leales para que continuásemos su legado. —Stuart los miró fijamente con seriedad—. Puede que no sea nada, pero llevamos

siglos preparándonos para atrapar al heredero, y ahora que podría ser él, debemos cerciorarnos.

Los cuatro hombres se miraron, sabiendo que las palabras del maestre eran algo más que premonitoras, dejaban bien claro que el mecanismo por el cual se creó la logia se había puesto en marcha, aun así, el hecho de tener que cumplir una norma de la logia creada en 1568 que había quedado obsoleta. Robert miró a Collum y apretó la mandíbula, en sus ojos podía leer sus dudas, pero el muy cobarde no se atrevía a decir nada. Los otros dos callaban y ocultaban la mirada. No podía poner en peligro a su familia y su legado, solo porque apareció una chica con el mismo nombre que la guardiana, y los cuervos de la Torre empezaron a desaparecer. Tomó la decisión y se puso en pie.

—Esto es una locura. No tenemos impunidad para hacer nada en contra de una chica, que puede que sea inocente, y solo tenga la desgracia de usar el mismo nombre que la que buscamos desde siglos atrás. —Robert golpeó la mesa con fuerza—. Debemos meditar muy bien lo que vamos a hacer.

—Robert, sabes que nuestra logia ha ido creciendo y lanzando sus brazos a los estamentos de poder que se marcaron en su normativa. No tienes por qué preocuparte. —Stuart levantó las manos para pedir silencio—. He estado toda la noche preparando el informe, y ya he avisado a nuestro hermano en la policía de Edimburgo para que vigile a la chica. Por eso os he convocado. Mientras nos llega la documentación debemos preparar la maleta e ir a Edimburgo, ya que solo cuando la tengamos delante podremos decidir nuestro plan de acción.

—No podemos irnos de un día para otro, Debo avisar a mi esposa y dejar el trabajo en manos de mi asistente para que mi empresa siga funcionando. —Collum hizo una negativa con la cabeza.

—No es una opción negarse, y lo sabes. —Stuart lo miró frunciendo el ceño—. Desde que aceptamos las normas de la logia, está en nosotros obedecer. No soy el gran maestre por nada, así que iremos a Edimburgo mañana. Tenéis veinticuatro horas para poner en orden vuestra casa y, por supuesto, no tengo que recordaros la necesidad de ser discretos.

—Como si pudiéramos ir pregonando que vamos a liquidar a una muchacha por el simple hecho de llamarse Shannon MacLeod —bufó Robert.

James Stuart se quedó sentado viendo salir a sus tres compañeros. La suya era una misión ridícula, al menos así lo habían creído desde que heredó el título y el cargo en la logia. Tras descubrir la aparición de la chica, en su mente fue formándose la idea de conjura. Tenía claro que debía haber algo más que los guiara en esta situación, pero en la logia estaba seguro de que no encontraría nada. Decidió buscar más información antes de emprender el viaje. Después de todo, no tenía todavía familia y vivía de las rentas que le proporcionaban sus muchas posesiones. No solo por alquilar edificios, sino que poseía varios palacios adheridos al sistema del Hermitage. Sacó su teléfono móvil y llamó a su mayordomo para que le preparase una maleta. Se levantó despacio y salió del despacho cerrando con llave. Ningún miembro de la logia podía entrar sin ser llamado, de ahí que la guardara en su pantalón, y sin remordimientos, abandonó el local despidiéndose del servicio. Cuando llegó a las escaleras de entrada de su casa, en Saint James, no necesitó llamar, un lacayo abrió con rapidez la puerta y lo saludó con pleitesía mientras se inclinaba a su paso. Stuart entró de inmediato al despacho y ordenó que nadie lo molestase. Se dirigió a la estantería y buscó el libro *Historia de dos ciudades*, lo cogió por la parte superior y lo inclinó hacia él sin llegar a sacarlo. El ruido de engranajes se hizo eco en la habitación, pero no temió que nadie entrase a preguntar. Tomó la linterna colgada en la entrada y descendió los escalones desgastados por el tiempo. El olor a humedad y heces de roedores le hizo taparse la boca con la mano, pero continuó descendiendo hasta llegar al final. Pulsó la llave de la luz a su derecha y apagó la linterna. Ante él se abría una sala redonda con muchas estanterías adosadas a la pared. En el centro había una mesa con un sillón, y algunos pergaminos abiertos, por lo que se sentó y volvió a estudiar los pliegos mientras tomaba notas. No podía sacar los documentos de esa sala, pero sí llevaría las anotaciones para debatir con el resto de los maestres sobre cómo actuar.

Capítulo 24

Shannon consiguió ocultar el asombro que le producía todo a su alrededor. Había visto en la caja negra, a la que llamaban televisión, muchas de las cosas que ahora cobraban sentido. Cuando escuchó que se podían superar tantas millas en tan poco espacio de tiempo, pensó que soñaba. Descubrir que el vehículo en el que se iba sentada recorría las calles de la ciudad con semejante rapidez, la dejó un poco en shock. Después, al pasar por el palacio de Holyrood, su corazón palpitó con tanta fuerza que pensó que se le saldría.

Al dejar la abadía, casi en el mismo estado en que estaba cuando visitó el palacio por última vez, la apenó. Saber que no continuaron con su construcción le advirtió de que María no consiguió mantener el culto católico, a pesar de su benevolencia con los protestantes de Knox. Sintió que algo en su interior se removía al darse cuenta de que podía averiguar lo que sucedió con su reina, pues seguro que en algún sitio guardaban libros de su historia. Con toda certeza los bardos habrían hecho canciones de ella.

Este pensamiento la llenó de esperanza, y sonrió al darse cuenta de que por fin tenía un objetivo. Algo que le aclarase, por qué estaba en esta época, y así poder volver donde le correspondía para cumplir la promesa a María Estuardo.

Kylian miró a la muchacha intrigado. Al principio le hizo gracia su forma de contener las emociones, pero su rostro le decía cuan maravillada estaba con todo lo que los rodeaba. Casi soltó una carcajada cuando la vio apretar el brazo del asiento al iniciar la marcha del coche. Hasta los nudillos se le pusieron blancos y competía con el color de su cara, que por momentos se ponía verde. Al pasar por el palacio reconoció la tristeza y la ansiedad. No sabía

por qué era importante para él todo lo que le ocurriera, pero tenía que averiguarlo. Cuando entró a la M90 por la A9, se relajó con el tráfico fluido y decidió entablar conversación con ella.

—¿Has visitado el palacio de Holyrood?

Shannon lo miró antes de contestar, la pregunta tenía trampa, eso estaba claro. Si reconocía haber estado allí podría tacharla de embustera, diciendo que sí tenía recuerdos. No estaba segura de cómo afrontar todavía su situación. Algo le decía que debía estar junto a ese hombre y siguió su instinto, aun cuando viajar con él era una locura. Tal y como le hizo ver Laura, la enfermera, pero necesitaba respuestas y no las conseguiría dejando que decidieran por ella.

—Al pasar por delante del edificio me han llegado recuerdos, pero no tienen lógica. Supongo que serán imágenes de alguna película de las que he visto. —Se retorció las manos en un intento de dejar de temblar. Seguro que la pillaría con tantas mentiras como estaba diciendo.

—Me pareció ver que lo reconocías, pero es normal que a veces confundas la realidad.

Puso la mano izquierda sobre las de la muchacha, y apretó con ternura en señal de solidaridad. Solo quería insuflarle ánimo. Al tocarse, sintió una descarga eléctrica y la apartó con rapidez.

Ella también lo notó y se le escapó una exclamación.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada, supongo que uno de nosotros tendrá carga de electricidad estática y al tocarnos, han saltado chispas. —Rio para quitar importancia al asunto.

—¿Eso qué es?

—Bueno —se quedó pensando un momento cómo explicarle—, a veces se genera un exceso de acumulación eléctrica, y al unir el conductor con la carga, se produce el pequeño calambre que hemos sentido.

—¿Es la misma que la de las bombillas? —preguntó curiosa.

—No exactamente. —Se rascó detrás de la cabeza y sonrió sin dejar de observar la carretera—. Si te interesa el tema, cuando

paremos a comer, busco información en Internet, y así lees sobre ello.

—¿Dónde lo buscarás?

—En mi móvil. —Sacudió la cabeza al darse cuenta de que no recordaba ni los celulares—. En una hora nos detendremos a descansar, entonces te lo mostraré, y cuando lleguemos a Inverness te compraré uno para ti.

—No es necesario, ya me has dado demasiado y no sé el tiempo que tardaré en devolverte todo. —Apartó la mirada avergonzada y se centró en el paisaje que iban dejando atrás.

—Lo hago de buen grado. Desde que te vi tan sola y desvalida, supe que tenía que ayudarte. Después de todo, puede que seamos familia. —Giró la cabeza hacia ella y le guiñó un ojo.

—Eres muy amable. De verdad deseo que sea así. —Sabía que era imposible, aun así, le gustaba tener cerca a ese hombre.

—Hum… —no supo qué más decir sin delatarse y asustar a la muchacha.

Kylian puso la radio del coche, y dejó que la música llenase el espacio que sus palabras se negaban a cubrir. Pronto el murmullo rítmico se hizo cargo de la situación. Él empezó a tararear la canción de The Corrs, y ella asombrada, se giró para mirarlo. No lo hacía mal, pero era la música de gaitas lo que la atraía, y que él pudiera seguirla captó su atención como nada lo hizo antes.

Kylian vio el cartel anunciando la cercanía de Pitlochry y decidió parar allí. Se lo comunicó a Shannon, que asintió con la cabeza sin dejar de mirar el paisaje. Sus pies comenzaron a moverse al ritmo de la música que salía de la radio, y al darse cuenta, sonrió agradecido. Al menos empezaba a perder un poco el miedo y se relajaba lo suficiente para dejarse llevar por la música.

Tomó la salida hacia la carretera de Perth y se adentró en la pequeña ciudad hasta encontrar un lugar donde almorzar. Se detuvo delante de The Inn on the Tay y miró a la muchacha.

—Este restaurante tiene buena pinta, entremos a comer y descansamos del viaje.

Le guiñó un ojo y salió del coche. Se quedó junto a la puerta esperando que ella lo hiciera también, pero al ver su mirada perdida

hacia allí, chasqueó la lengua y la abrió él desde fuera. Le tendió la mano para ayudarla a salir, sin embargo, le extrañó cuando ella, con gracia, puso la suya encima, entonces se bajó como si fuese una dama de la antigüedad, agradeció el gesto y comenzó a andar hacia el restaurante. Era una construcción de piedra con tejado a dos aguas y un pequeño porche sujetado por dos columnas. Las grandes cristaleras dejaban ver el interior del local que se veía limpio y con bastante gente comiendo dentro. La cogió de la mano para entrar juntos. Después de unos minutos, una camarera muy atenta, los llevó a una mesa con unas vistas espectaculares del río. Mirando la carta, Kylian notó que Shannon no se decidía, así que puso su mano sobre la de la muchacha.

—Si quieres, pido yo. —Ella asintió al mismo tiempo que enrojecía—. Traiga dos platos de salmón con verduras y risotto, para beber agua, que tengo que conducir. —Le dio las cartas a la camarera y miró a Shannon—. ¿Te parece bien?

Ella asintió sin saber qué decir. No entendía a qué se refería cada uno de los platos escritos en la carta, y agradeció que él tomara la iniciativa. Lo vio sacar algo del bolsillo trasero y se quedó mirando. Era un rectángulo, al moverlo se iluminó la parte delantera mostrando una fotografía del valle de Glencoe.

—Esto es un teléfono móvil.

Kylian pasó un dedo por la pantalla y lo llevó sobre el icono de Google, ella miraba asombrada la aparición de imágenes. Luego comenzó a escribir, y en la pantalla apareció la imagen del castillo de Holyrood. Mientras le mostraba cómo buscar información en el móvil, no dejaba de pensar que era la primera vez que veía algo así. No es que tuviera amnesia, es que no lo conocía. De repente, un millón de dudas lo asaltaron, así que comenzó a recordar leyendas de Escocia. No podía ser un *púca,* ni tampoco un *kelpie*, pero algo le decía que no era de esta época.

—Toma, puedes mirar lo que quieras, en Internet tienes información de cualquier cosa. Solo ten en cuenta, que no debes creerte todo lo que leas. —Le dio el teléfono y cogió el periódico que había en una silla cercana para observarla sin ser visto.

Shannon recibió el móvil con cuidado e hizo como le enseñó Kylian. Escribió el nombre de María Estuardo, luego marcó el primer sitio donde le daban información. Leyó despacio lo que escribieron sobre su reina. No pudo evitar llorar cuando descubrió que fue prisionera de su prima Isabel I durante dieciocho años hasta que al final la decapitaron. En ningún sitio decía nada del cambio del príncipe. Se aceptaba que Jacobo VI, fue educado primero, por James Stuart y después, por el conde de Morton. Dejó caer el móvil sobre la mesa sin poder contener las lágrimas.

Kylian se levantó de inmediato y se arrodilló a su lado, la abrazó sin preguntar y sintió que se aferraba a él mientras comenzaba a sollozar. La camarera llegó a su mesa y dejó el pan y la jarra con agua, se quedó mirando a la pareja y se marchó de inmediato un poco avergonzada por interrumpir lo que parecía un momento íntimo.

—¿Qué ocurre?, ¿has recordado algo?

Kylian comenzó a acariciar sus brazos con un gesto tierno de consuelo, aunque ella parecía perdida en el llanto silencioso que lo conmovía. Tomó el móvil. Al darle la vuelta vio el texto sobre María Estuardo, entonces su mente comenzó a girar alrededor de algo, que por un momento se le escapaba, y no sabía por qué le resultaba importante. Aunque no podía estar seguro del motivo. Shannon respiró hondo y se apartó de él sin mirarlo a la cara. Se limpió los ojos con la servilleta y fue a recoger el móvil, pero él lo tenía en la mano y no se atrevía a quitárselo.

—Será mejor que nos olvidemos del teléfono por un rato mientras almorzamos. —Sonrió a la muchacha, se puso en pie y se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón—. Ahí está nuestra comida. —Volvió a sentarse en su sitio y no pudo contenerse, por ello cogió su mano y le dio un beso.

Shannon se quedó mirando al hombre frente a ella, era tan atento que costaba hacerse a la idea. Nunca nadie la trató con tanto respeto y deferencia. Recordó lo que había leído de María Estuardo y sintió un nudo en la garganta. Necesitaba liberarse, y, sobre todo, tenía que averiguar por qué había llegado a esa extraña época

donde los hombres trataban con respeto a las mujeres y el mundo estaba lleno de curiosos inventos que parecían brujería.

Comieron en silencio el delicioso salmón. Shannon dio gracias por haber aprendido a utilizar los cubiertos en el hospital, pues el tenedor, como le llamaban allí, era muy útil para no mancharse los dedos. Ya había oído hablar del pincho, aunque nunca llegó a usarlo, pues era algo que estaba fuera de su alcance, solo algunos reyes disponían de uno. Incluso llegó a escuchar que era de oro.

—¿Quieres postre? —preguntó sonriente Kylian mientras la camarera recogía los platos.

—¿Qué?

—Fruta, bizcocho, flan… —Se paró un instante—. También tienen yogur y natillas.

—Tarta —contestó ilusionada. Recordó el trozo de pastel que le dieron en el hospital el día antes de marcharse y su sabor delicioso le hizo la boca agua.

—De acuerdo. —Rio ante la rápida contestación de la muchacha —. Traiga dos porciones de tarta de chocolate. —La observó—. ¿Te parece bien?

—Sí —respondió avergonzada, luego se limpió con delicadeza la boca.

Kylian miraba absorto la expresión de placer de Shannon, nunca en su vida había visto nada tan atractivo y sugerente. Tuvo que contenerse para no acercarse a ella y besarla hasta conseguir que emitiera los mismos murmullos de placer que al comer el dulce. Soltó una carcajada cuando ella miró el plato vacío, y sin pensarlo dos veces, se lo cambió por el suyo. Haría cualquier cosa, solo por seguir contemplando su expresión de felicidad y placer.

Pagó la cuenta y tomó de la mano a Shannon para ir al aparcamiento. Al llegar al coche le abrió la puerta, y la ayudó a ponerse el cinturón. Por un momento sus caras se encontraron frente a frente. Su olor le hizo tragar saliva, sus ojos lo atraparon como una luz a una polilla, y su cuerpo dejó de responderle. Solo quería tenerla en sus brazos y rozar su piel hasta sentir que eran uno. Se apartó a desgana, dio la vuelta y se acomodó en el asiento del conductor.

Le dio su teléfono a Shannon, lo dejó desbloqueado, y que así pudiera seguir consultando en Internet datos sobre lo que rondaba por su cabeza. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había mirado la página de María Estuardo. El traje con el que la encontraron podría ser perfectamente de esa época, lo que podría demostrar que no estuviera en una feria medieval. Tal vez formaba parte del elenco de alguna compañía de teatro, y eso era lo último que recordaba, el nombre de la reina a la cual interpretaba o la época en la que estaba basada la obra.

—¿Sigues sin acordarte de nada? —preguntó mientras tomaba la carretera de acceso a Inverness.

—No, solo mi nombre y algunas imágenes que no tienen coherencia.

—¿Podrías ser actriz? —dijo sin darle importancia.

—¡No! Mi padre no lo permitiría nunca —contestó con ansiedad.

—Entonces sí que recuerdas algo.

—No, es solo la impresión que tengo. —Se retorció los dedos y apartó la mirada.

—No importa lo que seas, yo seguiré ayudándote lo mismo. Puedes confiar en mí. —Cogió sus manos con la suya y apretó de forma que sintiera su apoyo.

—Gracias, no sé cómo devolverte lo que estás haciendo por mí.

—¡*Och*! No tienes que devolverme nada, después de todo puede que seamos familia, y no me perdonaría no ayudarte sabiendo que podrías ser mi prima.

«¿Prima? ¿Este hombre creía que era su prima?», pensó para sí misma. Si algo tenía claro es que se encontraba ante un Estuardo, sus ojos bermejos eran iguales a los de su antepasada. La herencia sanguínea estaba ahí, no solo por la altura, más de seis pies y ese color de pelo. No lo tenía seguro del todo, no obstante, en cuanto se instalase podría comenzar sus averiguaciones sobre Kylian MacLeod. Aunque estaba casi segura de que era el heredero de la sangre de María.

El camino hacia Inverness se hizo muy corto después de detenerse a comer. Shannon miraba el paisaje que iba dejando atrás el coche, era muy distinto al que recordaba, y, aun así, era el mismo.

Los colores y olores le decían que estaba en casa. Daba igual que ella apenas hubiera discurrido por ese camino más que en dos ocasiones. Una fue a ver a una tía lejana que vivía en un convento en Perth, y otra vez, acompañó a sus padres para la reunión anual de *highlanders*. Entonces fue cuando su progenitor, comenzó a buscar una alianza, poniéndola a ella como moneda de cambio.

Su suerte fue que hubo una epidemia, y se marcharon todos los clanes por miedo a sucumbir a ella o llevarla consigo a su tierra. Fue mayor la alarma que la realidad, aun así, en ese momento comprendió que le quedaba poco tiempo para que su padre buscara una alianza a través de su matrimonio, tal y como hizo con sus hermanas. Solo llevaba unos días en casa cuando le anunció que iría a la corte de María como dama de compañía. Se hubiera emocionado más si con ese puesto no la obligara a espiar a su reina. Solo cumplió la orden de su padre un par de meses. La mala conciencia por el engaño, la llevaron a confesar ante María, y durante un tiempo la tuvieron apartada de sus conversaciones por temor a que desvelara nada. Hasta que ocurrió el asesinato de Rizzio. Ella lo escuchó todo. Habían cerrado las puertas del salón y no la dejaron entrar. Fue una suerte, porque al salir Mary Seton y la reina lo hicieron descompuestas y llorando con amargura. Después de eso, la frágil reconciliación entre María Estuardo y lord Darnley duró solo unos meses, hasta que ella consiguió escapar de los conspiradores. Cuando le pidió ayuda para cambiar al príncipe y huir de la manipulación y el control de los consejeros protestantes, dominados por Knox, no se lo pensó. Era el momento de resarcir su error y devolver el poder a su legítima reina.

Abrió los ojos desorientada por haberse quedado dormida cuando el coche se detuvo en una calle. Se dio cuenta de que Kylian la estaba observando. Parpadeó desconcertada y sonrió relajada, pues notó la escrutadora mirada del hombre, quien carraspeó al verse sorprendido.

—Estaba pensando si despertarte o dejarte dormir un poco más. —Le sonrió con descaro—. Esa de ahí es la casa de mi amiga Sara. —Señaló al frente—. Nos está esperando.

Kylian bajó del coche y se acercó al maletero para sacar la pequeña maleta de Shannon, al llegar a la acera ella le esperaba algo incómoda. Pensó que era por estar en un sitio extraño y con gente a la que no conocía, por lo que no le dio importancia.

Llamó al portero y esperó unos momentos.

—¿Quién es?

—Sara, soy yo —dijo risueño.

—¿Quién?

—Soy Kylian. —Puso los ojos en blanco y rio ante la broma que siempre le hacía.

—¿Qué Kylian, el buenorro del burguer o el macizo del supermercado?

—¡Venga ya! Soy el guaperas del hospital. —Rio exasperado, aunque se volvió y le guiñó un ojo a Shannon.

—Bueeeeeno, te dejaré subir. —Se escuchó una risita y la puerta se abrió con un clic.

—No le hagas caso, está como un cencerro. Siempre dice lo mismo cuando vengo. —Se carcajeó Kylian.

—Si sabía que veníamos, debería haber abierto sin más —contestó frunciendo el ceño—. Tal vez haya cambiado de opinión y no me quiera recibir en su casa.

—No te preocupes, es una broma que siempre hace. Es española. —Movió las cejas arriba y abajo, de una forma cómica.

—Si constantemente te gasta la misma broma, ya deberías estar aburrido de ella.

—Pues no me canso, cada vez se le ocurre algo diferente.

Se rio mientras subían los tramos de escalera hasta el tercer piso. Al llegar al rellano ambos se encontraban un poco sofocados, aun así, no dejaban de sonreír. La puerta estaba abierta, Kylian le cedió el paso a Shannon, que entró algo cohibida. Frente a ella una muchacha muy bajita de pelo y ojos oscuros la miraba con descaro. Al entrar él, su cara cambió, y corrió a los brazos del médico con un grito, que la hizo taparse los oídos. Se quedó mirando con asombro cuando saltó sobre él y se enganchó con las piernas a sus caderas. Después comenzó a darle montones de besos en las mejillas haciendo que ambos rieran a carcajadas.

—Sara, pequeña, estamos dando un espectáculo ante mi prima —dijo Kylian intentando bajarla de encima de él.

—Oh, no importa, la familia sabe que debe perdonar nuestras locuras —contestó la muchacha mientras se bajaba de encima de él. Shannon vio que se restregaba con descaro, y lo peor no fue eso. Al quedarse de pie frente al hombre, le dio un pellizco en el trasero con tanta familiaridad, que se sonrojó.

—Sara, compórtate —dijo risueño Kylian, pero se notaba que no estaba molesto—. Te presento a Shannon MacLeod, mi prima. —Le guiñó un ojo—. Al menos, eso creo.

—Encantada, guapa. —Se acercó a ella y le dio dos besos en las mejillas.

—Lo mismo digo —exclamó avergonzada todavía.

—Sara es española, de ahí las locuras que hace. Pero no se lo tengas en cuenta, en el fondo es buena chica.

—¡Ey! Solo soy espontánea y divertida, no como vosotros, que cada vez os asemejáis más a vuestros primos ingleses y parece que llevéis un palo metido por el culo.

—¿Qué? Ni se te ocurra decir eso delante de un grupo de escoceses de las tierras altas, si no quieres que te demuestren las diferencias entre un *highlander* y un pequeño inglés. —Kylian le pellizcó la nariz con complicidad sin parar de reír.

—Pues deja de tocarme las pelotas con tus típicos tópicos. —Se volvió hacia Shannon—. No le hagas caso a tu primo. Ven te enseñaré tu habitación.

Cogió a la muchacha por el hombro en un abrazo familiar, y la llevó hasta el final del pasillo. A la derecha abrió una puerta y descubrió una habitación preciosa. En el centro había una cama blanca con dosel, en cada poste tenía recogidas unas cortinas de color rosa palo y al fondo un gran ventanal con un asiento de cojines del mismo color. Había varias estanterías blancas, sobre las que reposaban libros infantiles y juguetes.

—Lo sé. Es preciosa, pero no te hagas ilusiones. Es de mi sobrina y la he mantenido así para cuando se viene a dormir los fines de semana. —Sara fue al fondo de la habitación y abrió una puerta—.

En el armario puedes guardar tus cosas. También te he dejado sitio en los dos primeros cajones, aunque si necesitas más me lo dices.

—No quiero molestar. —Su voz apenas salía con fuerza suficiente para hacerse oír.

—No es molestia, si te voy a alquilar la habitación debes tener todo tu espacio. —Le sonrió—. Es que con tanta prisa solo he podido sacar unas cuantas cosas. Más adelante hablaré con Lola para que me diga lo que quiere conservar.

—¿Lola es tu sobrina?

—No, ella es mi prima y la madre de Claudia. Bueno, en realidad es su madrastra, pero la pequeña es tan cariñosa que nos ha adoptado. —Rio a carcajadas.

Shannon la miró con cara de extrañeza. Al notar su asombro, Sara se carcajeó más todavía. Kylian entró en ese momento con la maleta y vio que la muchacha estaba a punto de sufrir un cortocircuito, mientras la loca de su amiga no paraba de reír y decir tonterías. Dejó el escaso equipaje sobre la cama y se volvió con cara de enfado hacia Sara.

—Me la estás asustando. Deja ya de hacer el payaso y compórtate como la adulta que debes ser.

Shannon se llevó la mano a la boca y contuvo la exclamación, pero se relajó al ver que ambos se reían. «¡Menudo par de locos!», pensó para sí misma sin atreverse a hablar.

—Vale, te dejo que deshagas la maleta, estaremos en el salón.

Sara cogió a Kylian del brazo y lo obligó a abandonar el cuarto. Se sentaron en el sofá y miró hacia el pasillo donde estaba la puerta del dormitorio, luego observó a su amigo y se cruzó de brazos en espera de una explicación, que no tardó en llegar.

—A esa chica la encontraron muy golpeada e inconsciente en un camino de las afueras de Edimburgo. No recuerda nada más que su nombre y nadie ha venido a buscarla al hospital, a pesar de que los periódicos y medios de comunicación no dejaban de poner su foto por si aparecía algún familiar. Mi amigo John le encontró una plaza en un hogar de acogida, pero yo pensé que se recuperaría mejor en un ambiente familiar con gente que se preocupe por ella. Por eso te pedí que le alquilases la habitación.

—Si no tiene nada, ¿cómo la va a pagar?

—Pensé que tal vez pudieras ayudarla a buscar algo donde tú trabajas. Sé que tu jefe tiene varios *pubs,* seguro que en alguno necesita personal.

—O sea, que también tengo que buscarle trabajo. —Alzó una ceja y gruñó—. Ya sabes que lo de niñera fue algo ocasional, ¿no?

—No serás una nana. Solo necesita ayuda, es una chica joven que ha perdido la memoria. En cuanto la recupere, será independiente, y, cuando tenga trabajo, te pagará su parte. Mientras tanto, yo me haré cargo de sus gastos.

—¡Estás enamorado de ella! —dijo tapándose la boca riendo.

—No digas tonterías, solo estoy ayudando a alguien que podría ser un familiar.

Kylian se quedó mirando sus labios pintados de rojo y tragó saliva, hubo un tiempo en que los besaba y saboreaba con tanta asiduidad que constantemente estaban inflamados y rojos. Sin dudar en lo que hacía se lanzó sobre ella y comenzaron a besarse. Como siempre, pensó que donde hubo fuego siempre quedan cenizas. Sus labios se movieron sobre los de Sara hasta que ella se rindió y abrió la boca para dejarlo entrar. Sus lenguas se enzarzaron en un baile más antiguo que el tiempo, y tan lujurioso que no pudo evitar excitarse. La presión del pantalón le hacía sentir incómodo y estuvo a punto de liberarse, pero la mano de ella lo sujetó. Se apartó con un suspiro frustrado, y vio en sus ojos la misma pasión contenida que él sentía.

Shannon colocó la ropa en el armario, y salió al salón como le dijo Sara, pero se resguardó tras la pared del pasillo al verlos enzarzados en tan ardoroso abrazo. Un dolor creció en su interior hasta hacer que se doblara por la mitad. Había sido solo un momento, lo justo para ver la pasión que ambos sentían y contenían. Saber que él tenía sentimientos por Sara le dolía, pero más aún entender que tendría que convivir con ella.

—Kylian —la muchacha se apartó de él—, sabes que lo nuestro no funciona, no nos hagas sufrir más.

—Lo siento, tienes razón. Ha sido un impulso. —Juntó sus frentes sin apartar la mirada de ella—. Perdóname, no volverá a ocurrir,

aunque no me puedes condenar por intentarlo. —Se alejó y le guiñó un ojo con picardía.

—Ojalá lo nuestro fuera posible, pero yo soy demasiado impulsiva y tú muy metódico. O te suprimo o me cambias, y nada de eso es bueno para ambos. Como amigos estamos mejor. Shannon los escuchó hablar en susurros, se asomó y vio que tenían las caras muy juntas, casi rozando la nariz. Se miraban con complicidad, pero al menos ya no se besaban, por lo que decidió hacer ruido para llamar su atención, y carraspeó.

—Perdón, ya he guardado mi ropa. No tengo mucha, por lo que me sobra medio armario. —Sonrió con timidez sentándose en un sillón, alejada de ellos.

—¡*Och*! Pues entonces tendréis que salir de compras. —Sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y ella gritó.

—¡No! No necesito más de lo que ya me has dado, cuando cobre mi primer sueldo compraré lo que me haga falta.

Sara los miró a ambos, luego sonrió al ver la expresión de dolor de ella. Su amigo no se daba cuenta de que esa chica empezaba a sentir algo por él, detalle que no la extrañaba, pues era un hombre muy guapo, cariñoso y sensible. Su forma de ayudar a esa muchacha le dijo que no era solo por altruismo, y sintió a su diablillo interior, salir a jugar.

—Por supuesto que no necesita nada más tuyo, en cuanto esté trabajando podrá comprar todo lo que desee y, mientras tanto, yo le prestaré mis cosas.

—¡Oh! Tampoco es necesario, demasiado haces ya por mí. Me apañaré con lo que me trajeron en Edimburgo y cuando le devuelva el dinero a Kylian podré adquirir lo que necesite.

Sara admiró solo un minuto su orgullo, luego se rio a carcajadas dejando a ambos atónitos, mirándola con una expresión extraña.

—Bien, dime qué estudios posees y en qué tienes experiencia para comenzar a buscar trabajo. —Se levantó hacia la mesa auxiliar de la sala y sacó una pequeña libreta con lápiz del cajón—. ¿Y?

Ninguno dijo nada, hasta que Kylian más enfadado que otra cosa, murmuró para que solo ella lo oyera.

—Te dije que no recuerda nada.

—Pues eso es un problema. Si no sabes lo que has estudiado ni lo que puedes hacer, ¿cómo vas a pedir trabajo?

—Para ser camarera no creo que haya que tener un máster —gruñó Kylian sin dejar de mirar a Shannon, que con cada palabra perdía más color.

—No. Solo tienes que saber tratar a los clientes, echar cerveza sin que rebose la espuma, guardar el equilibrio con una bandeja cargada de jarras y botellas entre tantos parroquianos, que raro es el día que no se va al suelo lo que llevas en ella. Además de saber librarte de los babosos sin llamar la atención ni perder las formas.

Shannon palideció al escucharla. Nunca había trabajado, pero hacerlo de tabernera era algo muy lejos de lo que ella imaginó jamás. Pensó en decir la verdad de su origen, más cambió de opinión de inmediato. Si contaba su historia, seguro que la encerraban y tiraban la llave. Lo mejor sería seguir con la pequeña mentira y hacerse fuerte. Si tenía que servir cerveza como una tabernera, así lo haría.

—Nunca he trabajado, y no sé si será muy difícil, pero lo intentaré. Si tú me ayudas, seguro que lo conseguiré.

—Esa es la actitud. —Abrazó a Shannon por los hombros—. Mañana llamaré a mi jefe y veré si puede darte un trabajo, aunque sea a prueba. Mientras tanto, te enseñaré en casa lo principal.

—Genial. —Kylian se retrepó en el sillón—. ¡Camarera! Una pinta bien fresquita, por favor.

Los tres estallaron en carcajadas. Sara lo cogió del brazo y tiró de él hacia la salida a la calle, cuando lo tuvo en el rellano lo empujó para sacarlo de casa y le cerró la puerta en las narices.

—Será mejor que te vayas a tu apartamento, y nos dejes a nosotras practicar.

Bajó las escaleras risueño, aunque le dolió que no le incluyeran en el grupo.

«Por lo menos me podían haber invitado a cenar», gruñó en su interior mientras bajaba las escaleras para ir a su piso, que estaba en la acera de enfrente.

Capítulo 25

Shannon miraba al hombre sentado frente a ella, no podía apartar los ojos de esa cara tan perfecta. No era hermoso, era mucho más que eso. Le atraía como la luz a una polilla. Nunca le sucedió nada igual, aunque debía reconocer que jamás se cruzó con un hombre de esas características.

Tenía el pelo largo. Eso no era nada del otro mundo, en su época todos lo llevaban así, pero este poseía un cabello de color rojizo. Además, sus ojos eran también del mismo tono, o al menos eso le parecía a ella, pues según le diera la luz, tomaban un color más intenso. Tenía una nariz recta y pronunciada, aunque estaba tan perfecta en el centro de la cara, que parecía irreal. Además, cada vez que parpadeaba, sus largas pestañas atraían toda la atención.

No podía ser normal, seguro que era un descendiente de los fae. De ahí la atracción que sentía hacia él y que la hacía observarlo como una boba.

—Está bien Sara, le daré una oportunidad a tu amiga. —Miró a Shannon y le guiñó un ojo—. Aunque tendré que buscar su traje para el fin de semana de las Highlands. Te recuerdo que es en tres días, y solo por eso, voy a coger a tu amiga. Ya sabes que, en estas fiestas, todas las manos son pocas.

—Se me había olvidado, Damián. —Sara miró a Shannon—. La ayudaré a elegir el vestido, no te preocupes.

—Lo dejo en tus manos. Ahora poneos a trabajar que está empezando a llenarse el local.

Las muchachas se pusieron el mandil y fueron juntas detrás de la barra, donde otro camarero les dejó sitio. Tras una mirada fugaz a la nueva, salió a atender mesas en el exterior.

—De momento, solo lava los vasos y sirve la comida que pidan del mostrador. En cuanto estemos lanzando cañas te pondré un rato para que aprendas a echar la cerveza.

Shannon asintió con la cabeza y se acercó a una pareja que estaba mirando la vitrina de comidas. Eso era fácil, solo tenía que servir los platos con las viandas que elegían, y cobrar al cliente.

Observaba a Sara que se movía con desparpajo detrás de la barra y flirteaba con un chico, que no paraba de elogiar su pelo y sus ojos. Pensó que era un poco vergonzoso ver que Sara daba pie al muchacho, sobre todo, después de haber visto cómo besaba a Kylian.

Capítulo 26

Moira lo vio llegar con pasos pausados. Era él, estaba segura, pero sacó la carpeta que había preparado, y que descansaba en el asiento del copiloto. La fotografía fue hecha hace unos años, pero era Kylian MacLeod, su pelo rojo lo delataba, además de su altura. Sintió sus entrañas retorcerse. El dolor la hizo doblarse, por lo que sacó el ibuprofeno del bolso, que, aunque no le servía de nada, al menos la relajaba.

Kylian subió los cuatro peldaños que lo separaban de su casa, y con las llaves en la mano fue a abrir la puerta. Se quedó dudando un momento, después guardó el llavero en el bolsillo antes de bajar con rapidez las escaleras para cruzar la calle. Moira pensó, que tal vez había olvidado algo, aunque no salió a seguir sus pasos, pues se paró dos edificios más adelante. Subió las escaleras y llamó al portero automático. Vio que era el último botón el que pulsaba y se quedó con el dato por si lo necesitaba más adelante. Estuvo parado frente a la puerta más de cinco minutos, pero no sucedía nada, así que al final se dio la vuelta, bajó con lentitud los peldaños que le quedaban y, tras un suspiro, salió.

Unas carcajadas sonaron en la calle. Kylian se giró hacia las dos chicas que llegaban cogidas del codo, riendo sin importar que fueran las doce de la noche. Se echó sobre la baranda y cruzó los brazos en una pose casual. Desde donde estaba, Moira pudo ver que sonreía. De pronto, se dio cuenta de que el dolor había desaparecido. Era la primera vez en tres días que su cuerpo estaba libre de él. Miró a las dos muchachas, la morena le dio un beso a Kylian mientras la pelirroja se quedaba apartada.

—¿Qué haces aquí?, ¿te han echado de tu casa? —Sara subió las escaleras sin esperar contestación.

—Acabo de llegar de trabajar —Kylian se acercó a Shannon y le dio un beso en la mejilla—, pensé que podía visitar a mis vecinas favoritas. Hace dos días que no sé nada de vosotras.

—Pues no te quedes ahí parado, sube a tomar algo. Estamos reventadas de estar de pie. —Sara abrió la puerta y la sujetó para que entrasen.

—Mañana entro al amanecer, solo puedo quedarme un rato. —Pasó por su lado riendo mientras tiraba de Shannon a quien había cogido de la mano.

Entraron al piso. Sara se quitó las deportivas dejándolas en medio de la entrada, sin embargo, a Shannon le dio vergüenza por lo que se disculpó para entrar en su cuarto y ponerse cómoda. Se quitó los vaqueros y se puso el pantalón corto del pijama, le encantaba la suavidad y frescura de las prendas de esa época. Salió descalza al salón y cuando vio a Kylian sentado en el sofá con los ojos cerrados, sintió un tirón en las entrañas. No podía creer que fuera tan guapo y, sin embargo, allí estaba. El heredero de María Estuardo, el que ella debía proteger en esa época, pero ¿de qué?

Se encontraba tan ensimismada en sus propios pensamientos, que cuando sintió el frescor en sus piernas miró hacia abajo, y se dio cuenta de lo inadecuado de su atuendo. Iba a darse media vuelta para volver a cambiarse cuando chocó con Sara, que llegaba desde su cuarto con un pantalón todavía más corto que el suyo. Casi se le veía todo el trasero y se dio cuenta de que el que llevaba puesto, en comparación, era muy recatado.

—Vamos, no te quedes ahí parada, Kylian no se va a asustar por vernos en pijama. —Observó al pelirrojo que las miraba asombrado —. ¿Verdad que no te importa nuestras pintas?

—No. —Tragó saliva porque nunca pensó que pudiera haber alguien tan perfecto.

—¿Qué quieres tomar? —Sara se acercó a la cocina.

—Una cerveza estará bien —contestó sin apartar los ojos de la pelirroja.

—¿Shannon, tú que deseas?

—Lo mismo —dijo con timidez y se sentó en el sofá frente a Kylian sin quitar la mirada de él.

Sara entró cargada con tres botellines, los dejó sobre la mesa de cristal y volvió a la cocina a por un bol de frutos secos que posó en el centro.

—Debemos mirar tu vestido. Le dije a Damián que tenías uno, pero si no vale, tendremos que pedir uno para ti.

—Voy a por él.

Shannon se levantó con rapidez y fue a su cuarto a por el vestido que llevaba puesto cuando la encontraron. Al regresar al salón Sara soltó un silbido, y se fue hacia ella para cogerlo. La tela era un paño de muy buena calidad en color verde, tenía un corpiño del mismo tono que dejaba ver el encaje de una camisola de mangas muy anchas. Llevaba también un *plaid* doblado con los colores de los MacLeod. De fondo amarillo con líneas entrecruzadas, que iban del gris al negro, y una pequeña línea roja que lo cruzaba en horizontal y vertical.

—Es precioso este traje. Puede que la chaqueta no debas ponértela, más que nada por el calor, pero pienso que no desentonará con los que nos da todos los años Damián.

—¿Tú crees? —Apretó el traje contra su pecho y sintió que algo se lo oprimía.

—Es un buen atuendo. Por eso pensé que tal vez estabas en una compañía de teatro, pero nadie declaró tu desaparición en Edimburgo.

—Tal vez porque venía a nuestras fiestas. —Frunció el ceño para que solo él lo viera—. Te recuerdo que, aprovechando el festival de Edimburgo, celebramos nuestros particulares juegos de las Highlands. Puede que aquí recupere algunos recuerdos, pero ya da igual. Nos tiene a nosotros, que no la dejaremos nunca. —Abrazó con cariño a Shannon y le quitó el traje de las manos para depositarlo con mimo en un sillón, luego se sentó con ella en el sofá frente a Kylian.

—¿Cómo te va en el trabajo? —Se retrepó con indolencia mientras tomaba un gran trago de su cerveza.

—Bien. Tengo que coger el punto para tirar la bebida del grifo, pero al menos nadie se queja. —Shannon parpadeó con el fin de eliminar la humedad en sus ojos.

—Bueno, es que no se dan ni cuenta. Están los parroquianos tan embobados con ella, que ni notan la cantidad de espuma que llevan sus jarras. —Se carcajeó Sara mientras bebía.

—No me extraña. —Carraspeó Kylian y le guiñó un ojo.

Capítulo 27

James Stuart miraba el teléfono con dudas, quería darles a sus compañeros tiempo para acomodarse en Inverness antes de pedir noticias. Pero cada día se sentía más intranquilo. No solo porque seguían desapareciendo cuervos de la torre, también le llegaban noticias alarmantes de Windsor, y no quería dar pábulo a las habladurías. En Balmoral, según el último parte médico todo estaba en orden, aunque no era muy optimista. Ni él ni ninguno de los asesores de palacio.

Tenía que ser realista, con noventa y seis años, y el reinado más longevo de cualquier monarquía europea, era dudosa la continuación de la monarca. Como ya demostró el 14 de marzo cuando no pudo asistir al servicio anual del día de la mancomunidad, a pesar de tener un especial interés, pues era el año del jubileo de platino de Isabel II, el príncipe Carlos comenzó a comprometer su mayor representación y se intensificó su agenda con los compromisos reales que su madre no podía cumplir. Una abdicación encubierta que no pasó desapercibida para los medios de comunicación, que sitiaban con mayor purulencia a todos los miembros de la familia real. Abrió de nuevo la carpeta que le hicieron llegar con la información del heredero, y leyó con lentitud los datos. Un médico. No podía ser alguien noble, al final el sucesor de la sangre de los Estuardo fue criado con normalidad en una familia burguesa, sin títulos ni posición social. Eso les facilitaba el camino, pues era más fácil hacer desaparecer a una persona sin contactos que levantaran las alarmas. «Menudo desperdicio», pensó con ironía. Quien podría reinar y hacerse cargo de la corona no fue preparado con ese fin, y quien fue educado para reemplazar a Isabel II, tenía más detractores que partidarios. A pesar de haber iniciado hace años una

campaña de lavado de imagen, la popularidad del primogénito de la reina nunca sería la suficiente para conseguir el apoyo unánime de la sociedad inglesa. Esto no era tan malo. Después de todo, su hijo Guillermo, tenía muchas más probabilidades de hacerse con un reinado popular.

Miró la fotografía y pensó, que la herencia genética era patente en el heredero. Si observaba los retratos de María Estuardo y lord Darnley, se apreciaban sin ninguna duda la herencia familiar. Apretó los puños y se dijo que no lo conseguiría, que una conspiración nacida hace cinco siglos, no pondría en jaque la corona inglesa y su descendencia. Por eso habían creado la logia. Llevaban mucho tiempo preparándose para una eventual aparición del heredero de la sangre y no permitirían que el imperio británico decayera por algo tan antiguo que se perdió en el tiempo.

Miró el reloj y decidió que no les daría más espacio, impartiría las órdenes para tenerlo vigilado mientras se montaba en un avión a Inverness. Tomó el teléfono y marcó a mano el número de su acólito.

—Collum, no lo perdáis de vista, a primera hora de la mañana cogeré un avión.

—Lo tenemos controlado, Robert vigila en el hospital y Bruce en su casa. Yo le sigo en la calle.

—¿Habéis localizado a la chica del serbal?

—No está con él. En cuanto se reúnan la controlaremos también.

—Mañana hablamos.

Colgó el teléfono y comenzó a hacer la maleta. No sabía cuánto tiempo se quedaría fuera, pero debía estar preparado para todo. Miró de nuevo la carpeta con la información y la guardó en el maletín, casi se sabía de memoria la vida de ese desgraciado, aun así, no podía dejar ningún detalle en el aire.

Capítulo 28

Moira vigilaba a la chica que servía cervezas con desparpajo, su sonrisa al depositar las bebidas era amplia y sincera. Miró a la otra joven preparando jarras tras la barra y decidió acercarse. Era un buen momento para entablar contacto y estar más cerca de ellos. Eso calmaba su dolor y supuso que el hechizo era más fuerte de lo que podría pensarse. Nunca imaginó que daría crédito a ese tipo de supersticiones, más la prueba estaba en ella. Desde que se encontraba junto al heredero y la guardiana, su dolor desaparecía, y solo cuando se alejaba de ellos volvía esa extraña quemazón interior.

—Hola, ¿necesita algo? —Shannon sonrió a la mujer mientras terminaba de servir las jarras que le había pedido Sara.

—Una pinta por favor. —Le devolvió la sonrisa. Entretanto, observaba a la muchacha hasta que decidió entablar conversación—. No eres de por aquí, ¿verdad?

—¿Tanto se me nota? —Se carcajeó Shannon sin poder evitarlo. —Solo un poco, porque tu acento de las Highlands está muy marcado con el gaélico.

—Eres la primera persona que me lo dice. —Frunció el ceño—. De hecho, creo que eso es lo normal aquí. ¿De dónde eres?

—De Edimburgo —contestó sabiendo que intrigaría a la muchacha.

—¿Vienes del festival para ver los juegos?

—No, estoy buscando a una persona. —Bebió de su cerveza sin dejar de observarla, pero la chica no daba muestras de inquietarse.

—Shannon, dame cuatro pintas más que se acercan las diez. Sara dejó la bandeja en la barra y miró con curiosidad a Moira, mientras servían las bebidas y la cargaba de nuevo. Al darse la

vuelta vio al MacRae que entraba en el local con paso decidido, a su lado Kylian con su sempiterna sonrisa.

—Hola, Sara. —El pelirrojo le dio un beso en la mejilla, y se apartó con rapidez antes de que la muchacha le diese un tortazo.

—Eres un descarado MacLeod, si vuelves a darme un beso sin avisar, te pondré una corbata muy especial —dijo maliciosa mientras se acercaba a Kendrick—. ¿Qué haces tú aquí?, ¿te ha echado mi prima de casa?

—No, loca. —Se carcajeó—. Lola tiene antojo de salchichas y no nos quedaban. Se me ocurrió que tal vez puedas venderme unas cuantas.

—Espera un momento, creo que el cocinero está recogiendo la cocina, pero si me lo camelo un poco, seguro que me las da. —Sara dejó las bebidas en la mesa que las había pedido y entró detrás de la barra para pasar a la cocina.

—¿Cómo vas, Shannon? —Kylian miraba arrobado a la muchacha.

—Bien, deseando terminar mi turno para quitarme este vestido, me he acostumbrado a la ropa de esta época y ya no aguanto el peso.

—¿Ropa de esta época? —Kendrick la miró extrañado.

—Me refiero a que la ropa moderna, es mucho más cómoda que la de época. —Se enfadó por su metedura de pata.

—Pues me gusta la forma en que te queda el traje medieval. —Kylian le guiñó un ojo—. Estás espectacular, parece que siempre fuiste vestida así.

—Es que llevo todo el día con este traje. —Se sonrojó y agachó la cabeza.

—Pero tiene razón, ese atuendo te queda genial —intervino Moira.

—Te he conseguido un plato entero. El cocinero lo está preparando. —Se carcajeó Sara—. Dice que no quiere tener en su conciencia, que el hijo del MacRae nazca con una mancha de una salchicha en la cara. Aunque claro, si la tiene bien puesta, seguro que el muchacho lo agradecerá de mayor y las chicas mucho más. —

Estallaron todos en risas por la ocurrencia, menos Shannon que no sabía de qué hablaban.

—Damián cerrará hoy el local, dice que podemos irnos en cuanto den las diez y recojamos la barra. —Shannon secaba una jarra, luego la colgó del gancho de la estantería.

—Genial, estoy deseando cambiarme de ropa. —Sara se volvió hacia los hombres que las miraban sonrientes—. ¿Nos acompañáis a casa?

—Sí. De hecho, podrías aprovechar para visitar a Lola, hace mucho que no os veis y tal vez tú puedas tranquilizarla un poco. Entre los niños y el embarazo está demasiado irritable.

—Buena idea, hace mucho que no le doy consejos a Claudia. —Le guiñó un ojo a Kendrick.

—No, por favor. Deja tranquila a mi hija y procura no darle más lecciones de Mata Hari —lo dijo muy serio, pero no pudo contener la risa.

—Más quisieras. Esa niña sabe más que yo. Lo único que hago es darle opciones para que no use toda su artillería al mismo tiempo. —Se carcajeó y miró el local todavía abarrotado, pero con un silencio bullicioso. Hoy los parroquianos se irían tarde, y se alegraba de que Damián les permitiera irse antes.

Shannon tocó la campana sobre la barra, esa era la señal para pedir la última ronda. Varios clientes se aproximaron con rapidez mientras otros llamaban a Sara, que se encogió de hombros y se acercó a las mesas para tomar nota de las últimas consumiciones. Después de servirlas, ambas se quitaron el delantal, dejando a la vista su traje de posadera. Sara cogió la bolsa que le había dado el cocinero y se enganchó del brazo de Kendrick.

—Kylian, acompaña a casa a Shannon, pasaré a ver a mi prima un ratito.

—Será un placer. —Le guiñó un ojo y cogió el codo de la muchacha—. Dale recuerdos de mi parte a Lola.

Salieron del *pub.* Caminaron en silencio al principio, la noche se presentaba fresca y Shannon se frotó los brazos. Vio que él iba a abrazarla y se colocó el *plaid* sobre los hombros, antes de que él tuviera la oportunidad de calentarla. Escuchó el suspiro que dejó

escapar y contuvo la risa, pero no lo suficiente. Se miraron a los ojos y él se pasó la mano por el pelo en un gesto nervioso.

—Shannon, no quiero que te apartes de mí. No es solo tu compañía lo que me gusta, eres toda tú. —Miró al suelo avergonzado—. No sé cómo explicarlo, pero hay algo en ti que me fascina, y no es solo físico, es una atracción que tira de mí.

Ella se quedó mirando un momento al hombre. No podía olvidar quien era en realidad y en qué consistía su cometido, pero ahora, tantos años después, con los sucesos que acontecieron sin remedio para subsanarlos, tenía dudas. No sabía si continuar con su promesa, y favorecer que el heredero de la sangre ocupara el puesto que le correspondía, o dejar la situación tal y como estaba. Permitir que su promesa se perdiera en el tiempo, al igual que le sucedió a ella, sin la oportunidad de cumplir su palabra, extraviada en una época que no era la suya.

El desarraigo era lo que más le dolía. No tener familia era muy duro para ella, que se había criado con once hermanos, y a pesar de la diferencia de edades y compartir solo el padre, siempre supo que podía contar con ellos. Recordó la paliza de su progenitor, el día que le anunció su compromiso con James el negro. Tragó saliva, pues no era esa la última visión que quería tener de él.

—No sabes nada de mí. —Miró al frente y vio que estaban llegando a casa—. Sube conmigo y hablamos. —No supo por qué lo invitó, pero sabía que lo necesitaba cerca. Tal vez si conversaban, ella encontraría una salida a su situación actual. Odiaba engañar a quienes tan bien se estaban portando con ella y ya se estaba cansando de mantener esa mentira.

—Ya tenía previsto subir. —Le guiñó un ojo con picardía y la abrazó sin que pudiera negarse.

Entraron al edificio, ascendieron con lentitud las escaleras; ella pensando en cómo contarle la verdad; él con la ilusión de haber roto una barrera entre los dos, de dar un paso hacia algo más íntimo y personal. Por un momento imaginó la cara de Sara cuando le dijera que había encontrado a la persona que lo completaba, y negó con la cabeza. Ella más que nadie lo entendería, llevaba mucho tiempo buscando a esa mujer especial. Hubo una época en que se imaginó

una vida con ella, pero eran demasiado buenos amigos para continuar engañándose.

Entraron en casa cada uno sumido en sus propias reflexiones. Kylian se resistía a soltar a Shannon, pero lo tuvo que hacer cuando ella le pidió ponerse cómoda para hablar. Al volver con ese pequeño pantalón y la camiseta de tirantes de Tambor y el conejito de Bambi, tragó saliva. Le sería muy difícil mantenerse alejado de esa preciosa muchacha que no se iba de sus pensamientos.

—Ven, sentémonos. Tengo que contarte algo. —Shannon tiró de él hasta hacer que se sentara en el sofá y se puso a su lado.

—¿Qué quieres contarme? —La abrazó y se dejó caer a lo largo del mueble hasta quedar tumbados ambos. Sintió que ella se ponía tensa, pero le apretó el hombro con cariño y la acomodó a su costado—. Creo que estaremos más cómodos así.

—No sé por dónde empezar —dijo avergonzada.

—Está bien. Necesitamos confianza y para ello nada mejor que contarnos lo más vergonzoso que nos haya pasado en la vida, y para que no te sientas presionada, empezaré yo. —Le dio un beso en la frente con naturalidad y la sentó a su costado hasta estar cómodos —. Cuando tenía doce años había una prima que me volvía loco. Yo sabía que no debía intentar nada con ella, más que nada porque mi tío, Albert McDonald, era muy bestia. No le culpo, toda su vida cuidando ganado no le hacía muy conversador. Su hija pequeña, Myriam, era una preciosidad. En verano nos juntábamos en el lago, los chicos de la zona y los visitantes. Ella nos volvía locos. No solo por ser preciosa, además tenía ese punto de picardía que nos atrae a los chicos. Parecía experimentada, y eso que solo tenía catorce años. Aunque claro, nosotros no pensábamos más que en ese cuerpo núbil que se contoneaba delante de nosotros y hacíamos apuestas para ver quien sería el primero que se la llevaría al pajar. — Carraspeó sonriente.

—¿Todos queríais llevarla al pajar? —preguntó asombrada, y él no le dio importancia.

—Ten en cuenta que era la chica más bonita del lugar y, además tenía un cuerpo, que ya se adivinaba exuberante. Lo cierto es que se corrió la voz de la apuesta que hicimos los chicos para llevarla al

henal, lo malo es que su padre se enteró y ella nos citó a todos en el lugar. Al principio pensamos que quería montárselo en grupo y nos pusimos como verracos. Entusiasmados, íbamos discutiendo con quien sería el primero que lo haría cuando todas nuestras ilusiones se nos cayeron al suelo al entrar al pajar.

—¿Qué pasó?

—Nada más abrir la puerta allí estaba ella, pero no se encontraba sola, su padre y su tío se hallaban a su lado, además de nuestros progenitores. No nos dio tiempo a salir corriendo, nos cogieron de las orejas y nos metieron en el pajar con malos modos. Myriam salió llorando y cerró la puerta, lo que nos alarmó a todos. Pero eso fue solo hasta que nos ordenaron bajarnos los pantalones y doblarnos sobre la valla. Asustados, obedecimos. Éramos cinco chicos, y nuestros padres estaban allí, por eso no temimos un abuso, pero cuando la voz de mi tío hizo eco en el edificio de piedra, nos sobresaltamos.

—¿Qué os dijo?

—No recuerdo con exactitud sus palabras, creo que fue algo así: «Antes de que volváis a enseñarle vuestras pelotas a una señorita decente, pensadlo bien, porque hoy se os van a poner como melones. Entonces sentimos el primer golpe. A cada uno nos daba nuestro padre, pero no por ello era suave. El mío dio varias veces tan cerca de mis pelotas, que me las cogí con la mano para protegerlas. Cuando terminaron los golpes mi tío dijo que nos perdonaba, que era obvio la sangre caliente en la adolescencia, pero también nos advirtió que, si alguno abordábamos a su hija de forma impropia, se encargaría de que se nos quitasen las ganas de mirar o tocar a otra jovencita. —Se rio al recordar aquellos días.

—Lo teníais merecido —aseveró ella riendo.

—Eres cruel. —Se carcajeó mientras se acomodaba a su lado.

—No, soy realista.

Bostezó y cerró los ojos un momento, solo necesitaba descansar antes de comenzar su confesión. El tiempo pasado detrás de la barra del *pub* y el cansancio hicieron su labor y se quedó dormida. Kylian se dio cuenta, pero no quiso moverse ni dejarla sola, así que se relajó y cerró los ojos hasta caer también en el sopor de la noche.

Así se los encontró Sara cuando regresó. Sintió ternura al verlos juntos, y no quiso despertarlos. En silencio entró a su cuarto y se acostó después de quitarse la ropa. Su último pensamiento fue para la pareja que dormía en el salón. Le gustaba Shannon y se alegró de que Kylian y ella se dieran una oportunidad. Había visto cómo se miraban ambos y supo que algo crecía entre ellos.

Capítulo 29

James Stuart observó a los hombres frente a él. En los dos días que estuvieron vigilando al heredero de la sangre, no sacaron nada en limpio, pese a que estaba seguro de que la chica del serbal era la pelirroja a la que visitaba en cuanto salía del hospital. Habían comprobado que la morena era española y llevaba trabajando en el pub dos años. Saber que era prima de la esposa del MacRae de Eilean Donald Castle, no le gustaba, con toda seguridad tendría contactos, y si salía perjudicada temía las represalias. Había que evitar ese daño colateral.

—Robert ¿has averiguado algo más del heredero de la sangre? —James se cruzó de brazos mientras observaba el salón de su suite, era ostentosa pero no demasiado amplia.

—Nada más que lo que ya he dicho. Trabaja en el ala de pediatría, tiene buena relación con todos en el hospital, en especial con el MacRae, que es el jefe de cirugía cardiovascular. Las enfermeras le rondan mucho —se rio—, pero no tiene, ni ha tenido relación con nadie de dentro del hospital. Dicen que no quiere una novia del ámbito sanitario como compañera.

—Bruce, ¿alguien más que deba tener en cuenta, además de las muchachas a quien visita?

—No, mientras lo he vigilado fuera. Su madre y su hermana murieron en un accidente de coche hace cinco años, y su padre vive solo en el campo. Tiene una finca cercana a Drumnadrochit.

—Y tú, Collum, ¿has encontrado algo?

—Nada, no he podido averiguar ningún dato de la chica, dice llamarse Shannon MacLeod y en su historia médica no hay parientes, lugar de procedencia, ni una sola información. Es como si se hubiera materializado de repente.

—No podemos obviar, que justo cuando ella apareció comenzaron los problemas. Se reunió con él y todos pudimos sentir el peligro a nuestro alrededor. He vuelto a consultar la documentación, y puesto que no hay otra explicación, creo que la chica del serbal es Shannon MacLeod, nacida en Dunvegan en 1547, desaparecida en agosto de 1567 justo después del cambio del heredero, y, por tanto, es la guardiana. No sé cómo lo ha hecho, pero ha viajado en el tiempo para hacer cumplir la profecía.

—No puede ser. Eso sería… —Robert miró escéptico a James. —Brujería. —Collum se puso en pie—. Pero ¿cómo lo hicieron, y de qué manera vamos a corregir esta situación antes de que afecte a la corona?

—Es fácil, ella no existe en nuestra época, y él, aunque tiene conexiones, tampoco es tan importante como para levantar alarmas. —Bruce hablaba mientras miraba por el balcón.

—No somos los únicos que vigilamos al heredero —Collum lanzó la bomba sin proponérselo.

—¿Quién más podría estar metido en esto? —Robert se giró con rapidez.

—Es una mujer, la he visto seguirlos a distancia. Luego se queda en un coche vigilando la calle.

—Sácale una foto y pásala por el programa de reconocimiento facial. —James miró a los tres acólitos y dejó salir el aire, en un intento de ganar tiempo—. Hay que actuar con rapidez. La reina está en Balmoral, dicen que no muy bien de salud. Mientras el príncipe de Gales reclama la abdicación definitiva de Isabel II. Debemos acabar con la amenaza antes de que la situación estalle y se cumpla la profecía.

Los miembros de la logia asintieron, aunque no dejaban de pensar en las consecuencias de lo que tendrían que hacer. Todo fuera por la monarquía de los Windsor y su prevalencia en el trono de Inglaterra.

Capítulo 30

Kylian despertó desorientado, miró alrededor y reconoció el salón de Sara, pero fue el cuerpo pegado al suyo lo que le hizo reaccionar. Shannon dormía abrazada a él en completa inocencia. La luz que se filtraba por la ventana le permitía ver el rostro de la muchacha, tenía unas pocas pecas en el puente de la nariz algo respingona, que le daba el aspecto de un hada. Las pestañas marcaban una media luna perfecta, y a pesar del tono rojizo de las mismas, eran largas y espesas. Recordó cómo sus ojos del color de las turquesas azules siempre tenían una mirada limpia y dulce. Las cejas arqueadas y finas no eran las que estaban de moda entre las muchachas, se notaba que no se las depilaba, pues varios pelos sueltos le daban esa imagen de espontaneidad que tanto le gustaba. Tenía que reconocer que era una muchacha muy bella, y no sabía por qué, se sentía tan atraído por ella.

Se levantó con cuidado y miró el reloj, tenía el tiempo justo de ir a su casa a ducharse antes de entrar en su turno del hospital, pero se resistía a abandonarla allí tumbada. Con cuidado la cogió en brazos y la llevó a su dormitorio, intentó no mirar la camiseta que dejaba ver más de lo que debía y se dio la vuelta para no caer en la tentación. En la puerta estaba Sara, tenía los ojos somnolientos aún, pero le sonreía con descaro. Salieron al pasillo y ella se le enganchó del brazo mientras lo conducía a la puerta de la calle.

—Anoche cuando os vi juntos tuve la sensación de que estabais hechos el uno para la otra. —Se detuvo y lo miró muy seria—. No lo vayas a estropear. —Se empinó y le dio un pico.

—Lo sé, yo también siento que debo estar con ella. —La abrazó —. Cuídamela, voy a trabajar y luego me paso por el *pub*.

En la calle, dos hombres en un Renault Megane oscuro, estuvieron atentos mientras Kylian cruzaba al otro lado para entrar en su casa. Cuando lo perdieron de vista, uno de ellos bajó del vehículo y se despidió con un simple gesto de la mano. Mientras el otro se retrepaba en el asiento del conductor y anotaba la hora en que el sujeto regresó a su casa.

James Stewart despertó en su habitación del Best Western Inverness Palace Hotel. Se quedó mirando el techo un momento mientras ponía en orden sus ideas, giró la cabeza y por la ventana sin cubrir, pudo ver el castillo de Inverness. Maldijo al darse cuenta de que siempre, todas las rebeliones en las tierras altas comenzaban por esta fortificación. Ni aun cambiándola de sitio, los ingleses consiguieron el control total del puerto. El teléfono sonó y lo cogió con desgana.

—Ya sé quién es la mujer que los sigue. Se llama Moira MacLeod, tiene cuarenta años, está soltera, y es detective privado en Edimburgo, donde tiene una agencia en la calle Canongate. No he encontrado nada más, está limpia. Demasiado diría yo.

—Vas a ir allí y averiguar todo lo que puedas. Registra su casa, su oficina. No quiero que se nos escape nada de ella.

Robert colgó el teléfono y salió de su hotel deprisa, cogió el coche alquilado y volvió a Edimburgo. El maestre le había dado la orden sin más explicaciones y, aunque él dudaba de seguir esa línea de investigación, debía obedecer.

James llamó a Collum y pidió el informe de lo ocurrido. Después de saber, que pasó la noche en el piso de las dos chicas sonrió con desprecio, el muy canalla se lo estaba montando con ambas. Bruce le confirmó que las muchachas seguían en su apartamento, y le dio orden de no perderlas de vista.

Capítulo 31

Robert decidió entrar primero en la casa de la detective. Sabía que estaba en Inverness y eso le daba tiempo para registrar con calma el piso. Después bajaría a la oficina, donde la chica que tenía contratada salía a mediodía a almorzar, tal y como ponía en el informe que le dio el detective a quien empleó.

Entró sin miedo después de forzar la cerradura y recorrió el piso con la mirada, todo estaba pulcro y ordenado. Decidió empezar por el dormitorio. Abrió el armario empotrado, apartó con fuerza todos los trajes en busca de algo extraño, y lo encontró. Al fondo había un hueco y al enfocar con la linterna, vio la caja fuerte empotrada. Dejó espacio a su alrededor y comenzó a girar la rueda mientras miraba en el móvil la aplicación. Los números se iban poniendo en verde cada vez que detectaba la serie, cuando los tuvo todos empezó de nuevo los giros hasta conseguir que la caja fuerte se abriera.

En el interior había un sobre con un gran fajo de billetes. Aunque no era eso lo que buscaba, encontró varias carpetas que parecían de casos anteriores, y las ojeó sin que nada le llamara la atención. Entonces lo vio. Era un pergamino pequeño, enrollado con pulcritud y atado a varias cartas de aspecto antiguo. Desató el nudo y leyó impresionado, cada vez más con lo que allí decía.

A pesar de la letra a mano, y el gaélico escocés, pudo entender la importancia de esos documentos, por lo que volvió a enrollarlo y se los guardó en la mochila que llevaba. No sabía si cerrar de nuevo la caja fuerte cuando oyó un ruido. Despacio se giró. Fue hasta la puerta a investigar, pero como no vio nada, se tranquilizó. Iba a darse la vuelta y entonces, un monstruo blanco saltó sobre él sorprendiéndolo. No pudo guardar el equilibrio y, aunque soltó la mochila para ayudarse con las manos, cayó con estrépito y se

golpeó la parte trasera de la cabeza con el pico de la cómoda. Unos ojos almendrados de distinto color, uno azul y otro verde, fueron lo último que vio.

Erin subió en su hora del almuerzo para dar de comer a Gordon. No le gustaba mucho ese enorme gato, pero le prometió a Moira que lo cuidaría y eso hacía. Al destrabar la llave de la puerta se dio cuenta de que no estaba echada. Al principio pensó que su jefa había vuelto y una sonrisa apareció en sus labios, pero de inmediato se dio cuenta de que no podía ser así. Si hubiera regresado la habría avisado. Con dudas sobre si entrar o no, decidió hacerlo con cautela, mientras rebuscaba en su bolso el espray de pimienta que siempre llevaba. Registró con la mirada el salón y lo vio en orden, así que, con pasos inseguros se acercó al dormitorio. Atónita, contempló esa imagen aterradora. Un hombre vestido de negro estaba en el suelo, un charco de sangre en su cabeza era el punto de color de la escena mientras el sonido retumbaba en su mente. Un suave chup chup que la obligó a abrir los ojos y mirar la escena con asco. Gordon, ese gato del diablo, estaba lamiendo la sangre que manchaba el suelo de madera. Sin poder evitarlo dejó escapar un grito.

El gato la miró como si estuviera loca y volvió a su satisfactoria tarea. Erin salió nerviosa y llamó a Moira mientras sus manos no dejaban de temblar. Cuando escuchó que ella descolgaba comenzó a hablar sin coherencia, nerviosa hasta que la voz de su jefa se impuso.

—Escúchame, Erin. Lo primero, tranquilízate y explícame lo qué ocurre, porque no me he enterado de nada.

La muchacha tomó aire y comenzó a contar lo que había sucedido; la puerta que estaba abierta, aunque no había nada fuera de su sitio; y el hombre muerto en el dormitorio mientras Gordon chupaba la sangre del suelo. Moira no lo dudó, eso era cosa de quienes vigilaban a Kylian y Shannon. Los vio y por eso comenzó su ocultación, y cambio de identidad.

—Erin, mira lo que tiene en sus bolsillos y en la mochila, necesito saber quién ha entrado en mi casa.

—¡No puedo registrarlo! ¡Está muerto!

—No seas boba. Si eso es así ya no te hará nada, pero tengo que saber quién es y lo que busca.

Al acercarse se dio cuenta de que el armario estaba abierto y al fondo se veía la caja fuerte sin cerrar, por lo que dejó salir una exclamación y avisó a Moira, quien la animó a cumplir sus órdenes. Si el tipo estaba allí, no le había dado tiempo a llevarse nada.

—En la mochila hay un pergamino enrollado y unas cartas —dijo intentando controlar el temblor de su voz. Se acercó al muerto y buscó en sus bolsillos, pero no había nada, solo una llave. Vio el móvil tirado en el suelo junto a su mano y lo cogió con rapidez—. Tiene un teléfono, y una llave extraña. —Buscó en la mochila negra y encontró un pequeño martillo, pero nada más.

—Escúchame, Erin, es muy importante que compruebes que no sigue con vida.

—No pienso tocarlo. Además, el gato se ha puesto las botas con la hemorragia de este tipo —dijo alarmada.

—¡Aparta a Gordon! No dejes que siga bebiendo sangre. —Moira pensó con rapidez y comenzó a darle órdenes a Erin—. Coge el transportín que está en el altillo del armario y mete a Gordon. Después, mira en la caja fuerte abierta, hay un sobre con dinero y entre los billetes, una llave. Guárdalo todo en tu bolso y luego coge las carpetas que hay dentro, mételas también junto con el pergamino. Baja al despacho y pon todo en una carta de correos, menos el sobre del dinero. Cuando hayas terminado lo llevas a la agencia de transporte y me lo envías urgente certificado tres horas, al hotel Holiday Inn Express Inverness, a nombre de Eduard MacLeod.

—¿Te has vuelto loca? Yo no puedo hacer eso. No tengo la sangre fría de una detective como tú, solo soy una secretaria.

—No te pongas nerviosa, esto no es nada. Tú sigue mis instrucciones y no ocurrirá nada.

—¡Pero que estoy delante de un muerto!

—Tranquilízate y hazme caso. Coge el sobre con dinero y a Gordon, y no vuelvas a tu casa. Te envío en un momento la dirección del *cottage* que abre la llave que hay guardada con los billetes. Ah,

Erin, mete también el móvil de ese tipo, pero antes sácale la tarjeta SIM. De esta forma no lo localizarán.

—Moira, no tengo fuerzas —tembló su asistente—, ni para moverme.

—Escúchame, Erin, lo conseguirás. Es muy simple, no mires el cuerpo y haz lo que te he dicho. No creo que ese tipo actúe solo ¿y si vuelven a por ti?

—Está bien.

Erin asustada, hizo todo lo que le pidió Moira, lo que más le costó fue meter al endiablado animal en su transportín. Maldijo su mala suerte y al gato del demonio que había causado tal estropicio. Bajó al despacho y con dedos temblorosos metió todo en el sobre de transporte. Cargada con el gato y el paquete, fue a la calle y pidió un taxi hasta llegar a la empresa logística. No era la primera vez que enviaba algo urgente y ya la conocían, lo extraño era ver que se había llevado el gato.

Cumplida su misión fue a la estación de tren y alquiló un coche, que condujo hasta la dirección que le dijo Moira. Estaba en Gairloch, una localidad muy turística. Allí estuvo una vez de pequeña con su familia y apenas recordaba mucho, solo el lago y los cálidos días pasados en su orilla.

Capítulo 32

Moira observó el lobby del hotel y reconoció a los huéspedes que entraban, nada la hizo sospechar que la estaban vigilando. Aseguró las gafas de pasta y miró de reojo el espejo, que le devolvió una imagen extraña, largamente olvidada. El pelo recogido en un «moñete» al estilo hípster, la sudadera demasiado grande y los pantalones de bolsillos en las rodillas hacían desaparecer su cuerpo. Las deportivas algo sucias no desentonaban, incluso la barba postiza parecía real.

Salió del hotel con la mochila sin mirar atrás, temía cruzar sus ojos con algún vigilante. Anduvo varias calles hasta que, segura de que no la seguían, se dirigió al hotel Holiday Inn que le dijo a Erin. Ya debería haber llegado el paquete con sus documentos, o eso creyó, pues tenía prisa en recogerlo y alertar a Kylian y Shannon. Había comenzado el momento de la verdad.

—Buenas tardes, tengo una habitación reservada a nombre de Eduard MacLeod. —Sonrió a la muchacha sabiendo el efecto que causaría.

—Un momento. —Se sonrojó la recepcionista y comprobó todos los datos en el ordenador—. La habitación cuesta doscientas veinte libras al día, ¿hará el pago con tarjeta o en efectivo?

—En metálico. —Sacó el dinero de su bolsillo y lo depositó en el mostrador.

—Necesito su documento de identidad. ¿Viene solo?

—Sí, me quedaré una noche. —Dejó el carné y miró a su alrededor en busca de alguna amenaza. Tranquila, al no encontrar ninguna, se volvió sonriente a la chica—. Estoy esperando un paquete, ¿puede avisarme en cuanto llegue? —dijo mientras guardaba la documentación en el bolsillo lateral. —Hace

unos minutos trajo esto un mensajero. —La chica sacó un gran sobre marrón y se lo dio a Moira.

—Muchas gracias.

Cogió el paquete y subió a su cuarto. A salvo en el interior sacó todo lo que Erin le había enviado. Lo primero que hizo fue meter la tarjeta SIM en el móvil, y antes de activarla con el suyo, puso en marcha la aplicación para evitar rastreos, luego conectó el Bluetooth de ambos teléfonos y comenzó a espiar el móvil del muerto. No pudo sacar mucho, la información tenía un encriptamiento muy complicado, pero una fotografía que parecía accidental mostraba la cara de dos hombres, que reconoció de inmediato. Eran los que vio apostados frente a la casa de Shannon. La copió y la envió a su amigo Fergus, por suerte todavía tenía contactos en el MI5.

Se deshizo del moño y las gafas, volvió a peinarse, y luego guardó todo en la mochila. Salió del hotel sin dejar que la recepcionista le viera la cara, debía actuar con rapidez.

Eran las nueve de la noche, las chicas no volvían hasta las once o más tarde, así que dejó el coche a unas calles de la casa de ellas y caminó como si estuviera paseando, pero en realidad comprobaba que no la seguía nadie. Con habilidad trepó por una casa con salida trasera, aprovechó las sombras del estrecho callejón y subió al tejado que estaba a una altura de un tercer piso. Después fue fácil correr por las techumbres hasta encontrar la buhardilla del edificio donde vivía Shannon. Miró al interior y al comprobar que no había nadie forzó la ventana. Quitó el tope negro que impedía sacar la hoja corredera y así pudo extraerla del marco para entrar sin crear ruido. Primero revisó que la casa estaba vacía, y tras asegurarse se sentó en el salón sin encender las luces. Miró el reloj a la espera del regreso de las chicas, que seguro vendrían acompañadas de Kylian.

Capítulo 33

Kylian se despidió de Sara mientras tomaba de la cintura a Shannon, ella no se quejaba y él necesitaba tocarla para aplacar el dolor que sentía si no lo hacía. Miró a la muchacha y sintió que le faltaba el aire. Con pasos lentos caminaban de regreso a casa, no quería llegar y apartarse de ella, sin embargo, estaba seguro de que lo de la noche anterior no se repetiría. Aun así, probaría suerte. Observó las escaleras de acceso a su edificio y le quitó la llave de la mano para adelantarse. Entraron temerosos de mirarse y subieron en silencio las escaleras hasta el tercer piso. Kylian abrió la puerta y le cedió el paso, pero antes de que la muchacha pudiera despedirse se inclinó y la besó.

Juntó sus labios con los de ella. Al principio con timidez, después con más confianza consiguió abrir su boca, e invadió el interior con la lengua. Su sabor era embriagador. No podía dejar de disfrutarla, mientras sus labios se movían con pericia sobre los de ella en un intercambio tan íntimo y especial, que parecía magia. La sintió temblar entre sus brazos y se apartó a desgana. Sin darle tiempo a negarse, dio una patada a la puerta para cerrarla, tomó su mano y entró con ella al salón. No vieron la figura sentada en las sombras.

Moira sintió vergüenza al observarlos, se sentía como una *voyeur*. Al principio se quedó parada esperando que acabaran, pero temiendo que la situación se volviera más comprometida, carraspeó con fuerza al mismo tiempo que encendía la luz. Shannon dio un grito y Kylian se puso delante de ella para protegerla. Levantó los puños mientras miraba a la extraña mujer que los observaba desde el sillón. Estaba sentada, pero no se engañaba, por su altura y complexión podría hacerles daño. Más aún si tenía un arma escondida en esos pantalones llenos de bolsillos.

—No os asustéis, no estoy aquí para haceros daño, todo lo contrario, he venido a ayudaros a escapar. —Moira los miraba todavía incómoda por lo que había presenciado.

—¿Cómo has entrado? ¡Qué tonterías digo! —negó con la cabeza Kylian—. ¿Qué quieres? Aquí no tenemos dinero, y si has visto la casa, tampoco hay nada de valor que puedas vender.

—No soy vuestra enemiga Kylian. Me llamo Moira MacLeod, y soy la protectora del heredero de la sangre.

Shannon al escucharla se apartó del joven médico y miró extrañada a la señora, que se había puesto en pie. Era muy alta para ser mujer, vestía unos pantalones llenos de bolsillos y una sudadera que escondía su cuerpo femenino. El pelo castaño con mechones rojizos y sus ojos oscuros como la noche, no distraían de la nariz demasiado larga y los labios gruesos y grandes. A sus pies, descansaba una gran mochila cargada.

—¿Qué sabes tú del heredero de la sangre? —se atrevió a decir.

—Todo. Bueno, casi todo hasta tu desaparición. Soy descendiente de Bran MacLeod, el hermano de Bohan.

Shannon se acercó a ella sin hacer caso de las advertencias de Kylian. Miró a los ojos a la mujer y pudo ver ciertas semejanzas con Bohan, su fiel guardián. Asintió con la cabeza y le dio la mano al hombre para que se acercara.

—Está bien, cuéntanos lo que ocurrió y por qué estás aquí.

Moira comenzó a relatar cómo la reina María Estuardo llamó a su antepasado, Bran MacLeod, con la misión de encontrar al heredero. La desaparición de Shannon, la muerte de Bohan, el hechizo de la bruja para ayudar en la búsqueda y el pacto sellado con sangre, con el objetivo de que su linaje no descansara hasta encontrar al heredero y a la guardiana. También que los descendientes de Bran MacLeod están condenados a buscarlos. De esta forma, había recibido ese legado.

Explicó el dolor que sintió a principios de agosto, pero que se cortó hasta que a finales de ese mes se volvió insoportable, y la llevaron al hospital. Allí conoció la historia de la chica del serbal, y comenzó a atar cabos. Después de investigar un poco los localizó en

Inverness, y llevaba una semana espiándolos. Incluso que se atrevió a hablar con ellos en el *pub* donde trabajaban.

—No obstante, parece que no soy la única que os busca. Hay un equipo vigilando vuestros pasos, incluso me han detectado a mí. Esta mañana entraron en mi casa y, por suerte, el tipo no consiguió nada —omitió decir que estaba muerto, con toda seguridad por un accidente provocado por su gato—. Mi secretaria me ha enviado lo que buscaban, pero tengo la certeza de que esto precipitará que pasen a la acción. Sois los siguientes, por eso he venido, para poneros a salvo.

—¿Estás loca o qué? Esta historia parece sacada de una película de espías, y nosotros no tenemos nada que esconder. Ni yo soy ese heredero que dices, y por supuesto, Shannon no desapareció en el siglo XVI.

Kylian tiró de Shannon para apartarla de la extraña mujer, pero no se movió. Se soltó de su agarre y se volvió hacia él.

—No sé cómo explicarlo, pero lo que dice es cierto. Soy Shannon MacLeod, nacida en el año del señor 1547, y recibí el encargo de María Estuardo de poner a salvo a su hijo y heredero.

Miró a ambos que no apartaban los ojos de ella mientras les contaba todo lo sucedido, después de sacar al niño del palacio de Holyrood. No la interrumpieron, solo la miraban absortos por la narración, mezcla de historia y magia. Apenas comprensible, pero en su interior ambos sabían que era la verdad. Al terminar vio que Moira asentía con la cabeza y sonreía.

—Ahora todo cuadra. —La detective les contó la historia familiar, el legado del pergamino y el testamento de Bran MacLeod. Les mostró las pruebas, y Kylian no pudo más que aceptar la locura que ambas mujeres le decían.

—Eres el heredero de la sangre Estuardo, entre tus posesiones debes tener la prueba de lo que hablamos. —Shannon lo abrazó.

—Lo único que tengo es un joyero muy antiguo que he heredado de mis antepasados. No entendía por qué me lo dieron, si es una pieza femenina debería estar en manos de una mujer.

Sin embargo, siempre pasó al primer hijo varón.

—¿Dónde está? —preguntó Moira con ansiedad.

—En mi casa de Drumnadrochit, mi padre todavía vive allí. —Sacudió la cabeza—. Él debería ser el heredero y no yo. —Te equivocas. El linaje de los MacLeod de Raasay lo recibiste a través de tu madre. Aunque tu padre sea también del mismo clan, ella desciende de Iain *na Tuaighea*, el hombre en quien confió Shannon para dejar al hijo de María Estuardo y llevarlo con su familia materna, los De Guisa, a Francia.

—Debemos recuperar ese joyero. Vamos a tu casa. —La pelirroja se dirigió a la puerta.

—¡Espera! Antes tienes que cambiarte de ropa, no queremos llamar la atención.

Shannon y Kylian se miraron, y ella comprobó que todavía llevaba puesto el vestido de tabernera en que se había convertido su elegante traje de montar. Hizo un gesto con la mano y corrió a su cuarto para cambiarse de ropa. Se puso unos *leggins* negros y una sudadera del mismo color, no podía hacer nada por la corona brillante que llevaba bordada delante, pero sacó una cazadora vaquera y se la puso para ocultar el brillo de las piedras que construían la corona.

Al salir se los encontró sentados mirándose. No hablaban y le pareció extraño. Un ruido en la puerta los distrajo, estaban manipulando la cerradura. Moira se acercó en silencio, con rapidez observó por la mirilla a los dos hombres que intentaban abrir la puerta sin hacer ruido. Con cuidado puso la cadena de seguridad y volvió junto a ellos, dando señas para que guardaran silencio. Los condujo al cuarto de Shannon, cerró la puerta, y les explicó en susurros, quienes eran los que estaban intentando entrar. Con decisión se acercó a la ventana por la que había entrado y la abrió, indicándoles que escaparan por ahí. Después de discutir en voz baja, Shannon salió al tejado y le siguió Kylian. Moira antes de subir también cerró la ventana. Esperaba despistar a los dos tipos y ganar tiempo para llegar al coche que tenía escondido. Con cuidado corrieron por el tejado hasta el final, pero Shannon se negó a descender por la cañería que le señalaba Moira.

—Está bien, bajaré yo primero. Así si pierdes el agarre podré sujetarte —dijo la detective muy seria.

—Yo iré detrás de ti para ayudarte. No tengas miedo. —Kylian le apretó la mano y le infundió confianza.

Aunque Shannon seguía dubitativa, se acercó temerosa a la tubería de desagüe. Moira llegó rauda deslizándose con habilidad. Ambos miraron asombrados desde su posición en el tejado, la agilidad con que descendió. Shannon se agarró con fuerza y comenzó a deslizarse con lentitud, pues no se atrevía a mirar hacia abajo. Desde arriba, Kylian empezó a bajar también, después de comprobar que la tubería resistiría el peso de ambos. Por un momento, Shannon perdió pie y se quedó colgando. Kylian contuvo el aliento, y esperó a que ella recuperase la estabilidad.

Cuando la muchacha pisó el suelo, le temblaban las piernas y respiraba de forma agitada, aun así, en cuanto Kylian estuvo a su lado, lo abrazó con ansias.

—Vamos, no hay tiempo que perder, seguro que descubrirán por donde hemos huido.

Los tres recorrieron las pocas calles hasta el coche de Moira. Una vez a salvo en su interior comenzaba una escapada que podía tener repercusiones para todos. La detective les dio las últimas indicaciones por su seguridad.

—Debéis avisar a Sara, no puede venir por su casa ni el *pub.* Es mejor que se esconda y, si es posible, que no se quede sola.

Kylian asintió y le mandó un mensaje a su amigo Kendrick MacRae, él se ocuparía de la seguridad de Sara. Después le envió otro a su padre, avisándole de que iba a casa esa noche y que tuviera cuidado si se acercaban extraños. Solo se quedó tranquilo cuando vio la señal del doble *check* azul.

Capítulo 34

James estaba muy nervioso, Robert no daba señales de vida y eso solo podía significar una cosa. Lo habían descubierto. Lo extraño era que se hubiera dejado coger y no escapara, y peor aún que no contactase para dar un informe. Llamó a Collum y le puso sobre aviso, él mismo advertiría a Bruce. Si habían descubierto a Robert tenían que acelerar la misión. Enredado en sus propios pensamientos, maldijo al recibir la llamada de Collum, ambos habían perdido a la chica y al doctor. No encontraron a nadie en casa y por más que peinaron las calles no los hallaron. Tampoco tuvieron resultados al ir a buscar a la otra muchacha. Por lo que suponía que fueron descubiertos.

Fue entonces cuando entendió que se les acabó el tiempo. Lo llamaron de Balmoral, avisándole que tanto el príncipe de Gales como sus hijos estaban camino a la residencia de descanso de la reina. La princesa Ana, Andrew y Eduard ya se encontraban allí o a punto de llegar. Esas no eran buenas noticias. Cuando su teléfono sonó con una música diferente, supo quién era.

—Tienes que actuar de inmediato, ya no nos queda tiempo.

—Lo haré, no se preocupe señor.

Colgó y se puso en marcha con rapidez, dado que no podían retrasarse más. Envió el mensaje de emergencia a sus acólitos y les envió la dirección de Donald MacLeod. Era la única persona que podría echar luz sobre el paradero de su hijo.

Capítulo 35

Llegaron tarde, pero la casa todavía estaba iluminada. Moira aparcó a dos calles de la vivienda de MacLeod, y caminaron entre las sombras que la luna dejaba a su paso. Los árboles del paseo guardaban su acceso y el silencio en la villa guiaba su camino. Kylian llevaba cogida de la mano a Shannon. Todavía se resistía a creer lo que le habían contado, pero las pruebas estaban ahí. La extraña aparición de ella bajo un serbal, la ropa que vestía, su silencio los primeros días, y esa sensación de dolor que se calmaba solo cuando la tenía cerca, y la tocaba. Todos sus años de estudio y ciencia no le prepararon para lo que en unas horas trastocó su vida.

Vio la casa débilmente iluminada y le señaló a Moira la dirección. Los tres caminaron de prisa, sin dejar de vigilar su entorno. Se acercaron por la parte trasera y Kylian entró con cuidado, le hizo señas a las mujeres para que entraran y cerró con llave a su paso.

Las condujo hasta el salón y descubrió a su padre sentado en el sillón orejero. Estaba dormido, un ronquido escapaba de su boca cada vez que soltaba aire. Con suavidad tocó su hombro y le devolvió la sonrisa cuando vio que lo miraba, y sus labios se alargaban en una mueca de felicidad. Después frunció el ceño y se levantó con rapidez de su sillón.

—Kylian, hijo, ¿en qué lío te has metido esta vez?

—No es nada, padre. Solo necesito algo de mi habitación, y nos pilla de camino hacia donde vamos. —Le guiñó un ojo con picardía.

—Vacaciones, ¿eh? Podías haber venido a horas más decentes —se quejó el hombre.

—Papá, tal vez deberías irte a casa de la tía Mildred unos días. —Le tembló la voz.

—Ya te dije que estoy bien, fue un susto. Además, que vengas a estas horas de la madrugada no creo que sea normal, pero no te pediré explicaciones, veo que vienes muy bien acompañado. —Miró a las dos mujeres que estaban junto a su hijo y le dio un pequeño empujón.

—No me quedo tranquilo —dijo mientras iba a su antiguo cuarto.

Donald miró a las mujeres con descaro, ambas eran muy guapas. La pelirroja le recordaba a alguien, pero no recordaba a quién. En cambio, la otra era más mayor y tenía una pinta extraña. No solo por la ropa que vestía, en sus ojos oscuros había algo inquietante que le obligaba a bajar la mirada.

—Debería hacerle caso a su hijo, señor MacLeod —Moira habló con autoridad—. No puedo explicarle nada, pero estamos metidos en una investigación policial, y si llegan hasta usted, no podremos defenderlo.

—¿En qué lío está ahora mi muchacho? —Se sentó derrotado en el sillón y agachó la cabeza.

—No es nada, nos ayuda a aclarar una situación peligrosa. Por eso no queremos que lleguen hasta usted y puedan presionarle a él.

Kylian salió justo a tiempo de escuchar lo que decía Moira. Guardó la caja en la vieja mochila junto con algunas prendas de ropa que quedaban en casa de su padre. Se acercó y se inclinó hacia él.

—No te preocupes, solo será cuestión de unos días, pero yo me quedo más tranquilo si te vas a casa de tía Mildred.

—Está bien. —Donald entró a su cuarto y cogió varias mudas de ropa que guardó en un pequeño macuto, después salió y se acercó al trío que entró a su casa—. Vamos, daré un paseo al fresco mientras voy donde vive mi hermana. Por suerte tengo sus llaves y no la desvelaré en su sueño.

—Gracias, papá, te llamaré en cuanto se resuelva todo.

Los cuatro salieron a la oscuridad solo rota por la luna llena, su brillo de plata iluminaba el camino sin dejar que se perdieran en las sombras por completo. Donald giró en la siguiente calle y le señaló a su hijo la casa de su hermana. Se abrazaron. La despedida fue dura, pues Kylian sintió que podía ser la última vez que lo hacía. No quería

ser pesimista, pero en su interior se removía un pozo negro que empezaba a subir por sus entrañas y se apoderaba de él sin saber en qué terminaría todo esto. Se montaron los tres en silencio en el coche y salieron a la carretera. Una hora después llegaba un vehículo negro y se detenía en la casa a oscuras. Los tres hombres bajaron auspiciados por la negrura exterior y entraron sin hacer ruido en su interior. Al descubrir que estaba vacía, encendieron las luces y comenzaron a registrar sin importar el desastre que dejaban detrás de ellos. James tomó una fotografía de la entrada y observó a la familia sonriente. Un hombre mayor abrazaba a dos jóvenes que miraban con descaro a la cámara. La chica pelirroja tenía gran parecido a la mujer que estaba al otro lado del hombre. Junto a ella la imagen del doctor, le recordó quién era, pues los genes de los Estuardo se veían palpables en ellos. Sus ojos bermejos llenos de inteligencia eran lo más llamativo, sin olvidar la altura de ambos. Dudaba que hubiera muchas familias capaces de llegar a esa estatura.

—James, he encontrado algo. —Collum le enseñó una foto donde el mismo hombre se abrazaba a otra mujer. El parecido entre ambos era innegable—. Es Mildred, la hermana de Donald MacLeod. Según nuestros datos vive a dos calles de aquí, puede que se haya ido con ella.

—Vamos pues, no podemos perder más tiempo.

Los tres hombres salieron sin molestarse en cerrar la puerta, se montaron en su coche y fueron a la dirección que les marcó el GPS. No había luz en la vivienda, así que entraron en silencio y comenzaron a registrar la casa con cuidado. En el primer dormitorio de la planta superior, encontraron a la mujer dormida. Bruce empapó un pañuelo y lo puso sobre la boca y la nariz de la anciana. En el segundo dormitorio encontraron a Donald MacLeod, por lo que comprobaron que no había nadie más en la casa, así que encendieron las luces.

El hombre mayor se sobresaltó al ver el cuarto iluminado con todas las lámparas. No le dio tiempo a decir nada, uno de los tipos que lo rodeaban, le dio un puñetazo en la frente que le hizo perder

el sentido. Lo bajaron al salón y después de atarlo a una silla, esperaron a que se desvelara.

Despertó con lentitud. Parpadeando frunció el ceño y cerró los ojos para suavizar el dolor que la luz le provocaba.

—Vamos, abuelo, no nos hagas esperar más.

Recibió una patada en la pierna y se quejó. Abrió los ojos, sorprendido sin saber por qué lo habían atado y agredido. Entonces recordó a Kylian y su apresurada huida con las chicas. Esta gente buscaba a su hijo y no podía delatarlo. Cierto que no le había dicho dónde irían, pero los vio coger la carretera de Gairloch. Inspiró hondo y se preparó para sufrir los golpes de esos individuos.

—¿Quiénes sois?

—¿Dónde está tu hijo? —El más alto se inclinó sobre él—. Te lo estamos preguntando con amabilidad. La próxima vez no será así.

—¿Y mi hermana?, ¿le habéis hecho algo?

—Duerme en su cama, tranquilo. No despertará en unas horas, pero si la quieres contigo, hay formas de espabilarla —dijo Bruce mientras se limpiaba las uñas con un puñal.

—¡Dejadla en paz, malditos! —Unas lágrimas se asomaron a sus ojos e intentó retenerlas para no mostrar su debilidad.

—Solo tienes que decirnos dónde está Kylian y nos iremos. —James inclinó la silla dejando las patas delanteras en el aire—. Es muy fácil dejarte caer y acabar con los dos para que parezca un accidente. Nadie sabrá nunca nada. —Puso la silla en su sitio—. Tienes dos minutos para colaborar, o sabrás lo que le ocurre a quienes no obedecen.

—Yo no tengo porqué obedecerte, hijo de…

El puñetazo le hizo saltar dos dientes y probó el sabor metálico de su propia sangre en la boca. El miedo lo puso nervioso, pero no podía decirles nada. No solo porque no sabía dónde estaba su muchacho, también porque jamás pondría en peligro a su hijo para salvar su propia vida. Sintió la familiar presión en el corazón. En su brazo izquierdo un dolor anunciaba la repetición de lo ocurrido hace unos meses. Esta vez no se quejaría, no pediría que le diesen su pastilla ni que llamasen a emergencias. Dejaría que la naturaleza siguiera su curso.

El corazón comenzó a latir con tanta rapidez que parecía querer salirse de su cavidad, luego empezó a ralentizarse con la misma celeridad. Solo pudo pensar en su esposa y su hija, muertas hacía cinco años en un accidente de tráfico. Abrió los ojos con calma al verlas frente a él, le tendían las manos. No lo dudó, se levantó libre de la pesadez de su cuerpo y tomó a las mujeres de su vida. Miró atrás y vio a los tres hombres que se movían con rapidez alrededor de lo que quedaba de él. Ya no sentía nada, se volvió hacia ellas y sonrió con una felicidad que hacía mucho tiempo que no tenía.

Su último pensamiento fue para Kylian. Era un chico fuerte y valiente, con amistades poderosas y estaba seguro de que solventaría lo que esos tipos pretendían. No le cabía ninguna duda.

—Está muerto. —Collum miró muy enfadado a Bruce—. Debiste contenerte un poco.

—¡Ya basta! Desatadlo y dejad todo tal y como estaba.

Entre los tres subieron las escaleras, cargados con el cuerpo sin vida de Donald. Una vez arriba, lo lanzaron con fuerza para hacerlo rodar con violencia en la bajada, después apagaron las luces y salieron cuando el alba despuntaba entre las colinas. Se subieron al coche y no les sorprendió la reacción del maestre. James golpeó el cabecero del asiento delantero con fuerza, después de unos minutos respiró en profundidad y se retrepó en el respaldo. Sacó el móvil y miró la aplicación de localización de Robert por si había conectado el teléfono. Nada. Entonces se le ocurrió una idea. Entró en la aplicación de tráfico y buscó las cámaras de Drumnadrochit, recuperó las grabaciones nocturnas y fue cuando lo vio. Era un coche de alquiler con el logotipo de la empresa, pero que de madrugada circulara ese vehículo en la misma población donde podía encontrar al heredero, era mucha casualidad. Miró con más atención y se descargó la fotografía frontal al pasar por uno de los semáforos. Al ampliarla lo reconoció, era el doctor y a su lado estaba la detective. Con toda seguridad, las piernas que se veían asomar por el centro eran las de la guardiana. Comprobó la ubicación y soltó una carcajada de alegría.

—¿Qué pasa, maestre? —Collum miró hacia atrás intrigado.

—Han tomado la carretera en dirección a Gairloch. —Dio un golpe cariñoso a la cabeza de Bruce que estaba al volante—. Vamos a por ellos.

Capítulo 36

Llegaron al cottage muy cansados. Moira los previno para que no hicieran ruido, pues sabía que Erin estaba allí y no quería asustarla. Sacó la llave de debajo de la maceta y miraron asombrados como entraba en la casa. Estaba limpia y ordenada, pero lo que más llamó la atención fue el olor a café recién hecho. Moira entró en la cocina y saludó a la muchacha, tenía puestos unos auriculares, y la tocó en el hombro para llamar su atención.

—¡Moira! —Se lanzó a sus brazos con tanta fuerza que casi caen al suelo.

—Tranquila, Erin, estoy aquí. Ya no te dejaré. —Besó la frente de la muchacha y se volvió para presentarle a sus acompañantes—. Estos son Shannon y Kylian, nos quedaremos un tiempo juntos.

—¿Son los clientes del caso de Inverness?

—Más o menos —contestó sin querer entrar en detalles.

—Hola, muero por un café —dijo Shannon acercándose a la joven ayudante sonriendo—. ¿Puedo servirme una taza?

—Por supuesto, voy a hacer más tostadas y desayunamos juntos.

—Erin, son las siete de la mañana, ¿dónde vas tan temprano? —Moira miró a la chica espantada.

—Es la costumbre. Si no puedo dormir tengo que levantarme o me duele todo el cuerpo. —Rio avergonzada.

—Te entiendo, a mí me pasa igual. —Kylian se sentó en la mesa de la cocina mientras la muchacha ponía las tazas de café humeante.

—Está bien, vamos a desayunar, luego descansaremos un rato. —Moira miró a Shannon y Kylian—. Solo hay dos dormitorios, vosotros compartiréis uno y en el otro, dormiremos Erin y yo.

Tomaron el desayuno en silencio. Hambrientos y cansados no pusieron pegas a la distribución de habitaciones. Kylian cogió la mano de Shannon al terminar y la acompañó hasta el cuarto del fondo, ya que en el primero había visto una mochila sobre la cama, y supuso que sería el de Erin.

Entraron avergonzados. Shannon se quitó la cazadora y se quedó solo con la sudadera de la corona, Kylian se deshizo también de su chaqueta y desabrochó los vaqueros, pero al verla mirar asombrada, y después de saber la realidad de su procedencia, se quedó quieto.

—¿Te importa si me quito el pantalón? Es muy duro dormir con los vaqueros.

—Prometo no mirar. —Se dio la vuelta y se deshizo de las deportivas, unos segundos más tarde se metió bajo las sábanas que olían a romero y lavanda.

—Y yo juro no escandalizarte. —Rio con guasa, pero dentro de su bóxer ocurría todo lo contrario.

Acostados, uno de espaldas al otro, no podían conciliar el sueño, no mientras el calor les atraía como nunca nada lo había hecho. Kylian dejó salir un suspiro mientras se mesaba el pelo irritado por su cercanía, y acobardado por su propia timidez.

—Esto es una tontería, ya hemos dormido juntos y no va a ocurrir nada que tú no quieras.

Kylian se volvió hacia ella y la abrazó. De inmediato sintió que un sofoco le embargaba y el sueño le hacía cerrar los ojos. Shannon se acercó a él deseando que su calor la abrigara siempre, y así se quedó dormida.

Moira miró la cama hecha con pulcritud, Gordon dormitaba a los pies como le gustaba. Se desnudó y se quedó solo con una camiseta y el culote, se tapó con la sábana y golpeó la cama a su lado para que se acostara Erin. Cuando estuvieron juntas la muchacha le pidió que le pusiera al día con la investigación. Entre susurros le contó todo, desde su herencia hasta lo ocurrido cuando encontró a Kylian. Le habló de los hombres que los seguían, aunque todavía no sabía quiénes eran, estaba esperando la llamada de su contacto, Ferguson, para tomar medidas.

Erin miró a su jefa y tragó saliva, sentía que algo la atraía de ella desde siempre. Al estar tan cerca no podía evitar deleitarse con su aroma. Nunca pensó que fuera lesbiana, pero visto todo lo que la hacía sentir, tuvo que reconocer que tal vez fuera así. Aunque también le gustaban los hombres, había tenido varios novios y nunca le desagradó el contacto íntimo. Abrió los ojos sorprendida. Era bisexual, eso o estaba loca por completo. Miró entre las pestañas a Moira, y se mojó los labios con deseo.

—Deja de hacer eso. —La detective observó con fijeza a la muchacha—. No soy de piedra.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado —se arrepintió Erin.

—No quiero hacerte daño, Erin. Eres muy especial para mí, y prefiero tenerte como amiga que perderte cuando descubras…

—Siempre seré tu amiga, no importa lo que hagamos —contestó con rapidez.

Los labios de Erin se posaron con nerviosismo sobre los de Moira. Después de un rato en que ambas se saborearon, la detective dirigió la mano al pecho de la muchacha. La otra hizo lo mismo con aquellos senos que tanto había admirado, redondos y perfectos. Las caricias encendieron el fuego en el centro de su deseo y Erin se abrió de piernas para darle acceso a su amante. El dedo acarició la humedad y se movió en círculos mientras la boca de Moira besaba con maestría los labios de la muchacha. Con descaro abandonó la cara para ir bajando con lentitud hasta los pechos, que masajeó y chupó con avidez. Cuando llegó al pubis no pudo detenerse, necesitaba escuchar sus gritos de placer al llevarla al éxtasis. Su lengua obró magia hasta que la sintió ponerse rígida, entonces tapó su boca para impedir que la escucharan y lamió con fuerza los jugos que se desprendían después del orgasmo.

Erin abrió los ojos con lentitud y se volvió hacia Moira, había sido increíble lo que le hizo, pero se dio cuenta de que su amante no recibió el mismo placer. Se incorporó un poco sobre ella y comenzó a besarla de nuevo tomando la iniciativa. Moira la apartó y se sentó en la cama agitada.

—¿Qué ocurre?, ¿no quieres que te dé el mismo placer que tú me has dado?

—Claro que sí, pero hay cosas que no conoces de mí y no sé si me perdonarás después.

—¿Te refieres a que eres transexual? Hace tiempo que lo sé y no me importa.

—¿Lo sabes?

—Pues claro que si tonta, ¿crees que por ponerte pecho y usar ropa femenina ocultas todo lo demás? Pues no. Hay en ti una forma de afrontar el día a día que es muy masculino, aunque quieras sepultarlo bajo capas de maquillaje. La seguridad con que te mueves, y esa forma de mirar…

—¿No te importa?

Erin observó a la mujer sentada frente a ella y notó todas las dudas que le asaltaban, una inseguridad que la hacía desear tenerla a su lado y fortalecer sus carencias. No sabía si había hecho todo el tránsito, pero quería que confiara en ella. Acercó su mano a la entrepierna y no se sorprendió al notar el bulto moverse entre sus dedos. Se introdujo en el culote y lo sacó para comenzar a masajearlo. Escuchó los gemidos de placer que se le escapaban y se envalentonó hasta tomarlo en sus labios, tal y como ella había hecho antes. No era muy grande, pero sí gruesa. Comenzó un ritmo enloquecedor para ambas hasta que Moira no pudo contenerse más y se rindió a los labios de Erin. Eyaculó como nunca antes lo había hecho, dejando que los restos del orgasmo sacudieran su cuerpo hasta que le abandonaron las fuerzas.

Tumbadas en la cama se tomaron de la mano y se quedaron dormidas. La luz apenas entraba por la ventana cubierta con gruesas cortinas mientras el sueño las acechaba y las hacía sucumbir.

Capítulo 37

James miraba el paisaje a través de las ventanas del coche, el sol comenzaba a salir y, sin embargo, las nubes seguían oscureciendo el cielo. Pensó que se estaban preparando para llorar, aunque descartó semejante tontería un segundo después. Ella había estado en el trono durante setenta años y era hora de ceder su poder a la nueva generación, aunque quien debía sustituirla estaba casi tan decrépito como la que se iba. Sus hijos, sin duda serían mejores regentes. Daba igual cuál de ellos, ambos fueron criados para ostentar el poder y, sin embargo, los relegaron por un padre que apenas podría cumplir los compromisos reales, por mucho que la esposa de este se empeñara en desmentir. Más no había nada que hacer, ni siquiera la investigación que comenzaron los príncipes pudo sacar a la luz la verdad de lo ocurrido en aquel túnel que acabó con la vida de su madre. Gracias a eso la otra pudo por fin tomar el papel que tanto deseó, y ahora se encontraba a punto de hacerlo realidad. No se engañaba, las horas de Lilibeth estaban contadas y a él le presionaban para hallar a quien podría destruir la casa Windsor.

—Estamos llegando a un pueblo —dijo Collum sin mirar atrás.

—Me he dado cuenta —contestó huraño James.

—Entonces ¿qué hacemos? ¿Buscamos el coche circulando o nos bajamos y nos separamos? —Bruce daba golpes con el índice en el volante sin quitar la vista de la carretera.

—Aparca en el centro y busquemos el vehículo. No creo que haya muchos como él por aquí.

Después de media hora paseando por las calles se dio cuenta de que sería imposible encontrar el coche alquilado. El pequeño pueblo turístico estaba lleno de ellos. Los visitantes paseaban sonrientes con sus móviles preparados para hacer fotos mientras las calles

colapsaban de vehículos aparcados. James cogió la llamada de Collum con desidia.

—Lo sé. No hace falta que me lo digas, he visto lo mismo que tú. —Se apartó a una esquina mientras la brisa del mar colapsaba su olfato—. Nos vemos en el coche en diez minutos.

En el aparcamiento disuasorio del pueblo se encontraron los tres hombres, hastiados y malhumorados. Llevaban toda la noche persiguiendo al heredero y no habían dormido ni comido nada. Así se lo hizo saber Bruce mientras señalaba una cafetería a la entrada de la calle. Decidieron hacer un alto en el camino y entraron a descansar un poco, mientras ponían en orden lo que sabían del trío.

—Después de todo esto, lo que más me mosquea es la desaparición de Robert, ahora nos vendría muy bien su habilidad con la tecnología. —Bruce se metió un gran trozo de tostada en la boca y masticó con ansias.

—No sé lo que le ha ocurrido, pero al no dar señales de vida en veinticuatro horas, supongo que lo han eliminado. —James se encogió de hombros para restarle importancia.

—¿Cómo lo han hecho? Él fue a Edimburgo a investigar a la detective y ellos no se han movido de aquí hasta esta noche —Collum negó con la cabeza.

—Con toda seguridad tienen ayuda externa. —James miró al aparcamiento como si por arte de magia aparecieran en Scourie y terminasen su búsqueda.

—Creo que debemos buscar en otro pueblo, seguro que no se han quedado aquí, los hoteles están casi llenos. —Bruce se limpió la boca y se retrepó en la silla.

—Antes de irnos tengo que hacer una llamada.

James salió del local y buscó un sitio discreto para hablar. De inmediato, le cogieron el teléfono y aguantó los malos modos de su interlocutor hasta que este se cansó.

—Escúcheme bien. Estamos trabajando para que usted pueda cumplir su sueño y el de su antepasada, pero no se crea por ello con la potestad de insultarme o presionarme. Que su «tatara» no sé qué, fuera la amante de Enrique VII no le da derecho a nada. Esto

es una ayuda simbiótica, el cumplimiento de un pacto que nos vemos obligados a realizar, y usted es solo una beneficiaria casual.

—No tiene ningún derecho a hablarme así, le recuerdo que pronto yo seré…

—Si no nos deja hacer nuestro trabajo no será nada, porque la profecía se cumplirá, y quien saldrá perdiendo es Inglaterra; así pues, deje de presionar y vaya al lecho de su suegra, antes de que la prensa amarilla vuelva a cebarse con usted.

Colgó el teléfono sin darle tiempo a contestar. Era una descortesía, más aún si como todo aventuraba, lograba subir al trono junto a su esposo. Pero ya le daba igual. Había perdido a un buen acólito en esta locura de profecía. Por si eso fuera poco, estaba agotado de recorrer los pueblos en busca del heredero y la guardiana. Pero, sobre todo, deseaba acabar de una vez con este enmarañado asunto, que llevaba siglos condicionando su legado.

Volvió al restaurante y se sentó junto a sus hombres, necesitaba pensar y encontrar una solución al dilema que se les planteaba.

Capítulo 38

Erin y Moira salieron del dormitorio descansadas y sonrientes, observaron la puerta cerrada del otro cuarto y se miraron con complicidad. En la cocina la joven decidió preparar un pequeño almuerzo mientras despertaban Shannon y Kylian. Moira se sentó ante el ordenador y comenzó a buscar información. Se dio cuenta de que tenía una alarma en el correo electrónico privado, así que accedió después de poner los códigos de seguridad y las confirmaciones externas. Leyó el mensaje de Fergus y perdió el color, este entramado se complicaba por momentos. Estaba tan concentrada en el portátil que no vio a Erin ponerse detrás de ella.

—Moira, esos tipos son inalcanzables. —Se sentó a su lado.

—No es de buena educación espiar a las personas —contestó cerrando el ordenador.

—¡Venga ya! ¿Puedo poner a salvo a tu gato asesino y no fisgonear en el caso?

—Gordon no lo es, fue mala suerte lo de ese tipo.

—Un homicida y un chupasangre. —Se carcajeó—. Quieras o no, me has metido en esto y soy cómplice, lo menos que puedes hacer es decirme en qué me he enredado.

—Lo siento Erin, no me gustaría que te hicieran daño. Cuanto más sepas más peligro corres, y Gordon no es un asesino. Seguro que fue un accidente. —Sonrió a la muchacha y la besó para acallar su respuesta.

Shannon despertó en la gran cama, buscó a Kylian, y al verse sola en la habitación se levantó con rapidez. Al salir al pasillo vio la puerta del baño cerrada y decidió ir al salón. Al ver a las dos

mujeres en una situación íntima se dio la vuelta, pero chocó con un muro de fragante olor a heno fresco.

Kylian la sujetó y sintió que le volvía el ansia por tenerla cerca, por perderse en su cuerpo. No estaba dispuesto a darse otra ducha fría; así pues, se apartó con pesar mientras sujetaba la toalla en sus caderas. Ella al ver el movimiento de sus manos, bajó la mirada y sintió que se acaloraba al comprobar que solo llevaba ese minúsculo trapo. Se quedó observando más tiempo del que pretendía y subió por el amplio pecho cubierto de vello rojizo hasta encontrarse con sus ojos bermejos. Vio que sonreía y se avergonzó aún más.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué huías? —Kylian intentó mantener una conversación para distraerse y dar tiempo a su cuerpo a reponerse.

—No quiero interrumpirlas —susurró avergonzada.

Kylian miró detrás de la muchacha y descubrió a las dos mujeres besándose. Se sintió incómodo por interrumpir esa íntima escena, y tomó del brazo a Shannon para que lo siguiera al cuarto. Cerró la puerta y se apoyó contra ella mientras la muchacha se apartaba y se asomaba a la ventana. Él se acercó y disfrutó de la vista del mar. Apenas les llegaba el sonido del oleaje, aun así, era relajante y hermoso, a pesar de que no hacía sol.

—Les daremos tiempo. No quiero cortarles el rollo —dijo riendo.

—Nunca había visto a dos mujeres —se calló un momento—. No sabía que pudieran… ya me entiendes.

—Tal vez en tu época se escondían más, pero es algo que siempre ha ocurrido. El amor no conoce de sexo, condición o etnia.

—Sé que entre hombres sucede —dijo avergonzada.

—Pues ocurre más de lo que crees. —Se dio la vuelta y sacó un bóxer, poniéndoselo sin quitarse la toalla.

—Perdón. —Shannon se volvió con rapidez hacia la ventana para no mirarlo, aunque se quedó con la boca abierta al darse cuenta de que su imagen se reflejaba en los cristales.

Kylian se percató de que, a pesar de girarse, ella seguía observándolo en la ventana. Sonrió. Quería mirar, pues él le daría algo que ver. Con lentitud se quitó la toalla y se la pasó con cuidado por el pecho y los brazos, secando gotas de agua imaginarias. Se dio la vuelta y se inclinó para sacar de la mochila unos pantalones,

dejando su trasero enfundado en el ajustado bóxer a la vista de la muchacha. Escuchó el sonido seco que producía al tragar y tuvo que contenerse para no soltar una carcajada. Ahora estaba seguro de que no le era indiferente.

Al sacar la camiseta vio el joyero al fondo de la mochila y lo extrajo con cuidado, se acercó a la cama y lo dejó. Se tapó el torso y llamó la atención de la muchacha.

—Ya puedes darte la vuelta, estoy vestido. —Se le escapó una sonrisa cuando vio que estaba colorada como un tomate—. Salgamos para buscar respuestas. —Cogió el joyero y dejó el dormitorio sin esperarla. Si se acercaba estaba seguro de que no podría contenerse. Shannon y una cama cerca, era una combinación que no podía resistir ya.

Capítulo 39

Entraron en el salón y vieron a Moira guardando el ordenador en su bolsa. En la cocina se escuchaba el ruido de la vajilla, había un olor tan rico, que los hacía salivar. La mujer se levantó al verlos llegar, y sonrió.

—Espero que hayáis descansado algo.

—Gracias. No he dormido todo lo que necesito, pero estoy acostumbrado —dijo Kylian sentándose en el sofá y poniendo la caja sobre la mesa—. Este es el joyero que siempre ha estado en mi familia, y que solo podía pasar al heredero. A mí me extrañó que mi abuelo me lo dejase, en vez de a mi hermana. —Sus ojos se volvieron tristes al recordarla, pero se rehízo enseguida.

—Bien, veamos si tiene algún secreto.

Moira lo abrió y miró en su interior con curiosidad. Estaba vacío, aun así, el peso era considerable. Observó con interés el fondo por si descubría algún compartimento oculto, pero el terciopelo rojo que revestía su interior no dejaba ver nada. Lo cerró y lo sacudió junto a su oreja. Sorprendida, lo agitó de nuevo y el sonido se repitió. Era un toque sordo, apenas audible, pero estaba segura de que contenía algo oculto en su interior. Le dio la vuelta y fue pasando los dedos con lentitud por el dibujo taraceado del exterior. Las losetas de madera de distinto color eran muy llamativas. Sin embargo, no era de estilo árabe, aunque fueran ellos quienes inventaron la técnica. Abrió el joyero y metió el dedo en vertical. Miró la parte externa y se dio cuenta de que había mucha más altura por fuera que por dentro. Volvió a registrar la caja desde el exterior, dejando que la yema de sus dedos leyera el dibujo, como si de un sistema braille se tratara.

—No lo encontrarás. Yo también he intentado buscar el cajón oculto, pero nunca he podido abrirlo —dijo Kylian con seriedad.

Moira no le hizo caso y continuó con su inspección. Notó el cambio de grosor entre dos marcas, siguió la línea, e intentó meter la uña para forzarlo a salir, pero no tenía suficiente espacio. Shannon la miraba atenta, también vio la diferencia de grosor en la línea. Cansada de observar, y no obtener resultados se inclinó y le cogió el joyero.

—Déjame intentarlo a mí.

Recorrió con los dedos el extremo inferior que delimitaba la línea y tiró hacia ella, cuando notó que algo se movía, se le escapó una exclamación. El resto contenían el aliento, atentos a sus progresos.

Volvió a tirar de la pieza y sintió que se desplazaba. Pero se encontraba atorada, con toda seguridad el paso del tiempo había hinchado la madera y sería muy difícil de abrir. Hizo movimientos laterales, luego volvió a tirar hacia ella y el compartimento comenzó a moverse. Con paciencia y haciendo los mismos movimientos consiguió ir abriendo con lentitud el cajón secreto, hasta que al llegar a la mitad de la abertura el contenedor se deslizó hacia afuera revelando su interior. Todos se quedaron mirando lo que allí se escondía, aunque nadie se atrevía a tocarlo. Moira sacó primero el pequeño paquete envuelto en terciopelo y lo abrió con cuidado. Ante ellos se desveló el anillo con un sello real. Kylian sacó del fondo del cajón un pergamino amarillento cerrado con lacre de cera. Lo abrió con cuidado, y comenzó a leer la carta escrita con pulcritud en letra cursiva. No entendía el idioma, pensó que era francés casi con toda seguridad, y a él nunca se le dio muy bien, más aún cuando las palabras estaban escritas de una forma tan artesanal.

—No lo puedo leer. —Le tendió el papel con cuidado a Shannon —. Tal vez a ti te cueste menos trabajo hacerlo.

La muchacha cogió el pergamino y comenzó a leer en voz alta:

«Palacio de Holyrood, 16 de julio de 1566

Para mi querido tío Francisco, Duque de Guisa.

Hallándome en precaria situación y, desesperada, acudo a vos para que acojáis a mi pequeño Jacobo Carlos Estuardo bajo vuestra

protección. La situación en la corte escocesa es beligerante e incierta, lo que me hace temer por la vida de mi hijo. Sé bien que la reina viuda Catalina me conminó a volver a Escocia y solucionar los problemas aquí, pero no puedo hacerlo si a cada instante espero se tomen represalias contra el príncipe. No confío en mi esposo Lord Darnley, pues sus ansias de poder y malos consejeros lo enfrentan a mí constantemente. Con la ayuda de una de mis fieles damas, os hago llegar no solo al heredero de la corona escocesa e inglesa, también la prueba de ello. Junto a esta carta os entregarán el sello que Francisco me regaló el día de nuestra boda. En cuanto él esté a salvo con vos, escaparé de la tutela a la que me siento resignada para que, desde Francia y con vuestro asesoramiento, recuperar lo que los lores protestantes me han quitado.
Saludos
María Estuardo».

Cuando terminó la lectura todos los presentes en la sala se quedaron sorprendidos, nadie se atrevía a decir nada. Moira volvió a mirar el anillo en su mano, le hizo una fotografía y luego la subió con la búsqueda de Google por imágenes. De inmediato comenzaron a aparecer referencias del anillo, era el escudo de Francisco II de Francia, el primer esposo de María Estuardo. Las flores de lis de la Casa de Valois-Angulema en la parte superior y las armas de Angulema en la inferior. No cabía la menor duda. Buscaban una prueba y tenían dos. Por un lado, la carta de la reina y, por el otro, el anillo de los Valois.

Apretó la joya en su puño y se puso en pie mirando a Kylian.

—Ya no hay ninguna duda, eres el heredero de la sangre de los Estuardo. Con esto podemos reclamar tu derecho al trono de Escocia y de Inglaterra, ya que, por muchos años que hayan pasado, la usurpación de la línea de descendencia real puede revertirse. Tus derechos a la corona son los primeros.

—Un momento. ¿Quién te ha dicho que yo vaya a reclamar nada? Me gusta la vida que tengo. Es la única que quiero, todo lo demás me importa una mierda.

Kylian se paseó nervioso por la sala bajo el escrutinio de las tres mujeres, le daba igual que siglos atrás hubieran urdido un plan para rescatar a María y a su hijo de las garras de los consejeros protestantes. Él era un hombre normal, tenía una carrera y con suerte, podría formar una familia con la chica que le quitaba el sueño. Más allá de eso nunca tuvo aspiraciones de ningún tipo.

—No lo entiendes. Tú no lo decidiste, pero desde el momento en que Shannon llegó del pasado, se puso en marcha el conjuro que unía vuestras vidas. Ella es la guardiana, así lo juró ante María y ante Dios. Tú eres el heredero de la sangre y nada puedes hacer al respecto. Quieras o no, tienes que romper el juramento para intentar regresar a la normalidad, pero si lo haces, puede que ella tenga que retornar a su época.

Kylian se giró de inmediato hacia Shannon que los observaba con los ojos muy abiertos. Ella sacudió la cabeza negando, no podía permitir que él renunciara a su legado. No después de cómo tuvo que proceder su antepasada, la reina María. Nunca se perdonaría por algo así.

—Yo no importo. Hace tiempo prometí que guardaría el secreto, y ayudaría a proteger la sangre de María Estuardo. Y eso es lo que haré.

—Pues si reclamo la corona inglesa, me van a llover puñales por todas partes. Luego tu misión será que yo no acceda el trono. —Sonrió satisfecho por esta aclaración que los desvinculaba de intrigas palaciegas.

—¿Estás seguro? Yo soy la protectora y puedo alzarte al trono. Será difícil, pero no imposible, dada la precaria salud de la reina y la baja popularidad del príncipe de Gales.

—Me da igual. No pienso meterme en ese avispero y, si ese es el motivo por el que nos persiguen, tenemos que dejarles claro que se equivocan.

—Sus deseos son órdenes, majestad —dijo riendo Moira, y se ganó una mirada furibunda de Kylian—. Veremos si podemos contactar con el grupo que nos persigue, y les digo que están en un error.

Moira cogió el móvil del hombre que entró en su casa y salió apresurada de la habitación, segundos más tarde escucharon cómo puso el coche en marcha y se fue con él. Los tres se quedaron sin saber qué decir. El ambiente se había enrarecido y nadie rompía la quietud, hasta que Gordon entró con su andar pausado y sus casi ocho kilos de enormidad gatuna, los miró con sus ojos de distinto color, luego se subió al sofá donde se acomodó, y comenzó a lavarse sus partes ante la mirada de todos.

—Este animal me pone los pelos de punta. —Erin se metió en la cocina y los dejó hablar a solas.

Shannon no sabía cómo sacar el tema, pero necesitaba conversar con Kylian y decirle lo que sentía, lo que quería. Carraspeó y se aposentó junto a Gordon acariciándolo, mientras comenzaba a hablar con timidez.

—No quiero volver a mi tiempo. Lo he estado pensando… —Miró a Kylian con descaro—. Me gustas. No sé si yo a ti, pero si estás de acuerdo, podríamos empezar una relación juntos.

El joven médico se quedó con la boca abierta, pues nunca pensó que ella, viniendo del siglo XVI podría tomar la iniciativa. Sonrió con descaro y se acercó hasta ponerla en pie, sus ojos se miraron con deseo y, aun así, él no se atrevía a dar el primer paso. Shannon se enganchó de su cuello y lo hizo descender hasta que sus labios se rozaron en un beso dulce y tierno.

Capítulo 40

Moira detuvo el coche en el cruce de caminos, puso la tarjeta SIM y encendió el móvil. Casi al mismo tiempo saltó una alerta de rastreo en su teléfono, pero no le hizo caso, lo tenía todo controlado. Pulsó el botón de llamada de emergencia del móvil requisado en su apartamento, y esperó con los dedos cruzados. Inmediatamente contestó una voz enfadada.

—Robert, capullo, ¿dónde te has metido? Llevamos un día entero sin localizarte y las cosas se están poniendo cuesta arriba.

—Robert está muerto —contestó la detective silenciando el otro lado de la línea—. Soy Moira MacLeod y quiero hablar con vosotros.

—Dime dónde estáis y nos vemos.

—No, esto no funciona así, James Stuart.

El interpelado se quedó en silencio al escuchar que lo llamaba por su nombre verdadero. Aun así, se recompuso y atacó de nuevo.

—Esto irá como yo diga, o atente a las consecuencias.

—No me amenaces, no te tengo miedo. Y si te pones borde, cuelgo y me voy a la prensa amarilla con esta jugosa noticia.

—No tienes nada. No lo puedes probar —dijo con seguridad.

—Te equivocas, tengo en mi poder un pergamino firmado y sellado por María Estuardo donde explica lo sucedido, el anillo de Francisco II de Francia, y varias cartas de mi antepasado que corroboran el intercambio. Además, tenemos al heredero. Si se hace una prueba genética se demostrará quien es el descendiente de María Estuardo, y el engaño al que se sometió a toda Inglaterra. No es fácil, pero borrar de un plumazo al primer rey gay del Reino Unido, y recuperar la línea de sucesión de los Estuardo, será un tema muy jugoso para la prensa amarilla. No te engañes, aunque he

visto la fotografía de ayer de la reina en Balmoral, es cuestión de días, sino horas, que cambie la línea sucesoria.

—¿Qué quieres?

—Reúnete conmigo en el Best Western Inverness Palace Hotel, dentro de dos horas.

—No estoy en Inverness, necesito más tiempo para llegar.

—Está bien, nos vemos a las cinco para tomar el té.

Moira apagó el teléfono requisado y mandó un mensaje a Erin, informándole de que no la esperasen a comer, no quería poner en peligro a nadie más. Tomó de nuevo la carretera a Inverness y comenzó a trazar sus planes. Sabía que la logia de James sería dura de roer, pero ellos tenían mucho más que perder.

Stuart miró a sus acólitos y se pellizcó el puente de la nariz mientras pensaba en cómo darles la noticia. Por un lado, le venía bien que la detective quisiera hacer un trato, pero no era eso lo que necesitaban. Tenían que acabar con este entuerto enseguida, y que ella supiera, la delicada situación de la reina los dejaba en clara desventaja.

—Robert está muerto.

—Hija de p… —Collum calló por un momento—. ¿Ha sido ella?, ¿la detective?

—No lo sé con seguridad. Eso lo aclararemos en cuanto nos reunamos. —Miró a los dos hombres con el ceño fruncido—. Tenemos que volver a Inverness, la muy zorra ha concertado la reunión en mi hotel.

—Pues sí que es lista, no nos dimos cuenta de que nos espiaba también a nosotros. —Bruce sonrió con guasa—. Acechaba a los vigilantes. Ja, ja, ja.

—Déjate de bromas y vamos al coche antes de que me arrepienta y te ponga una sanción. —James salió del local y se dirigió al vehículo con pasos lentos.

—Tendremos que preguntarle qué ha hecho con el cuerpo, no podemos dejar que desaparezca así por las buenas. Después de todo, era el conde de Huntly.

Capítulo 41

Erin leyó con incredulidad el mensaje de Moira y se le escaparon las lágrimas. Kylian se apartó de Shannon, y al ver cómo se sacudían los hombros de la otra muchacha, se acercó a ella con curiosidad. Al darse cuenta de que estaba intentando contener el llanto, puso la mano sobre su hombro y se agachó para mirarla a los ojos.

—¿Qué te ocurre muchacha?, ¿por qué lloras?

—Moira me ha mandado un mensaje, dice que se va a reunir con esos tipos sola, en Inverness.

—No te preocupes, es una mujer inteligente y sabe cuidarse. —La abrazó con afecto consolándola—. ¿Te ha dicho donde se encontrarán?

—No, solo dice que va camino a Inverness a reunirse con ellos.

—Pues entonces vamos para allá —dijo Shannon con rapidez.

—No podéis ir, os pondréis en peligro y ella no me lo perdonaría nunca.

—No te preocupes, sabemos cuidarnos, y si llega el caso, puedo buscar ayuda.

Kylian le guiñó un ojo y fue al salón para recoger las pruebas de su maldito legado, volvió a meterlas en el cajón secreto del joyero y lo dejó en el cuarto, como un adorno más en la cómoda.

Al salir se encontró a Shannon que le sonreía y sintió un pellizco en el estómago por lo que iba a hacer.

—Tú te quedas con Erin, volveré en cuanto pueda.

—De eso nada, yo me voy contigo. No pienso esperar aquí a que me den malas noticias. —Se cruzó de brazos.

—No te las darán y es mejor que estés a salvo. Además, no puedes dejar sola a Erin, tendrá un ataque de nervios.

—No me vas a engañar, si sales por esa puerta buscaré un transporte a Inverness, y te seguiré.

—Está bien, pero harás todo lo que yo te diga.

Sacó su móvil y lo encendió para preguntar a su padre cómo estaba. En cuanto se puso en marcha comenzaron a salir notificaciones. Asustado, miró quién lo intentaba localizar, y se quedó blanco al ver el mensaje de su tía. Nervioso, abrió el WhatsApp y leyó incrédulo lo que ponía. Tras ello, la llamó de inmediato. No dio ni dos toques cuando respondió al teléfono.

—Kylian, muchacho, menos mal que das señales de vida. Ha ocurrido algo horrible. —El llanto colapsaba la voz de la mujer—. Anoche no sé por qué tu padre vino a mi casa a dormir, yo ni me enteré. Lo que ocurre es que al levantarme lo he visto tumbado en el suelo. Creo que cayó por las escaleras y… está muerto. —Volvió a llorar—. Se lo acaba de llevar el equipo forense.

—Estaré ahí enseguida —contestó conteniendo el llanto.

—¿Qué ocurre? —Shannon cogió su mano e intentó acercarse a él.

—Mi padre ha muerto. —Limpió las lágrimas que comenzaban a brotar—. Tengo que ir a Drumnadrochit.

—Voy contigo. —Shannon corrió al dormitorio y cogió ambas chaquetas, cuando regresó él ya estaba saliendo por la puerta.

—Si hablas con Moira, dile lo que ha pasado —le dijo a la otra muchacha mientras Shannon lo seguía.

—No te preocupes, y tened cuidado. —Erin se quedó mirando al gato acurrucado todavía en el sofá y sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, lo que la puso en tensión.

Capítulo 42

Moira sacó su maleta del coche y se registró en el hotel con una identidad falsa. Era demasiado caro para su gusto, pero si quería sorprender a la logia tenía que estar allí. No la reconocerían con el disfraz que había preparado. Después de todo, ellos esperaban a una mujer.

—Muchas gracias, señor MacLeod. Su habitación es la 215, está a la izquierda de la salida del ascensor. Le deseo una buena estancia en las tierras altas.

—Gracias, yo también lo espero. —Su voz sonaba algo ronca, pero consiguió darle el toque masculino que siempre le imprimía cuando tomaba la identidad de Eduard.

La recepcionista se quedó mirando el trasero del nuevo cliente. Siempre le habían gustado los hombres de pelo largo y barba, más aún desde que se puso de moda el estilo hípster. Los vaqueros se le ajustaban de tal forma que dejaban ese redondeado culo para observarlo y, si tuviera valor, tocarlo. Paladeó sonriendo por sus propios pensamientos.

Cuando entró en su habitación se tumbó en la gran cama y cerró los ojos mientras recordaba las horas pasadas con Erin. Había sido una experiencia maravillosa. No quería hacerse ilusiones, pero intuía que la muchacha sentía por ella algo más que atracción, y si eso era así, no lo dejaría pasar. Cogió su móvil y le mandó un mensaje a Erin, antes de apagarlo de nuevo vio que ella le había contestado. Leyó con incredulidad las noticias y se puso en pie con rapidez. Volvió a escribirle con apremio.

«No te muevas del cottage, yo me encargo de todo. No olvides correr todas las cortinas por la noche, para que no salga luz de la casa».

***

Kylian aparcó frente a la casa de su tía. No esperó a que bajara Shannon, sino que entró como un tornado.

—¡Tía Mildred! —gritó al entrar.

—Kylian, muchacho, por fin has llegado. —La mujer se abrazó a él y rompió a llorar.

—Cuéntame lo que ha pasado.

—No hay más que contar, cuando me levanté lo vi al fondo de las escaleras. El cuerpo estaba muy frío, por lo que hacía tiempo que había caído.

—¿No escuchaste nada?

—No, muchacho. Anoche me tomé mi pastilla para dormir y desperté tarde. No sé ni a qué hora vino tu padre.

—Es muy raro. Si dio ese tremendo traspié y cayó por las escaleras, algo debiste escuchar.

—Pues no, no oí nada. —Rompió a llorar de nuevo.

—¿Dónde lo han llevado?

—La funeraria de Macintosh está preparando el funeral. Me llamaron hace media hora, dicen que a las cinco estará en la sala del velatorio.

—Está bien, no te preocupes por nada, ya estoy aquí.

Fueron al tanatorio donde se velaría al difunto, Kylian sospechaba que no había sido una muerte natural. No podía ser tanta casualidad, que les persiguieran un grupo de fanáticos realistas y que su padre tuviera ese accidente fatal. Shannon los miraba sin decir nada, entendía su dolor, aunque muchas de las cosas que hablaban le sonaban a chino; así pues, tomó la misma decisión que cuando se dio cuenta de que había traspasado la barrera del tiempo: escuchó y observó asimilando todo lo que decían.

Al llegar al tanatorio pasaron a la cabina donde mantenían el cuerpo refrigerado, el dueño de la funeraria les dio el pésame y los dejó a solas con el difunto. Kylian se acercó y tocó la protuberancia de la frente. Es lógico que, si caes por la escalera, el golpe ahí sea

de los primeros, pero notó que bajo el maquillaje se escondía también un morado en la mandíbula. Algo difícil, pensó. O te pegas en un sitio o en otro. No puede ser que todos los golpes los recibas en el mismo lado y a distinta altura. Cogió la mano y notó la rugosidad en la muñeca, eso no podía ser de una caída. Apretó los puños sabiendo que la muerte no había sido por accidente. Shannon los observaba callada en un rincón, sentía la pena de Kylian, pero también supo que si permanecían allí los encontrarían seguro. Dejó que se despidiera de su padre y al mirar el reloj sintió una opresión en el pecho. Eran las seis de la tarde, la reunión de Moira con toda seguridad había tenido lugar y las dudas le asaltaban con mayor inquietud.

Capítulo 43

La detective observaba a los tres hombres sentados en el discreto salón, se acercó y sin decir nada ocupó el sillón vacío. Los cuatro la miraron indecisos hasta que James se inclinó hacia ella.

—Perdone, pero estamos esperando a una persona y usted se ha sentado en su sitio.

—¿No me diga? —Se carcajeó Moira para ponerlos nerviosos.

—Se lo afirmo con buenos modales. —James frunció el ceño mirando con rabia al hípster que se sentó con ellos.

—Tal vez deberían ser más avispados y reconocer a la persona que esperan. —Levantó un brazo y llamó al camarero del hotel que pasaba—. ¿Puede traer un servicio de té y pastas por favor?

—Enseguida, señor. —El mozo los dejó solos para atender el pedido.

Moira observó a los tres hombres con descaro, olía el poder que emanaba de ellos. Sobre todo, de James Stewart, pero también se dio cuenta de que esto para esos hombres era un juego, algo que siempre tuvieron presente, aunque no estuvieran seguros de participar. Pensó en el tipo que yacía muerto en su dormitorio, como le dijo Erin, y chasqueó la lengua con desaprobación. Nunca debieron empezar esa loca búsqueda y menos aún llegar tan lejos. La época en que sus títulos y apellidos podían borrar cualquier barbaridad había quedado muy atrás, y eso es lo que debía hacerles notar. El tiempo pone a cada uno en su lugar, y ellos no aceptaron que su llamada caducó hace años, tal y como estaba planteada.

—No tengo mucho tiempo que perder, al grano. —James se incorporó para acercarse al hombre sentado a su izquierda.

—Es muy sencillo, tenemos pruebas que pueden cambiar la línea sucesoria de la corona. Pondrán en duda la legitimidad de los

Windsor, como se conocen ahora. Lo más importante, escúchenme bien —se acercó al círculo de cabezas que estaban formando—, es que el verdadero rey ha aparecido, y aunque no está preparado para asumir semejante tarea, podría planteárselo solo con el fin de darles una patada en el culo a ustedes y a todo aquel que lo persiga.

—Eso estaría por ver. —James frunció el ceño y bajó la voz—. Hace siglos que esa línea sucesoria se cortó, incluso los alzamientos jacobitas perdieron ese derecho.

—Bueno, no seré yo quien lo decida, para eso tenemos los juzgados y la opinión popular. —Sonrió satisfecha—. Este asunto no le vendrá muy bien al príncipe ni a su esposa, más aún cuando en Balmoral están todos casi de luto.

—Eso no es cierto, ayer salió una foto de la reina y sigue en pie. —Collum no pudo evitar intervenir.

—¿Están seguros? No es esa la información que yo tengo. —Se puso en pie cuando el camarero volvió con la bandeja del té—. Gracias, déjela en el centro, que ya nos servimos nosotros mismos. —Le dio un billete de cincuenta libras—. Quédese con el cambio.

Todos miraron al camarero marcharse y esperaron a quedar fuera de su alcance auditivo.

—Da igual lo que nosotros pensemos, lo importante aquí es que hay una profecía a punto de cumplirse y ustedes tienen la oportunidad de detenerla. —Se puso en pie para marcharse—. En dos horas volveré a recepción a recoger su respuesta. Solo deben poner un «Sí» y aceptar el trato, y yo me encargaré de que no haya ruido en torno a este asunto. —Dio una palmada de complicidad en la espalda de James. Sin que se dieran cuenta le pegó un hilo casi invisible.

Los tres hombres se quedaron atónitos al ver cómo los dejaban allí plantados. James levantó la mano para detener a Bruce que iba a seguirlo. Con naturalidad sirvió un poco de té en las tazas e indicó a cada uno que tomara la suya. A regañadientes comenzaron a beber el líquido caliente mientras los acólitos no dejaban de observar a su maestre.

—Mierda, ya podía habernos invitado a un buen *whisky* —se quejó Collum.

—No llaméis la atención. De momento vamos a dejar que se marche, porque estoy de acuerdo con él. Todo este asunto no nos lleva a ninguna parte y, sin embargo, puede hacer mucho daño a la familia real en estos momentos tan duros. Aceptaremos el trato por el bien de ellos y de Inglaterra. —Miró muy serio a los hombres—. Ahora debéis ir a Edimburgo a recuperar el cuerpo de Robert, ya os avisaré si hay novedades.

—¿Lo vamos a dejar ir sin más? Puedo seguirle para saber dónde se esconden.

—No es necesario, seguro que el heredero está en el velatorio de su padre.

Collum y Bruce se despidieron del maestre para cumplir sus órdenes mientras James subía a su habitación en el hotel. Debía informar que todo había acabado, al menos en cuanto a ellos tocaba. Cosa distinta es que la princesa aceptara los hechos y se quedara quieta.

Marcó su número, tuvo que repetir la llamada porque no se lo cogía. Cuando por fin lo hizo, comenzó a explicar el trato que les había propuesto el hípster.

—Vale, deja que se confíen y después acabáis con ellos. No quiero ninguna sombra rondando en este momento, mi marido está en Balmoral y no son tiempos de dejar esto en el aire.

—¿Ha escuchado lo que le he dicho? Vamos a aceptar el trato porque es lo más conveniente para todos. Incluso a usted le conviene. Si algo de esto saliera a la luz, dudo que consiga lo que su antepasada no pudo.

Cierto que consiguió casarse con el príncipe mientras que ella no pasó de amante del rey, pero ambas quedarán igual, a los pies de una corona que nunca podrán lucir.

Colgó el teléfono y rezó para que esa obtusa mujer le hiciera caso. Guardó sus cosas en la maleta y salió a hacer el *check out*, tenía que estar en Balmoral cuando saltase la noticia.

Moira se perdió entre la gente que transitaba por el *lobby* y consiguió llegar a la puerta de servicio. Se coló hasta las cocinas y tomó el ascensor de los trabajadores para ir a su habitación. Con prisa, se cambió de ropa y se vistió como una turista más, se puso la

peluca morena, las gafas y guardó sus cosas en la maleta. Tras ello se miró al espejo y sonrió satisfecha. No la reconocerían, aun así, esperó media hora más para salir de la habitación.

No pensaba recoger la nota con la respuesta, solo tenía que hacer una llamada y lo sabría. Miró en Internet las noticias y sonrió con pesar por la ironía, todos estaban pendientes de la vida de una reina que nunca debió llegar al trono. No solo porque a quien le correspondía se apartó, sino para restablecer la línea sucesoria ocultada y sepultada bajo el engaño desde hace siglos.

Llamó a Erin para saber cómo estaban y así perder el tiempo antes de salir sin problemas del hotel. La muchacha le cogió el teléfono de inmediato.

—Moira, ¡menos mal que has llamado! Se han ido, ha muerto el padre de Kylian. Lo siento, no me hicieron caso. —Erin tomó aire—. ¿Ya has tenido la reunión con los malos?

—Sí. —Moira sonrió ante el nombre que les dio su secretaria—. Ya está arreglado. No habrá problemas, pero por si acaso, tú quédate todavía en el *cottage*.

—De todas formas, no puedo irme, se llevaron el coche que alquilé. —Se encogió de hombros resignada como si al otro lado de la línea la pudiera ver su jefa—. Me tomaré estos días de vacaciones.

—Pues descansa. En cuanto pueda te recojo y volvemos a casa.

Se despidieron y Moira abandonó la habitación del hotel con más prisa de la que debiera para no llamar la atención. Dejó la tarjeta con la llave de su alojamiento, luego le explicó a la recepcionista que le surgió un imprevisto, por lo que debía marcharse. No le extrañó a la muchacha, más de un cliente había salido con esas prisas, lo que sí llamó su atención es que era la habitación del hípster que le gustó al hacer el *check in*. Guardó la llave para restaurarla y se lamentó de no haberlo visto de nuevo.

Moira llamó a Fergus y le pidió que localizase el velatorio de Donald MacLeod. Mientras guardaba sus cosas en el coche le llegó el mensaje de la ubicación, al leerlo no le extrañó que fuese en Inverness. Miró el reloj y comprobó que eran solo las siete de la tarde, así que condujo hacia el tanatorio que le había indicado su amigo y guardó el coche en el *parking*. En la oscuridad del vehículo

se deshizo de la peluca y las gafas para volver a convertirse en ella misma.

Buscó un banco desde el que observar las entradas y salidas de los que querían dar el pésame y allí controló a los asistentes. Aunque estaba segura de que James Stewart había aceptado el trato, no podía confiar del todo, no mientras la situación fuera tan delicada en Balmoral.

Capítulo 44

Collum y Bruce llegaron al piso de la detective. Con una llave maestra y un golpe seco consiguieron abrir la puerta y, al entrar, casi se mueren del susto. Ante ellos, sentado en el sofá y comiendo palomitas, estaba Robert. Se acercaron y revisaron al que creían muerto. Su pelo moreno, desordenado más de la cuenta, su barba cuidada y los ojos verdes. Sin duda era él.

—¿Qué coño haces? Nosotros pensando que estabas muerto y tú aquí tan tranquilo comiendo palomitas.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Me conocéis?

Collum y Bruce se miraron asombrados, después se dieron cuenta de que su amigo estaba en buenas condiciones. Algo sucio para lo que era normal en él, aunque se le veía bien.

—Robert, ¿no nos reconoces? —Collum se sentó a su lado.

—No. —Los miró extrañado—. ¿Así me llamo?

—Hostia puta… —Se inclinó sobre la cabeza de su amigo—. Tiene un buen golpe.

—¿No recuerdas nada? —insistió Collum.

—No. Me desperté hace un rato con dolor de cabeza y hambre. No encontré alimentos, así que me hice las palomitas, aunque esto no sacia mi apetito. —Parpadeó como un búho y siguió engullendo del bol.

—Voy a llamar a James para informarlo. —Collum marcó el número del maestre y no tuvo que esperar mucho para que le respondiera.

—Dime. —Stuart salía del hotel cuando recibió la llamada.

—Robert está vivo. Tiene un buen golpe en la cabeza y nada más, aunque parece que ha perdido la memoria, porque no recuerda

ni su nombre.

—Mierda. —Pensó por un momento dónde atenderían mejor al Douglas y se decidió—. Volved a casa de inmediato y que lo atiendan. No os separéis de él. ¡Ah!, y avisad a su madre, ella se encargará de que no le falte de nada. Yo voy a finiquitar este asunto.

Collum colgó satisfecho, pues volvían a casa que era lo importante. Le dijo a Bruce las órdenes del maestre y se pusieron en marcha al aeropuerto.

***

La mujer miró ansiosa al *capo* y se irguió para darse confianza. El hombre la observaba como si estuviera loca, pues jamás le habían hecho un encargo tan descabellado, y menos aún alguien tan cercano al trono de Inglaterra. Todavía dudaba de aceptar, sobre todo, porque en su organización nunca habían traspasado ese límite. Puede que traficaran sí, pero a pequeña escala y siempre bajo la supervisión de la organización madre. De ningún modo se le ocurriría hacer algo al margen de los de arriba. Aunque este trabajito era un dulce, no se fiaba. Descartó la situación con un ademán de la mano y negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso. No es… ¿cómo lo diría? ¡Ah, sí! Mi especialidad. Sonrió a la mujer y se incorporó para salir del coche.

—Pues dime alguien que lo pueda hacer, me corre prisa. —Su cara arrugada y envejecida se volvía macilenta con cada minuto que pasaba.

—Lo siento, yo no puedo hacer nada, pero tal vez algún yonqui de los que hay por el barrio le sirva. Si como dice es un asunto fácil, seguro que no supondrá un problema. —Satisfecho por librarse del encargo y a la vez darle una salida, abrió la puerta del vehículo y se marchó.

La mujer miró con desagrado al *capo* y se asomó por la ventana, justo frente a ella había un par de jóvenes sentados en el suelo, y parecía que estaban despertando de su último chute. Miró en el bolso y sacó el sobre lleno de billetes, lo apretó entre sus manos y,

después de un momento, extrajo un puñado de los de cincuenta libras y guardó el resto. Volvió a asomarse por la ventanilla del coche y llamó chistando a los dos muchachos. Ambos se levantaron con lentitud y se acercaron con recelo al vehículo. Al ver a la mujer, sus caras de asombro le dijeron que la habían reconocido. Ella abrió la puerta y los dejó entrar.

—Tengo un trabajito para vosotros. —Mostró los billetes ante sus narices y los guardó antes de que le echaran mano—. Habrá muchos más como estos si realizáis un trabajito para mí.

—¿Qué tenemos que hacer? —El chico de las rastas frunció el ceño, pero en sus ojos se veían las ganas de coger el dinero.

—Quiero que liquidéis a dos personas —lo dijo con tanta rapidez que ambos chicos contemplaron sorprendidos a la mujer—. No os quedéis así, y decidme si aceptáis el encargo o busco a otros.

Ambos se miraron y asintieron sin decir nada. El que tenía el pelo de punta observó a la mujer con desagrado y comenzó a hablar.

***

James esperaba en uno de los despachos de Balmoral, de pie observando fijamente un cuadro de la reina. En el castillo todo eran susurros. El suelo enmoquetado con el tartán azul, verde y amarillo amortiguaba sus pisadas cuando se asomó a la ventana, y admiró el asombroso paisaje frondoso que mostraba la campiña. A pesar de estar todavía en septiembre los prados se veían lozanos.

Vio llegar a lo lejos un vehículo con las banderas oficiales de la casa real y pensó que era demasiada familia en el mismo lugar.

Dos días antes habían publicado la fotografía de la reina en su descanso de Balmoral para ahuyentar los chismorreos sobre la precaria salud de Isabel II. Ahora se daba cuenta de que tal vez esa pantalla de humo no sirvió para nada. En cuanto se supiera que los hijos, nietos y biznietos de la monarca estaban en Balmoral, la noticia de la salud se haría eco en todos los medios de comunicación.

Cuando recibió la llamada de la detective, y él le dijo que aceptaban el trato, no supo cuán cerca estaba de hacer caer el

castillo de naipes. Fue una suerte que todo se pudiera esconder. A su espalda se abrió la puerta, y se volvió para enfrentar al jefe de seguridad de la casa real.

Se quedó asombrado al verla entrar en el despacho, vestía de negro, aunque su sonrisa desmentía cualquier luto que pudiera llevar.

—Me ha desobedecido. Creí que teníamos un pacto.

—No soy su siervo. Por si no lo sabe, mi linaje es más antiguo y noble que el suyo. Aunque haya conseguido cazar al príncipe, eso no la convierte en alguien mejor que yo. —James apretó los puños para no lanzarse contra esta mujer.

—Eso ya da igual. He conseguido a quien termine el trabajo, y en unas horas todo estará resuelto.

—¿Qué ha hecho?

—He dado el encargo a quienes sí saben obedecer —dijo riendo.

—¡Está loca, mujer! Dé orden de detener todo, antes de que esto nos explote en la cara. —James se dirigió a la puerta con enfado.

—No haré tal cosa. Yo sola he sabido solucionar un problema que lleva rondando siglos sobre la corona inglesa.

La mujer salió del despacho dejando a un James furioso. Satisfecha, fue a reunirse con su esposo y los hijos de él, tenía que estar presente si no quería que la tacharan de insensible. Después de todo, los médicos habían dicho que era cuestión de horas que Lilibeth pasara a mejor vida. Un descanso merecido que esperaba pudiera reunirla con su amado Felipe.

Capítulo 45

Coleen Mcnab miraba atónito a los dos oficiales mientras le contaban lo ocurrido en su última vigilancia. No tenía tiempo de atenderlos, más después de esperarlo con insistencia en la puerta de su despacho y acorralarlo con la amenaza que pendía sobre la casa real, tuvo que acceder a recibirlos. Miró las fotografías en su mesa y leyó el comunicado. Le extrañó no poder recabar información de la chica, era como si se hubiera materializado de la nada. El médico nunca había estado en problemas, era un refutado pediatra. Entonces, ¿por qué diantres quería esa mujer matarlos?

Este tema se salía de sus competencias. No podía intervenir si la casa real estaba mezclada en ello, lo sabía desde que firmó la cláusula de confidencialidad y no interacción. Más no podía dejar las cosas así, tenía que pasar la patata caliente al servicio secreto de la casa real, y que ellos decidieran.

—Muchas gracias, agentes por su rápida intervención. —Miró a los dos jóvenes con seriedad—. Como comprenderán nada de esto puede salir de estas cuatro paredes, cuando pasen por esa puerta se olvidarán de todo, y harán como si nada de lo que me han contado hubiera ocurrido. Lo digo por su bien y por el mío propio.

Ambos policías asintieron y dejaron salir un suspiro de tranquilidad, que hizo sonreír a Coleen. Les indicó la puerta y se despidieron.

El director de Scotland Yard sacó su teléfono de emergencias y marcó el número del jefe del servicio secreto de la casa real. Al tercer toque le contestó con nerviosismo.

—Coleen, no es momento de contar batallitas, la reina se muere y tenemos a toda la familia en Balmoral —dijo con rapidez Ronald.

—Pues agárrate que vienen curvas, la información que te voy a dar es de vital importancia para evitar un escándalo, y más aún, si nuestra amada reina se encuentra tan mal.

—Está bien, dime lo que ocurre antes de que me dé un infarto.

—Un par de agentes de incógnito han recibido un encargo para eliminar a dos personas —midió muy bien las palabras que decía, pero Ronald lo cortó antes de terminar la información.

—¿Y? Tú eres el director de Scotland Yard, soluciónalo.

—No lo entiendes. La persona que los ha contratado es la esposa del príncipe de Gales.

Un silencio monumental se instauró entre ambos, que solo fue roto por una descomunal maldición.

—Esa mujer va a acabar con toda la familia Windsor. —Miró a su alrededor antes de entrar al despacho—. Pásame la información completa y, por lo que más quieras, que esos dos agentes mantengan la boca cerrada.

—Ya está. Acabo de mandarte el archivo completo a tu correo de seguridad. —Respiró tranquilo—. Cualquier cosa que necesites, dímelo.

Ronald miró a James, que se paseaba como un tigre enjaulado por el despacho. Después de todo, no había conseguido detener la situación, y ahora le tocaba intervenir de nuevo, volver a limpiar los desastres de la familia.

—Esa mujer ha estado aquí y me ha dicho que ha contratado a alguien que los eliminará, después de haber cerrado el trato con ellos. —Miró furioso al jefe de seguridad—. Esto se está yendo de las manos, no sé si será mejor acabar con ella para evitar daños mayores —dijo con sinceridad mientras se sentaba en uno de los sillones frente a la mesa.

—No te preocupes, me ha llamado el director de Scotland Yard y me ha informado. La muy idiota ha contratado a dos agentes de incógnito para hacer el trabajo.

—¿Qué? —Miró a los ojos de Ronald, que bailoteaban de risa.

—Como te digo. Tenemos el control de la situación todavía, aunque ella no lo sabe. —Soltó una carcajada que contagió a James.

—Robert no está muerto. Al parecer le dieron un golpe y perdió la memoria, mis hombres lo han llevado a Londres. —Miró al jefe de seguridad—. La detective me ha garantizado que nada saldrá a la luz. El doctor no quiere semejante cargo y, aunque tienen pruebas, dicen que las guardarán como medida de seguridad. Tenemos que finiquitar este asunto, pero esa mujer no descansará hasta acabar con el heredero.

—No te preocupes, le haremos creer que se ha salido con la suya. Yo me encargo.

—¿Cómo está la reina?

—Muy mal, es cuestión de horas. La tienen sedada, aunque antes pudo despedirse de sus hijos y nietos.

—Lástima, era una gran mujer, la mejor reina que este país ha tenido. —Miró con seriedad a Ronald—. Lo que viene después da miedo, sobre todo, tras haber tratado con ella.

—No te preocupes, con esto ha cavado su propia fosa. A partir de ahora tendrá que hacer lo correcto, si no quiere que este asunto la salpique. Yo me encargo de pararle los pies.

—Espero que así sea, no me gustaría tener que sacar a la logia para guardar la corona.

Ambos hombres se saludaron y dejaron el despacho. James salió por una de las puertas laterales hasta el salón de recepciones, donde se encontraba reunida toda la familia. Con discreción, se quedó apartado en una esquina pasando desapercibido. Eran las seis y media de la mañana cuando la puerta se abrió y entró un ujier para hablar al oído del jefe de seguridad. Con seriedad este se acercó al centro de la sala, y con voz potente, pero desgarrada por el llanto, hizo el anuncio:

—La reina ha muerto.

El silencio en el salón solo fue roto por el murmullo lloroso que hacía eco entre las paredes vestidas con retratos de los antepasados. Las cortinas verdes reales estaban abiertas y de inmediato varias mucamas se apresuraron a cerrarlas, mientras varios lacayos comenzaban a poner crespones negros en la sala.

***

Moira se sentó en un banco, cerca de la sala donde estaba Donald MacLeod, no quería hacerse notar. No mientras no estuviera segura de que había pasado el peligro. Con la cabeza agachada controlaba a la gente entrar y salir del salón. Cuando la vio partir sola y meditabunda, contuvo el aliento. Shannon parecía llevar sobre sus hombros un gran peso, desde lejos podía ver su tristeza. Observó con atención los alrededores por si había alguien sospechoso y se tranquilizó cuando no halló nada extraño. Sus ojos seguían la pequeña figura de la mujer sin perder lo que sucedía a su alrededor. Comprobó que salía al patio interior donde varios bancos invitaban a sentarse y disfrutar del jardín relajante, que se veía tras las grandes cristaleras del claustro.

Kylian la vio salir, pero no podía dejar a su tía sola, estaban llegando muchos vecinos para dar las condolencias y ella no se encontraba muy bien. Saludó a Francis y aceptó el abrazo que le dio. Escuchaba a su tía contar una y otra vez que no le esperaba esa noche y que no oyó nada cuando cayó por la escalera. Miró el reloj y vio que llevaba fuera veinte minutos. Sin poder evitarlo se excusó con las visitas y salió al claustro en busca de ella.

Al principio no la reconoció, fue un gesto de la mujer sentada en el banco lo que lo alertó. Moira lo miraba detrás de las gafas de pasta. Se acercó a ella con pasos rápidos y no tuvo que decir nada, le señaló con un gesto hacia el exterior donde Shannon, sentada en un banco, tenía la mirada perdida y una expresión de dolor que atravesaba su alma. Sin quitar los ojos de la muchacha comenzó a hablar con la detective.

—¿Qué tal se ha dado la reunión?

—Mejor de lo que esperaba. —Le guiñó un ojo—. Me costó un poco, aunque al final aceptaron el trato, pero tendremos que hacer un seguro de vida.

—¿Por qué? Si lo han ratificado.

—Es solo una medida de protección, por si acaso. —Miró a Shannon sentada todavía en el patio—. No sabemos lo que puedan

hacer a partir de ahora, pero si conocen que las pruebas llegarían a la prensa, se lo pensarán dos veces antes de actuar.

—Tienes razón. —Dejó salir el aire con exasperación y miró a la muchacha que ocupaba su mente—. Aunque no creo que quiera aceptar el trato.

—¡Venga ya! ¿Después de todo lo que he tenido que hacer, ahora me vienes con esas?

—Estoy seguro de que ellos provocaron la muerte de mi padre.

Moira lo miró muy seria. Ella también lo sabía, más no podía decirlo. Hacer esa conjetura delante de Kylian significaba darle la razón y comenzar de nuevo todo. Necesitaba aclarar con él la situación antes de que volviera a estallar. No era solo por ella, había inocentes que saldrían perdiendo, al igual que lo hizo el padre del MacLeod.

—Piénsalo muy bien, si volvemos a empezar tendremos que ocultarnos, y te aseguro que hasta ahora tuvimos mucha suerte.

—No puedo dejar que queden impunes. Mi padre era inocente, tenía ochenta años, y nada impidió que lo golpearan —dijo con rabia mientras apretaba los puños.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo tuve que limpiar un poco del maquillaje para ver el puñetazo en su frente, por no decir la marca del del labio partido. No he revisado todo su cuerpo, pero estoy convencido de que no son las únicas. Además, el hecho de caer por las escaleras enmascara los golpes, por lo que una cosa si te digo, esto no se quedará así.

—Piénsalo bien, Kylian, ellos son muy fuertes, tienen todo lo necesario para aplastarnos, y romper nuestras vidas si quisieran. —Le apretó el brazo en señal de apoyo—. Haré lo que tú quieras, cuentas con mi ayuda, pero piénsalo bien, tenemos personas a nuestro alrededor que pueden sufrir por ello.

—Lo estoy pensando. —Se puso en pie y se dirigió a la puerta del patio—. De momento aceptaré el trato, aunque no descarto otras acciones.

—Toma. —Moira le dio un sobre marrón—. Aquí tienes lo que necesitas para cubriros las espaldas. Además, he metido una copia

de las cartas de mi antepasado, que creo que podrían serle útiles a Shannon.

—¿Por qué puede necesitarlas ella?

—En ellas explica cómo regresar a su época. —Moira se puso en pie y se marchó sin mirar atrás.

Kylian cerró los ojos al escucharla y apretó el sobre entre sus manos. No podía perderla a ella también, no ahora que la había encontrado. La vio levantarse, así que se apresuró a salir a su encuentro. Seguía sintiendo la necesidad de estar junto a ella, y saber que existía una forma de que regresara a su época, trastocó todos sus sentidos.

—¿Cómo estás? —La abrazó al abrirle la puerta.

—Bien. —Shannon le miró sorprendida por la familiaridad con que la trataba—. Aunque no soy yo quien lo está pasando mal. —Acarició su mejilla y sintió que se derretía con el beso que le dio en la palma.

Moira conducía de regreso a Gairloch, necesitaba estar cerca de Erin. Volverían juntas a Edimburgo para afrontar lo que allí les esperaba. Aunque dudaba de que la logia hubiera dejado el cuerpo de su acólito en su piso, todavía tenía que comprobar hasta donde podían llegar en su afán por guardar el legado. También necesitaba preparar su propio seguro de vida, pues, aunque sabía que se atendrían al trato, no podía dejar en el aire algo tan importante.

Capítulo 46

James Stuart regresó a su casa, confundido aún con lo ocurrido. La reina había muerto y la corona quedaba en manos de otro Windsor, solo tenía que comprobar que la sucesión se hacía sin problemas, y, después del trato con la detective, así parecía que sería. Aun así, debía cerciorarse de que el resto de los indicios no pusieran en peligro lo que tantos años estuvo guardando su familia. Bajó del avión privado y le pidió al chófer que lo llevara a la torre. Necesitaba hablar con el cuidador para comprobar que todo volvía a su cauce.

No muy lejos de allí, el director de Scotland Yard conversaba por teléfono. Las órdenes eran claras: debía eliminar a los intermediarios, o de lo contrario los flecos podrían salpicarle. Dio la orden, apesadumbrado y colgó. Nunca tuvo que hacer algo tan deleznable. Cerró los ojos un momento y pidió perdón por lo que haría en cumplimiento de sus funciones.

***

Barney y Harry habían recuperado su puesto de observación en Whitechapel. Debajo de la gorra, sus ojos no perdían detalle del *capo,* que días atrás, había rechazado el encargo que ellos simularon coger. No era normal verlo pasear su autoridad entre las calles, lo que llamó su atención. Lo seguían tres matones más de los que, por lo habitual lo acompañaban, y eso hizo saltar sus alarmas. Harry se puso en pie tambaleándose, haciendo creer que le faltaba estabilidad, mientras su compañero continuaba medio tumbado sin perder detalle de los tipejos que se les acercaban. Ahora estaba seguro de que venían a por ellos. Barney se incorporó en tensión, y vio atónito como uno de los matones le clavaba un puñal en el estómago a su compañero. Quiso ir a ayudarlo, pero otro de los

tipejos se le adelantó, y lo golpeó con saña. No se dio cuenta de que le habían apuñalado por la espalda, solo podía mirar a su compañero que se desangraba en la acera, ya con los ojos velados por la muerte. Él mismo tenía un hálito de vida cuando escuchó al *capo* sentenciarlo.

—Los de arriba no quieren dejar cabos sueltos.

La noche se hacía cada vez más húmeda a pesar de estar a principios de septiembre, pero eso ya no les afectaba, habían dejado escapar su último aliento por una causa que ni ellos comprendían. Entonces, en uno de los barrios más peligrosos de Londres, volvía a imperar la ley sin ley. Todo se permitía mientras lo hicieras con el permiso del *capo,* y eso es algo que en Whitechapel no se olvidaría, después de que encontraran a esos dos drogadictos. Nadie haría trabajos sin su consentimiento.

***

Kylian conducía de regreso a Drumnadrochit, su tía sentada junto a él mantenía estoica la mirada al frente sin parar de llorar, aunque ya lo hacía en silencio. Por el retrovisor, vio a Shannon que no quitaba la vista del paisaje que dejaban atrás. Su cabeza daba vueltas sobre el mismo tema, no podía permitir escapar a los culpables de la muerte de su padre. Había tomado la decisión y ya estaba trazando la línea por donde hacerles pagar su crimen.

Llegaron a la casa de su tía y la ayudó a entrar. Todo seguía inmaculado, tal y como ella lo tenía siempre, lo cual no quería decir que no hubiera ocurrido algo terrible allí hace dos noches.

—Deberías acostarte un rato, Nosotros haremos lo mismo, pero luego volveremos. —La acompañó hasta su cuarto y la dejó sentada en la cama.

—Gracias, hijo. —Apretó su mano y se la llevó al pecho—. Coge la llave que está en el recibidor para que entréis cuando volváis. Tienes razón, me echaré un rato. No creo que duerma, pero cerraré los ojos un momento.

—Descansa, tía. —Le dio un beso en la frente y la ayudó a tumbarse.

Bajó las escaleras sin perder ningún detalle de la estructura, quería comprobar de nuevo si se rompió algo en mal estado y cerciorarse así de que no había sido accidental. Más no halló nada fuera de lugar. Todo estaba en su sitio, y por más que quería imaginar el accidente, no lo lograba.

Al llegar abajo tomó de la mano a Shannon y volvieron al coche. Descansaría en la casa que lo vio nacer, la misma que sus padres habían heredado y que una vez pensó, sería el hogar donde criaría a sus hijos.

Cogidos de la mano entraron a la casa. Él la acompañó al cuarto que era de su hermana, sabía que su padre lo mantenía arreglado, pues era una de las normas que le había puesto a la muchacha que limpiaba. Al entrar le asaltaron los recuerdos vividos con Mary. Hacía cinco años que había muerto y, aun así, añoraba a su pequeñaja. Sacudió la cabeza y se giró hacia Shannon.

—Este era el cuarto de mi hermana. Está limpio, puedes descansar hasta que regresemos a casa de mi tía.

Se dio la vuelta para salir, lo hizo antes de arrepentirse y tomarla entre sus brazos. Bien sabía Dios que era lo que necesitaba y más ansiaba en esos momentos. Entró en su cuarto y se sentó en la cama. Por un instante dejó que le invadiera el desaliento y comenzó a llorar en silencio. El dolor era tan grande, que por un tiempo sentía el corazón romperse para volver a sangrar mientras las lágrimas escocían en sus ojos.

Las manos que lo abrazaron le sorprendieron. No esperaba sentir el calor de ella, pero allí estaba, inclinada sobre él dándole el consuelo que las palabras no lograban.

Sin pensarlo la cogió en sus brazos y la sentó en sus piernas. Se agarró a ella con tanta fuerza que no había espacio entre ambos, ni siquiera el aliento. Shannon comenzó a besar sus mejillas con pequeños toques, tan dulces y etéreos que parecían magia, mientras secaban la amargura de sus lágrimas. Desesperado por sentirla, por amarla, atrapó su boca entre sus labios y comenzó a besarla como siempre había querido. Su lengua pidió permiso, y cuando ella dejó

salir una exclamación aprovechó para entrar. Sentir su sabor y tenerla entre sus brazos lo encendió como ninguna otra mujer lo hizo en su vida.

Siempre supo que había alguien especial para él, y se empeñó en buscarla durante mucho tiempo, por lo que el hecho de encontrar a esa persona que lo complementaba, le hizo jadear. Se detuvo a recuperar el aliento. Se apartó unos segundos de ella para ver sus ojos, que se miraron cargados de un deseo largamente contenido. Kylian apoyó la frente en la de la muchacha, pues su aroma lo estaba volviendo loco y sentía la imperiosa necesidad de besarla de nuevo, aunque también sabía que, si lo hacía, no podría contenerse.

—Shannon, ¿a qué has venido?

—Solo quiero estar contigo, hacerte olvidar tu dolor al darte algo de mí.

—No tienes que hacerlo. —Le dio un beso en la frente y volvió a aspirar su olor.

—No es una obligación, lo hago porque quiero. Yo también te necesito.

Kylian contuvo el aliento y la miró a los ojos, sabiendo que si la besaba no habría vuelta atrás. Comenzó a dar pequeños óculos en su frente y fue bajando por las mejillas hasta rozar sus labios. Sus lenguas se trabaron en un baile inusual cargado de aromas y sabores. Él sintió que jamás probó unos labios tan dulces, ni tuvo un olor tan adictivo en sus fosas nasales.

De repente todo estorbaba a su alrededor, necesitaba sentirla. No solo sus besos, también el resto de su cuerpo. Metió las manos bajo la camiseta y tocó la piel ardiente de la joven. No hizo caso de la exclamación que soltó la muchacha, sino que apretó su seno, que se desbordó en su mano con ansiedad.

Shannon se apartó temerosa un momento. Los labios de él se alejaron y recorrieron sus mejillas hasta rozar su oreja, haciendo que un escalofrío circulara por su cuerpo llenándola de un deseo que jamás conoció. Aun así, el temor a lo desconocido la tenía paralizada, y Kylian lo notó.

—Tranquila amor, no haré nada que tú no quieras.

Volvió a besarla y perdió la noción de lo que hacía, le sacó la camiseta dejando su torso cubierto solo con el sujetador, uno de los senos caía por fuera, y él no podía esperar a tener ambos en sus manos. Desabrochó el sostén y los dejó libres. Desde ese momento sus cuerpos se convirtieron en fuego, no había nada que aplacara esas llamas. Kylian sabía que estaban en un punto de no retorno, la ansiedad podía con él, así que la dejó desnuda sin parar de besar su cuerpo, que en aquel momento era lo más excitante que jamás había visto.

—Hazlo, Kylian. —Se agarró a su cuello y lo besó apasionadamente—. Haz que seamos uno —dijo con voz ronca cargada de amor.

No se lo pensó. Entró con todo el deseo acumulado y la pasión desbordante que los embargaba. Sintió la barrera que debía cruzar, y ella dio un pequeño grito. Kylian se quedó quieto un momento, luego la besó transmitiéndole la pasión, que solo unos segundos antes se vio interrumpida. Sus cuerpos volvieron a encenderse y se convirtieron en una sola llamarada, que iluminó su universo y los transportó al éxtasis del amor.

Kylian se apartó y la tomó en sus brazos justo antes de que ambos se quedaran dormidos.

Capítulo 47

James miró a Robert y sonrió, pensaba que lo había perdido. Saber que solo tenía amnesia lo reconfortaba, a pesar de la gravedad de las repercusiones. Collum se acercó al maestre y lo apartó del enfermo para hablar en privado.

—No recuerda nada de lo que sucedió, ni cómo se llama, aunque dice el médico que solo necesita tiempo. Tiene una gran inflamación en el lóbulo temporal izquierdo y un poco de derrame interno, que, conforme se vaya rebajando, dejará señales de la recuperación. Es solo cuestión de tiempo.

—Gracias, Collum, se lo daremos. De momento el tema está resuelto. Han aceptado el trato y estaremos solo pendientes de sus pasos por si se arrepienten.

—¿Crees que nos la jugarán?

—No lo sé. Lo cierto es que los cuervos se están recuperando, pero el cuidador aprecia una debilidad en los animales, que antes no existía.

—Todos sabemos que esa profecía fue un invento, y que solo sirvió a Carlos II para acallar las quejas de su astrónomo, John Flamsteed.

—No por ello podemos dejar de observar las tradiciones, que a veces son lo único a lo que aferrarnos para conservar lo que tenemos.

Collum asintió y se despidió de su jefe. Se acercó al enfermo que lo miraba con cara de extrañeza y le palmeó la mano en señal de comprensión. No hicieron falta palabras, ambos llevaban tiempo juntos y, aunque ahora no lo recordara, en su interior, Robert sabía que podía confiar en Collum.

***

Kylian dejó a Shannon con su tía, se despidió con un beso tan tierno que le costó separarse. Mildred los vio y lloró al saber que su hermano no conoció a la mujer que su hijo había elegido. Algo más que se perdió con su repentino fallecimiento. Kylian condujo hasta el *cottage* donde estaba Moira. Al llegar llamó a la puerta y le abrió la asistente, algo sorprendida al verlo solo.

—Buenas tardes, Erin, he venido a recoger lo que dejamos aquí y a devolverte el coche.

—No te preocupes.

—Gracias, no sabía si tendrías transporte público para ir a Drumnadrochit.

—Avisaré a Moira de que has llegado.

—¿Está aquí?

—Sí, estábamos recogiendo antes de volver a casa, aunque no tenemos prisa. —Le guiñó un ojo y llamó a su jefa.

—¿Qué pasa? —Moira salió corriendo y se detuvo en seco al ver a Kylian—. ¿Ocurre algo?, ¿habéis tenido más problemas?

—No, solo he venido a recoger lo que dejé.

—Pasa. —Lo cogió del brazo y tiró de él—. ¿Has leído la documentación que te di?

—No he podido.

—Es importante, ya que es vuestro seguro de vida. Además, debéis decidir qué hacer respecto a Shannon.

—¿Qué pasa con Shannon?

—Lo explico con una carta que me legó mi antepasado. —Lo miró exasperada—. Está bien, luego la lees y compruebas lo que te digo. Bran MacLeod dejó varios documentos en su testamento, uno de ellos dirigido a mí específicamente —asintió—. Entiendo que te extrañes, yo también lo hice cuando recibí el legado. Según Bran, Shannon MacLeod volvió a la época que le correspondía. Avisa que es muy importante que ella regrese, pues su papel será crucial. De hecho, asegura que es de vital trascendencia. —Le apretó el hombro en señal de apoyo—. Sé que os habéis unido mucho, pero debes

pensar en ella. Aunque se haya adaptado a esta época, este no es su sitio y lo sabes.

—No puedo hacer eso. —Se sentó en la cama y se tapó la cara conteniendo un sollozo—. No quiero perderla a ella también.

—Lo siento, Kylian, es difícil lo sé. Solo tienes que pensar en lo mejor para la muchacha.

—En cierto modo, lo sabía. —Se secó las lágrimas con la mano—. He deseado tanto que esto acabara, antes de iniciar algo con Shannon, que ahora no sé cómo olvidar lo que siento.

—Creo que no termina aquí. Puede que hayamos ganado esta batalla, pero todavía queda mucha guerra. —Abrazó a Kylian y se apartó cuando él se levantó—. Vamos, recoge tus cosas y te llevo a Drumnadrochit, así le doy tiempo a Erin para que recoja la casa.

Salieron quince minutos después con la mochila cargada de pesar y el ánimo de Kylian por los suelos. Mientras comían kilómetros de carretera, Moira sacó el otro tema que le escocía.

—Debes preparar tu seguro de vida. Separa la misiva de María Estuardo del sello, haz fotografías de ellos juntos y fotocopias de la carta. No dejes las pruebas en el mismo sitio. Deposita el anillo con una copia del pergamino y guarda el original por otro lado, con fotografías del sello. Después, mételos en cajas de seguridad diferentes, y si tienes confianza con alguien, dale una de ellas.

—La única persona en quien confío eres tú. Al resto no puedo ponerlos en peligro, ni a ellos ni a su familia. —Se giró hacia la detective—. ¿La aceptarías tú?

—No debería. Soy una de las primeras a las que buscarán en caso de querer romper el trato, aunque entiendo tus reticencias y te ayudaré. Conozco a alguien que puede apoyarnos y sabrá defenderse, en caso de necesitarlo.

—En cuanto a Shannon, no debo decidirlo yo. Ella tiene la última palabra.

—Entiendo lo que dices, pero cuando leas la carta te convencerás de que es importante su regreso.

—No puedo perderla, entiéndeme.

Kylian se giró hacia la ventanilla y dejó que el silencio se adueñara del interior del vehículo mientras la noche daba paso a la luna, y su brillo de plata confería al camino un halo misterioso. La llegada a casa de su tía rompió el momento incómodo.

—Me quedaré un rato por si decidís volver a Edimburgo.

—Muchas gracias, te lo agradezco de verdad. Voy a llevar a Shannon a casa de mi padre, allí recogeremos unas cosas y te digo dónde iremos.

Kylian fue a bajarse del coche cuando distinguió la figura de dos mujeres a punto de cruzar, algo en ellas le hizo prestar atención. Descubrió a su tía cogida del brazo de Shannon. Su mirada se deleitó en la pequeña mujer que servía de apoyo a su tía, luego sonrió. No podía dejarla marchar. Era su otra mitad y sin ella se quedaría roto, por mucho que le insistiera Moira.

El derrape de unas ruedas lo trajo a la realidad, por lo que se incorporó con rapidez para avisar a las mujeres. El coche con las luces apagadas aceleraba creando un monstruoso ruido en el silencio de la calle. No le dio tiempo a llegar a ellas, así que gritó desesperado en un intento de apartarlas del peligro. Cerró los ojos cuando el vehículo circuló por su lado a toda velocidad dejando a su paso una carcajada tétrica que le estremeció, pero que le devolvió a la realidad de nuevo.

Corrió hacia ellas gritando, solo podía centrarse en la figura caída en mitad de la calle, mientras no dejaba de rezar para que no estuviera muerta. Al llegar junto a Shannon la tomó con cuidado y la incorporó, a pesar de las quejas que emitió la muchacha. A su alrededor comenzó a escuchar voces y se centró en entender lo que hablaban.

—Kylian, la vas a ahogar. —Mildred le apretaba el hombro clamando por su atención.

—¡Llama a emergencias! Se escuchó decir, aunque no reconocía su propia voz.

—Estoy bien, si me dejas respirar será perfecto.

Oír su voz hizo que se derrumbara y rompió a llorar. Pensar que podría estar muerta le dolió tanto, que apenas tenía algo de coherencia, su mente se había convertido en un ir y venir de ideas

locas que lo trastornaban hasta tal punto, que no podía centrarse. Fue su voz, lo que le hizo recuperar la cordura y dejar el pesimismo a un lado. Entonces las palabras de Moira cobraron el sentido que debió darle desde el principio. Shannon no estaba segura en esta época y por más que él la necesitara, tenía que enviarla de vuelta. Comprender esa amarga realidad no era lo mismo que aceptarla, pues su cuerpo se negaba a apartarse de ella. Después de todo, la magia que les había unido seguía ahí. De momento.

Moira ayudaba a Mildred a caminar hasta la casa mientras Kylian llevaba en brazos a Shannon, que protestaba pidiendo que la dejara en el suelo. El miedo por lo ocurrido los tenía a todos conmocionados. Subieron a la planta de arriba y mientras la detective ayudaba a la mujer mayor a tumbarse en la cama, Kylian hacía lo mismo con la muchacha. Cuando acabaron se encontraron en el pasillo, ella le puso un dedo en la boca y señaló la planta baja. Al llegar al salón él comenzó a pasearse de un lado para otro como una fiera enjaulada.

—Creí que habían aceptado el trato —gruñó más que habló.

—Puede que no hayan sido ellos, pienso que hay más personas implicadas en esto. —La miró con seriedad—. Desde la casa real al servicio secreto, pasando por los Windsor. Cualquiera de ellos tiene un interés especial en mantener oculto lo ocurrido con el hijo de María Estuardo.

—¿Entonces qué hacemos? —Se sentó en un sillón y cubrió su cara con las manos.

—Solo podemos actuar de una forma. —Se acercó a él y apretó su brazo—. Debe regresar.

Kilyan levantó la cabeza y la miró con horror, una cosa era pensar en ello y otra hacerlo realidad. No podía dejarla, solo de imaginarlo se le revolvían las entrañas y se le paralizaba el corazón. Negó con la cabeza, así que ella se la sujetó para que la mirase.

—Escúchame bien, esto ha sido solo una advertencia. No sé de quién, pero puedes estar seguro de que la próxima vez será más dura. ¿Estás dispuesto a ponerla en peligro el resto de su existencia? Piénsalo bien.

Kylian la miró con dolor, y supo que a partir de este momento su vida estaría vacía. Desde el instante en que decidió enviarla de regreso a su época su corazón se fue marchitando, y el dolor se apoderó de sus entrañas, creando hielo donde antes hubo fuego. Encerró sus sentimientos y se puso en pie.

—Está bien. La enviaré de vuelta, aunque necesitará la ropa que se quedó en casa de Sara, en Inverness.

—No hay problema, iré a por ella y cuando vuelva, iremos a Edimburgo.

Kylian asintió y la vio salir con rapidez. Moira era una mujer de recursos, sabía cuidarse y estaba seguro de que volvería con las ropas de Shannon para regresarla a su época. Miró hacia la planta de arriba y subió a comprobar el estado de su tía. Entre las sombras descubrió la figura envejecida de la hermana de su padre, se acercó sin hacer ruido y comprobó que dormía relajada. La cubrió con una manta y cerró con cuidado al salir. Tras ello fue a la habitación donde descansaba Shannon y se sentó en la cama. La luz de la ventana dejaba ver su rostro relajado y el fuego de sus cabellos ponía la nota de color en el blanco de la almohada. Estaba perdido en sus pensamientos cuando la voz de ella le trajo a la realidad.

—¿Cómo está Mildred?

—Durmiendo. Está bien, algo asustada por lo ocurrido y cansada.

Shannon se incorporó y lo abrazó, dejó la cabeza en su pecho y se relajó escuchando el sonido rítmico de su corazón. Él aprovechó el momento para acariciar su pelo deleitándose con la suavidad de sus ondas. Sintió sus labios depositar un reguero de pequeños besos hasta llegar a su cuello. La piel se le erizó y se permitió dejarse llevar por la emoción. Tenía que saturarse, guardar todo lo que pudiese retener en su memoria para soportar el resto de la vida sin ella.

La tumbó en la cama y se apoderó de sus labios haciendo que ambos exhalaran exclamaciones de placer. Sus lenguas hablaron un idioma ya conocido mientras las manos recorrían con cuidado el cuerpo cubierto. Se deshicieron de la ropa, y solo cuando estuvieron piel con piel se unieron en un baile tan antiguo como el tiempo, tan

dulce como el amor. Fueron uno. La época no importaba, solo el ritmo que los hacía enloquecer enardeciendo su pasión. Kylian se tragó el grito de Shannon, y cuando dejó de temblar se permitió irse también, cediendo a su vez, que ella hiciera lo mismo por él.

Se quedó dormida entre sus brazos. Con la escasa iluminación que entraba por la ventana, percibió los moratones que le recordaron la situación en la que estaban. A pesar de ello, no consiguió evitar recorrer su cuerpo y acariciarla con la mirada, pues necesitaba guardar todo lo que pudiera de ella. Con ese pensamiento se quedó dormido al calor de sus cuerpos sudorosos.

Despertó al escuchar la puerta de la calle y se puso en tensión. Se levantó con cuidado de no molestar a la muchacha y se vistió con rapidez. No hizo ningún ruido, aun así, Moira se lo quedó mirando desde la planta baja. Le realizó señas para que bajara, y encendió una lámpara que ahuyentara la poca oscuridad que quedaba del amanecer.

—¿Has hablado con ella?

—No, lo haré de camino a Edimburgo. —Se frotó la cara para despejarse—. Voy a subir a ver cómo está mi tía, si se encuentra bien, saldremos en cuanto se levante Shannon.

—Haré café.

Moira fue hacia la cocina, encendió la luz para ver bien, y registró los armarios hasta encontrar la cafetera y el café. Kylian entró de nuevo en la habitación de su tía cuando la vio de pie, vestida y terminando de hacer la cama. Siempre le había sorprendido la vitalidad que tenía. Hizo un repaso visual para ver si veía alguna consecuencia del casi atropello de anoche, pero respiró aliviado al verla moverse con normalidad.

—¿Estás bien, tía?

—Sí, muchacho. Solo fue un susto y el sueño reparador que he tenido ha hecho el resto.

Kylian se acercó a ella y la abrazó, la sintió tan pequeña y débil entre sus brazos, que por un momento dudó en dejarla allí sola. Más la realidad se impuso.

—Nos vamos a Edimburgo, Shannon tiene que regresar a su casa. —Miró a su tía sonriendo—. Le enviaré un mensaje a la vecina

para que esté pendiente de ti hasta que vuelva.

—No hace falta, todavía puedo valerme por mí misma.

—Lo sé, pero me quedo más tranquilo si no estás sola.

Le dio un beso en la frente y la dejó en el cuarto, luego cruzó el pasillo y entró a ver a Shannon. Esta vez fue menos cuidadoso, porque se acercó y no pudo evitar acariciar su cadera. Casi por inercia dejó su mano vagar por el cuerpo de ella hasta encontrar el punto entre sus piernas. Al notar la humedad tragó saliva y miró a la muchacha. Estaba despierta con los ojos oscurecidos de pasión se abrió a él, que sin poder contenerse se quitó a medias el pantalón. Después entró en ella con la fuerza de la desesperación. Sus cuerpos volvieron a hablar mientras sus almas se enredaban hasta convertirse en una sola. De esta forma, ambos alcanzaron el clímax de la consumación.

Mientras recuperaba el aliento la atrajo hacia su cuerpo, apretándola tanto que parecían uno solo. Ella comenzó a darle besos sobre la camiseta que aún vestía y se dio cuenta de que no había terminado de quitarse el pantalón. Rio a carcajadas al ver cómo estaba, y él la siguió.

—Arriba, dormilona, Moira está haciendo café. En cuanto desayunemos salimos en dirección a Edimburgo. —Le dio una palmada en el trasero ante la indignación de ella, que se puso en pie y se arregló su ropa—. Te esperamos abajo.

—¿Cómo está tu tía?

—Bien, solo fue un susto. ¿Y tú?

—Genial. —Se levantó y revisó su cuerpo sin prestar atención al hombre que la miraba con deseo—. Unos cuantos cardenales, nada que no haya tenido antes.

Esa aclaración le hizo apretar los puños. No podía mandarla a un mundo donde su propio padre la golpeaba y maltrataba. Por otro lado, tampoco permitiría que se quedara aquí a merced de que quienquiera que fuera, la quitase de en medio.

Cambiaba de opinión a cada momento, y no es que no quisiera tenerla con él, lo que no quería es que sufriera.

Desayunaron mientras hacían recuento de lo sucedido el día anterior hasta que apareció Mildred y pidió una taza de café. Kylian

se lo sirvió y le hizo sitio en la mesa para compartir las tostadas que había hecho Moira. Después de comprobar que no tenía ningún daño, mandó un mensaje a la vecina y amiga de su tía, Carol.

Recogieron la mesa, dejaron limpia la cocina a pesar de las protestas de Mildred y se despidieron de ella. Kylian sabía que sería la última vez que viera a Shannon, no obstante, no dijo nada cuando ambas se abrazaron y prometieron verse pronto. Se quedó de piedra al escuchar a su tía que no se demorase mucho en volver de su casa. Shannon lo miró extrañada, pero no dijo nada, simplemente, le dio un apretón a la mujer y se montó en el coche de Moira.

Cuando salieron a la carretera en dirección a Edimburgo no se pudo contener más, y pidió a la detective que parase en el arcén. Kylian asintió y la mujer se apartó a un lado. No había apagado el motor del coche cuando Shannon bajó y comenzó a pasear furibunda por el costado del vehículo. Miró al hombre y le hizo señas para que saliera.

—Dime que estoy equivocada —gritó enfadada.

—No sé qué quieres decir. —Se puso a su lado en busca del contacto que siempre anhelaba.

—No te hagas el tonto, Mildred ha dicho que me llevas a casa, pero no está aquí, sino en otra época.

Kylian tragó saliva e intentó abrazarla, ella se apartó con rabia sin dejar de mirarlo. Entonces él le habló de la carta del antepasado de Moira y las instrucciones que escribió. Por último, sacó la copia que esta le había dejado, para que Shannon la leyera y comprendiera el alcance de lo ocurrido.

«Bran Macleod

20 de septiembre de 1578

Mi querida Shannon, sé que esto es muy extraño para ti, más no tenía otra forma de decírtelo. Debes regresar a tu época, cuando lo hagas búscame. No nos conocemos aún, al menos no hemos sido presentados, pero seré yo quien te ayude a burlar el yugo de tu

padre, y juntos cumpliremos la promesa a María, más si no regresas, todo habrá sido en balde. Es necesaria tu presencia aquí, pero no temas, yo te protegeré.»

Shannon miró a Kylian y Moira, se les veía ansiosos y nerviosos. Asintió con la cabeza, luego apretó la carta entre sus manos. El papel casi se deshacía en sus dedos y lo tiró al suelo. La detective soltó una exclamación, lo recogió y guardó con adoración.

—Está bien, regresaré. —Bajó la cabeza y se volvió antes de que vieran las lágrimas que se desbordaban en sus ojos—. Necesitaré mi ropa, si no quiero que me tomen por bruja o algo peor.

—Te he traído el traje que llevabas cuando te encontraron. —Moira se acercó a ella y la abrazó—. Todo saldrá bien.

—¿Tú también estás de acuerdo? —le preguntó al hombre que amaba.

—No lo estoy, pero sé que es lo mejor para ti. —Intentó abrazarla, aunque se apartó.

—No me toques. —Extendió el brazo ante él—. Ya lo has hecho demasiado. —Se dio la vuelta y subió a la parte trasera del coche cerrando el pestillo de su puerta.

Capítulo 48

Cuando vieron aparecer la ciudad una sensación de alivio se instaló en el interior del vehículo. Por más que Moira y Kylian intentaron hacer hablar a Shannon, fue imposible. Durante todo el camino, se limitó a mirar por la ventanilla del coche e ignorar lo que le decían. Estaba muy enfadada, aunque lo que más le dolía era el desprecio del hombre a quien se entregó. Tenía el corazón en un puño y, sin embargo, algo en su interior le decía que debía marcharse, que tenían razón.

Había probado la vida de este siglo y no quería volver atrás. No solo por tener agua caliente cada vez que quisiera, ducharse y sentirse limpia, por vestir con ropas tan cómodas que parecían una segunda piel y cambiarlas sin que le diera pena la persona que debía limpiarlas, porque para eso ya estaba una máquina o ver en la caja historias, y escuchar música a cualquier hora. No, eso solo eran minucias. Lo que en realidad le dolía era dejar a Kylian. Fue el primer hombre por el que se sintió atraída, el único al que estaba segura de que siempre amaría, y él, en cambio, la mandaba al pasado como si entre ellos no hubiera ocurrido nada. Eso dolía y mucho.

Moira estacionó el coche en su plaza de aparcamiento y subieron hacia Canongate. De vez en cuando miraba a Shannon, que a su lado caminaba como si la vida no fuera con ella, había perdido esa cualidad de asombro que los hacía reír. Su gesto serio y la mirada baja le decían lo dolida que estaba, y por más que le dio codazos a Kylian para que hablara con la chica, este se negaba y se sumía en su propio mal humor.

Al llegar a su edificio, vieron sentada en el escalón de la entrada a Erin, junto a ella una pequeña maleta y el transportín de Gordon.

Se levantó de inmediato al verlos llegar y se abrazó a Moira mientras le contaba deprisa su viaje de regreso y su mal presentimiento para no entrar en la casa. La detective la tranquilizó y tomó el cajón del gato que maullaba enfadado en su interior y casi tapaba la voz de Erin.

—Es la última vez que viajo con este monstruo, ha venido todo el camino maullando. Parecía que le estaban matando, ni siquiera he podido escuchar música.

—Gracias, Erin por ocuparte de Gordon. —Abrió la puerta de la calle y cedió el paso a las tres personas más enfadadas, que nunca había tenido a su lado.

Subieron las escaleras hasta el segundo piso y dejó el transportín en el suelo para abrir la puerta. Antes de permitirlos entrar, lo hizo ella, miró con curiosidad las habitaciones mientras buscaba pruebas de lo ocurrido hace solo tres días en la vivienda.

El suelo estaba limpio y no había nada fuera de lugar. Satisfecha los llamó para que entraran. Kylian cogió el cajón y lo pasó al interior sin perder de vista la figura taciturna de Shannon. Erin miraba recelosa la entrada al dormitorio donde descubrió el cadáver. Sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral y se apartó de inmediato.

—Moira, te juro que el muerto estaba allí. —Señaló hacia el dormitorio—. Gordon lamía la sangre del suelo a su lado y el tipo ni se inmutaba.

—No te preocupes, Erin, envié un equipo de limpieza. —Abrazó a la muchacha y la besó en los labios con dulzura—. Ya no hay nada que temer.

Moira entró al dormitorio y se descolgó el macuto para dejarlo en el suelo, después de sentarse en la cama, comenzó a sacar la ropa de Shannon. Se puso en pie y colocó las piezas estirando el traje para quitar las arrugas, luego se acercó a la caja fuerte y guardó en ella las carpetas. Volvió al salón donde se encontró a Kylian mirando a la muchacha, que se negaba a verlo. Erin trasteaba en la cocina mientras canturreaba una canción.

—Está bien, en mi cuarto he dejado tu ropa preparada —cogió la mano de Shannon y tiró de ella para levantarla del sofá—, puedes darte una ducha, el cuarto de baño está ahí. —Señaló la puerta

junto al dormitorio—. Estaremos aquí esperándote. Si necesitas algo solo tienes que decirlo.

Shannon asintió con la cabeza y entró al dormitorio para coger sus vestimentas. Lo que más le molestaba era volver a vestir esa ropa tan incómoda y pesada, por lo que pensó en negarse a regresar, dejarlos allí y perderse en la ciudad. Podía pedir trabajo en cualquier *pub*, aunque no se sentía con ganas de enfrentarse a Kylian de nuevo. No quería estar en el mismo mundo que él, le resultaba demasiado duro, así que lo mejor sería marcharse, y poner cinco siglos de por medio entre ellos.

Abrió el grifo de agua caliente y se deshizo de la ropa antes de meterse en la ducha. El líquido caía por su cuerpo mientras recordaba los brazos de Kylian, sus besos cargados de pasión. Dejó salir las lágrimas largamente contenidas y lloró por él, por ella, por lo que pudo haber sido y no fue. Limpió su cuerpo del dolor lacerante de dejarlo atrás y se endureció para poder hacerle frente. Cuando estuvo segura de haber soltado toda su rabia y dolor, salió de la ducha y comenzó a vestirse. Hacía mucho que no se ponía ese traje. Sonrió al recordar cómo entre Sarah y ella habían modificado el corpiño, con objeto de hacerlo más atrevido y que pasara por el de una tabernera. Ajustó la blusa lo mejor que pudo para que no se le abriera demasiado.

Después cogió la chaqueta, pero no se la puso, todavía hacía calor y el terciopelo la asfixiaba.

Kylian se quedó mudo al verla aparecer, no podía apartar los ojos de ella, tuvo que apretar los puños agarrándose a la silla para no levantarse y cogerla en sus brazos. Erin fue quien se le acercó primero y comenzó a dar una vuelta alrededor de Shannon. Admiraba el vestido. No dejaba de decir que ella quería uno así, lo que hizo reír a Moira y rebajó la tensión que había en el ambiente.

Kylian recogió apresurado los folios que tenía sobre la mesa y le dio los suyos a la detective. Todo ello sin apartar la mirada de la muchacha que le había cautivado, y que estaba seguro se llevaría su corazón cuando partiera.

—Ya estoy lista. —Se acercó a la ventana sin mirar a Kylian y este se sintió dolido.

—¿Quieres ducharte tú? —Moira le dio un suave golpe al hombre mientras se guardaba los documentos que habían estado revisando.

—Sí, gracias. —Cogió su mochila y se metió en el baño antes de cometer ninguna tontería, pues como había dicho la detective, era de vital importancia que Shannon regresara a su época, y él tenía que ser fuerte para dejarla partir.

La pelirroja se volvió hacia Moira y se sentó frente a ella. Vio dos sobres cerrados con lacre, que había encima de la mesa. Curiosa los tocó, levantando uno de ellos. La detective se fijaba en sus movimientos, en las muecas de su rostro, se podía palpar su inquietud, pero la joven no preguntaba nada. Así que, tras una respiración profunda, se decidió a explicárselo ella.

—Este es el salmo de la bruja que debes recitar. Puedes aprendértelo o llevarlo contigo, pero ten cuidado cuando llegues a tu época, porque podrían tacharte a ti de bruja si lo conservas. Mi consejo es que lo destruyas en cuanto estés en casa. Estas cartas son para Bran MacLeod. Una es mía, donde le explico lo ocurrido, y la otra es de Kylian. —Negó con la cabeza y cogió su mano—. Solo le pide que cuide de ti.

—No necesito que lo haga, ya he demostrado que soy capaz de sobrevivir sin un hombre a mis espaldas.

—No te engañes, bonita, cuando llegaste al hospital te ayudaron John y Kylian. Nunca has estado sola.

—Bueno, pero pude trabajar y ganarme la vida, cuando regrese lo haré igual.

—Sabes que eso será muy difícil, más aún si James el negro te encuentra. O tu padre… —Se levantó y fue hacia ella—. Las mujeres en el siglo XVI no tenían muchas oportunidades, menos aún si eran del vulgo, ya lo sabes.

—¿Y qué hago entonces? —Comenzó a llorar—. Aquí no me quieren, y allí tampoco. Mejor estaría muerta.

—No digas eso ni en broma. Te queremos, pero este no es tu sitio y lo sabes. Cuando regreses a tu época verás que todo se resuelve. Bran te ayudará. —Moira no quiso seguir hablando para no decir más de lo que debía, no quería condicionar a Shannon.

—Tienes razón, no necesito a nadie que me quiera, eso ya lo hago yo. —Se secó las lágrimas con rabia y fue a la cocina para ayudar a Erin.

Kylian salió de la ducha. Solo llevaba puestos los pantalones, por lo que tenía el pecho descubierto, mientras el pelo húmedo dejaba caer gotas de agua sobre sus hombros. Lo primero que hizo fue buscar a la muchacha que lo traía loco, al verla preparando la cena junto a Erin se tranquilizó. Se sentó frente a Moira y le preguntó entre susurros.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada, le he explicado que llevará dos cartas para Bran y de momento parece que ha aceptado irse.

Erin se acercó a la mesa, con una sonrisa amable les pidió que guardaran los documentos. Después pusieron los platos con la comida para poder cenar con tranquilidad, aunque fue un momento incómodo, ya que los cuatro comieron en silencio. Kylian no podía apartar la mirada de Shannon, cada vez que parpadeaba, sentía que había perdido un instante precioso de ella. Al terminar recogieron todo y Erin pidió que se hicieran una fotografía juntos, antes de la partida de Shannon. Kylian aceptó de inmediato, sabiendo que sería lo único que le quedaría de ella. Sacó su móvil y se puso en posición para hacer un *selfie* con las chicas, después, sin que se dieran cuenta comenzó a echarle fotografías a Shannon. Moira lo vio, pero no dijo nada, sabía que era su forma de mantenerla a su lado. No lo podía culpar.

Llegó el momento de la marcha. Erin se acercó a la joven vestida de época y la abrazó, después puso en sus manos una pequeña bolsa de tela con unos sándwiches para el camino.

—Iremos nosotros solos. —Kylian le dio un abrazo a Moira.

—Ten cuidado, no sabemos quién está detrás del atropello, pero me extrañaría que no intentasen algo de nuevo.

—Lo sé. —La abrazó—. Gracias por todo.

—Nunca os olvidaré. —Shannon se apretujó con las dos mujeres, y al apartarse secó las lágrimas contenidas.

En el coche, de camino a las afueras de Edimburgo, el silencio se hizo espeso y agotador. Shannon no quería más lágrimas, aun así,

necesitaba aclarar las cosas con Kylian.

—¿Sabes dónde me encontraron?

—Sí. John y yo fuimos allí en busca de respuestas. Pensamos que tal vez, si podíamos describirte el paisaje recuperarías la memoria. —Sonrió y la miró—. No sabíamos que no tenías nada que recordar.

—Lo siento, solo necesitaba tiempo para entender lo que ocurría. —Se encogió de hombros.

—Lo cierto es que el lugar tiene algo que me da escalofríos. —Puso una mano sobre su pierna derecha—. ¿Te has aprendido el salmo de la bruja?

—No, solo he cogido el papel donde está escrito.

—Recuerda destruirlo cuando llegues —dijo muy serio. —Lo sé, no hace falta que me adviertas sobre algo que yo misma he vivido.

El coche se desvió hacia un camino de tierra, recorrieron unos metros más hasta que Kylian lo aparcó lejos, junto a los arbustos. Se bajó del vehículo, pero antes de llegar a la puerta de Shannon, esta descendió y se alejó de él. Su rechazo le dolió. Aun así, caminó detrás de ella hasta indicarle con la linterna el sendero donde estaba el serbal, bajo el que la encontraron hacía tan solo un mes y medio. Ella sentía que algo se removía en su interior, la pesadez del ambiente y la humedad creaban una atmósfera agobiante, así que se detuvo un momento para tomar aire. Su corazón latía tan rápido, que le costaba escuchar algo más que sus propias pulsaciones.

Kylian no podía permitir que se fuera, al menos no así, enfadada con él. Pudo ver en lo alto del sendero el serbal, y sus sueños se hicieron añicos. Ella se iba tan lejos que no la volvería a ver, era su última oportunidad de tenerla en sus brazos, por eso la cogió por la cintura y la atrajo a su cuerpo.

Ambos se miraron bajo el resplandor de la luna llena. No necesitaron palabras, sus ojos hablaban de necesidad y ansias por volver a ser uno solo, y así lo hicieron.

Kylian se dejó llevar, la alzó en brazos y la apoyó con cuidado contra un árbol. No pidió permiso, no lo necesitaba, pues ella ya estaba desabrochando sus pantalones para tener acceso a él. Sus bocas se encontraron justo en el momento en que sus cuerpos se unieron. La fuerza de sus embestidas hizo gemir a Shannon, un

sonido que enloqueció al hombre y con el apremio y la ansiedad de guardar un último recuerdo de ella, se fue entre sus piernas lanzando un grito, que ahuyentó a las rapaces nocturnas que por allí estaban. En cuanto sintió el clímax de él, ella se dejó llevar hacia el suyo propio.

Kylian no quería soltarla, juntó su frente con la de la mujer y recuperó con lentitud el aliento. Ambas miradas se encontraron y no necesitaron expresar nada, los cuerpos hablaron y mudos se apartaron, pues sabían que debían separar sus caminos. Pero, una cosa era conocerlo y otra muy distinta realizarlo puesto que, inconscientemente se negaban a separarse.

Shannon bajó las piernas que estaban enrolladas en su cintura, e intentó alejarse. Solo cuando él comprendió que era lo mejor dio dos pasos atrás, dejando que el vacío los separase como si de un muro se tratara.

—Lo siento, Shannon, no debería haberlo hecho —dijo cabizbajo.

—No te arrepientas. Yo no lo hago. —Le sonrió temblando—. No podemos estar juntos, y tampoco separados. —Vio que iba a protestar, pero le puso un dedo en la boca—. Es así. Cada momento que estoy apartada de ti muero por dentro un poco más. No sé qué pasará cuando me vaya, pero ten por seguro que mi dolor me acompañará hasta el día de mi muerte.

—No digas eso, amor mío. —Se dio cuenta tarde de lo que había dicho y se quedó en silencio.

—No puedes esconder lo que sientes, al igual que no lo hago yo. —Se empinó y le dio un beso en los labios, que los dejó temblando a ambos—. Estamos hechos de instantes y este será el que me guie el resto de mis días.

Kylian tragó saliva y la vio acercarse al serbal. No podía dejar de mirarla, sus ojos no perdían cada uno de los movimientos que hacía. Sabía que eran sus últimos instantes juntos y no podía moverse.

Shannon sacó el papel con el salmo de la bruja y comenzó a leerlo en voz alta:

—«Te saludo y te invoco, bella luna. Poderosa estrella ilumina mi mano que viene de lejos. Por la tierra que toco y el aire que respiro, invoco tu poder para hacer mi voluntad. Por todos tus nombres,

secretos y conocidos, por el Tetragramaton y los de todos los otros, demuestra tu poder. Te pido que me envíes tu poder para volver a casa. Señores del fuego, escuchen mi deseo. Por el poder de tres, haced que suceda, llevadme a mi época, a mi casa».

Shannon se agarró al serbal con tanta fuerza que sintió la sangre brotar entre sus dedos. La rugosa corteza del árbol parecía absorberla. A su alrededor el aire se volvió viciado y espeso, la bruma la rodeó y no veía nada. Solo su olfato no había perdido su capacidad, aunque habría preferido que no fuera así, ya que el olor ferroso de la sangre saturaba sus fosas nasales. El vacío se apoderó de ella y notó que perdía pie, por lo que intentó agarrarse con fuerza al árbol sin suerte, dado que su cuerpo caía en letargo mientras su consciencia extraviaba contacto con la realidad. Sus ojos se cerraron justo después de lanzar un grito. La voz de Shannon lo dejó paralizado. Con cada palabra sentía el aliento abandonar su cuerpo y, aun así, no tenía capacidad de hacer nada. El olor de la sangre lo trajo de vuelta, dio una arcada y vomitó sin resistirlo.

Alzó la mirada en busca de Shannon, y se asustó al comprobar que la bruma espesa no le dejaba ver nada. Escuchó su grito, y desesperado se levantó mientras limpiaba la boca con el brazo. Intentaba llegar a ella, pero algo lo frenaba. La llamó angustiado al comprobar que no podía verla, pero no obtuvo respuesta. Su grito traspasó las brumas del tiempo, y viajó tan lejos como su desesperación.

Capítulo 49

Shannon lo escuchó entre sueños. Luchaba por recuperar la consciencia, necesitaba volver junto a Kylian. Gritó desesperada antes de abrir los ojos, y ver que la densa bruma que la envolvía desaparecía, dejando hilos como telarañas a su alrededor. Se incorporó con lentitud captando todos los olores que la rodeaban. El más fuerte era el efluvio de la sangre, aunque también podía oler el miedo, ese era suyo. La tierra mojada era otra referencia. Al despejarse la bruma oteó lo que le rodeaba y sintió que el temor trepaba por sus entrañas para retorcerlas. Estaba sola. Kylian había desaparecido y el vacío oprimía su pecho. Apenas podía respirar y, sin embargo, debía ponerse en marcha, comprobar que volvió a su época y que no tenía a Kylian para sostenerla.

Caminó por el sendero en busca de las luces a las que se acostumbró, y solo descubrió el brillo de plata de la luna guiando sus pasos. Sin necesidad de más comprobaciones supo que estaba de vuelta. Alerta a los ruidos del camino, tal y como decidió, fue en busca de la posada donde, de no haber ocurrido nada, se habría reencontrado con su primo Iain. No esperaba encontrarlos allí todavía, aun así, era un lugar conocido y era el mejor escondite que podía pensar en estos momentos.

Llevaba andando varias horas y el cansancio se fue apoderando de ella, decidió apartarse del camino principal para sentarse a descansar. Sacó uno de los sándwiches de Erin y observó la oscuridad que la envolvía. Hubiera dado todo lo que tenía por una linterna o un móvil como el de Kylian.

Se rio de sus propios pensamientos tontos y enterró el envoltorio en la tierra. Le quedaban aún tres más. Al menos no se moriría de hambre, otra cosa diferente sería la sed. Rebuscó en la bolsa y notó

el pequeño bulto redondo, era una botella de agua que hizo que soltara una carcajada de alivio. Siguió rebuscando y encontró una bolsa de terciopelo, al abrirla lloró de emoción al ver el dinero, dentro había una nota de Erin:

«Mi hermano postizo es coleccionista de monedas, antes de que llegaseis me dio tiempo a pedírselas. Ellos no piensan en estas cosas, pero yo sé lo difícil que es estar sola y sin dinero. Espero que te sirvan».

Dio gracias mentalmente a Erin y se acurrucó envuelta en su tartán, necesitaba descansar y lo haría hasta que la luz del día iluminara su camino.

***

Kylian consiguió llegar al coche y volvió a Edimburgo después de comprobar que ella ya no estaba, que la había perdido para siempre. Sus lágrimas caían enturbiando su visión. Cuando llegó a la ciudad aparcó y salió a pasear por las calles desiertas. Apenas había almas en la noche, que ya se volvía fría a pesar de estar solo a principios de septiembre. Vio los crespones negros en algunas tiendas de la Royal Mile, y recordó que la reina estaba muy enferma. Maldijo para sí, no era buen momento de guardar un secreto como el suyo.

Al llegar a la muralla que separaba la estación de tren vio las pintadas y sonrió. Iba a pasar de largo cuando una idea le vino a la mente. El Bonnie Prince. Existían todavía varias agrupaciones que enarbolaban la legitimidad del descendiente de los Estuardo como regente en Escocia. Se acercaría al SNP (partido nacionalista escocés) y conseguiría con las urnas, que quienes mataron a su padre y alejaron de su vida a Shannon pagasen por lo que hicieron. No quedarían impunes, pues, aunque no lo supieran, le habían dado fuerzas para ocupar su verdadero lugar. Después de todo, era el legítimo heredero de María Estuardo. Con la determinación que da

tener un objetivo en la vida regresó a casa de la detective para devolverle las llaves del coche y comenzar con sus planes.

Moira abrió la puerta, miró al hombre, buscó a la muchacha y sintió pena al saber que ya no la vería más. Vio la cara de dolor de Kylian y lo abrazó. Lo notó derrumbarse con tanta pena que solo pudo consolarlo y dejar que sacara fuera todo el dolor. Cuando se calmó lo hizo pasar y se sentó junto a él en el sofá. Erin salió vestida solo con una camiseta, por eso se quedó parada al ver a Kylian.

—¿Ha ocurrido algo?

—Lo que tenía que pasar —dijo hipando—. Se ha ido, la he perdido. Pero esto no concluirá así.

—¿Qué quieres decir? —Moira le cogió la cara para que la mirase.

—Voy a devolverles la pelota. Me voy a meter en el SNP y desde ahí conseguiré la independencia de Escocia.

—Ya lo intentó Alex Salmond en 2014 y perdieron. Creo que ese camino ya no tiene recorrido.

—Te equivocas. Si el descendiente de María Estuardo lidera sus filas conseguiremos renacer el nacionalismo escocés, que llevó al Bonnie Prince a las puertas de la corona.

—Eso es una chifladura, sabes que la historia no fue así exactamente, y no sé si eso les gustará a los de la logia.

—Me da igual. —Le guiñó un ojo—. No voy a preparar un alzamiento ni mucho menos, pero sí que voy a sembrar el espíritu del levantamiento contra los ingleses, y qué mejor momento que ahora.

—Debes pensar muy bien lo que vas a hacer, recuerda que tienen poder para causar mucho daño.

—Lo sé, y hasta que no lo haya organizado no haré mi primer movimiento. Después de todo, ya no tengo nada que perder.

Moira sintió el desaliento en el hombre, aunque también vio la chispa de la esperanza. Quería preguntar lo que había sucedido, y no se atrevía, al menos no ahora. Tenían tiempo.

Capítulo 50

Shannon se quedó mirando al hombre que la llamaba desde el bajo de las escaleras. Sentía la necesidad de escapar, aun así, escuchar su súplica la hizo volverse. Lo reconoció de inmediato. Era una niña cuando paseaba por Dunvegan a escondidas para ver a los guerreros de su padre practicar en el patio. Nunca la encontraron, pues ella se perdía entre los muros para observar sin ser vista. Era uno de ellos. Reconoció los mismos rasgos de Bohan, su fiel guardia personal en Edimburgo. Se llevó el dedo a la boca pidiéndole silencio y lo hizo subir a su cuarto. No era buena idea, pero necesitaba hablar con él sin oídos de por medio.

Recordó las palabras de Kylian y dio gracias por haber tenido la fuerza suficiente para no sucumbir y quedarse en el futuro. Todavía tenía muchas cosas que hacer y debía proteger al heredero de la sangre Estuardo. Eso no cambió.

Bran siguió asombrado a la desaparecida Shannon Macleod, sin creer todavía que la había encontrado sana y salva. Miró a sus espaldas y comprobó que nadie les prestaba atención, antes de subir en busca de la mujer que tantos quebraderos de cabeza le había dado.

En el interior del cuarto ella comenzó a relatar su historia, la huida y su vida en el siglo XXI. No se dejó nada. Incluso le habló de la logia, que casi los mata y que había acabado con la vida del padre de Kylian. Solo omitió los encuentros que tuvieron y sus sentimientos. Eso sería solo entre Kylian y ella. Bran aceptó las cartas que le entregó la muchacha, estaban sin abrir y sonrió ante la lealtad al no leerlas. La primera era de Moira MacLeod, según ella era descendiente suya. Le extrañó, sobre todo dada su inclinación sexual, aunque no dijo nada. Los datos que revelaba le pusieron la

piel de gallina y se sintió expuesto. Luego abrió la otra carta. Leyó con atención a pesar de querer romper la misiva y olvidarse de ella.

¿Cómo se atrevía a tanto? Le daba igual que fuera el heredero de María Estuardo, no le consentiría a nadie que le hablase así. Miró enojado a la muchacha que buscaba media Escocia y se tranquilizó. Le habían encomendado cuidarla y llevarla ante la reina, algo que por supuesto no haría después de escuchar lo que ella le contó. Sin embargo, algo tenía que hacer para protegerla, y no porque un tipejo se lo ordenara. Lo haría porque su hermano así lo habría querido. Se guardó las cartas en el *sporran* y se puso en pie.

—No te muevas de aquí. Debo comprobar que no hay hombres del Douglas ni de tu padre antes de que tomemos precauciones.

Shannon asintió en silencio y sintió que se había quitado un peso de encima. Trabó la puerta al salir del cuarto y dejó escapar las lágrimas que siempre emborronaban su visión cada vez que recordaba a Kylian. En su mente escuchó esa voz que le acompañaría por toda la eternidad a partir de ahora:

«Todo saldrá bien».

Epílogo

Shannon, sentada en el banco de la ventana tenía la costura olvidada en el regazo, la mirada perdida en el tiempo y los pensamientos mordiendo en su conciencia.

«Querida tatatara…, mejor te diré querida hija.

Llevo mucho tiempo queriendo escribir esta carta, y hasta que no he ordenado mis ideas no me he puesto a ello. Lo más importante es que no muestres esta misiva al heredero, de lo contrario no te ayudará. Quisiera darte las gracias por devolverla a donde corresponde, no solo salvasteis su vida, sino también la mía. Mi única opción para impedir que el Douglas o su padre volvieran a hacerle daño, fue casarme con ella. Al principio lo hicimos con un *handsfasting* y, en cuanto pudimos, bendijo nuestra unión un sacerdote. No te quepa duda de que quien más beneficiado salió en este trato fui yo, pues conseguí una compañera de vida excepcional, que me dio un hijo y hace que mis días, aun ahora, estén llenos de luz. Voy a confesarte que jamás pensé en casarme, no podría engañar así a ninguna mujer, más la urgencia de su situación se vio agravada por su estado. Nunca me he arrepentido y espero que ella tampoco.

Sé que extraña todavía al heredero, ahora comprendo que eran un todo y que las circunstancias los separaron, más agradezco al destino su intervención, pues de otra forma no podría haber desposado a una mujer tan maravillosa. Ella me advirtió de su estado y yo tuve que sincerarme, jamás podré tener descendencia más que la suya, pues Dios no creó al hombre con la capacidad de gestar. Mis deseos se dirigían hacia otros como yo y eso no había forma de cambiarlo. Sé que no la merezco, pues esta información

debería llegarle a él antes de tomar la decisión de devolverla, más permíteme ser egoísta y pedir tu ayuda, para que llegado el momento vuelva a donde corresponde. Yo me encargaré de cuidarla. Sin más peticiones ni confesiones me despido de ti Moira, y lego esta carta confinada a tu nombre entre mis posesiones.

Edimburgo 20 de marzo de 1575

Bran Macleod»

Releyó la misiva y, satisfecho la dobló y cerró con cuidado, después lacró con su sello y la metió en la carpeta de piel donde guardaba los documentos importantes. Luego cerró el buró. Al girarse la vio sentada en la ventana mientras bordaba, ya la había escuchado suspirar muchas veces y sabía por quién era. No era tonto, lo habían hablado más de una vez. Por ello se sentó frente a ella en el banco junto a la ventana y apoyó la mano en su pierna. Shannon levantó la mirada de su labor y le sonrió con dulzura, como siempre. Sus ojos se encontraron antes de que él comenzara a hablar.

—Shannon, querida, apenas queda luz del día, deberías dejar la costura para mañana. —Acarició con ternura su rostro y le quitó con cuidado el bordador—. Sentémonos frente al fuego, deja que te abrace.

—¿Qué ocurre, Bran? —Lo miró intrigada al ver sus ojos llenos de pesar, más de una vez lo había visto así y nunca le respondía con la verdad.

—Nada, solo deseo abrazar a mi esposa antes de que ese mozalbete regrese y reclame toda nuestra atención.

Shannon rio de su ocurrencia, se levantó del banco y le tomó la mano. Bran se sentó en el sillón y la puso a ella sobre sus piernas, abrazados sintieron el calor del fuego. Comenzó a besar sus mejillas y sus manos la apretaron contra él. Ella no se quejaba, podía sentir

su sonrisa a través de los labios. Cuando sus bocas se encontraron el resto del mundo dejó de existir para ellos.

Bran movía los labios sobre los de ella y su lengua entró en su interior. Sus murmullos de placer le hicieron ser valiente y su mano izquierda se coló bajo sus faldas. Sabía lo que necesitaba y se lo daría. Puede que no fuera lo bastante hombre para meterse en su interior, aunque sí sabía cómo satisfacer a una mujer. Lo aprendió cuando su padre le llevó al prostíbulo, y al no poder levantar su miembro, la muchacha le enseñó cómo acariciar a una mujer para hacerla llegar al orgasmo. Aprendió rápido y gracias a ello, la muchacha le dijo a su padre que era un portento por las veces que la había llevado al clímax. Eso evitó que lo presionaran para encontrar esposa. De hecho, era su imagen promiscua la que alababa su padre.

Su mente volvió al presente cuando escuchó a Shannon gemir con más fuerza y sus labios se tragaron el grito de pasión. Más relajada se acurrucó en los brazos de su esposo mientras él besaba su frente. Con el sueño pendiendo sobre su cabeza lo escuchó hablar con la voz ronca.

—Gracias por aceptarme tal y como soy, amor.

—Mm…

—Perdona que solo pueda llevarte al éxtasis de esta forma, hubiera querido enterrarme en ti mil veces. Aunque me gusten los hombres me siento realmente atraído por ti. No entiendo por qué no puedo culminar. —Su voz fue solo un susurro, pero ella lo oyó.

—No tengo nada que perdonar, al contrario, soy yo quien agradezco tu apoyo incondicional, tu preocupación y, sobre todo, tu amor por mí y por mi hijo.

—Nuestro hijo. —Frotó su nariz con la de ella y sonrió—. Nada me hace sentir más orgulloso que Kylian.

—Entonces guardemos tantos agradecimientos y disfrutemos de nuestra compañía. —Le dio un beso tierno en los labios—. Saber que siempre estarás para mí y nuestro pequeño, es más de lo que podría pedir.

—¿Piensas en él?

—¿En nuestro hijo? Siempre, ese niño tiene energía por diez y siempre se está metiendo en líos. —Rio ella.

—No, me refiero al padre, al verdadero. —Cogió su cara y le obligó a mirarlo—. Sabes que puedes contármelo.

—Lo sé. —Cerró los ojos un momento, necesitaba recordar su rostro y recuperar recuerdos—. Ya no tanto. Al principio lo odié, te lo dije, especialmente al nacer Kylian. —Dejó escapar un suspiro mientras se removía sobre sus piernas—. Es igual que él, y no solo en lo físico. Es inteligente, cariñoso, divertido. Hubiera preferido quedarme, eso ya te lo he dicho, más él no podía comprometer el futuro, me dejó claro que mi lugar estaba en esta época. Debo admitir que solo eso hizo que mi corazón se rompiera. No ha vuelto a curarse, no del todo. Por más que te quiero a ti, nunca será igual, y me odio a mí misma por ello.

—No lo hagas, yo no deseo ocupar su sitio.

—No lo haces, tú tienes un lugar especial en mi corazón. —Se acercó a él y comenzó a besarlo como sabía que le gustaba.

—¡Oh, vaya!

La exclamación hizo que se pusieran en pie y mirasen a su hijo tapándose los ojos, lo que les sacó carcajadas a ambos. Shannon se acercó al niño y lo abrazó con ternura. Escuchó su risa y se apartó para mirar esa cara que tanto le recordaba a su padre. El pelo de un color anaranjado brillante se enroscaba en la nuca, dejando rizos rebeldes fuera del lazo que los ataba. Sus trenzas en los laterales le daban un aspecto de fiereza que amedrentaba a otros niños, además de por su estatura. Sus ojos de color bermejo miraban con inteligencia todo a su alrededor antes de permitir que su boca dijese algo inconveniente.

—Ve a la cocina y le dices a Susie que ya puede servir la cena.

—Sí, madre. —Miró a su padre y le guiñó un ojo—. Creo que me entretendré ayudándola.

Bran soltó una carcajada y le revolvió el pelo al niño. Shannon se abrazó a él sonriente y se empinó para darle un beso.

—Nunca pudo haber tenido un padre mejor.

Esas palabras lo llenaron de orgullo y sintió que todo estaba en su lugar, el destino había cruzado en su camino a esa magnífica

mujer que le dio una oportunidad. Sintió pena por el verdadero padre, por las cosas que se perdió y las que no sabría de su hijo. Prometió a las estrellas que los cuidaría con su vida y haría honor a la responsabilidad que le legó el heredero de María Estuardo.

¿Fin?

Aclaraciones de la autora

Quisiera hacer un inciso en esta obra, pues para mí es una novela histórica, con un punto de magia, un toque de novela negra y dosis de amor. Los personajes históricos que me han servido para dar el toque de historia son reales, sus biografías descripciones y datos de personalidad y acciones, aunque me he tomado la libertad de tergiversar a alguno, pues el padre de Shannon, Tormod MacLeod, le he dado un carácter violento y desapegado a la familia que no sé si será verdad, pero a mí me sirvió para dar dramatismo a mi historia. El resto de los personajes, como las Marías de la reina, se ciñen a lo que de ellas ha dicho la historia. También Lord Darnley, Knox, Isabel I, María Estuardo, el conde de Moray, Bothwell, todos ellos retratados con fidelidad a sus biografías y hechos documentados en la historia. Mención a parte son los personajes de la actualidad, pues he decidido dar un toque oscuro a la reina Camila, esposa de Carlos III, actual rey de Inglaterra. Nada de lo que a este personaje le atribuyo tiene que ver con la realidad, pues solo le dado un carácter inventado y solo conserva de ella el nombre, todo lo demás es inventado y exagerado para dar mayor intriga al relato.

De esta forma, jugando con personajes reales históricos, otros inventados y tergiversado, he tejido una historia con base en hechos reales, solo para dar mayor credibilidad. Es por eso que pido disculpas de antemano a aquellos que se vean reflejados y les aseguro que esta es una actuación y nada más. A los históricos no puedo más que dejar claro que me he documentado en hechos y biografías, por lo que solo les he añadido una trama inquietante.

Iain na Tuaighe, existió de verdad y secuestró a la esposa de su tío para casarse con ella, tuvieron dos hijos, aunque murieron todos en el ataque a la isla de Raasay por parte de los Mackenzie.

Según la antigua leyenda, la supervivencia de la monarquía británica está ligada a los cuervos que habitan en la Torre de Londres. Se dice que, si los cuervos abandonaran la torre, el reino caería y un gran desastre caería sobre el país.

La leyenda afirma que Carlos II, después de enterarse de este presagio, emitió una orden para proteger a los cuervos y asegurar su permanencia en la torre. Desde entonces, se les ha proporcionado cuidados y protección especial por parte de los guardianes de la torre.

Hoy en día, una pequeña colonia de cuervos reside en la Torre de Londres y se les cortan las alas para evitar que vuelen muy lejos. Incluso se les alimenta de carne cruda y se les cuida con esmero.

Esta leyenda ha persistido a lo largo de los años y se dice que la presencia de los cuervos en la Torre de Londres garantiza la estabilidad del Reino Unido. Es una tradición que se ha mantenido y se considera una parte importante del patrimonio cultural británico.

Cabe destacar que más allá de la leyenda, la presencia de los cuervos también tiene una función práctica, ya que ayudan a controlar la población de otras aves y protegen los edificios históricos de la torre de posibles daños causados por estas.

Sin más me despido, no sin antes reiterar mis disculpas por cambiar personalidad y achacar acciones a personas que en realidad han sido meros actores en esta trama, solo de esta forma se le debe tener en cuenta, pues cualquier parecido con la realidad, es pura coincidencia.

Agradecimientos

Querido lector, tengo que darte las gracias por elegir esta novela para leerla. Espero y deseo que la hayas disfrutado tanto como yo escribiéndola. Siempre he dicho que mi inspiración son las noticias. En este caso, el fallecimiento de Isabel II fue el detonante para que mi imaginación volara con alas propias.

No podría hacer realidad mi sueño si no fuera por mi esposo, mi amado, mi amigo mi alma gemela que siempre está a mi lado y se lee todo lo que escribo. Mi fan número uno.

A mi hija que fue mi primera lectora y que no me pasa ni una, su sinceridad duele y a la vez me anima a continuar.

A mi familia que es mi motor de vida, mi madre, hermanos y cuñados, que si los nombrara aquí no acabaría nunca.

A mis amigas que siempre me animan y que me levantan el ánimo, aunque sea un mal día: Beatriz, Esther, Anna, Carmen, Eugenia.

No puedo olvidarme tampoco de mis lectores beta, que me ayudaron a mejorar la historia, buscar incongruencias, ya sabéis, esas cosas que, por estar tan metida dentro de la historia, pasan desapercibidas, por eso mil gracias a Esperanza Mancera, Juanjo Ortega y Andreína Brea, sin ellos esta historia se quedaría coja seguro

Por último y no por ello menos importante quisiera dar las gracias a Elisabeth Gilmore de Bell GG, por su trabajo, que es capaz de terminar a pesar de mis torpezas. Sus comentarios que me hacían reír durante la corrección y sí, es un poco mosca cojonera, pero la adoro, es capaz de decirme lo mal que lo hago y hacerme sonreír.

Repito mi más sincero agradecimiento a ti que me lees, espero que sigas disfrutando de mis historias.

Si te ha gustado, te agradecería que me dejaras una reseña en Amazon, de esta forma me ayudas a difundir mi obra. Por ello, te doy las gracias de corazón y espero que nos encontremos de nuevo entre páginas.

Si quieres contactar conmigo, puedes hacerlo en el correo: cruz3tony@gmail.com o en mis redes:



@hellencrossescritora



@toni_cruz_romero

Biografía de la autora



Hellen Cross es el seudónimo de Toñi Cruz Romero, Nació en Cazorla, hija de periodista, de quien aprendió a amar los libros y el gusto por la literatura de cualquier género, aunque se decanta más por la novela histórica, la negra y la romántica.

Durante 8 años trabajó como auxiliar psiquiátrico, aunque volvió a estudiar Artes Aplicadas en la especialidad de decoración para dar salida a su inquietud artística. Ejerció muy poco tiempo como interiorista y se centró en su trabajo como monitora de pintura y Artes Aplicadas para adultos y niños en la Universidad Popular Municipal de Jaén.

Siempre escribió para sí misma, hasta que decidió mostrar su trabajo como escritora. Hasta que el tiempo nos alcance, publicada por Platero Coolbooks, fue su primer proyecto de envergadura, aunque no el único. Tiene auto publicados con el seudónimo de Hellen Cross cinco libros, Quédate conmigo, Venganza, Rebelde, Una Navidad perdida, Dale una oportunidad, Una eternidad y Tumba de hormigón. Ha participado en varios proyectos colectivos de relatos.

Tiene además en un ensayo Los caminos de la Paz, publicado por Editorial Platero Coolbooks.